

A black and white photograph of a man and a woman in a forest. The woman is wearing a light-colored, sleeveless dress and is holding a bouquet of flowers. The man is wearing a dark suit and is looking at the woman. They are standing in a path surrounded by dense foliage and trees.

# FRAN BARRERO

AMURAO  
La boda roja

Primera edición: diciembre de 2019

© Fran Barrero

© Venus Publicaciones

[www.venus-publicaciones.com](http://www.venus-publicaciones.com)

[www.franbarrero.es](http://www.franbarrero.es)

**AVISO LEGAL:** Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero

Correcciones: Eva Tendero y ramón Portalés

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

## **Biografía**

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2012 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la *Trilogía de Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

*Alfil Blanco*

*Alfil Rojo*

*Anatomía de un suicidio*

*Bloody Mary y Bloody Mary 2*

*Wanda y el robo del cristal*

*El otro lado del retrato*

*Herencia de Cenizas*

*Lluvia de otoño*

*Amurao: El purgatorio de los niños perdidos*

*Amurao: Monstruos en la oscuridad*

*Amurao: La soberbia de los nonatos*

*Amurao: Las princesas no lloran*

*Amurao: El aullido del lobo solitario*

[www.franbarrero.com](http://www.franbarrero.com)

[www.facebook.com/VenusPublicaciones/](https://www.facebook.com/VenusPublicaciones/)

[@VenusFranB](https://www.instagram.com/VenusFranB)

*Para Sonia Rahona Hualde*

# **LA BODA ROJA**

## Prólogo

Por los altavoces de la sala Azul sonaba una de las canciones que Natalia había seleccionado concienzudamente para el momento de la cena, Kenny G. era siempre una apuesta segura, ese tipo de música la haría parecer culta e interesante. Se encontraban ahora justo entre el primer y el segundo plato, todos a su alrededor comían, bebían, reían, hacían confidencias sobre lo que les estaba pareciendo la boda... ¡qué importaba eso! El caso es que nadie la observaba en este momento, el ideal para cumplir con su último capricho, o el penúltimo, nunca se sabe. Esa canción era, además, la señal convenida entre ambos para reunirse en los lavabos. Aún era demasiado temprano como para que los cuartos de baño tuvieran la afluencia de público que con seguridad llegaría por el efecto de vino, cerveza y refrescos consumidos por los invitados desde hacía dos horas.

Ella se había empeñado en hacer aquella locura. Sí, locura, como se podría definir todo lo que se le ocurría. Y hubiese cumplido su deseo antes, durante el cóctel, pero tantos ojos posados sobre ella hicieron imposible su plan. Él, por contra, se mostraba muerto de vergüenza cuando ella le susurró sus intenciones unas horas antes. «¿Y si alguien los descubre? —le respondió—. Si nos viese algún familiar o amigo cercano, no podré soportar la sensación de que la noticia se extienda de mesa en mesa durante lo que debería ser un día tan feliz para todos. Imagina a mi madre teniendo un nuevo ataque al corazón, uno que pudiera ser el definitivo».

Pero no se negó, asintió como ella esperaba. El poder que tenía sobre él era absoluto, igual que por cualquier hombre en el que fijase su punto de mira.

Natalia se veía tan bonita ese día... Y eso no quiere decir que no lo fuese el resto del tiempo; lo cierto es que se trataba de una chica siete años más joven que su recién estrenado esposo, con una larga cabellera rubia, una boca grande como un melocotón maduro, ojos enormes de color miel y un busto generoso que usaba para deleitar con amplios escotes a todo hombre con el que se cruzase. El traje de novia que lucía era ajustado a su figura de curvas imposibles y su pecho ajustado parecía a punto de explotar; ningún hombre de la sala podría quitarle los ojos de encima, menos aún si ella lo deleitaba con una mirada de esas tan suyas que provocaban terremotos e inundaciones en matrimonios y noviazgos.

Justo una de esas hizo que él perdiese la cabeza.

A Nacho, como todos solían llamar a Ignacio, se le vio algo molesto al comprobar que su prometida salía del Rolls Royce blanco con un vestido más provocativo de lo que el protocolo y el decoro hubiesen requerido; pero segundos después, tras darse la mano en el altar y sonreírse tímidamente, nadie habría advertido ese malestar en la forma en que la miraba.

Pero volvamos al momento de la cena.

Tuvo que saludar a una docena de conocidos y familiares mientras recorría la sala para llegar a su cita secreta. Esperaba que ninguno de los invitados hubiera advertido la erección que le provocaba la idea de montárselo con Natalia en los baños, como si se tratara de una loca telecomedia americana. ¿Cómo se le pudo ocurrir esa barbaridad? Era una chica temeraria, siempre deseosa de lograr experiencias cada vez más salvajes y originales. Aquello, ante sus familias y amigos, era un paso peligroso en aquel juego que les podía explotar en la cara.

—¡Qué guapos están tus padres!

- La novia está preciosa.
- Pásate luego y brindamos.
- Golfo, ¿no estarás ya borracho?

Contestó a cada comentario con una sonrisa y un «luego hablamos, tengo que ocuparme de algo urgente» y logró llegar al pasillo que comunicaba la sala Azul con las cocinas y los baños. Natalia llevaría más de quince minutos esperando y seguro que se mostraba malhumorada, encima de que estaba haciendo aquella locura por ella. Fue una suerte el no cruzarse en esos segundos con ninguno de los camareros que constantemente iban y venían trayendo platos y bebidas.

Y allí estaba ella, tan bonita y radiante en su día mágico.

Entonces, lo miró y le gritó con furia:

- No te quedes ahí mirando como un idiota, ayúdame a subir el cancán.
- No hables tan fuerte, nos van a pillar.
- Cállate, imbécil y ayúdame.
- Sí que tienes ganas de follar...
- De mear, coño, me estoy meando.

Terminó de subirle la falda del vestido y el cancán casi al mismo tiempo que ella se bajaba las bragas y orinaba en el inodoro. El ruido a presión debía de oírse desde las cocinas, como mínimo. Dios, aquello le pareció eterno, por no hablar del sonido y el aroma, a cual más desagradables. Había perdido por completo la erección, y eso que sus piernas abiertas, con las medias blancas y la liga... Pero no, en ese momento solo quería regresar al salón y seguir comiendo, seguro que se le enfriaba el segundo plato.

- ¿Qué coño haces? ¿Aún no te bajaste los pantalones? ¿A qué esperas?
- Ostia, es que esta escena no ha sido muy erótica que digamos, ¿no te parece?
- Ni se te ocurra dejarme con el calentón. Sácatela y yo te animo en un momento.

Natalia no era muy buena con la mano, demasiado brusca al menearla, más aún cuando las prisas apretaban, pero con la boca era todo un portento. Eso lo sabría ella sin la más mínima duda, porque no tardó mucho en bajarse al pilón y lograr su objetivo. Unos minutos después estaba mordiendo con fuerza la solapa de su chaqué para evitar gritar por el inminente éxtasis. Él le suplicaba que se controlase tanto con los gritos como en el vaivén de su cadera; se había sentado sobre el inodoro y ella cabalgaba su miembro a horcajadas, con unos empujones que hacían temblar toda la frágil estructura de paredes de plástico.

—Joder, nos van a oír. Esto no ha sido una buena idea, te lo dije.

—Cállate, joder, me estás fastidiando el polvo. Aguanta solo un poco más, solo un poco... mmmmm... MÀSSSS... JOOOODER.

Él no se había corrido, pero a esas alturas le importaba muy poco, solo quería salir de allí lo antes posible y fingir que volvía de orinar ante los invitados que seguro lo observarían. Comenzó a vestirse a toda prisa, el pequeño espejo sobre el lavabo que había al otro lado de la puerta sería más que suficiente para ajustarse la ropa y calmar el calor de su rostro salpicándolo con agua fría.

—Ha sido un polvo cojonudo —dijo ella.

—Claro, insuperable.

—No seas gilipollas, ya me he dado cuenta de que no te has corrido, pero has comenzado a vestirte tan deprisa que he decidido no preguntarte si querías que...

—Olvidalo. Si has cumplido con tu fantasía, eso es lo importante. Eso sí, me gustaría dejar claro que a partir de ahora no...

—¿Otra vez? ¡No me vengas con eso de nuevo!

—No grites, Natalia, por favor.

—¡Hago lo que me sale del...!

POM POM POM

Los golpes en la puerta supusieron un antes y un después en el momento. Más aún, en sus vidas. Quedaron helados ante algo que no esperaban. El microuniverso que habían creado durante unos minutos, en el que ellos dos eran los únicos habitantes, se vio invadido de repente por la presencia de un extraño que llegó para importunarles.

—¡Está ocupado! —gritó Natalia, sin ser consciente de que era el servicio de caballeros.

POM POM POM

Él sentía todo su mundo cayendo sobre sí hasta aplastarlo, sin llegar a matarlo pero sí dejándolo parapléjico, de esos que solo pueden hablar y tomar líquidos por una pajita, como había visto en la televisión. Sería un paria toda su vida, incluso su familia dejaría de hablarle tras el escándalo que se adivinaba en pocos minutos. Se había dejado llevar por la bragueta, un imbécil manipulado por la zorra que controlaba su vida desde el día que apareció en ella, y que no mostraba intenciones de abandonar aquella relación...

La puerta se abrió de un golpe, una patada que hizo que ambos quedasen mudos, pero solo durante un segundo. Luego...

—Joder, eres tú, vete a la mierda. Lárgate —espetó ella con desdén.

—Esto... quizá... —Él balbuceaba sin saber hacia dónde mirar, estaba tan avergonzado que casi no lograba respirar sin emitir el sonido ridículo que ella tanto odiaba.

—¡Deja de hacer el imbécil y compórtate como un hombre! —le gritó Natalia.

No hubo tiempo a más. Apareció un largo y afilado cuchillo ante la mirada de sorpresa de la pareja. Un rápido forcejeo. Ni insultos ni reproches, solo líneas de acero dibujadas en el aire, luego en la carne. Ojos escapando de las órbitas ante lo inesperado, una carnicería improvisada y salpicando paredes y suelo de plástico blanco.

Y el cuchillo cayó al suelo.

Espesa y oscura sangre que se extendía despacio.

Gasa, encaje y organza blancos.

Chaqué gris y negro.

Dos almas que escapaban de cuerpos mutilados.

Un rápido vistazo, un grito ahogado, una mente trabajando deprisa.

Y el silencio se hizo de nuevo, pero solo durante unos pocos minutos.

Miércoles, 3 de abril.

¿En serio? Imposible. No se podía creer que hubiera sacado un 78 en la prueba de tiro. La mira de su pistola estaría desajustada, era el único motivo que se le ocurría ante semejante catástrofe, quizás debido a algún golpe desde la última vez que la calibró. Eso fue hace pocas semanas... No, tal vez un mes o dos. La inspectora de homicidios Cristina Collado hizo un esfuerzo para recordar.

«Hace casi un año que no uso el arma, y fue para enfrentarme al asesino de las embarazadas que acabó con...».

Se había prometido no volver a pensar en ello, así que sacudió con fuerza su cabeza y volvió a meter otro cargador para repetir la prueba, pero no llegó a disparar ni una bala más. ¿De qué servía aquello? Sabía perfectamente que estaba oxidada. Había pasado mucho tiempo, y las experiencias vividas durante el mismo habían sido nefastas como para lograr mantener la cordura y la concentración que exhibía cuando acababa de salir de la academia.

Su vida había cambiado tan rápido y tantas veces en el último año que casi no era consciente de que aún tenía solo veintiocho. Madre y viuda, todo vino de golpe y todavía no lo había asimilado. ¿Qué habría sido de ella y de su futuro, ahora presente, sin el apoyo de familia, amigos y compañeros? Creía que había sido ayer cuando regresó de un curso del FBI en Estados Unidos, pero habían pasado ya tres semanas. Claro que la experiencia fue tan intensa que jamás podría olvidarla, como tampoco a los compañeros y profesores que conoció allí... Piero, Oliveira, Gómez, Rob...

Guardó el arma en la funda de su cinturón y se encaminó hacia las escaleras, buscaría al sargento Jaime Lardiez para que revisase la mira de la pistola y la limpiase a fondo, además de crear una imagen nueva para el archivo de balística. Luego se presentaría ante el comisario, ya iba siendo hora.

El último caso oficial que cubrió se mostraba ahora como un sueño lejano. El trabajo de los psicólogos había sido excepcional en ese sentido. Marcos Navarro, entonces inspector de homicidios, había dirigido la búsqueda de un asesino en serie, de un animal sin escrúpulos, de un hijo de puta que permanecería siempre en sus recuerdos. Tras una serie de acontecimientos que era mejor olvidar, Marcos pasó a ser el comisario al mando de la provincia y ella pensó que no podría tener un jefe mejor: el que consideraba su mentor.

La sala común permanecía en silencio, aún era temprano, ni las ocho y media de la mañana. Irene Macías, la recepcionista, no se dio cuenta de que ella entraba y pasaba de largo entre su mesa y la puerta del comisario, con una sonrisa burlona en los labios, nadie la esperaba tan pronto. Se dirigió hacia el despacho número cinco. Le habían asignado nada menos que un despacho propio. Ya no estaría en la sala, aunque eso no le importaba en absoluto, echaría de menos el bullicio y las confidencias con Nuria Carvallo, su mejor amiga.

—Perdón, me he equivocado...

—Espera.

En el despacho había dos escritorios, como todos los de los inspectores, pero no esperaba encontrar en él a un policía desconocido. El tipo tenía todo el cabello cano pero por sus facciones y piel no aparentaba más de treinta y cinco años, una sonrisa forzada y los ojos azules más extraños que jamás había visto, saltones como los de un pez.

—¿Eres Cristina Collado? —añadió el desconocido.

—Sí, busco el despacho número cinco. Pensé que...

—No te has equivocado, yo soy tu nuevo compañero.

—Nadie me ha dicho que... ¿Compañero?

—Navarro, el comisario, me dijo que hablaría contigo hoy, en cuanto llegases.

—He pasado de largo... Quiero decir que aún no he ido a hablar con él. Lo siento, creo que me estoy comportando como una maleducada.

—En absoluto, y no tienes que disculparte, inspectora. Mi nombre es Víctor Garza, acabo de llegar desde Madrid y espero serte de utilidad.

—Llámame Cristina, por favor, vamos a ser compañeros.

—Está bien, Cristina, y añado que es un honor trabajar contigo en un caso de homicidios.

—¿Un caso?

—Claro, no has hablado con el comisario. Tenemos un caso asignado.

Marcos Navarro tenía solo tres años más que Víctor Garza, pero parecía mucho más joven gracias a sus facciones más agraciadas y el cabello castaño, ondulado y algo largo que caía sobre su frente. Dedicó una sonrisa fraternal a su amiga en cuanto entró. Cristina y su ayudante se sentaron ante su mesa tras hacerles un gesto cordial con la mano.

—Me alegro de tener a mi mejor inspectora de vuelta, no andamos precisamente sobrados de efectivos. Y veo que has conocido a tu compañero; tiene excelentes referencias de su anterior comisario.

—Hablamos hace dos días por teléfono, podías haberme dicho que me habías asignado un compañero y que había un caso que requería mi presencia.

—Bueno, tanto el caso como Víctor han llegado después de nuestra última conversación, así que será mejor que los tratemos con celeridad y profesionalidad. ¿No te parece?

—Claro, perfecto. Ya me pondré las pilas con el compañero, ahora es turno de hablar del caso.

Víctor Garza no parecía molesto porque estuviesen hablando de él como si no estuviera presente; y se mantuvo en un segundo plano mientras el comisario explicaba el caso a la inspectora.

—...en el baño del salón Azul de la empresa Paraíso, al lado de más de doscientos invitados. Imagina el espectáculo. Los padres de los novios y otros amigos y familiares necesitaron asistencia psicológica. Todo salpicado de sangre y ni idea de quién pudo hacer esa barbaridad; nadie parece haber visto ni oído nada.

Cristina escuchó toda la narración de lo ocurrido sin decir una palabra, solo tomando apuntes, aunque sabía que Irene le tendría un informe más que completo con declaraciones sobre el terreno y muestras y pruebas halladas en la primera inspección. Le resultó curioso el hecho de conocer el lugar, se trata de un salón de celebraciones nupciales muy popular en la ciudad; había estado allí en la boda de unos amigos y también como dama de honor en el enlace de su propia hermana, aunque no recordaba si en esa misma sala Azul. La narración de los hechos por parte del comisario Navarro fue breve pero precisa y no necesitó más detalles, ya los observaría en el informe unos minutos después, además de docenas de fotografías y los análisis de la forense y la científica. Así que pidió a su nuevo compañero que fuese al despacho y tomase dicho informe,

marcharían a hacer entrevistas con los testigos en menos de una hora. Víctor no dijo una sola palabra, solo asintió con la cabeza y los dejó a solas.

—¿Por qué no me asignaste a David Sobrá?

—David está con el caso de secuestro de una niña y la prensa nos está sometiendo a una presión que no imaginas. La cosa pinta muy fea, no apuesto un solo euro por la vida de la pobre chica; así que necesito a un policía mediático y con contactos como él para calmarlos.

—Ya he visto algo por la televisión... Pero sigo sin comprender que me hayas asignado a ese desconocido.

—Tiene excelentes referencias, aunque viene de narcóticos. Según dice el informe de su traslado, necesitaba un cambio de aires, de clima, en Madrid se estaba consumiendo. No sé si comprendes esa situación.

—Sé lo que quiere decir, que lo cambian de destino y departamento para que no se quemé, pero eso no explica que me tenga que tocar a mí su adaptación.

—No nos pongamos tan a la defensiva, no esperaba esto de ti. Yo mismo vine hace casi dos años desde Sevilla para cambiar de aires y recibí una buena acogida. ¿Te parezco un mal policía? Pues no habría salido adelante sin David, sin ti, sin Nuria o Paco... Solo espero que el nuevo tenga las mismas oportunidades de demostrar su valía que tuve yo.

—Tienes razón, no debí mostrarme tan áspera con él ni dudar de tus decisiones. Te pido perdón, es que no esperaba tener compañero tan pronto.

—Lo comprendo, y te aseguro que no se trata de buscar un sustituto para Fran, solo de cumplir con el reglamento y que tengas la ayuda necesaria en el caso. Y no es conmigo con quien debes disculparte.

Nombrar a Fran en aquel lugar suponía recibir un escalofrío a lo largo de su espalda, pero Cristina no se inmutó, aguantó el tipo sin parpadear.

—Ahora hablaré con él. Y quiero que sepas que espero estar a la altura, es mi primer caso de homicidios al mando y quiero que te sientas orgulloso de haberme recomendado para el ascenso y para el curso del FBI.

—Dejemos lo del curso al margen. —La sonrisa cómplice de Marcos la llenó de vida. Ella respondió con otra sonrisa y se marchó del despacho. Allí le esperaba su nuevo compañero con el informe bajo el brazo; no lo esperaba tan pronto y casi se dieron de bruces.

Cristina abandonó el edificio mucho antes de lo que había imaginado, sin saludar a sus amigos, pero eso no le supuso un inconveniente; todo lo contrario, era la mejor forma de adaptarse a la vuelta al trabajo.

Se había marchado sin siquiera saludarla. No esperaba eso de su mejor amiga. La oficial Nuria Carvalho, destinada a apoyo logístico, no podía creer que Cristina llegase a hurtadillas para salir de la misma forma. Con la de tiempo que todos llevaban esperando el momento de volver a tenerla a su lado. Se quitó los auriculares que siempre llevaba para concentrarse con música relajante, se dirigió a la puerta y allí preguntó a Irene, la recepcionista.

—¿Cris ha estado aquí? —respondía Irene—, pues no la he visto. He estado muy ocupada con las fotocopias de unos informes y atendiendo llamadas. ¿Estás segura?

—Claro, se acaba de marchar ahora mismo.

—Deja que recupere el ritmo a su manera, no debe de ser fácil regresar después de todo lo que ha sufrido y vivido en el último año. El comisario le ha asignado el caso de *La boda roja*.

—¿En serio? No imaginaba tan poco tacto por parte de Marcos.

—Es que no hay muchos más inspectores disponibles. Ya sabes que David Sobrá está con el secuestro de la niña.

—Sí, le estoy haciendo la cobertura.

—Pues no hay nadie mejor que Cristina para un caso tan extraño y que pronto saltará a los medios.

—Pero, una boda... Eso le traerá recuerdos de Fran.

—Lo de Fran pasó hace casi un año, Cris es fuerte y sabrá llevar el caso con profesionalidad.

—Lo sé, y voy a ofrecerle llevar la investigación conjunta, hacerle la cobertura en el sistema informático.

—¿Y David?

—Puedo llevar dos casos a la vez, aunque tenga que hacer horas extra.

—Pide permiso a Marcos o te meterás en un lío. No le sentará bien si uno de los inspectores se ve frenado en un caso importante porque su oficial de apoyo está siguiendo o dando cobertura a otro caso.

—Sí, lo haré ahora mismo.

El comisario se encontraba tras dos columnas de carpetas amontonadas sobre su mesa, lo que hizo que Nuria recordase a Paco Hernández, el gruñón que ocupaba el puesto hasta hacía cinco meses.

—Me has recordado a Paco desde ahí detrás.

Marcos sonrió de forma forzada. El recuerdo de lo sucedido a su antecesor no era precisamente agradable; a pesar de ello, conservaba aún varias de las viejas fotos de Paco en la pared, en las que aparecía pescando con sus nietos.

—El montón de casos no disminuye, por mucho que trate de endosarlos a mis oficiales e inspectores, incluso llevarlos yo mismo. Esto es una locura, Nuria.

—Lo imagino, supongo que eso explicaría las ojeras y el mal humor de Paco.

—Claro. Qué poco entendimos a... Por cierto, ¿has venido a decirme algo?

—Sí, es que me he ido por las ramas. Quería pedirte permiso para hacer la cobertura del caso de Cristina a la vez que ayudo a David.

—¿No será mucho trabajo para ti?

—Creo que me las podré arreglar.

—No me he expresado bien, quería decir que no quiero que se descuide un caso importante por llevar dos a la vez.

—Lo del secuestro de la niña está al día, tengo la relación de sospechosos, declaraciones de testigos, pruebas encontradas e informes de la forense y la científica al día. Puedo dedicar horas a *La boda roja* sin que se resienta mi eficiencia.

—No dudaba de ella, Nuria, te conozco de sobra y sé que puedes con todo lo que te propongas.

La oficial se sonrojó hasta sentir las mejillas arder.

—Entonces... ¿tengo tu permiso?

—No lo necesitas para hacer lo que consideres oportuno. Adelante con ello.

Marcos agachó la cabeza, sumergiéndose en el mar de carpetas con casos por archivar o asignar, mientras Nuria Carvallo salía del despacho con un temblor de piernas que no lograba controlar.

«Maldita sea, aún tiembles como un flan cuando estás ante él. ¿Hasta cuándo va a pasar eso? Es una fruta prohibida, ya lo sabes; tiene pareja y una hija. Este próximo fin de semana hay que salir de fiesta para tirar la caña, quizá pique el anzuelo algún pez interesante. En caso contrario,

acabarás luciendo escote en verano de forma patética, igual que el año pasado».

Llegó a su mesa y creó una nueva hoja de cálculo, como solía hacer cada vez que comenzaba un caso nuevo, allí enumeraría a cada testigo y sospechoso, además de añadir pruebas, indicios y enlazar las bases de datos de la investigación. Aquello hacía que olvidase su vida, especialmente la soledad de su casa al regresar cada noche.

Tras esos días de silencio absoluto en la casa, comenzaba a pensar que las tinieblas no se marcharían nunca; que convivirían con ellos hasta el resto de sus días..., tampoco serían muchos. Lo que quedaba de la familia se había convertido en tres muertos en vida deambulando sin siquiera dirigirse la palabra. Nadie encendía televisión ni radio. Solo de vez en cuando se apreciaba el sonido de la cisterna o el de la puerta del frigorífico, además del inquietante chirriar de las ruedas de goma de su silla cuando trataba de ir al baño o al dormitorio a descansar; para eso último su mujer lo acompañaba en silencio para ayudarlo a subir a la cama. Cada conversación de sus vecinos en el edificio se hacía más y más clara a medida que el oído se aguzaba, solían hablar de ellos y de lo ocurrido en la boda, a veces con tono lastimero y otras dejando claro que algo malo sabían que acabaría ocurriendo si el chico seguía con esa mujer...

¿Qué hora sería? No llevaba reloj y el móvil lo tenía sin batería desde ni se acordaba, tampoco pensaba cargarlo. ¿Qué más daba la hora? No había nada que hacer ni decir, fuese mañana, tarde o noche. Comía cuando tenía hambre y dormía al aparecer el sueño, igual que Diego y Matilde. Creía que su mujer no sobreviviría al impacto de perder al niño, como lo seguían llamando a pesar de sus treinta y cuatro años, pero ahora se mostraba la más fuerte de los tres. Diego, en cambio, había perdido la ilusión y las ganas de vivir que tanto lo caracterizaban, y el semblante alegre y decidido que lo diferenciaba tanto de su hermano mayor.

Sentía lástima por el chico, quería tanto a su hermano... y ahora se estremecía al pasar ante la puerta vacía del que fuera su dormitorio. Por cierto, este aún permanecía como en el momento que salieron de casa para ir a la iglesia. Sobre la cama quedaban los vestigios de haberse puesto el chaqué, la caja con los gemelos y el pasador de la corbata. En el suelo la caja de zapatos y seguro que algún pétalo de las flores que el chico y él mismo colocaron en los ojales de sus chaquetas. No se imaginaba lo duro que sería para Matilde el tener que entrar para limpiarlo y recogerlo todo. Si había pensado cientos de veces en la carga que suponía su incapacidad para su mujer, esta fue la que más hondo caló en su alma, porque deseaba levantarse y limpiar todo rastro que hiciese daño a Matilde antes de que ella continuase con su dura vida.

Observó a Diego, estaba como siempre, con la mirada perdida y un semblante pálido, casi ni se percibía el movimiento de su pecho al respirar. Quiso decirle que le quería, que saldrían adelante, que aquello era otra prueba más de la que surgirían más fuertes, que había que ayudar a mamá para que no se hundiera. Pero no dijo nada, se quedó en el otro extremo del salón en silencio, como siempre.

Y el día siguió avanzando igual de despacio.

Víctor Garza aparcó dos calles más allá de la vivienda de los padres de Natalia Martínez, en una zona de la barriada de La Orden que no traía buenos recuerdos a la inspectora.

—¿Pasa algo? —preguntó Víctor.

—Nada —respondió ella, aunque las vibraciones eran muy negativas. Observar el bloque de

edificios en que habían encontrado a una de las víctimas de *el Destripador* no auguraba nada bueno, pero había pasado mucho tiempo desde aquello y no iba a dejarse vencer antes siquiera de emprender el camino de regreso al mundo de los vivos.

—Si quieres, puedo llevar la entrevista con los padres de la chica.

—No hará falta, yo me encargo —respondió ella con frialdad.

Subieron por las escaleras hasta el tercer piso, allí llamaron a la puerta que contaba con una gran C plateada sobre ella. A los pocos segundos abrió una señora sudamericana de unos cincuenta años. Esta resultó ser la madre de la novia fallecida, que, tras identificarse la inspectora, los invitó a pasar al salón.

La vivienda era pequeña y algo oscura, pero las vistas de las pocas ventanas con que contaba daban a la zona oeste de la ciudad, sin edificios que hicieran sombra u ocultasen el bello panorama de la marisma al atardecer. Los muebles eran muy antiguos y el silencio sepulcral mientras caminaban provocó que se oyese a la perfección el televisor de su vecino. Las paredes de pasillos y salón se veían llenas de fotografías de una chica desde su infancia hasta la edad adulta. Cristina observó la evolución de la víctima, cambiando su negro pelo natural por un rubio ceniza parecido al suyo propio en la adolescencia, más o menos cuando aparecieron sus generosos atributos.

Los policías se sentaron en un sofá, tras asentir a la oferta de un café, y empezaron su interrogatorio:

—Son ustedes los padres de Natalia Martínez, ¿verdad?

—¿Cómo? No esperábamos una pregunta...

—Siento empezar de un modo tan absurdo, pero es el procedimiento. Soy Cristina Collado, la inspectora encargada del caso, este es Víctor Garza, mi compañero, y les prometo que haremos todo lo posible por descubrir lo que ocurrió durante la boda de su hija. Ahora, si deciden cooperar conmigo y responder a mis preguntas, todo será más fácil.

El marido era español y unos quince o veinte años mayor que ella, y parecía sumido en una especie de trance; sus facciones demacradas y piel pálida, unidas a la mirada extraviada, indicaban que poco se podría sacar de él.

—¿Tienen más hijos? —preguntó la inspectora.

—No, Natalia era nuestra única hija, nuestro ángel.

—Les doy mi más sentido pésame, si no lo he hecho antes.

La mujer asintió con la cabeza de modo casi imperceptible, acercó una caja metálica de galletas hacia los policías y volvió a su postura impasible. El olor a mantequilla se extendió con rapidez por todo el salón.

—Gracias. ¿Qué desean saber que no hayan preguntado los policías que nos atendieron cuando...?

—Prefiero que olviden el momento de la boda, me gustaría que pensarán en los meses o años anteriores, cuando su hija Natalia vivía con ustedes y, quizá, les contó algo que pudiera sernos de utilidad. Además de su novio, ¿tenía amigas y amigos con los que podamos hablar?

—Dimos una lista de los amigos de Nati al policía la otra vez.

—Está bien, tengo esa lista en mi informe; pero me gustaría que usted tratase de hacer un esfuerzo y recordar, tampoco ha pasado tanto tiempo, si su hija tenía algún amigo especial o, por el contrario, un enemigo o conocido con el que hubiese peleado, o quizá le hubiera amenazado.

Víctor pisó su pie izquierdo de una forma tan sutil que Cristina casi no se dio cuenta de que su compañero seguía allí, a su lado. Al momento comprendió que se mostraba más incisiva de lo que una madre podría soportar. No era la forma más adecuada de abordar a quien había perdido a una

hija pocos días atrás.

—¿Cómo dice? ¿Enemigos o amenazas? —respondió la señora, su marido seguía con la mirada fija en la ventana del salón.

—No quiero decir que su hija tuviera... Solo buscamos posibles razones que justificasen lo que ocurrió.

La mujer la miró con tanta intensidad que ella pensó que sería capaz de ver a través de su cuerpo.

—¿Quién querría hacer aquella barbaridad? ¿Razones? ¿Cómo se podría justificar lo que le hicieron a mi niña? ¿Acaso no ha visto usted lo que ocurrió?

—No pude verlo en la escena. Me he incorporado hoy mismo al caso y he estado estudiando las fotografías que tomaron mis compañeros de la comisaría, pero intento...

—¿Quiere decir que no sabe lo que le hicieron a mi Nati? Entonces, ¿cómo va a averiguar lo que sucedió si no ha estado allí, cuando su familia tuvo que ver la monstruosidad que un enfermo...

Rompió a llorar como si no lo hubiera hecho durante cada hora de los días anteriores, tres según el informe detallado que Cristina había leído mientras su compañero conducía hasta el domicilio.

—Que no estuviéramos presentes en aquel momento no quiere decir que no trabajemos al cien por cien en la resolución del caso, en averiguar quién mató a su hija y a su marido.

La inspectora Cristina Collado no reprimió su cara de asombro ante la primera intervención de su compañero; lo miró de soslayo con aprobación por sus palabras y añadió:

—Le doy mi palabra de que haremos todo lo posible por llevar ante la justicia al responsable de la muerte de su hija, pero necesitamos su colaboración y la de su marido.

—¿Mi marido?

—¿No estaban ambos en la boda?

—Como si no hubiera estado. Él no se da cuenta de nada de lo que pasa ante sus ojos. Es un inútil que no sirve para nada. Mírelo, ahí sentado... ¿qué estará esperando de la vida?

Cristina percibió un destello en la mirada del hombre, algo que no se enseña en la academia, un toque de atención que sopla en el cuello de cada buen policía, un recordatorio para aislar a ese testigo y tratar de sacar algo positivo de él cuando menos se lo espere, unos días después. Para ello lo apuntó en la aplicación Notas de su teléfono móvil. Y regresó a la mujer, decidiendo que usaría una técnica más efectiva para atravesar su coraza.

—¿Y usted? ¿De qué se dio cuenta usted esa noche? ¿De qué se había dado cuenta usted durante el noviazgo de su hija Natalia con Ignacio? Apuesto a que no se le escapa nada de lo que ocurre a su alrededor.

La mirada inquisitiva de la mujer hizo que la inspectora llegase a la conclusión de que allí se necesitaba un interrogatorio más en profundidad. Algo ocultaban los padres de la víctima y quizá fuese la clave para descubrir el asesinato.

Tras unas preguntas más, pasaron al dormitorio de Natalia. Allí, a solas, registraron a fondo cada rincón, pero no encontraron nada que pudiera servirles de ayuda. Tal vez tuvieran más suerte con la investigación del teléfono móvil y el ordenador portátil por parte de los informáticos de la división científica. Y se despidieron para probar suerte con los padres del otro fallecido.

—¿Qué has sacado en claro? —preguntaba su compañero Víctor tras salir de la segunda vivienda—. Te veo escribir constantemente en el móvil y no sé si estás enviando un wasap a un

amigo o familiar, o tomando apuntes.

—Son apuntes sobre los testigos —respondió ella con más frialdad de la que le hubiese gustado.

—No te fíes de ellos.

—De los padres y el hermano del chico no puedo decir nada. En cambio, los padres de la chica me tienen muy intrigada, y creo que tú piensas igual, se te nota en los ojos.

—Saben algo que no han querido decirnos.

—Eso por descontado.

—¿Qué crees que puede ser?

—Quizá algún enemigo de la familia, algo que no quieren que se sepa para que no les salpique a ellos. O, tal vez, un amante que tuviera la chica.

—Algo así he barajado también. ¿Qué hacemos ahora? ¿Seguimos con la lista de testigos?

—No, eso puede esperar, prefiero visitar a una amiga.

—¿Amiga?

Llevaba pocos días este mes conciliando un horario que pudiera considerarse decente, pero comenzaba a darle la impresión de que la normalidad por fin podría llegar a su trabajo. Sería una pasada que pudiera cenar alguna noche, y también desayunar a la mañana siguiente, con su marido y sus hijos. Poder salir a dar un paseo una tarde que hiciese buen tiempo. Ir a comprarse ropa nueva o, y eso sería fabuloso, teñirse el pelo en la peluquería de su amiga y vecina Guadalupe. Claro que la forense Maite Redondo no podía cantar victoria antes de tener vendida la piel del oso, o algo así decía el proverbio.

Los reflejos dorados de la melena de la inspectora Cristina Collado habían aparecido por su oficina cuando estaba a punto de ir a la sala de espera de la UCI del hospital para tomar un café. La interrupción en el trabajo no la incomodó tanto como la molestia que siempre sentía al cruzarse con la inspectora. ¿Por qué a ella no le quedaba el pelo tan brillante y sano? Se daba cada quince días el mismo tinte de pelo. ¿O no?

—No me estarás engañando, ¿verdad? —preguntó la forense a la inspectora.

—Te lo juro por mi hija. Es de Garnier, el 101 Rubio Platino Ceniza.

La directora del Instituto Anatómico Forense, instalado en los sótanos del hospital Juan Ramón Jiménez, la miró durante unos segundos con escepticismo, tratando de adivinar si era sincera o trataba de ocultarle su más valioso secreto. Las trenzas rubias, que sobresalían del gorro de tela verde de cirugía, ahora se mostraban ansiosas por recuperar el esplendor de antaño.

—Pues me queda muy pajizo, así como lo ves. —Maite se tomó una trenza y la mostró a Cristina.

—¿Te echas todo el bote?

—Todo.

—Pues no tiene sentido. Quizá sea una cuestión de canas.

—¿Me estás llamando abuela?

—No jodas, Maite. Las dos hemos tenido hijos y sabemos que el cabello cambia de color cuando...

—Sí, las dos hemos sido madres, pero yo lo he sido tres veces.

—Tal vez sea por eso que no te agarra el color dorado que quieres. Quizá los embarazos, o el color natural de cada una, provocan un efecto diferente con el tinte. A lo mejor con un tono 103...

—¡Putá mierda!

—En fin, siento que no te quede como te gusta. Pero, lo cierto es que he venido para hablar de trabajo; me han asignado *La boda roja* y no sé si tienes algo nuevo para mí.

—Joder, cómo se nota que eres la niña bonita de Navarro.

—¿Cómo dices?

—Es que te ha dado el mejor caso y usas las mismas palabras, tienes la misma impaciencia, hasta parece que me vayas a dar una colleja por tardar en darte el informe —dijo la forense con un halo de pesar en su rostro.

—No seas tonta, junto con las chicas de la comisaría, siempre serás de las *supergirls forever*.

—Putas, has tardado en decir la contraseña. ¿Te apetece un café?

—¿Ahora? Pues no.

—Es un café de primera, de la cafetera de lujo de mi compañero Ramón.

—¿De lujo? Pues vamos a echarlo.

Quince minutos después, con humeantes vasos de plástico entre sus manos, abrían una de las neveras de la morgue.

—Tenías razón, el café está increíble, espero que Ramón no se enfade.

—Creo que el que se va a enfadar es tu compañero, eso de dejarle en el coche mientras charlas conmigo es muy feo.

—Es que no me ha sentado bien enterarme de esa forma tan brusca de que me habían asignado a un desconocido. Y tiene unos ojos saltones y muy claros que me ponen de los nervios cuando me mira en silencio. Si tuviese branquias, no le quedarían del todo mal con el pelo y la piel blancos. Es como un pez de esos raros que de vez en cuando descubren en el fondo más profundo del mar.

—Haberle dicho que entrase, ahora me quedará con las ganas de conocerle —dijo Maite a la vez que quitaba la sábana sobre el cadáver.

—Está bien, a la próxima te lo presento.

—Observa las manos del chico.

Cristina miró el cuerpo que tenía ante ella. No había visto muchos y aún le suponían un respeto que no sabría definir.

—Veo cortes aleatorios en los dedos, además de en el envés de las manos y uno en el antebrazo izquierdo.

—El chico era zurdo.

—¿Lo dice el informe?

—Lo digo yo, que soy quien ha investigado a conciencia el cuerpo.

Cristina permaneció en silencio, eran indiscutibles la experiencia e intuición de la forense.

—¿Qué crees que pudo pasar?

—Un forcejeo, pelearon con el asesino.

—¿Pelearon? ¿En plural?

—Tanto el novio como la novia lucharon por sus vidas.

—Dame algo más.

—Joder, sin duda que eres una buena alumna de Marcos Navarro.

—No me vengas con monsergas, dime lo que quiero oír.

—¿Me pides mi opinión personal?

—Por supuesto.

Maite la miró con recelo. Cristina asintió ante su duda. No parecía muy convencida, pero aun así decidió soltar la lengua.

—Estaban follando.

—¿Cómo dices?

—Los novios, apostaría a que estaban montándoselo. Aunque aún tengo que examinarlo a conciencia a él y recibir informes y análisis. Los sorprendieron en plena faena y los acuchillaron en un arrebató.

—¿Arrebató?

—Los cortes son aleatorios, de derecha a izquierda y a la inversa, todos sin sentido alguno, como tras un ataque de locura. Ni siquiera puedo precisar que hayan sido producidos por un diestro o un zurdo.

—No me creo que no tengas un dato tan fundamental.

—Vete a la mierda. ¿Olvidas que estaba en el aeropuerto cuando regresaste de Estados Unidos con las raíces del pelo sin teñir?

—¡Coño, Maite!

—Pues eso, más te vale portarte bien conmigo y ser paciente, que tengo fotos del momento más vergonzoso de tu vida.

Cristina no hizo caso a la broma.

—¿Y qué hago con estos datos inconclusos?

—Metértelos por... Enviárselos a Navarro y esperar sus órdenes.

—Mira que eres rencorosa.

—A la mierda, se acabó el café del bueno para ti.

—Menuda imagen le habrías dado a mi nuevo compañero.

La niña no era tan pequeña como en un principio le habían dicho, trece años daban para más conjeturas de las que se había imaginado el inspector David Sobrá cuando le asignaron el caso de secuestro. Su mente, siempre propensa a la broma, trataba de mostrarse más sobria que nunca para hacer ver a su antiguo compañero, ahora comisario, que podría hacer frente al caso por sí solo.

El caso es que, después de ver las fotos de la chica, y habiendo trabajado en una discoteca...

Ya había entrevistado a los padres de la chica, además de los profesores y algunos compañeros y amigos; y la tonelada de información había llegado a Nuria Carvallo para que fuese procesada y ordenada de la forma adecuada. La hoja de cálculo resultante era enorme. Debía hablar con Nuria para pedirle que condensara mejor la información antes de entregarla. Claro que tenía la agenda demasiado apretada como para encontrar un minuto y llamarla por teléfono, salvo que se tratase de una emergencia. Le quedaban aún siete entrevistas por hacer, la siguiente al novio de la chica.

«¿Un novio? No me extraña que la niña tenga un novio, con esa edad y tan desarrollada físicamente, ahora las niñas saben más que en mis tiempos con veinte años. Pero no puedo hablar con él hasta que salga del instituto, tampoco con el resto de compañeros de clase que me faltan».

David observó el asiento vacío en el coche, aún no tenía ayudante asignado para compartir casos y el despacho en el que antes trabajaba con Marcos Navarro. Resultaba tan frío todo... ¿Podría contar con Marcos para ayudarle en el caso? ¿Le asignarían un compañero nuevo a la altura de Marcos? Ni de lejos..., pero esperaba que fuese divertido y leal, como mínimo. Echaba mucho de menos al que ya consideraba un hermano.

¿Acababa de ser consciente de la evolución real del mundo que lo rodeaba? ¿Cambiaba la gente de forma positiva y no como él llevaba más de una década pensando? ¿Qué había ocurrido en las últimas semanas para dar un vuelco tan radical a su vida? Permanecer siempre con la misma mentalidad y metas de cara al futuro quizá no fuese la forma más inteligente de ver pasar el tiempo.

El tiempo.

Había visto... No, había contemplado su paso por los años a través de un cristal equivocado. Esos calzonazos que engordaban junto a sus esposas y llevaban a sus hijos a la playa, cargados con sombrillas, nevera y juguetes, eran mucho más felices de lo que él podría llegar a ser con su juego de eterno veinteañero. Ya no podría engañar a nadie, era un cuarentón jugando a las chapas cuando a su alrededor nadie sabía qué coño era eso de las chapas...

Tomó una decisión.

Cuando regresase a la comisaría, entraría en su ordenador para borrar todas las carpetas de fotos de bromas y sexo que tenía para enviar a sus amigos. Se acabó aquello. Joder, ya no era un crío.

Dos días antes, a través del tabique de cristal pudo ver la cara de agobio de Marcos, tenía tantas carpetas sobre la mesa que parecía un idiota decidido a resolver todos los casos por sí mismo; igual que lo había tratado de hacer en el pasado. ¡Qué mierda! Debía echarle un cable. Marcos le había dado un caso de secuestro y hace un minuto estaba pensando en él para que le ayudase a resolverlo. Menuda paradoja, cuando solo podría ayudar al comisario averiguando quién era el secuestrador.

El teléfono móvil lo sacó de sus pensamientos.

—¿Todo bien? —Era Nuria Carvallo.

—¿Cómo dices?

—Digo que si necesitas ayuda.

—No, ya he recibido el mensaje con tu informe.

—Vale, te lo digo porque a Cristina le han asignado *La boda roja* y me pondré también con ella, que tiene cientos de testigos.

—Claro, ya te llamo si te necesito.

David, tras colgar, trató de recordar la ya casi olvidada sonrisa radiante de su compañera. No era para menos, todos estaban agradecidos por tener a Cristina de nuevo en la comisaría.

Y regresó al caso, es lo que debí hacer, centrarse en ello al cien por cien. ¿Quién tendría motivos para secuestrar a la chica? ¿Quién sacaría tajada de su rescate? Había un único testigo que aseguraba que un coche negro apareció de repente y se llevó a la chica, pero eso no se sostenía por ningún lado, debía llamar a ese testigo y volver a interrogarlo, apretarle las tuercas. ¿Cómo es que no podía recordar marca y modelo del coche, ni un solo número o letra de la matrícula? Y el retrato robot del tipo que supuestamente había obligado a la chica a entrar en el coche era parecido al ochenta por ciento de los hombres con los que se cruzaba en la calle. Eso no era un retrato robot, sino un dibujo de un niño de diez años.

Los informes bancarios de sus padres estaban allí también, pero no disponían de capital como para justificar que se pidiera un rescate; que, por cierto, no habían pedido durante esos días. Para ser sinceros, pensaba David, la situación de los padres estaba más cerca de pedir ayuda que de soltar dinero...

Algún enfermo había secuestrado a la niña y no quería pensar en lo que estaría pensando hacer con ella. O tal vez la chica se fugó con un novio al que acababa de conocer y le había lavado el cerebro. Era posible, incluso, que la chica y su novio «oficial» lo hubieran planificado para sacar algo de dinero a sus padres. Las desapariciones de adolescentes eran una lotería, y a David Sobrá no le gustaban los juegos de azar.

El bar-restaurante Casa Paco, frente a la comisaría central de Huelva, fue testigo una vez más

del apetito de los agentes y oficiales, además de las confidencias sobre los casos que llevaban entre manos. David se acercó para pasar unos minutos con sus compañeros, pero Marcos no apareció.

—Ha pedido a Irene que le lleve un bocadillo —dijo Nuria mientras devoraban a medias un plato de embutidos y un refresco. No había muchos tertulianos en el bar, así que de fondo solo se oía la música de los vídeos musicales que mostraba el televisor.

—No es sano que pase tantas horas trabajando. Laura debe de estar que se sube por las paredes, sola todo el día en casa y con la recta final del embarazo.

—¿Crees que no fue buena idea que aceptase el puesto de comisario?

—Al contrario, si hubieran traído a un policía externo para el puesto, al final Marcos habría tenido que hacer el trabajo sucio además del suyo propio. Tenemos pocos oficiales y agentes para cubrir todos los casos, ese es el problema real. Y también que Marcos no sabe frenar y marcharse a casa, claro.

—Bueno, ¿cómo llevas las entrevistas?

—Ahora iré a hablar de nuevo con el testigo, quiero apretarle con las preguntas para ver si nos ha mentido. Luego, a las dos, me pasaré por el instituto para charlar otra vez con el novio de la chica y sus dos mejores amigas. Aunque, si te soy sincero, no tengo ni idea de por dónde seguir en el caso. No he encontrado rumores sobre quiénes pudieran querer hacer daño a la chica o a sus padres, tampoco se llevaban mal entre ellos. Y con el novio mantenía una relación normal, claro que no tengo ni idea de lo que es normal para los niños de trece años en la actualidad.

—Pues que se meten mano los viernes y sábados por la tarde en algún parque, hasta donde ella se deje, claro.

—Ya lo imaginaba.

—¿Qué móviles te planteas?

—Pues el de fugarse con el novio está descartado, salvo que tuviese otro, aunque sus mejores amigas no han dicho nada, y en eso parecen sinceras. El de pedir un rescate también está definitivamente desechado, porque los padres no tienen dinero y nadie se ha puesto en contacto con ellos para nada. Una venganza es mi mejor baza, tal vez hacia sus padres o hacia ella misma, pero para avanzar por esa vía necesito conocer más detalles de sus vidas, detalles más íntimos. Por supuesto que contemplo la posibilidad de que un perturbado se la llevase, como defiende el único testigo, para violarla, matarla, por sus órganos... No tengo ni idea del motivo, pero es una opción válida.

—Espero que aparezca sana y salva.

—Yo también; y más aún que no sea por una travesura porque sus padres no le quisieran comprar un teléfono móvil de los caros. No tenemos tiempo ni efectivos para ocuparnos de tonterías. Y ahora háblame del caso que lleva Cristina, ¿qué sabes por el momento?

—La lista de invitados de la boda supera las doscientas personas, a lo que hay que añadir los más de treinta empleados que trabajaban dentro de la sala. En principio, vamos a descartar a los niños y a los de la mesa de ancianos, que la mayoría de ellos casi no se podía mover. Hemos confiscado las fotos de los fotógrafos contratados y el vídeo. Cristina lo está visualizando en este instante, quizá se vea a alguien dirigirse hacia los baños en el momento clave. Muchos de los invitados nos han pasado fotografías y vídeos de sus cámaras particulares y teléfonos móviles del rango horario en que creemos que... Con un poco de suerte, quizá tengamos una imagen del instante en que van al baño las víctimas o el homicida.

—Apuesto a que solucionáis el caso entre hoy y mañana.

—No estaría mal. Por cierto, tengo que volver, nos hemos estirado más de la cuenta. ¿Vendrás

a almorzar? —pregunta Nuria.

—Imposible, estaré entrevistando a los chicos.

—Hablando de los chicos, ¿has conocido al nuevo?

—¿Al compañero de Cristina? Sí, parece un tipo reservado.

—Menudos ojos, parecen los de un pez. ¿Se sabe el motivo de su traslado?

—Creo que estaba quemándose en Narcóticos en una comisaría de Madrid.

—Pues homicidios no es precisamente un balneario de reposo, aunque se trate de una capital pequeña, como esta.

—Bueno, cada uno debe sobrellevar como pueda sus problemas. Te dejo, yo pago esta vez — dijo a la vez que dejaba un billete de diez euros sobre la mesa.

Vio regresar a Nuria a través del cristal de su despacho. Tener que disculparse por no haberla saludado a primera hora le sentó mal. La gente no debería exigir pruebas de amistad tan absurdas como un saludo, pero con una compañera tan buena como ella no podría enfadarse más de unos pocos segundos, ella era quien había estado en los momentos más difíciles de su vida.

Su vida... Una nueva etapa comenzaba y debía tener claras sus prioridades. Criar a su hija en solitario y atender un trabajo tan absorbente física y mentalmente suponría un reto que, no le cabía duda, cambiaría sus esquemas de cara al futuro. Estaba en la comisaría de nuevo, siguiendo un caso de homicidio, pero todo a su alrededor era diferente. Compañero nuevo y desconocido, Marcos Navarro como comisario en lugar de colega y mentor, ella dirigía el caso, incluso trabajaba en un despacho, en lugar de la sala general. Sí, echaría de menos las risas y confianzas con Nuria. Los siguientes días hallaría las respuestas a sus dos principales dudas: ¿tras esos meses de baja y tantos cambios seguía queriendo ser policía? y ¿podría trabajar rindiendo lo que se esperaba de ella ahora que su mente había evolucionado por los acontecimientos recientes?

Víctor Garza entró en el despacho con las fotocopias que ella le pidió hacer, así que sus pensamientos regresaron al caso. Había comprobado que el video profesional no grabó el momento del crimen, llamó a la empresa encargada y el responsable le comunicó su forma de trabajo en las ceremonias:

«Cuando los novios se sientan a la mesa en el banquete, y los camareros comienzan a servir el primer plato, solemos ir a comer en una mesa aparte. Nos damos prisa para poder incorporarnos al trabajo cuando pasan unos diez o quince minutos de que hayan servido el segundo plato, así podemos grabar a los invitados en las mesas de un modo distendido por el alcohol consumido y luego estar atentos al corte de la tarta nupcial y la entrega de regalos por parte de los novios. Si fueron asesinados en ese lapso de tiempo, no tenemos video ni tampoco habrá fotografías, ya que todos los de la empresa descansamos al mismo tiempo».

Cristina comprobó que tenía razón, la numeración de las fotografías era correlativa y pasaban del momento en que los novios se sentaban en la mesa, haciendo un brindis de cara a los presentes, a las que sacaron con el estupor del descubrimiento de los cuerpos, justo treinta y dos minutos después.

Treinta y dos minutos que parecían haber desaparecido de las vidas de todos los presentes. Ni camareros ni invitados recordaban nada, ni tenían fotos o videos de lo sucedido. Una laguna que impedía resolver el caso por la vía rápida. Las miles de fotografías de móviles y cámaras de los invitados suponían un caos que la inspectora trató de ordenar yendo directamente a las que se hicieron en el interior de la sala, pero no logró ver más que parejas sonriendo, mujeres posando, hombres haciendo bromas y fotos desde lejos de los novios sentados en la mesa junto a los

padrinos.

El encargado del establecimiento le aseguró que las cámaras de vigilancia solo funcionan cuando el local permanece cerrado, y casi todas se encuentran en el exterior del edificio. Por cuestiones de privacidad, la única cámara que hay en la sala se suele apagar durante las celebraciones.

—Así es imposible —murmuró la inspectora.

—¿Cómo dices?

—Que no tenemos nada, solo permanecer a la espera del análisis forense y comenzar las rondas de entrevistas a los invitados y empleados. Quizás alguno vio algo y por algún motivo, quizás miedo, no se ha atrevido aún a hablar.

—Podemos empezar por los que estaban más cerca de los servicios —sugirió Víctor.

—Prefiero centrarme en los que ocupaban las mesas de los amigos del novio y las amigas de la novia.

Él parecía no comprender la decisión, así que ella añadió:

—Si los novios fueron al baño, lo lógico es que sus amigos se fijasen de un modo más especial que el resto. Al menos, eso he percibido en las bodas a las que he asistido. Quizás el novio o la novia se parasen a hablar con ellos o saludarlos, tal vez esos amigos vieron que otro invitado más iba hacia el baño al mismo tiempo o unos segundos después.

—Y también hablaremos con los camareros.

—Claro, no me creo que no se dieran cuenta de que los novios, los protagonistas del evento, fuesen al baño juntos casi a hurtadillas y para consumir el matrimonio de forma prematura. Para los empleados, aquel es su territorio y seguro que se dan cuenta de todo lo que sucede a su alrededor, aunque pase desapercibido para quienes van por primera vez y están más pendientes de conversaciones con los compañeros de mesa o de cenar.

—Supongo que esa es la tarea para después del almuerzo, ¿no? ¿Quieres un café?

—No, gracias. Y no es necesario que me lo preguntes cada hora. Esto... disculpa la brusquedad, pero no sé qué te ha dado con los cafés.

—Yo suelo tomar té, en realidad, pero pensé que... tal vez podía servirte de ayuda.

—Centrémonos en el caso y deja que sea yo la que vaya a por el café cuando me apetezca. Estás a mis órdenes, pero no como doncella.

Víctor asintió con la cabeza y se refugió tras el monitor. Cristina se sintió fatal, pero no podía evitar que la sangre le hirviese cada vez que descubría a su nuevo compañero observándola fijamente o le oía ese tono tan servicial. Si odiaba a los dinosaurios machistas de la comisaría, no tenía mejor concepto de quienes se comportaban del modo inverso. El tono usado con él era brusco como nunca antes lo había empleado con un compañero, pero debía marcar las distancias y asentar la correcta relación con su colega desde el primer día para evitar malentendidos y roces en el futuro.

—Creo que —comenzó a decir Víctor con un leve titubeo en la voz— sería mejor que nos repartiésemos los testigos, o que tú entrevistes a los amigos de los novios mientras yo me encargo de los trabajadores de la empresa.

—Me parece una buena idea.

No se conocía aún la ciudad, así que contaba con la fiabilidad del dispositivo GPS que acababa de comprar para no perderse en sus desplazamientos, especialmente cuando iba solo en el coche. Por suerte, Víctor Garza no tardó mucho en llegar a la zona de La Rábida, en el pueblo

de San Juan del Puerto, a solo doce kilómetros de la capital. El local de celebraciones en el que se habían producido los crímenes, entre el campus universitario y el jardín botánico, apareció al fondo de un vergel infinito y muy bien cuidado. La verja estaba abierta y el policía entró en el camino flanqueado por altos árboles que no supo identificar.

Observó varias furgonetas de reparto aparcadas en la puerta lateral, que intuyó sería de servicio o de acceso a las cocinas. Una docena de mozos se afanaba en llevar cajas de refrescos, cerveza y vino al interior. Víctor aparcó justo al lado y preguntó por el encargado.

—Oiga, no puede estar aquí. Para visitar el local y hacer degustaciones debe llamar a la directora, su número está en...

Tras ver la placa de Víctor, el responsable del lugar cambió el tono y la dirección en la conversación.

—Disculpe, no sabía que era policía. Ya hablamos de lo sucedido el domingo pasado con unos compañeros suyos.

—Sí, los agentes que tomaron declaración a los empleados. Pero el caso lo lleva ahora la inspectora Cristina Collado, yo soy su compañero, Víctor Garza, y querría volver a hacer unas preguntas a los camareros.

—Pues debió llamar antes de acercarse. Aquí solo hay camareros cuando tenemos un evento. Ya ve, ahora solo hay reponedores, luego vendrá el personal de limpieza.

—Al menos, podrá darme las direcciones de cada uno.

—Claro, acompáñeme.

Víctor evitó la mueca de contrariedad. ¡Qué torpeza! Claro que debió llamar primero para asegurarse, aquello no era un restaurante convencional con apertura los siete días de la semana. Por suerte, no habría perdido más de una hora en ir y volver con la lista de direcciones. Dándose prisa, le llevaría el resto de la tarde contactar con cada uno por la ciudad y conseguir sacar algo de ellos.

Decidió en ese momento no contarle a la inspectora el mal paso.

El primero de la lista era Diego Sánchez, de veintidós años. La puerta de la vivienda la abrió una señora de mediana edad, su madre. El olfato se le inundó con el delicioso aroma de un guiso de tomate que le recordó al que hacía su propia madre cuando él aún vivía con ella. Sin duda habían almorzado mejor que él, que se tuvo que conformar con un bocadillo de tortilla y unas aceitunas en un bar.

—El niño está en su habitación. Ha tenido usted suerte, porque a estas horas suele estar en la calle con sus amigos. —La mujer le ofreció un café mientras lo dirigía al dormitorio de su hijo. Víctor le devolvió la respuesta estándar.

—No gracias, no les haré perder más de unos pocos minutos.

Diego Sánchez abrió la puerta algo desconcertado, era delgado, atractivo y vestía un pantalón de chandal negro y una camiseta de tirantes blanca. El dormitorio apeataba a marihuana. Tartamudeó al pedirle al policía que lo esperase en el salón y cerró de un portazo.

Unos minutos después, presentaciones oficiales incluidas y preguntas de rigor formuladas:

—Me consta que tu zona asignada de mesas era la más cercana a los servicios, y dijiste a los agentes en la declaración previa que no habías visto a nadie entrar y salir, ¿cómo es eso posible?

—Pues no los vi, no siempre estamos en la sala; solemos ir y venir constantemente. Los invitados no paran de pedir más refrescos, jarras de cerveza o una nueva botella de vino, eso sin contar cuando llevamos los entrantes y los platos del menú. Así que es todo muy rápido y solo nos concentramos en no tropezar entre nosotros mismos o en no hacerlo con algún invitado que esté paseando entre las mesas.

—¿Ni siquiera de soslayo?

—¿Qué es eso?

—Por el rabillo del ojo. ¿Cómo se te puede pasar por alto que la novia se cruce contigo sin verla?

—Pues ya ve, esa... señora no me interesaba como para prestarle atención.

—¿Interesar? ¿De qué hablas?

—De nada. —Diego, de repente, se volvió distante, o más bien cerrado ante la situación. Incluso se reclinó un poco, como queriendo poner distancia entre él y el policía.

—¿Quieres que sigamos la conversación en la comisaría?

—Coño, no, tengo que trabajar esta noche.

—Pensaba que solo trabajabas los fines de semana.

—Pero eso es en el salón de bodas. Entre semana soy camarero en un bar de copas.

—Bien, pues si no quieres llegar tarde, ya sabes...

Víctor apostaría fuerte a que el chico habría escupido en el suelo tras la encerrona en la que se encontraba de repente. No parecía dispuesto a decir lo que sabía o pensaba, pero no le quedaba más remedio que sucumbir a la presión para no provocar males mayores.

—No es nada, solo una intuición.

—Pues cuéntamela.

—Cuando se trabaja en ese tipo de sitios, ya sabes, en las bodas, uno va desarrollando poco a poco un instinto para ver qué chicas están... ya sabe, receptivas. Las invitadas a las bodas, después de tomarse unas copas, demasiadas, suelen tontear con los camareros, a veces incluso con el fotógrafo o con otros invitados. Las películas americanas han hecho más daño del que imaginas. Aunque la mayoría de las veces son calientabraguetas, simplemente les gusta hacerse las duras y quedar bien delante de las amigas. Las más guais y lanzadas. Pero ahí llega nuestra habilidad, uno aprende a distinguir a las que se rajan en el último minuto de las que van en serio. Si estas últimas están aún medianamente sobrias, pues cae un polvo rápido en los baños. ¿Me entiende?

—A la perfección. Pero no sé qué tiene que ver todo esto con la novia. Antes has dicho: «esa señora no me interesaba como para prestarle atención».

—Joder, pues está claro. Uno sabe lo que hay detrás de las miradas de las mujeres, y esa novia empezó a pedir guerra desde que llegó al cóctel; pero a mí no me gustan tan mayores, y las sudamericanas no son lo mío tampoco. No me va ese rollo, ¿sabe?

—Pero ¿qué me estás contando? ¿Insinúas que la novia quería...?

—No lo dude. Y le garantizo que se lo hubiese hecho con cualquiera esa noche. Una guarra de... Esto, perdón, no debería hablar así de alguien que ha fallecido.

—No te preocupes por eso, continúa.

—Pero si ya se lo he dicho todo. La novia era una guarra de manual. Me dio mucha lástima el pobre imbécil que se casaba con ella; eso antes de que los mataran, luego mucho más. La tipa lanzaba miradas que derretían, estaba ardiendo. Me las lanzó a mí, a otros camareros y a varios invitados, se lo aseguro. Pero a mí no me interesó y evité mirarla el resto de la noche.

Víctor le preguntó por otros invitados que hubieran ido al baño tras servir el primer plato, pero el chico no recordaba a ninguno, «todos visten igual, chicos de traje oscuro y corbata; chicas de vestidos de gasa en colores o de flores».

Al subinspector le dio tiempo a entrevistarse con tres camareros más antes de regresar a la reunión programada por Cristina para hacer balance de lo descubierto en la primera jornada de investigación, pero no pudo sacar más información de la que le proporcionó Diego Sánchez; eso sí, todos coincidían con esa imagen de la novia.

Azucena Martos fue la primera amiga de la novia que entrevistó la inspectora Cristina Collado, una chica llegada de República Dominicana y que conoció a la víctima en el gimnasio cinco años atrás. Luego llegaron Rosa Jiménez, Francina Estévez y Julia López. Todas ellas dieron una casi idéntica versión de la víctima: una chica divertida, amable, amiga de sus amigos, con ganas de comerse el mundo y muy enamorada de su prometido... mejor dicho, de su marido, aunque el matrimonio durase solo unas horas.

Si la inspectora Collado tuviera que ordenar por importancia sus habilidades, colocaría en el primer puesto, tal vez en el segundo, la de saber cuándo un entrevistado estaba mintiendo. Natalia Martínez podría ser divertida y amiga de sus amigos, sin duda trataba de comerse el mundo, pero lo de «amable» sonaba forzado, y lo de «enamorada de su prometido»... mejor no opinar. Si la chica era igual que sus cuatro mejores amigas, menudo grupo formaban. La inspectora se preguntó cómo había una diferencia tan abismal entre aquellas chicas y ella misma, ya que compartían edad.

«¿Tan vieja soy por dentro? Estas chicas solo piensan en divertirse, salir de fiesta, estar con chicos y pescar un buen marido que mantenga su tren de vida sin tener que trabajar. ¿Podría llamar independencia y autosuficiencia a mi forma de ver el mundo, o soy una idiota que no ha sabido elegir el camino más fácil y exitoso?».

Como mujer le dolía admitirlo, pero había sentido repulsión al hablar con cada una de las cuatro amigas, una sensación que no había tenido jamás con entrevistados de casos anteriores. Debía mostrarse imparcial, objetiva, ante la imagen de la víctima, pero no era fácil en esas circunstancias.

Esperaba obtener resultados diferentes con las amistades de la otra víctima, su marido Ignacio Herrero, pero eso sería el día siguiente, porque ahora conducía hacia la central, donde su compañero la estaría esperando, además de los agentes de apoyo, la recepcionista y el comisario.

—Siento llegar tarde, me alegro de que ya estemos todos. Vamos a comenzar el resumen del caso.

Marcos Navarro sintió orgullo al ver cómo la chica tomaba el control sin que tuviese que mediar una sola palabra con ella. Cristina ocupó la silla a su derecha y permaneció en silencio mientras el comisario exponía los datos y las averiguaciones del día.

—Tenemos una boda convencional, como cualquier otra que hayamos visto. Pero, en un momento de la noche, en mitad de la cena, un camarero aparece gritando en mitad de la sala. El testigo insiste en que algo horrible ha ocurrido en los servicios y, cuando otros comensales y responsables del lugar se acercan a ver, se desata la locura. Todo el baño está salpicado de sangre, los novios han muerto a cuchilladas y nadie parece haber visto nada. Unos minutos antes estaban sonriendo y brindando en su mesa y ahora... Eso quiero saber, ¿qué tenemos ahora?

—He revisado las grabaciones de video y las fotografías —añade Nuria Carvallo—, pero no he descubierto nada. Hay una laguna en los servicios profesionales. Y el material de los asistentes es insuficiente, se centra en ellos mismos y no en los novios.

Cristina le había pedido a su amiga que revisase el material por si encontraba algo que a ella se le hubiese escapado, pero por lo visto no ha tenido suerte.

—Está bien, ¿y los interrogatorios al personal del local?

—Los camareros —respondía Víctor Garza al instante— siguen asegurando que no vieron a los novios dirigirse a los baños, ni recuerdan que lo hiciese otro invitado en esa franja de tiempo.

Añaden además que...

—¿Qué?

—Bueno, es una apreciación personal, pero me resultó curioso que cuatro de los cinco interrogados coincidieran en ello.

—Adelante, dispara.

—Aseguran que la novia era un poco... ligerita. —Victor creyó ver las caras de Cristina, Nuria y la recepcionista, Irene, tratando de contenerse para no saltar sobre su cuello—. Los tres, entrevistados por separado, estaban de acuerdo en que la chica les mandó señales inequívocas.

—¿Inequívocas en qué sentido? —preguntó Irene con un tono seco de voz.

—Irene...

El toque de atención de la inspectora Cristina Collado bastó para que la recepcionista volviese a su segundo plano, tomando apuntes de todo. Marcos sonrió imperceptiblemente ante la muestra de liderazgo de la chica.

—Dame algo más sobre ese dato —añadió Cristina.

—Los chicos, a mi juicio jóvenes, atractivos, ya me entiendes, me detallaron que, a veces, invitadas o la propia novia, se insinuaban para pasar un momento íntimo. No me pareció algo descabellado, los chicos parecían incluso avergonzados al decirlo.

—Las bodas no son lo que eran... —añadió Marcos. Irene suspiró ante el comentario.

—Está bien, nada menos que cuatro camareros, que no son pocos, aseguran que la víctima, Natalia Martínez, tenía ganas de pasarlo bien, de tener una aventura extramatrimonial una hora después de casarse. ¡Joder, cómo está el mundo! ¿Qué más has averiguado?

—No tengo nada más. Los camareros aseguran que no vieron nada anómalo ni movimientos hacia el baño.

—Es lo que aparece en los interrogatorios preliminares, no estamos avanzando. Llamaré dentro de unos minutos al Anatómico Forense para conocer el estado de las autopsias y análisis. Antes de que os marchéis a casa, recordad que mañana nos repartiremos el resto de invitados.

—¿Los más de doscientos? —preguntó Javier, un agente de apoyo logístico.

—Sí, ¿alguna objeción?

Todos permanecieron en silencio.

Se marcharon con visibles síntomas de malestar por la nula evolución en el caso. Se encontraban en ese momento que las películas y novelas suelen obviar para no aburrir al espectador, pero eran estos días de sopor e inactividad aparente los que provocaban descubrimientos importantes, vitales para la resolución de los enigmas. Justo cuando más rabia les provocaba la falta de resultados, era cuando más se esforzarían por indagar donde antes no se les había ocurrido, por suponer lo que antes les había pasado inadvertido, por resolver lo que antes parecía imposible. Eso solía suceder a menudo, aunque no siempre.

La antigua cocina, ahora sala multiusos, se le antojó enorme al creerse a solas; pero conservaba el mismo olor a café, mezclado con el detergente del suelo, que recordaba desde su primer día de trabajo. Justo cuando más pensaba que su entorno había cambiado por completo, comenzó a dudar de ello.

—Gracias por el apoyo —dijo una voz relativamente nueva.

No, no había duda posible. Todo había cambiado.

—¿Victor? Pensaba que te habías ido con los demás.

—Mientras permanezcas en la comisaría, mientras trabajes, lo haré yo también.

—No, por favor, esto no es una oficina de administrativos ni tú eres mi secretario. Puedes irte a la hora de fin de jornada o cuando consideres oportuno. Yo no decido nada en tu nombre.

—Bueno, entonces me marcharé cuando lo considere. Y te doy las gracias de nuevo por confiar en los datos que he obtenido.

—No tienes por qué darlas; un compañero siempre debe fiarse del otro. Además, las amigas de la novia daban un perfil parecido al que has obtenido de ella.

Víctor no añadió más, asintió con la cabeza y se marchó en silencio. Cristina observó a través de la ventana, en ese momento pasaba un coche muy ruidoso, el silencio volvió a los pocos segundos y ella se dijo que ya estaba bien para ser el primer día. Su hija la esperaba en casa.

La pesadumbre y el silencio de los agentes y oficiales que iban marchándose contrastaban con la marabunta agitada que suponían los policías que los relevaban en el turno de noche. Risas, incluso gritos, inundaban el espacio cuando parecía que el edificio estaba a punto de quedarse dormido. La comisaría había cambiado la luz natural que entraba desde la marisma por la de los neones del techo, pero el olor que Víctor Garza percibía, además de otras sensaciones que eran propias de cada centro de trabajo, se mantenían inalterados. Sintió que algunos lo observaban a través del cristal, algo comprensible porque solo llevaba dos días en su nuevo destino.

¿Conseguiría hacerse un hueco entre sus nuevos compañeros?

Huelva, su nuevo hogar, era menos que un pueblo comparado con Madrid, pero el clima compensaba con creces; claro que aún no había llegado el temido verano que todos allí anunciaban como si se tratase de un dragón escupiendo fuego sin piedad sobre los ciudadanos. Otra mejoría en su vida eran los desplazamientos, iba y volvía de casa al trabajo caminando, solo unos pocos minutos, al igual que en algunas entrevistas con testigos y sospechosos, cosa imposible en Madrid. No tenía aún amigos, pero eso, por el momento, era lo que menos le preocupaba. Cambiar por completo su vida era lo más importante, empezar de cero.

Los casos de Homicidios no distaban mucho en cuanto a procedimiento de los que había cursado en su etapa como subinspector de Narcóticos. Suceso, planteamiento, entrevistas e interrogatorios, trato con la policía científica y luego detenciones; todo ello tras una obvia fase de meditación y resolución. ¿Qué podía salir mal? Había cambiado de ciudad, de compañeros, de comisario, de departamento. Era una nueva vida y no podría fallar otra vez. No, en esta ocasión daría la talla. No habría una tercera oportunidad...

Miró el cuadro de Excel que le había enviado Nuria Carvallo minutos antes de marcharse, allí aparecían todos los detalles del caso ordenados de una forma asombrosa. Cualquiera diría que la chica era una autista de esas que se destacaban en el método y el orden. Bueno, eso no importaba, no debía distraerse con más pensamientos que no formaban parte de la investigación. Aquel caso era el primero en su nueva etapa y pensaba centrarse en él hasta resolverlo. Decían que Cristina era la mejor inspectora de la comisaría, había oído que incluso del país, aunque la gente tendía a exagerar con esas cosas; más aún en Andalucía. Pues tendría a su máximo competidor en casa, porque estaba decidido a demostrar su valía aunque fuese sobre su propia compañera.

Mientras ella descansaba con su familia, él adelantaría trabajo. Nadie lo esperaba en el escueto piso que había alquilado, así que nada habría en el otro lado de la balanza.

El trabajo lo sería todo ahora.

El trabajo lo sería todo ahora. Eso lo tenía más que claro, no podría pensar en otra cosa durante las horas de investigación, ni siquiera en su pequeña Eva, que la esperaba cada noche en

casa y sin saber aún por qué su madre la abandonaba cada mañana. Regresar a un caso después de tanto tiempo, y tras la pérdida de Fran, además del curso en Estados Unidos, suponía un esfuerzo mayor aún que volver a pensar tras un coma de dos años, mayor que una sesión intensiva de gimnasio por primera vez en su vida. Sentía en ese momento las agujetas mentales que evidenciaban el haber tratado de controlar el caso, ordenado los datos, dirigido a sus subalternos y cuidado las formas hacia su nuevo compañero. Necesitaba dormir más de seis horas seguidas, así que esperaba que la pequeña no la despertase durante la noche.

—¿Qué tal se ha portado?

—Como una campeona, es un angelito —respondió la que consideraba su suegra, a pesar de que Fran y ella nunca llegaron a casarse. Adoraba a aquella mujer que había decidido dedicar gran parte de su vida a cuidar a su única nieta con el mismo amor y tesón que si se tratase de su fallecido hijo.

—Me alegro.

—Ha comido y dormido su siesta, además de ver los dibujos animados. No ha llorado en todo el día. Cada vez se parece más a mi Fran, hasta hace los mismos gestos cuando se ríe o ya no quiere comer más.

—Seguro que sí, tiene el mismo carácter que él.

Los padres de Cristina hubieran objetado a ese comentario, solían destacar constantemente que la pequeña se parecía a su madre, pero ¿no era lo más lógico del mundo? Cada abuelo arrimaba los parentescos a su sangre.

—Me marchó, te he dejado unos filetes empanados para la cena. La niña está a punto de dormirse y tú tienes aspecto de necesitar la cama más que ella.

—Gracias, Mariángeles. Eres un cielo.

—Mañana, si quieres...

—Ya sabes que mañana le toca a mi madre, pero te avisaré los días que ella no pueda venir.

—Claro, ya sabes que puedes contar conmigo.

Una sonrisa de oreja a oreja cruzó las caras de ambas mujeres. Cinco minutos después Cristina dejó una suave luz indirecta en el salón y se acurrucó con la niña, que ya empezaba a bostezar.

—Pronto tendrás que empezar en la guardería, así podrás socializar con otros niños de tu edad y comenzar a hablar, que ya va siendo hora.

La niña le devolvió una mirada extrañada.

—Ya sabes, hacer amigos es importante. No querrás ser una inadaptada social ¿verdad? Que no se diga que no eres hija de tu padre, que revolucionaba la comisaría, el gimnasio o el grupo de amigos en cuanto llegaba. No sabes el éxito que tenía, y eso sin contar lo guapo que era, no sabes lo que me costaba quitar las moscas a su alrededor de los bares y discotecas.

Cristina estalló en una carcajada, que se contagió a la niña y ambas se fundieron en un abrazo. Luego fue a por la cena, que calentó previamente en el microondas. La niña dormía en el sofá cuando regresó.

«Espero no perderme tu infancia por dedicar más tiempo del que merece mi trabajo. Tendré que esforzarme por dos para no defraudarte».

Pensó en Marcos Navarro y el semblante que esgrimía desde que era comisario. Esperaba una hija en solo unas semanas y ya había quedado atrapado en la tela de araña en la que vivió el anterior comisario las últimas décadas de su vida. «Ojalá Marcos no tenga el final que aguardaba a su antecesor» se dijo, casi en una plegaria, a pesar de ser atea.

Observó a la pequeña Evita, dormida en el sofá frente a ella, mientras terminaba la cena y oía

de fondo las noticias en el televisor. En unos minutos estaría con la niña entre sus brazos en la cama del dormitorio principal, sin importarle los consejos de los pedagogos infantiles sobre dormir con los hijos.

Las películas a esa hora de la noche los días entre semana solían ser muy aburridas, pero esa noche echaban Copycat, no se cansaba jamás de ver esa obra maestra. El cine negro era su favorito, especialmente los clásicos, como *El halcón maltés*, *Perdición* o *El sueño eterno*, pero también disfrutaba con fantásticas creaciones contemporáneas.

Había terminado de cenar en su dormitorio mientras indagaba en las noticias, no solo las de la televisión, también las de internet. Quería saber si se había descubierto algo nuevo sobre el caso que llamaban, seguramente por falta de originalidad, *La boda roja*. Él también era fan de la serie *Juego de tronos*, así que le hizo especial ilusión que los periodistas comenzasen a nombrar así el suceso.

Le costaba concentrarse en su día a día, más aún después de lo sucedido en la boda. ¡Menuda puta! ¿A quién se le ocurre echar un polvo en mitad de su propia boda? Solo a la zorra de Natalia. Había arruinado su vida con aquella actitud, ya podría haberse esperado a un momento más idóneo, más íntimo. No, tenía que batir su propio récord, seguro que con la intención de presumir entre las putas de sus amigas. ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que sucumbir a sus miradas y mensajes subliminales? Fue un estúpido y ahora pagaba las consecuencias.

No, las pagaría en cuanto la policía descubriese su implicación en el asesinato. Lo harían tarde o temprano, eso lo sabía con total seguridad.

Imbécil de Ignacio... Se comportó como una marioneta hasta el final. Hasta su propio final.

El volumen del televisor de su cuarto estaba tan bajo que apenas oía los diálogos, aun así, lo puso al cero para tratar de dormirse mientras Sigourney Weaver luchaba contra su agorafobia al recoger el periódico que algún cartero cabrón le había dejado demasiado lejos de la puerta de su casa. Sería un milagro que lograse conciliar el sueño más de dos horas seguidas, desde la noche del sábado anterior apenas había pegado ojo.

«¿Cuánto me queda de libertad? ¿Y si me marcho al extranjero? Nos han pedido que no salgamos del país durante la investigación, pero no estamos arrestados, podemos coger un avión... ¿o no? Tal vez hayan dado nuestros nombres a las autoridades de los aeropuertos y estaciones de trenes. ¿En coche hacía Africa por el estrecho? ¿Tendrán en la aduana mis datos también? Pero ¿y si no se resuelve el asesinato? No llegué a correrme, así que no tendrán mi ADN, bueno... la saliva. ¡Mierda! Tengo que elegir entre ser un fugado de la justicia el resto de mi vida o esperar a que vengan a arrestarme y pasar veinte años entre rejas. No, esta noche tampoco podré dormir».

Jueves, 4 de abril.

A pesar de tener la persiana bajada, y sin haber mirado el móvil, ella apostaría a que aún no había amanecido siquiera.

El olor que desprendía la pequeña era hipnótico; podría sobrevivir sin agua, comida o aire, pero no alejada de aquel aroma, especialmente tras despertar por las mañanas. Le dio un suave beso en su cabecita cubierta de fino pelo rubio, y pensó que sería maravilloso poder trabajar durante todo el día allí tumbada, con Evita entre sus brazos. Si solo tuviera que meditar y sacar conclusiones... pero su trabajo era mucho más que eso.

Para esa mañana, a Cristina le habían asegurado que ya contaría con adelantos de la policía científica y también con las autopsias completas de las dos víctimas. Maite nunca se hacía esperar, así que, probablemente, ya estuviese el correo electrónico de la forense en la bandeja de entrada. Pero eso lo vería a las ocho, aún no serían ni las siete y prefería tomarse el tiempo con calma, pensar en todo lo ocurrido, hacerse una idea de lo que pudo suceder en los aseos del banquete y analizar con más calma las reacciones de sus entrevistados el día anterior. Las amigas de la chica le daban una imagen muy aproximada de la que tendría Natalia Martínez; y no iba a ser ella la que juzgase sus acciones o personalidad.

«Los camareros también la definieron ante Víctor como una... No, no quiero usar esa palabra tan fea en otra mujer. Menos aún estando con mi niña en brazos. Tal vez el día de mañana ella decida llevar una libertad sexual parecida y no me gustaría que la señalaran ni colocasen etiquetas. El caso es que sus amigas también daban esa impresión, tanto en sí mismas como al hablar de su recién fallecida compañera. ¿Podría comprender lo que ocurrió esa tarde si conociese bien a los novios? ¿Quién querría matarlos y por qué? ¿Un amante de ella que no hubiese aceptado su matrimonio con otro? ¿Era una simple venganza por celos? Pero, qué casualidad que el asesino los encontrase juntos en el mismo baño y en un momento en que no había testigos. No, las casualidades no existen en este trabajo; o, al menos, yo no debiera contar con ellas».

«Debo centrarme en el entorno de la chica: su trabajo, vecinos, antiguos novios, amigos y compañeros del gimnasio. Si averiguo que tenía una aventura, o varias, podría acercarme a posibles autores del crimen. Tampoco puedo descuidar al novio. Voy a pedir a Víctor que se encargue de buscar todo lo relacionado con la vida cotidiana de Ignacio Herrero. No descarto que el móvil fuese otro, quizá relacionado con el trabajo del chico o con algo de su pasado que aún no he descubierto. Un tipo tan callado, amable y servicial, como lo definen familiares y amigos, puede guardar muchas sorpresas. No sería la primera vez que un chico tímido, de los que pasan desapercibidos para todo el mundo, acaba siendo un criminal despiadado».

«Bueno, va siendo hora de darme una ducha y tomar un desayuno en condiciones antes de marcharme a la comisaría. A ver si logro hacerlo antes de que la pequeña se despierte. Mi madre estará al llegar...».

Dos compañeros que terminaban su turno de noche la saludaron al cruzarse en el aparcamiento. El cielo estaba despejado, apostó en ese momento por una buena temperatura a lo largo del día. Y entró por la puerta principal. El segundo día en su vuelta al trabajo. Esa mañana sí tuvo tiempo para charlar con Irene en la recepción, juntas fueron a por un café a la cocina. Con la taza en la mano, miró al fondo de la sala común mientras se dirigía a su despacho, pero Nuria aún no había llegado. Encendió el ordenador y esperó a que iniciase todos los programas mientras ella daba cuenta del café, con la mirada perdida al otro lado de la ventana, un atasco comenzaba a formarse en la calle.

El escritorio de su compañero estaba muy desordenado, aunque parecía observar algún tipo de sistema lógico, un montón de carpetas marrones a la derecha del monitor, informes y análisis a la izquierda, y sobre el teclado una serie de anotaciones a bolígrafo sobre lo que debían de ser sus conjeturas. ¿Podría echar un vistazo antes de que Víctor llegase? Se moriría de vergüenza si la descubriese hurgando en sus cosas. Todo el respeto y la distancia obtenidos el día anterior desaparecerían para siempre.

—Buenos días.

Ni lo había visto venir a través de los tabiques de cristal del despacho.

—Buenos días. ¿Te quedaste anoche mucho tiempo?

—No, solo media hora más —mintió su compañero. Encendió su propio ordenador y le preguntó a Cristina si quería que le trajese un café.

Ella lo rechazó señalando su taza ya vacía sobre el escritorio.

Entre los nuevos mensajes de su correo electrónico, la inspectora encontró uno de Maite Redondo, como esperaba. Las autopsias ya estaban terminadas, aunque siempre podrían surgir sorpresas cuando llegasen, en unos diez días, los resultados de las muestras de líquidos y órganos principales; tampoco sería la primera vez que la investigación daba un vuelco al descubrirse drogas o una enfermedad terminal en las víctimas, y de repente aparecía ante ellos el móvil real del crimen. Puso a imprimir el informe de inmediato. Eliminó los mensajes que no eran de trabajo, principalmente de compañeros enviando bromas; casi todos ellos eran de David Sobrá, para variar. Leyó un memorando desde el Ministerio del Interior, otra vez más pedían, tanto a agentes de uniforme como a inspectores y oficiales de paisano, que mantuviesen decoro en el vestir. Insistían cada mes tras filtrarse en una página de internet docenas de fotografías de policías y guardiaciviles llevando la camisa abierta en verano, luciendo pantalones cortos, barba descuidada; claro que en esa misma página aparecían también mujeres del Cuerpo luciendo escote o pantalones ajustados, pero nunca aparecían en los recordatorios del Ministerio mención alguna sobre ello.

Cuando hubo terminado y se dirigía a la impresora compartida con los inspectores del despacho contiguo, Víctor ya había regresado y rebuscaba entre los papeles sobre su mesa. Tras dos minutos leyendo los datos técnicos que la forense había apuntado en el informe, Cristina salió corriendo hacia el despacho del comisario.

Doce casos permanecían sin atenderse en esos momentos, doce delitos que habían sufrido ciudadanos y cuyos culpables se escaparían con total seguridad. Sus medios estaban tan limitados que se sentía en unas Olimpiadas nadando con un solo brazo. Y sabía que la cosa empeoraría en una o dos semanas. Daba los casos más graves a sus oficiales e inspectores y el resto seguía acumulándose, quedando debajo del montón. Las víctimas y sus familiares no se lo merecían, pero

él estaba atado de manos por los recursos a su alcance.

Tener a Laura enfadada no era tan preocupante para Marcos Navarro como el vacío e impotencia que sentía al no poder atender todos los casos que se producían; pero le había prometido a su pareja que reduciría la jornada laboral dos horas al día para ayudarla cuando naciera su hija. ¿Quién iba a hacer su trabajo a partir de entonces? La comisaría no podría funcionar solo durante seis horas. ¿Y las reuniones con los inspectores por las tardes? ¡Qué locura! Ahora empleaba diez horas de media y, aun así, no daba abasto... ¿Qué sería de todo este ecosistema tan frágil cuando él no estuviese? Dudaba de que el Ministerio enviase un comisario en prácticas y a media jornada. Eso no existía en su trabajo. David aún era demasiado irresponsable como para dejarlo al mando. ¿Cristina? Sí, era la más adecuada para hacerle el relevo, pero no sería capaz de mirarla a la cara a la vez que le pedía que pasase más tiempo alejada de su niña pequeña. Bastante había entregado al Cuerpo de Policía ya.

Cada jornada, al regresar a casa, debía soportar los enfados por llegar tarde, además de ayudar en las tareas y encargarse de mimar a Laura en la recta final del embarazo. En el trabajo no mejoraba su situación, el teléfono no paraba de sonar, Irene preguntaba constantemente por datos o citas que él ya había olvidado, y los inspectores no cesaban de entrar en su despacho para pedir consejo ante nuevos descubrimientos con sus casos. Esto último sucedería en pocos segundos, los que tardase en llegar Cristina Collado. Acababa de verla salir corriendo hacia él.

«Se acabó la paz por hoy, no me ha dado tiempo siquiera a terminarme el café ni encender del todo el ordenador».

Se convocó una reunión de urgencia en la sala que también usaban como cocina. Desde que Marcos era comisario, habían acaecido muchos cambios en aquel lugar; ahora había altos taburetes para todos, siempre contaban con bollos y un café decente, no el agua de fregar suelos que castigaba sus paladares e intestinos en la época del comisario Paco Hernández. También había un gran televisor, para sustituir el viejo proyector, y una gran pizarra blanca con puntero láser.

Irene apareció cuando estaban a punto de comenzar.

—Disculpad, tenía una llamada importante sobre el caso del secuestro que lleva David.

—No tenemos mucho tiempo. Adelante, Cristina. —Marcos dio paso a la inspectora.

—Acabamos de recibir el informe de la autopsia y todo ha cambiado. Maite ha descubierto algo asombroso que hará que tengamos que empezar casi desde cero con el caso. Por favor, ruego que lo que vamos a contar no se filtre a la prensa; ya hemos sufrido el acoso de periodistas y de ciudadanos en ocasiones anteriores y no fue sencillo de llevar. Pensad en los familiares de las víctimas antes de hacer una tontería.

Todos la observaban con expectación, salvo Víctor. El rostro de su compañero se sumía en una mueca impenetrable, posiblemente debido a que la chica no había compartido esa información con él antes de hablar con Marcos, incluso debía enterarse a la vez que la recepcionista y los agentes de uniforme que los apoyaban.

—Ignacio Herrero no estaba haciendo el amor con su reciente esposa —añadió con un tono de voz forzado, como para dar énfasis y dramatismo. Pero nadie movió un músculo de su cara. Aún parecían esperar algo más.

—Es demasiado temprano, Collado —le dijo Marcos—. Hay que masticarlo un poco más.

—Haber, chicos, partíamos de la premisa principal de que la pareja de novios consumaba el matrimonio en los lavabos cuando fueron sorprendidos por el homicida, o ella, porque podría tratarse de una mujer. Pero el novio no tenía rastro alguno en sus genitales de haber estado practicando sexo.

—¿Quieres decir que no estaban montándose? Entonces, ¿qué hacían juntos en el mismo

cubículo del baño de caballeros? —preguntó Nuria Carvallo.

—¡Joder, sí que estáis espesos! Ella estaba haciéndoselo con alguien, había saliva en su cuello y boca, además de la dilatación de su vagina... pero no provenían de su marido.

—Cooooooooño... —Irene se arrepintió en el acto por la palabrota que surgió espontánea. No solía decir una sola palabra durante esas reuniones, limitándose a tomar apuntes que luego fotocopiaba para todos.

—Si en los baños estaban ella y su marido, ambos muertos a cuchilladas. ¿Con quién se lo estaba montando la novia? ¿Qué hacía el marido? ¿Mirar? ¿Dónde está el tipo que practicaba sexo con ella? ¿Es el homicida? —Cristina no paraba de hablar, estaba entusiasmada con el descubrimiento, a pesar de lo que significaba: había que comenzar de cero.

—Debemos encontrar al tipo que se divertía con ella —apuntaba Nuria—. Sea un invitado, un camarero o un extraño que se había citado con ella o con los dos en los baños a una hora determinada.

—Eso es, aquí tenemos la máxima prioridad para el trabajo de hoy. —Cristina comenzaba a dar las instrucciones y reparto de tareas—. Las entrevistas con amigos de los novios, además de otros invitados y camareros, deben centrarse en averiguar si la novia habló con otro chico de forma animada durante el cóctel y luego en la cena. Debemos preguntar por los asientos vacíos que recuerden los comensales. Preguntaremos a todos los invitados si se acuerdan de que se ausentase durante un tiempo considerable alguno de los compañeros de mesa. La única cámara de vigilancia del local que estaba grabando es la de la puerta principal, quiero saber si llegó algún vehículo mucho después que los de los invitados.

—¿Y los de las demás bodas?

La pregunta de Víctor Garza supuso un punto de inflexión en el entusiasmo que todos mostraban por la nueva noticia. La propia Cristina lo observaba en silencio, esperando una explicación. Él no se hizo de rogar.

—En el edificio se celebraban tres bodas al mismo tiempo. Además del salón Azul, están el Rosa y el Blanco. Si tenemos que añadir a la ecuación un posible culpable que no fuese invitado al enlace de las víctimas, lo lógico es contar con que fuese un asistente a otro enlace, o que se colara entre un grupo de invitados que apareciese a esa u otra boda. La novia pudo verlo cuando llegó, tal vez un desconocido o alguien con quien ya hubiera intimado anteriormente; pudieron intercambiarse alguna señal o mensaje para verse en los baños. Y, además, esa concurrencia de sospechosos nos imposibilita tener una fiabilidad en cuanto a la llegada de los coches al recinto. Si el asesino llegó como invitado de otra boda, una hora antes o después, lo haría junto a otros cien coches más.

Cristina evitó la sonrisa al comprobar que su compañero participaba de un modo tan positivo, además de hacer honor a lo que su historial indicaba sobre su valía. Pero no comprendió que Víctor no cruzase una sola mirada con ella durante la reunión hasta minutos más tarde.

**H**abía dormido poco, permaneció en la comisaría trabajando hasta la una de la madrugada y luego tuvo que hacerse la cena, ducharse y tratar de conciliar el sueño en un momento en que su mente se rebelaba en el afán de seguir razonando sobre su primer caso de homicidios.

Esa mañana sentía el cuerpo pesado y ni los tres cafés que ya había bebido lograban que su mente se despejase del todo. Ver salir a su compañera corriendo con el informe de la forense en la mano supuso una sorpresa, pero más aún saber que tenían una reunión para informar de datos nuevos sobre el caso que llevaba y que él desconocía. Allí estaban ante él, además de la

repcionista y otros agentes, la inspectora y el comisario con un gesto que él interpretó como de complicidad y triunfo. Aunque había sido la forense la que había logrado el avance en el caso.

¿Costaba mucho hacerle partícipe del dato? ¿Tres segundos? ¿Quizá cuatro? El mundo no se hubiera terminado, ni el doble homicidio quedado sin resolver, por invertir ese ridículo tiempo en informar a su compañero sobre el descubrimiento recibido por mail. En fin, tendría que luchar contra un trabajo nuevo, una ciudad nueva y, además, por si su pasado no lo atormentase ya lo suficiente, la animadversión de su compañera y superior al mando.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Cristina cuando estaban de nuevo a solas en el despacho.

—Nada, ¿qué habría de ocurrirme? Sigo un caso de homicidios y trataré de ayudarte en todo lo que pueda, ya que eres mi superior.

—Te noto distante y ese tono..., supongo que es culpa mía. Apuesto a que no esperabas un recibimiento tan frío, menos aún en Andalucía, con la fama que tenemos de...

—No he venido para ir de fiesta. Hago mi trabajo y punto.

—Pero yo no lo estoy haciendo. Eres mi compañero y a pesar de ello te he informado el último sobre el descubrimiento. Era un informe enviado a los dos y yo te he excluido. Me siento en este momento muy avergonzada. Espero que me perdones, aún no te conozco y... creo que llevo demasiado tiempo fuera de circulación. Tal vez no fue buena idea incorporarme al servicio tras lo ocurrido en...

—He leído tu historial, con la pérdida de tu pareja y luego el suceso durante el curso en Estados Unidos. Creo que, a pesar de todo lo que eso te habrá afectado, eres una inspectora del máximo nivel y que aprenderé mucho a tu lado. En lo que a mí respecta, lo que ha pasado entre nosotros en esta primera toma de contacto forma parte del pasado.

Le dedicó una sonrisa amistosa, que distorsionaba su rostro y acentuaba aún más sus ojos saltones, para indicarle con sinceridad que esperaba tener un trato cordial y profesional con ella a partir de ese momento. En la cara de la chica observó el dolor que había producido el recuerdo de su pasado reciente, pero también una respuesta afirmativa a su deseo de comenzar de cero y hacerlo con buen pie.

—¿Y bien? —añadió— ¿Qué quieres que haga durante el día? ¿Tú te encargarás del entorno del novio o de la novia?

—Creo que podremos ir juntos esta vez. Empecemos por la novia, ¿te parece bien?

Él asintió. La inspectora llamó a Nuria por el teléfono interno y le pidió que indagase todo lo posible sobre la vida privada de Natalia Martínez, cualquier dato que apareciese en los registros informáticos, que era como decir toda su vida personal. Tarjetas y extractos de cuentas bancarias, préstamos, matrículas en gimnasios o bibliotecas, pagos en restaurantes, tiendas de ropa, viajes realizados, registros de hotel, deudas con Hacienda o la Seguridad Social... Y que pidiera a Javier Pestano, un joven agente también muy mañoso con el ordenador, un análisis a fondo de las redes sociales de la chica, haciendo una lista de las personas con las que tenía más trato, además de solicitar las autorizaciones para revisar sus mensajes privados.

—Los de la científica deberían de haber terminado con los SMS y los mensajes de WhatsApp de los teléfonos móviles —susurró Víctor.

Cristina colgó el teléfono y respondió.

—Ella tenía un iPhone, siempre cuesta más obtener las autorizaciones, pero creo que a lo largo de hoy podríamos tener noticias. ¿Estás listo?

—Conduzco yo.

El novio de Cayetana Marín, la chica desaparecida, se mostraba con una actitud demasiado altiva ante el inspector David Sobrá, lo que estaba agotando los nervios del policía a un ritmo asombroso.

Se encontraban en la casa del chico y sus padres, sentados en el sofá frente a él, no daban muestras de tener la intención de frenar la postura del adolescente. El incisivo tic-tac del reloj en la pared del fondo taladraba la cabeza de David cada vez con más fuerza. Los silencios se hacían eternos tras cada pregunta.

—No comprendo el motivo para que no quieras responder. ¿Acaso no deseas que encuentre a Cayetana?

Silencio

—¿A qué viene esta actitud? Hace dos días respondiste a mis preguntas.

—Sabemos de sobra lo que significa este segundo interrogatorio —su madre habló por fin—. Lo hemos visto en la televisión. Han venido de nuevo porque no saben dónde buscar a la chica y lo más cómodo es echarle la culpa al novio. Mi hijo no ha hecho nada, ¿entendido? No va a cargar con un delito porque ustedes sean unos inútiles o vagos que no hacen su trabajo.

—Señora, por favor, solo quiero encontrar a la niña, y en ningún momento he sospechado de su hijo. Él estaba jugando un partido de fútbol ante cientos de testigos cuando ocurrió el secuestro. No comprendo a qué viene este recelo.

—Ya le ha contado todo lo que sabe.

—Le pregunté hace dos días por sus costumbres y las de Cayetana. Hoy quiero saber algo más de la chica, su forma de ser y el trato que tenía con amigos y familiares, podría ser muy valioso para encontrarla.

Hugo Lardiez tenía el cabello largo y castaño, era alto para sus dieciséis años y muy delgado. Sus ojos azules seguro que podrían cautivar a una chica con facilidad, pero ahora los usaba para decirle al inspector que podría marcharse cuando quisiera.

—Hugo, saber el máximo posible sobre tu novia nos ayudaría a comprender qué pudo pasar. Vamos, échanos un cable. No querrás que aparezca algún día y se entere de que pusiste trabas para que la encontrásemos.

—Se la habrá llevado algún perturbado para violarla —dijo el padre con un tono aún más seco de voz—. O a saber para qué. La gente está muy loca. Mi hijo no tiene nada que ver en eso y no vamos a consentir que lo atosiguen más. Lo acompañaré a la puerta.

El hombre se puso de pie, no llegaba ni al hombro de David, que medía casi dos metros, pesaba más de ciento veinte kilos de músculo y, con la barba y la cabeza afeitada, se ganaba a pulso el apodo de Oso. A pesar de la diferencia de tamaño y del respeto que solía imponer el policía, el padre de Hugo no se amilanó a la hora de acompañarlo hasta la salida.

—Espero que sepa que la obstrucción a la justicia se paga con la cárcel.

—Espero que sepa usted que amenazar a un ciudadano de bien conlleva la expulsión del cuerpo.

—¿Cree que está en condiciones de jugársela conmigo? —David había cambiado el tono y se acercó lo suficiente al hombre como para percibir que estaba muy asustado—. No soy un agente de uniforme, esa amenaza no sirve contra mí. Pero recuerde la que yo le he hecho...

El tipo casi se meca encima al tener la enorme nariz del Oso pegada a la suya.

Le dieron ganas de destrozar el volante de su coche a puñetazos, pero, en su lugar, decidió respirar hondo y calmarse. Necesitaba despejar su mente para pensar en todo lo que rodeaba el caso. No tenía compañero con el que consultar opiniones, salvo Nuria, pero bastante tenía ella con hacer la cobertura de varios casos a la vez.

«¿Qué coño le pasa a la gente hoy en día? No me quiero imaginar lo difícil que será investigar un caso, y enfrentarse a gentuza como la de hace unos minutos, para un policía de sesenta años. No me extraña que a los cuarenta y cinco ya los destinen a oficina, a la zona de renovación del DNI y similares. El chico no está implicado en el secuestro de su novia, al menos no lo está en apariencia. Entonces, ¿por qué no coopera en su búsqueda? Hay algo que se me escapa de todo esto y no creo que aparezca por esta vía. Debo centrarme en las amigas de la chica y en el testigo, a este último voy a ver y juro por... Tranquilízate, David, no hagas una tontería».

Estuvo a punto de llamar a Marcos para pedirle consejo y desahogarse con lo que acababa de suceder, pero su antiguo compañero estaría demasiado ocupado como para escuchar sus quejas. Y ya tenía decidido que no molestaría a Nuria Carvallo salvo para asuntos de extrema necesidad, como pedirle que buscara datos relativos al caso. Solo quedó una alternativa.

—Hola, gordo. ¿Ha pasado algo? Nunca me llamas durante las horas de trabajo.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó a su novia, Sandra.

—Acabo de llegar al gimnasio, aún no comencé a entrenar.

—Bien, lo cierto es que eso es lo que mejor me vendría, hacer pesas o un combate de boxeo para soltar tensión.

—Te ha pasado algo. A ver, cuéntame.

Imposible, no podría organizarse de un modo productivo si se despertaba a las once de la mañana cada día. Rosa Jiménez se lo decía a sí misma desde la época en que estudiaba en el instituto. Otra vez llegaría tarde al gimnasio, y todas las tareas que tenía previsto realizar el resto del día se atrasarían por efecto dominó; le encantaba usar esa expresión. El despertador no sonaba lo bastante fuerte, o quizá debía colocarlo donde no pudiera apagarlo cinco o seis veces cada mañana. Comprobó que su madre le había dejado el desayuno listo en la cocina, aunque tendría que comerse las tostadas recalentadas y blandas. Mejor eso que volver a su anterior estado, con un novio que no la valoró lo suficiente y para el que debía ser una esclava. ¿Quién se había creído que era? Por traer el dinero a casa y pagar todos los gastos, no tenía por qué creerse el amo del mundo y esperar de ella que limpiara y cocinase a cambio, ¡y encima darle sexo cada noche! Se trabajaba un cuerpo de infarto, de esos que hacen que todos se giren en la calle para mirarle el culo, y eso había que pagarlo con intereses. Rosa conocía sus habilidades y puntos fuertes, así que debía buscar quien los valorase y respetase como tales, como ella merecía.

No había terminado de desayunar cuando sonó el timbre de la puerta. ¿También tendría ella que contestar? ¡Qué asco de vida! Y no solo lo pensó por el esfuerzo, también por descubrir que se trataba otra vez de la policía. ¿Qué coño iban a preguntar ahora? Ya les había dicho cuanto sabía de Natalia, cuanto conocía de la que había sido su mejor amiga hasta... ¿el sábado pasado? Sí, ella misma estaba como invitada en la boda. ¡Qué locura de final! Claro que ella misma se lo había buscado...

—¿Podemos hacerle unas preguntas? —La flacucha policía teñida de rubio le restregaba la placa por la cara, ¿qué iba a responder? Pues claro que iba a atenderla y retrasar aún más su sesión de gimnasio. Qué remedio.

La invitó a un café, aunque no tenía ni idea de cómo encender la cafetera de vaso. Claro que podría hacerles un instantáneo si calentaba vasos de leche en el microondas.

—No gracias, ya hemos desayunado. Solo la entretendremos unos minutos —respondió la inspectora.

Menos mal.

Fueron al salón y se sentaron. Rosa se extrañó al llevar un rato sin ver a sus padres, ¿dónde se habían metido?, seguro que dando un paseo antes de que subiera la temperatura. Lo hacían cada día, antes de que el calor del sol primaveral llegase para impedirles hacer algo de ejercicio contra el colesterol. ¡Qué demonios! Ella sabría sobrellevar aquella situación sin problema; no tenía, después de todo, nada que ocultar. Ni era la víctima ni tampoco la asesina de Natalia. Tan solo sintió algo de vergüenza cuando la coliflor que su madre había dejado hirviendo a fuego lento en la cocina comenzó a perfumar la casa.

—Bien, pues díganme en qué puedo ayudarles. ¡Ja, ja, ja! Siempre he visto eso en las películas de policías y quería decirlo.

Cristina y Víctor la miraron con lo que ella interpretó como expectación. La inspectora abrió una carpeta y empezó a preguntar sobre temas demasiado personales, como quién entrenaba en el gimnasio con Natalia, o quién la acompañaba a entrenar o la esperaba para ir a casa, además de ser amigo especial para la chica. Personas con las que saliese a tomar una copa o dar un paseo, que no fueran su novio, claro.

—Nati tenía muchos amigos, como cualquier chica guapa que se mostrara simpática. No hay nada de malo en eso, ¿verdad?

—En absoluto.

—Pues eso. Algunos chicos la saludaban en el gimnasio, cuando íbamos a entrenar, pero eso no quiere decir que...

—¿Qué? —preguntó el tipo raro de ojos como un sapo.

—No es necesario que se muestre tan a la defensiva —interpeló Cristina—, solo queremos saber algo más de su amiga, de su comportamiento, de su día a día.

Menudo impertinente; y la inspectora no la apoyaba siguiendo el código de las chicas, todo lo contrario, lo apoyaba a él y se mostraba expectante a sus respuestas.

—Que Nati se llevase bien con compañeros de gimnasio y amigos no era motivo para que la mataran de una forma tan... Y en su propia boda.

—Supongo que querrá que descubramos a quien lo hizo —dijo el policía de los ojos saltones.

—Seguro que fue su novio. Era un imbécil, pero los hombres así suelen tener un brote de celos cuando se les lleva al extremo.

—¿Al extremo? —La chica policía pareció dar un respingo de repente—. ¿Qué hizo Nati, o qué podría hacer para que Ignacio... Nacho perdiese los papeles y acabase con todo?

Bien jugado, zorra de mierda. La policía bonita y de cabello oxigenado era mucho más inteligente que «ojos de sapo», pero no lo suficiente como para hacerle soltar la lengua. Su amiga había muerto, pero eso no haría que ella revelase secretos íntimos contados entre hermanas.

—Nati llevaba una vida de lo más normal, como cualquier chica de su edad. No hay nadie especial en su vida, además de su novio.

—Mírame, Rosa —le dijo la inspectora en un tono de voz tan bajo como seguro—. Quiero decirte una cosa que desconoces.

Rosa Jiménez la observó en silencio, muda ante la sonrisa de seguridad que, de repente, esgrimía Cristina.

—Tengo un equipo fantástico de inspectores de la Policía Científica analizando el móvil de Nati, en cuestión de horas tendrán mensajes de SMS y WhatsApp que pudieran revelar una relación con alguien ajeno a su prometido. También tengo a los dos mejores agentes de la Policía Nacional del país buscando en cada pequeño recoveco de las redes sociales de Nati... No sé si comprendes por dónde voy. Imagina por un momento —hizo una pausa y la miró con una sonrisa de suficiencia— que descubro un mensaje entre Nati y tú, uno en el que ella te revela algo

importante para descubrir al posible asesino. No me quiero imaginar lo mal que lo pasarías en la cárcel por encubrimiento y obstrucción a la justicia.

—Yo no he hecho nada malo.

—Ocultar información a la policía en una investigación de asesinato es un delito que se castiga con la cárcel.

—¿Pero qué me estás diciendo? Nati no me contaba nada, solo algunos flirteos con los chicos más guapos del gimnasio, eso no es para inculparme.

—Las dos sabemos que eso se queda muy corto, que tu amiga Nati te contaba mucho más. Tú comienza por dar nombres y, si me parece que no te olvidas de ninguno, quizá yo sí que me olvide del tuyo.

El acuerdo pareció ser del agrado de Rosa, ya que detalló con pelos y señales los nombres, incluso profesiones y una breve descripción física, de los chicos con los que Natalia solía flirtear en el gimnasio; no eran pocos.

—Ahora tengo que hacer unas cosas, espero haberos ayudado...

—No tan deprisa, quiero el resto de nombres.

—Te los he dado todos.

—No, me has dado los del gimnasio, quiero el resto de chicos con los que ella pudiera tener una aventura. Y tendré esa lista ahora o dentro de unos minutos en la comisaría. ¿Quieres que te arreste?

—Zorra...

—¿Qué has dicho?

—Nada, que te daré lo que quieras.

Javier la miraba de una forma que conseguía desarmarla por completo, aunque no era eso en lo que debía pensar en ese momento. Cristina le había dado unas instrucciones y ella no iba a defraudarla, menos aún cuando la inspectora se acababa de incorporar a su trabajo y más necesitaba del apoyo de sus policías y amigos fieles.

Y ella era la más leal de todos.

Nuria Carvallo se olvidó de la sonrisa de dientes perfectos de su ayudante y volvió a los registros informáticos. Aunque llevaba dos horas indagando y no lograba aún descubrir nada que fuese digno de mención. Natalia Martínez no tenía deudas con nadie, tampoco con administraciones públicas; había viajado lo justo para ser una chica de veintisiete años y contaba con unos setenta mil euros en su cuenta corriente, una cifra muy elevada pero quizás estuvo durante mucho tiempo ahorrando; compraba en las mismas tiendas que las mujeres de su edad, ningún gasto excesivo. ¿Dónde más buscar? Debía de haber algo que se le hubiese pasado por alto; Cristina no le habría encargado esa misión si no hubiera algo que descubrir, algo difícil. Esa era su tarea favorita.

—Así que un lunático que mató a todos los del curso, incluidos los profesores...

—Javi, te he dicho que te pongas con las redes sociales.

—Pero es que lo de la inspectora Collado es alucinante. Acaba de perder a su novio en un caso de un asesino en serie como los de las películas, y acaba en Estados Unidos viviendo una experiencia aún más increíble.

—No me hagas enfadar, soy tu superior, termina con los mensajes de la chica.

—Aún no llegó el permiso de Facebook y de Instagram, que los otorga el mismo servidor, así que solo dispongo del de Twitter, y allí no hay nada.

—¿Hasta cuándo retrocediste?

—Hasta 2017, como me pediste.

—Vale, pues espera paciente y en silencio, y deja que yo haga mi trabajo.

El chico asintió con una sonrisa.

Javier Pestano no era muy alto, poco más que ella; tampoco tenía la cabellera frondosa del comisario Marcos Navarro, entradas prematuras habían aparecido sobre su frente; pero su complexión fornida y la mirada de suficiencia habían logrado traspasar su debilitado muro. Nuria no se sentía sobrada como para ir rechazando oportunidades, a pesar de haberse prometido a sí misma que no sucumbiría con un niño joven de la comisaría.

¡Pleno!

Dos años menos que ella, arrogante, no muy guapo... ¿Qué había hecho en la vida para merecer semejante castigo? Y no lo decía por soportar las insinuaciones del agente, sino por sentir que flaqueaba y que ese mismo fin de semana, con total seguridad, bailarían con él bajo una sábana.

Sacudió la cabeza para apartar esa imagen de su mente y le preguntó:

—¿Crees que encontraremos algo sobre la chica?

—¿Cómo dices?

—¿Algo sobre alguna infidelidad o relación que nos lleve al móvil del crimen?

—No lo sé, pero en Facebook e Instagram solo subía fotos con escotes exagerados, bikinis, besos y miradas insinuantes a la cámara; no quiero parecer machista, pero...

—Pero te parece una zorra de manual.

—Lo hubiera dicho con otras palabras, pero sí, es eso lo que me parece por su actitud, y más teniendo en cuenta que estaba prometida. Su actitud me parece más típica de las desesperadas solteras que se aferran a lo que aparece. Pero suena tan machista...

—Porque lo es.

—Esto... lo siento, no quería...

—Bueno, seamos profesionales y busquemos datos objetivos para tratar de solucionar el caso. Que fuese un poco libertina no es motivo para que la matasen a puñaladas.

—Claro, no quería decir que... Sigo a la espera de los permisos y revisando publicaciones de la chica.

—Por cierto, si te parece de película el caso de los asesinatos en serie, no te imaginas los detalles del curso en Estados Unidos de la inspectora Collado.

—Pensaba que no querías hablar de eso. ¿Cómo sabes todos los detalles?

—Porque me los ha contado, no hay secretos entre Cris y yo. Pero ¿no estabas con la tarea que te he mandado?

Javier volvió a su monitor en silencio, con una sonrisa de triunfo en los labios que le duró más de veinte minutos, justo hasta que recibió los permisos y comenzó a indagar entre la correspondencia privada de la chica; aquello le llevaría más de lo previsto, no había imaginado que alguien pudiera pasarse todo el día enviando mensajes. Eso explicaría la tardanza de los de la científica en mandarles los resultados del análisis del teléfono móvil.

Salían de casa de Rosa Jiménez con la seguridad de haber dado un paso de gigante en la investigación. Víctor Garza podía adivinarlo en el semblante de la inspectora. La magnitud del engaño al que Natalia Martínez sometía a su prometido era mucho mayor de la imaginada, aunque eso significaba que tendrían una ingente cantidad de sospechosos a los que interrogar. «Y aún no hemos indagado en la vida de Ignacio para buscar posibles candidatos a desear su muerte» añadía

Cristina Collado, «quizás allí aumentemos considerablemente la lista».

—¿Vamos a interrogar ahora a sus conocidos más íntimos? —preguntó Víctor mientras buscaba una emisora en la que pusieran música clásica o *jazz*. Solo encontraba pop, reguetón o flamenco.

—No, antes quiero usar la misma estrategia de entrevista con las otras amigas de Natalia, tal vez a Rosa se le haya escapado algún nombre importante. Olvida la radio y conduce hasta la casa de Azucena Martos mientras llamo a Nuria y le pido que vaya indagando lo máximo posible sobre los nombres que tenemos.

Azucena llevaba la misma ropa que recordaba Cristina de la entrevista anterior, o era muy similar. La ropa de gimnasio con colores fluorescentes le parecía toda idéntica, la inspectora solía ir a entrenar con camisetas viejas y unas mallas negras convencionales. ¿Qué pasaba con aquellas chicas? ¿No tenían trabajo ni nada mejor que hacer en todo el día que lucirse en prendas de licra y ponerse en forma en el gimnasio?

Esta vez, Azucena no la invitó a pasar al salón, sino a la cocina, donde les ofreció un café que ambos rechazaron. La gente veía demasiadas películas de policías o pensaba que estos solo bebían café, eso explicaría la costumbre que cada vez se arraigaba más. El nerviosismo por ser interrogada una vez más se percibía claramente en su semblante, además de sus gestos rápidos e imprecisos. Casi se le cayó su vaso con el café, luego trató de tomarlo con una normalidad que no convenció a nadie.

—Hemos hablado con Rosa, nos ha contado todo lo que había detrás de Natalia, sus amigos y juegos. Quiero tu versión, sin peros, sin balbuceos y sin hacerme perder un tiempo que no tengo para dedicarte a ti, ¿entendido?

Azucena cantó tan alto y claro como lo había hecho Rosa, igual que luego Francina Estévez y Julia López. El caso avanzaba y Cristina comenzó a ver el desenlace en su mente, pero este tenía un aspecto tan retorcido que prefirió guardarlo para sí misma y no aventurar nada a su compañero y resto del equipo hasta tenerlo todo bien atado.

Eran las cinco de la tarde cuando aparcaban a las puertas de la vivienda en que vivía el mejor amigo de Ignacio Herrero. Comenzarían a entrevistar a los contactos del novio, aunque lo harían por pura rutina. El caso seguía una senda inequívoca, eso le decía a la inspectora su instinto. Pidió a Víctor que se quedase en el coche, aparcado en doble fila, y este asintió sin protestar.

Regresó al cabo de media hora

Camino del segundo destino, Cristina lo puso al corriente de las respuestas del interrogado. Desde el segundo hasta el tercero, otros tantos minutos después, ella comenzó a narrarle sus conjeturas y sospechas, que el ayudante compartía a su vez. Dieron las diez de la noche en el reloj del coche cuando llegaban a la comisaría para hacer una reunión de última hora sobre los adelantos del caso. El cansancio acumulado hacía mella en todos ellos.

—¿Qué tenemos, Nuria? —preguntó Cristina nada más comprobar que estaban todos, incluidos el comisario Marcos Navarro y la recepcionista Irene Macías.

—Los mensajes internos de redes sociales son una mina, la víctima tenía una legión completa de candidatos para pasar un rato agradable, así como unos pocos que se hubieran comprometido con ella sin dudarlos. ¡Joder, unas tanto y otras tan poco!

—Nuria...

—Vale, vale, el caso es que los pretendientes más persistentes son muy allegados, quizá te sorprendas.

Cristina dejó esos datos tan sensacionalistas para más tarde y puso al corriente a todos sobre su propio listado, proporcionado por las amigas de Natalia. Usó la pizarra para escribir sus

nombres y así asegurarse de que no olvidaba ninguno. De lo sonsacado a los amigos del novio no había gran cosa, el chico no tenía deudas ni mantenía correspondencia íntima y sentimental con nadie que no fuese su prometida.

Marcos fue el primero en opinar sobre los datos de la pizarra.

—Un vecino de la puerta de enfrente y un compañero del gimnasio, ambos le pedían insistentemente que abandonase a su pareja para casarse con ellos. Incluso se les ve desesperados en los mensajes. Creo que deberías seguir la investigación por ese lado. Es más, los dos eran invitados a la boda. Quiero saber algo sobre ellos mañana al mediodía.

—Es lo que pensaba hacer, lo que pensábamos hacer Víctor y yo —respondía Cristina—, pero necesitaba tu opinión. Bueno, y la de todos los que están ayudando a resolver el caso de una forma tan rápida y eficiente.

—Nadie daba un céntimo por este caso, tan extraño y sangriento, ahora tú pareces a punto de solucionarlo en horas. No me defraudes.

Cristina hizo una señal a Nuria, Javier y a Víctor para que la siguieran a su despacho tras la reunión. Había las sillas justas para los cuatro. Nuria tuvo la excelente idea de llevar consigo la cafetera llena y varios vasos de plástico.

—Dime todo lo que sepas —preguntó la inspectora.

—¿No quieres que Marcos sepa lo que he averiguado?

—No se trata de ocultarle nada al comisario, sino de cumplir con el trabajo fijado, pero sin llegar a agobiarlo con datos sobre casos que ya no lleva él. Deja que se marche a casa hoy más temprano, lo necesitan tanto él como Laura.

—Ya, entiendo. Has querido que la reunión no se extendiera más de la cuenta porque tienes la solución del caso al alcance de tu mano.

—No lo tengo tan claro como acabas de definir, pero calculo que pronto estaremos cerrando el asunto. A ver, dime lo que habéis averiguado en los registros de las redes sociales.

Aquel tipo no tenía redes sociales y eso era más que extraño. No solo para el inspector David Sobrá, también para Nuria, que le confirmó que incluso sus padres, los de ella misma, tenían Facebook. David aparcó en doble fila, se bajó y observó la calle, su coche estorbaría más de lo que pensaba. ¿Cuánto tiempo iba a invertir en la entrevista? Quizá se prolongase por más de media hora y acabara teniendo que ir al depósito municipal en taxi. Hacía meses que había pedido una tarjeta nueva para colocar en el salpicadero e informar de que se trataba de un vehículo autorizado por la policía. En fin, la burocracia cada vez iba más lenta.

Subió en el ascensor hasta la quinta planta y llamó a la puerta con los nudillos, estaba abierta. Entró tras preguntar y oír desde el fondo que pasase a la cocina, justo a su derecha. Así lo hizo y esperó paciente hasta que Vicente Leal apareció envuelto en una toalla que tapaba lo justo. David se sintió incómodo.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó con cordialidad.

David rehusó la invitación.

—Dispongo de poco tiempo. Si no le importa, pasaremos a las preguntas.

—Está bien, dispara. —Y se rio con su propio comentario.

—Nos dijo en su anterior declaración que la chica caminaba sola por la calle, acertó con la ropa y la mochila que portaba a la espalda, tiene usted muy buena memoria.

—Gracias.

—En cambio, no recuerda nada más; solo que se trataba de un coche negro, ni marca, ni

modelo ni matrícula. Tampoco la fisonomía del tipo que presuntamente secuestró a Cayetana Marín. Un tanto extraño, ¿no cree?

—¿Qué insinúas? —Seguía tuteando a David, pero a este no le importó, solo quería sus respuestas.

—No insinúo nada, me limito a exponer los hechos. Son sus palabras, vio perfectamente a la chica pero no recuerda absolutamente nada del secuestrador ni del coche.

—Bueno, trabajo en el mundo de la moda, la chica era joven, guapa y con un cuerpo estilizado, vestía bien para ser una niña que va o viene del instituto. Tengo un blog y fotografío a gente por la calle que viste a la moda o es tendencia. Por ese motivo me fijé tanto en ella.

—La chica vive cerca de aquí, ¿nunca la habías visto?

—Hummm, no, creo que no. Me acordaría.

—Claro. Por cierto ¿a qué cafetería sueles ir por la zona?

—¿Una pregunta personal? ¿Está usted proponiendo una cita, oficial?

—Es inspec... olvídalo. Responda, por favor.

—A Numm, por supuesto, es lo único decente que tiene el barrio. Todo lo demás son tascas de mala muerte con viejos tomando carajillos y jugando al dominó.

—Claro, por las tardes no hay nada mejor. Incluso se acerca gente desde la otra punta de la ciudad.

—Lo sé, y las vistas del ocaso desde su terraza acristalada... divinas. He usado esa luz muchas veces para hacer fotos de gente guapa que me he encontrado allí. —Se había lanzado a hablar sin frenos, la sonrisa en su rostro indicaba que se sentía a gusto con el tema y con los recuerdos en ese local—. Incluso suelo salir algunas veces de copas con los propietarios, dos chicos muy majos que se llaman...

—Cayetana.

—¿Cómo dices?

—Estamos tratando de encontrar a Cayetana, que asistía con sus amigas a esa cafetería tres tardes a la semana, aunque tú no recuerdas haberla visto antes...

Las velas se habían apagado todas a la vez, eso era un mal augurio según sus creencias. Aunque todas fueran idénticas y encendidas al mismo tiempo, no era lógico que aparecieran apagadas a la vez; no, algo había del maligno en todo aquello. La foto de su niña aparecía ahora sumida en sombras, en tinieblas, por culpa de un desalmado que había decidido acabar con su vida, con su sonrisa y su voz alegre. ¿Quién había tenido la osadía de apagar el faro que guiaba el camino de quienes quedaban con su apellido?

La niña había nacido un veintinueve de febrero, eso era una señal de los dioses. Todo el calvario del viaje en barco, cargando con lo poco que pudo sacar de República Dominicana, tantos años atrás... Aún recordaba el pesar sobre su espalda, mucho menos angustioso que las preguntas sobre el futuro que les deparaba a ella y al bebé que llevaba en sus entrañas.

Sandra lloró cada noche durante aquel viaje en barco, a pesar del ánimo festivo de sus compañeros de travesía. No veía tan claro su destino, menos aún el de la niña que pronto daría a luz. Recibió ayuda de la tripulación y también del resto del pobre pero entusiasmado pasaje, y eso hizo que albergase esperanzas de lograr el éxito que nunca había hecho presencia ante ella o sus difuntos padres.

Según sus conciudadanos nada más llegar, la capital del país era una jungla complicada, con demasiados peligros y frenos a su frágil situación. Sandra rezó para que sus improvisados

consejeros guiasen sus pasos con amor y no con la aversión de los competidores. Haciéndoles caso, se aventuró en la etapa final de su embarazo a un viaje de siete horas en autobús para llegar a una ciudad que conocía de su breve época en el colegio. Los maestros decían que desde allí habían salido los tres barcos que guio Cristóbal Colón para descubrir una América que ya sobrevivía sin la ayuda externa que tan cruelmente recibió. Ella no buscaba hacer algo tan épico, solo dar a luz a su ángel y lograr garantizarle un techo y plato de comida diario.

La ciudad andaluza que la recibió, Huelva, no tenía el aspecto cerrado y siniestro que había imaginado. Unos conocidos de los compañeros del viaje la acogieron y luego fueron las enfermeras del hospital las que se hicieron cargo de su salud y bienestar. No tenía Seguridad Social, ni sabía lo que significaba, pero el doctor le había asegurado que, unas horas más tarde, en cuanto diese a luz a su niña, española de nacimiento, sería imposible que nadie pudiera deportarla. Esa palabra tan fea significaba que la echasen del país, pero ya no podrían hacerlo cuando su pequeña Natalia viniese al mundo.

Esa sensación de seguridad, de control, de supervivencia... hizo que comenzase a amar la ciudad que por fin podría ser la elegida para estacionarse. Con un clima cálido, playas preciosas y sin miedo a que los de inmigración la llevasen de vuelta a su país natal, del que había huido por no tener posibilidades de salir adelante, menos aún con una hija a punto de nacer.

La pequeña Nati corría por el parque en sus primeros años, ajena a los infortunios que sus antepasados habían sufrido, y que su madre dejó atrás no sin un esfuerzo considerable. En el colegio hizo amistad con amigas sudamericanas, gracias a vivir en un barrio como La Orden, en el que habitaban muchas familias que habían llegado en su misma condición.

Pronto apareció un padre, palabra que hasta entonces desconocía, para sumarse a los halagos y protección que le brindaba ella. Más tarde llegó otro, y luego otro más. Los hombres venían con facilidad, pero tratarlos y que tuvieran a la niña por propia era algo más complicado. Uno de ellos solo quería beber; otro se acostaba con ella y desaparecía luego durante días; otro les pegaba, a ella y a su niña; otro acariciaba a Nati demasiado, hasta el punto de tener que echarlo a patadas del piso de alquiler que compartían. Y así fueron deambulando de una casa a otra hasta dar con Alberto, un señor mayor que tanto ella como la niña llegaron a querer como a alguien de la propia familia.

Alberto las protegió y amó con más empeño del que hubieran merecido, ya que Sandra siempre había pensado que un hombre no era más que la mitad de un techo sobre el que guarecerse de la lluvia fría de invierno, pero Alberto fue el único que supuso una ayuda real en los tiempos difíciles, además de un cariño desconocido hasta entonces. Sandra se lo pagó manteniéndose al margen, y adoptando el papel de capitán de un ejército que no había sabido ni merecido gobernar.

Podía haber sido un padre despótico, ya sabía lo que eso suponía; también uno ávido de sexo fácil; o quizás un impotente que quisiera lavar su imagen a base de gritos y bofetadas: el seductor latino típico, según su propia y amplia experiencia. Pero Alberto resultó ser el hombre que ella ni merecía...

Lo observó, viendo la televisión sin parpadear siquiera, y comprobó que llevaba toda una vida equivocada. Regresaba de la habitación de la niña, de rezar por su alma una vez más, cuando comprobó que debía de haber sido él quien educase a la pequeña Nati. Tal vez pareciese un besugo a punto de entrar en el horno, pero era un hombre de los de verdad, de los que jamás le había levantado la mano a ella o a la pequeña, de los que jamás le había dicho qué hacer o cómo. Venía de un país en el que los hombres eran dueños y señores del destino de sus mujeres e hijos, y no comprendió que había llegado al paraíso en el que tomar sus propias decisiones.

Recordó cada discusión con la niña por la ropa, el maquillaje o la actitud ante los chicos que

aparecían, cada ven en mayor número, ante la puerta de casa. Todo lo que Alberto aconsejaba era por su bien, no eran imposiciones; todo lo contrario, consejos valiosos. Tras poner Sandra los puntos sobre las íes, el hombre acabó manteniéndose al margen, sufriendo las consecuencias que llegaban, pero sin decir una sola palabra sobre su opinión.

Poco a poco, Alberto fue sumiéndose en el papel que su esposa y madre de la niña había elegido para él.

Sandra observó al anciano desde el quicio de la puerta del salón, sin hacer el menor ruido para no alterarlo. La televisión daba un programa en un canal de la TDT, ni siquiera supo identificarlo; ¿qué más daba? Alberto seguía allí como desde hacía más de veinticinco años, a pesar de sus desplantes, de su mal humor, de tratarlo como no merecía.

Sandra comenzó a llorar en silencio, sintiendo que todo lo que había hecho era una locura, una estupidez que había desembocado en la muerte de su pequeño ángel. ¿Quién habría realizado semejante locura? ¿Sería Enrique? ¿Tal vez Arturo?

El cuerpo, los ánimos, la sensatez, la imagen de su propia hija en su mente... Todo lo que Cristina Collado albergaba en su interior le pedía que se marchase a descansar a casa, a dormir con su niña y recuperar el tiempo perdido, a cenar algo ligero y olvidarse de crímenes y bodas sangrientas. Podía ver a sus padres, a sus suegros, a Marcos y Nuria, todos la miraban mal por no saber desconectar... No, era Fran el que realmente aparecía ante su indiferencia. El padre de la chica se mostraba apesadumbrado, como si ella hubiera dejado de amarle, o de amar a los dos, a la niña y a él. No era el caso, pero sí sentía un distanciamiento progresivo que acabaría por hacerla olvidar hasta las facciones del chico que lo había supuesto todo para ella.

Fran había sido el motor de su vida, luego el padre de su pequeña, y ahora un recuerdo que se alejaba lentamente sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

¿Así funcionaba la mente? ¿Esa era la vida que le tocaba vivir a partir de ahora? Menuda mierda. No deseaba olvidar el rostro o la voz de su amor, y tener que recuperarlos en vídeos o fotos que se volverían más oscuros y lejanos a medida que avanzasen los años. La niña suponía un mensaje permanente sobre lo que debía hacer, pensar, recordar y sentir a cada segundo, pero Cristina no era estúpida, sabía que su hija iría creciendo a la vez que Fran se desvanecía como una niebla temprana en una mañana de primavera.

Su madre le había dejado preparados unos huevos y filetes rusos. ¡Joder con la comida ligera que le esperaba cada noche! No había ido al gimnasio en varios días, así que no debía cenar tan fuerte. Dejó la fiambra preparada para comerla como almuerzo el día siguiente y devoró dos yogures naturales con miel y nueces, mientras tanto pensó que iría a hacer pesas y algo de artes marciales el día siguiente, aunque cayese el cielo sobre la ciudad. No podía poner más excusas a su estilo de vida, al que la había mantenido ilesa hasta ese momento.

La niña respiraba muy fuerte sobre la cama mientras ella se cepillaba los dientes. Una vez en pijama, con el estómago medianamente lleno y lejos de los tejemanejes que el caso le exigía, comenzó a ver una luz blanca que no se le aparecía desde que buscaba al asesino de... No, debía dejar su experiencia en los Estados Unidos lo más alejada posible de su mente, un reducto que se fuera consumiendo lentamente, con el paso del tiempo, hasta convertirse en un grano de arena de un desierto olvidado.

Era el caso actual el que debía, si no había más remedio, ocupar su mente y hacer aparecer el insomnio del que presumían algunos, otros se quejaban, cuando llegaba la edad adulta de cada policía. Siete posibles autores del crimen, todos amantes habituales de la víctima, y ninguno de

ellos entrevistado por el momento. Había dado palos de ciego, menuda policía condecorada...

Esa noche soñaría con Marcos, un comisario que en el sueño iba haciéndose viejo a un ritmo antinatural, con un semblante cada vez más abatido y una mirada agria que no sabría definir. El cabello se volvía canoso antes de caerse por completo y dejarlo como un nonagenario consumido, arrugado. Antes que eso, Cristina corría tras él, sin llegar a alcanzarlo nunca, mientras se preguntaba si todo aquello no era más que un reemplazo, un relevo, para que siempre hubiese un policía sufriendo por la ineptitud de quien no merecía el cargo. Porque ella nunca llegaba a alcanzarlo...

No, tal vez ella lo fuese, pero Marcos Navarro no era ningún inepto, había demostrado su valía con creces; además de luchar porque ella siguiese la tradición de aumentar el nivel con cada nueva generación de comisarios. La pequeña, remota, pero no poco importante ciudad de Huelva, tendría el mejor equipo de policías que nadie... que ella pudiera proporcionarle. El asesino apareció de repente ante Cristina, pero ella no logró definir las facciones de su rostro como para identificarlo, así que corrió hacia él con su arma entre las manos y gritando «¡alto policía, no se mueva, queda detenido!».

No sabía cómo terminar la angustiada situación que asfixiaba su pecho, pero trató de elegir la forma más sensata, la de buscar una salida rápida y efectiva. Disparó a la sombra que se detenía ante ella, pero no logró el sosiego que esperaba tras acertar con su objetivo.

—Te he matado, pedazo de cabrón, estás muerto y la ciudad ha ganado... yo he ganado...

Y despertó. Eran las doce menos tres minutos de la noche, aunque ella hubiera apostado porque ya fuese la mañana del miércoles.

El día anterior había sido abrumador, yendo de un lado para otro, de la comisaría hacia las casas de las amigas de la víctima Natalia, luego de vuelta, y más tarde hacia las casas de los amigos de la víctima Ignacio, y de regreso a la comisaría para hacer la reunión programada. Y a pesar de ello, no suponía todo aquel ajeteo el fin de su trabajo; no, para Víctor Garza no era más que el principio de su jornada de investigación, de su momento de ordenar datos para luego indagar y hacer suposiciones sobre lo ocurrido.

La luz ambiente se había reducido a un tercio, ¿casualidad? No, era para que los ciudadanos que se acercasen durante la noche para poner una denuncia no se vieran intimidados por un exceso de iluminación, o para que los policías que tomaban sus datos no se mostrasen en un plano superior. Todo estaba estudiado por cerebros que habían redactado durante años informes para mejorar el servicio que se daba a los denunciantes.

Una señora mayor, de unos setenta años, gesticulaba con las manos ante el recepcionista del turno de noche cuando Víctor salió del despacho para buscar otro café que lo mantuviese despierto una hora más. Fernando tomaba buena cuenta de su protesta, a la vez que dedicaba una mirada cómplice al subinspector, al que reconocía de noches anteriores.

Por el gesto que hacía Fernando, Víctor intuyó que se trataba de una denuncia por robo con intimidación, lo que suponía el ochenta por ciento de las denuncias en la comisaría al cabo del día, y el noventa y cinco por ciento durante las noches.

Víctor regresó con la taza llena a su despacho y el silencio se hizo tras cerrar la puerta de cristal. Observó el escritorio de Cristina, vacío, los papeles y carpetas se encontraban ordenados en los cajones o el archivador de la izquierda, y entonces pensó durante unos breves minutos si ella sería capaz de resolver el caso antes que él, dedicando mucho menos tiempo.

Imposible...

Puso ante sí las declaraciones de las amigas de la víctima y comprendió que solo dos o tres de los chicos que señalaban podrían haber matado a la pareja, así que comenzó a indagar en las vidas privadas y redes sociales de cada uno de ellos. Aunque le llevase toda la noche, merecería la pena si encontraba al asesino antes de que el resto de policías comenzase siquiera con la investigación.

Llamó por teléfono a un tal Arturo, que parecía dormido cuando respondió desde el otro lado de la línea. Miró la hora en la pantalla del ordenador, la una y media de la madrugada. Demasiado tarde para molestar a un ciudadano de bien, y después de todo el chico no era más que un sospechoso. Arturo protestó al principio, se disculpó cuando se identificó el policía, bajó el tono de voz al saber que se trataba de la muerte de Natalia y lloró cuando se le informó de su posible acusación en el doble homicidio. Víctor no podía ver su rostro en ese momento, debía fiarse de su instinto al analizar la voz, pero apostaría a que era sincero, parecía un niño de mamá asustado; en las fotos de redes sociales se apreciaba a un chico delgado, de veinticuatro años, que vestía ropa de marca y sonreía de forma pusilánime.

«No ha estado mal como toma de contacto. Pasemos al siguiente. Son las dos de la madrugada, pero eso no me frenará, solo quedan cuatro chicos más».

Antes de llamar, fue a la cocina y preparó más café, allí decidió que debía ampliar el interrogatorio con algunas preguntas más, de carácter incisivo y tratando de desarmar a los sospechosos. Su reflejo en el cristal de la ventana lo sorprendió, parecía el de un anciano; pesadas bolsas bajo ojos encendidos. Necesitaba dormir más, pero ¿quién podría hacerlo cuando se jugaba tanto? No podía volver a fastidiarlo todo, como en su anterior departamento. Aprovecharía esta nueva oportunidad para ser el policía que un día llenaba de orgullo a sus compañeros y familia.

—No vuelvas a cagarla —se dijo a sí mismo.

—¿Cómo dices?

—Un agente de uniforme acababa de entrar y lo miraba intrigado.

—Nada, una tontería. Acabo de hacer café. —Y se marchó de nuevo al despacho.

Las tres de la madrugada y seguía sin poder pegar ojo. Su familia no comprendía qué había ocurrido para hacerle cambiar tanto de la noche a la mañana, como si a ellos no les hubiese afectado también. «Claro que las muertes de Ignacio y Natalia habían supuesto un duro golpe para todos, pero hasta el punto de no dormir ni comer desde entonces...» le dijeron esa misma tarde. Se había convertido en un espectro que deambulaba por la casa, cuando no estaba tumbado en el sofá, observando el techo del salón y negando con la cabeza ante cualquier pregunta que le hiciesen, sin importar el contenido.

Antes era despreocupado, divertido, siempre dispuesto a la aventura, fuese en un viaje a África o en recorrer Europa con una mochila, aprendiendo idiomas mientras engatusaba chicas con su sonrisa de sinvergüenza. Antes era la chispa de su familia y amigos. Antes era un ser humano y ahora solo quedaba un despojo, ni siquiera una sombra.

«Me atraparán, me acusarán de asesinato y pasaré veinte años en la cárcel. Soy un miserable, pude haberlo evitado y, a pesar de eso... El puto alcohol lo hizo. Sí, no fue culpa mía. Podría entregarme y alegar que no sabía lo que hacía, que estaba muy borracho. Solo defendí mi vida ante un ataque, me defendí como pude... fue en legítima defensa. ¿Natalia? Joder, claro, ella no me atacó. Maldita sea. Solo puedo tratar de salvarme con lo del alcohol, pero para eso debí entregarme en ese momento, así los análisis reforzarían mi defensa. Si lo hago ahora, todos se

preguntarán el motivo de haber esperado tanto. No, no puedo entregarme, es tarde para eso. ¿Cuánto tardarán en llegar? ¿Por qué demonios tardan tanto en descubrirme? No puede ser que ninguna persona me viera al salir de los baños, ni siquiera los camareros. ¿Tan distraída está la gente en las bodas? ¿Tan pendientes de sí mismos? Debieron ser los nervios, pero yo pensé que todos me observaban en ese instante».

«Un polvo... Qué digo, ni llegué al final, una estupidez me llevó al error más grande de mi vida. Todos me decían que acabaría teniendo un accidente fatal si seguía con ese tren de vida, pero no imaginé, ¿quién podría hacerlo?, que echar por fin un polvo con la guarra de Natalia me llevaría al final del camino».

«¿Cuánto tardarán en atraparme?».

Viernes, 5 de abril.

Tenía tres llamadas perdidas de Víctor en el teléfono móvil, ninguna de ellas había podido despertarla porque era tan previsora como para poner el móvil en silencio cada noche y así no despertar a la niña si ocurría algo en la comisaría. Después de todo, ella era la única que cuidaba del bebé por las noches. No podría abandonarla por muy grave que fuese la emergencia. Lo extraño es que solía despertarse con la simple vibración del aparato sobre su mesita de noche, pero esta vez no lo hizo con ninguna de las tres llamadas.

Se levantó con sigilo, entró en el baño y cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido, llamó a su compañero y puso el manos libres para poder hablar con él mientras se lavaba la cara y los dientes. Seis tonos, ya pensaba en colgar.

—¿Cristina?

—No hables tan fuerte, por favor —susurró—. Dime, ¿ha ocurrido algo?

—Tenemos al asesino.

Cristina quedó con el cepillo de dientes y el tubo de pasta en el aire, congelada ante ese comentario.

—¿Sigues ahí?

—Sí, estaré en la comisaría en unos diez minutos.

No le dio tiempo a darse una ducha, ni a tomar un desayuno. Solo a llamar a su suegra para que llegase unos minutos antes a cuidar de la niña.

El trayecto en coche le sirvió para hacer balance de lo sucedido. Con total probabilidad, se trataba de un invitado a la boda, así que Víctor se habría referido a uno de los que tenían en el listado. ¿Quién sino un amante de la chica haría esa barbaridad? Estaría practicando sexo con la novia y fue sorprendido por el novio, eso fue suficiente para él y acabó con la pareja. No, eso era absurdo. Ignacio Herrero era un calzonazos, no hubiera montado una escena, menos aún el día de su boda y ante su familia. ¿Y para qué matar a la novia? ¿Quizá para eliminar a un testigo? No, el asesino tuvo que tomar una decisión basada en algo más que un arrebató sexual, una infidelidad o un brote psicótico. Esas cosas solo ocurrían en la ficción. ¿Y quién demonios llevaría un cuchillo encima en el cuarto de baño? Solo alguien que espera usarlo, pero sería demasiado casual encontrarse con los dos novios en el baño, salvo que los hubiera citado el propio homicida... La cabeza le daba vueltas, sin café no lograría sacar nada en claro, aunque eso ya no importaba, en pocos minutos conocería lo ocurrido, las conjeturas que habían llevado a Víctor a sus razonamientos y a pedir la orden de detención del sospechoso.

Marcos le hizo una señal desde el otro lado del cristal que separaba su despacho del pasillo, Cristina entró.

—¿Ha pasado algo?

—Tu compañero ha solicitado a primera hora una orden de detención, el fiscal la ha

concedido y llevan esperándote una hora en la sala de interrogatorios número tres.

—¿Llevan? ¿No vienes tú también?

—Solo si me necesitas, y ya te digo que no. Puedes hacerlo mejor que nadie.

—No he desayunado, voy a por un café bien cargado y bajo a la sala, no creo que les importe esperar tres minutos más. ¿Eso es todo?

—No, no es todo. —Marcos se relajó sobre su sillón, exhaló todo el aire de sus pulmones y miró a la inspectora de una forma que ella no fue capaz de definir—. ¿Qué piensas de tu nuevo compañero? —dijo por fin.

—Solo llevo tres... dos días con él, no me he hecho aún una idea fiable o fidedigna de su capacidad.

—No me des un informe detallado de su vida, de sus cualidades y de su entrega en el trabajo, eso no me interesa. Te he preguntado por tu intuición, has pasado a su lado muchas horas estos dos días, ¿qué te parece?

—Creo que es un buen policía, se esfuerza y entrega como pocos en la comisaría, además de...

—Déjate de chorradas, estamos entre amigos ¿no? Deja de cubrir a un compañero y sé sincera.

—¿A qué viene todo esto? —Cristina, que había permanecido de pie durante la conversación, se acercó al escritorio y tomó asiento. La montaña de expedientes sobre la mesa casi le impedía ver la cara de su amigo.

—Me gusta saber a quién tengo bajo mi mando, sobre todo después de lo ocurrido... ya sabes cuándo. Tu opinión es, junto con la de David Sobrá, la más fiable para mí. Si un compañero nuevo, sea recién llegado de la academia o trasladado desde otra comisaría, te provoca dudas o crees que debemos tenerlo en cuarentena, solo tienes que decírmelo. No quiero corporativismo, eso solo conduce a encubrir a malos agentes solo porque son simpáticos.

—Nunca te ocultaría algo.

—Lo sé. Pero también entendería que tuvieras compasión por un compañero que lo está pasando mal en un momento determinado, aunque eso supusiera un descenso del rendimiento en los casos. Eres la mejor de la comisaría, mi sustituta, si no te fichan en una ciudad más grande; así que, mientras estés bajo mi mando, espero de ti una ayuda imprescindible para llevar este barco.

—Sé que estás hasta arriba de trabajo, y además Laura te estará machacando desde casa, así que no te preocupes, estoy contigo en esto y te informaré si Víctor u otro policía no rinde de la forma adecuada; aun a riesgo de que me gane la enemistad del resto de policías.

—No podemos permitirnos más zánganos. Estos meses hemos cambiado a cuatro por policías novatos y tenemos a los del sindicato presionando por los derechos de los despedidos. ¡Qué asco de mundo! Como si no tuviéramos bastante con los delincuentes, ahora nos acosan abogados por despedir a quienes cobran por pasear la placa.

Cristina sonrió por toda respuesta. A Marcos pareció bastarle.

No sabía a quién encontraría en la sala de interrogatorios número tres, pero abrió la puerta con decisión, allí la esperaba Víctor Garza junto a quien sería el fiscal asignado al caso, Fernando Gallardo, que no conocía aún en persona; además del detenido, un chico de algo menos de treinta años que miraba de forma arrogante a la inspectora.

—Es un honor conocerla —dijo el fiscal tras levantarse y extender su mano—. Dicen que es la mejor policía del país.

—No haga caso a todo lo que oiga, pero gracias por sus palabras. Y les pido disculpas a todos por mi tardanza. Víctor, ponme al corriente.

Su compañero no tuvo que repasar toda la información que llevaba consigo en un gran archivador, el cual descansaba ante él y en un extremo sobre la mesa metálica, la recitó de memoria mientras le cedía el sitio de honor para efectuar el interrogatorio al detenido.

Unas horas antes:

¿Quién llamaría a la puerta de su casa a esas horas de la mañana? Aún no había sonado su despertador, o eso pensaba Fernando a la vez que tanteaba la mesita de noche en busca de su teléfono móvil.

Las siete menos cuarto de la mañana. Hubiera apostado a que se trataba de la loca de su vecina, una vieja con hipocondría que llamaba cada dos por tres para preguntar si se mostraban sus ojos hinchados, su frente con más temperatura de lo normal o una verruga de su pierna aparentaba ser un cáncer de piel; pero esa insistencia en pulsar el timbre descartaba a la pobre Matilde.

Se levantó para abrir la puerta, tras la cual aparecieron dos policías de uniforme leyéndole sus derechos. Entonces recordó al imbécil maleducado que le había llamado por teléfono a las tres y media de la madrugada para preguntarle por su relación con la difunta Natalia. Parecía que la policía estaba cada vez peor.

«—¿Hablo con Fernando Gallardo?

—Sí, ¿quién coño llama a estas horas?

—Mi nombre es Víctor Garza, subinspector de la Policía Nacional, necesito hacerle unas preguntas.

—¿No puede esperar a mañana? Espere —alejó el teléfono de su cara para ver mejor la pantalla— joder, son las tres y media, ¿es usted gilipollas?

—No me falte al respeto, ¿le he dicho que soy policía? Quiero hacerle unas preguntas sobre su relación con Natalia Martínez.

—¿Relación? ¿De qué me está hablando? Apenas conocía a Natalia.

—Claro, y por eso lo invité a su boda, ¿a cuántos compañeros del gimnasio cree que invitó?

—Pues no lo sé, no tuve acceso al listado.

—¿Se cree muy gracioso?

—Oiga, es usted el que ha llamado de madrugada para tocar los cojones.

—Esa actitud no le ayudará en su defensa.

—¿Qué defensa? ¿Quieren cargarme el muerto a mí? Los dos muertos, mejor dicho. Voy a contratar a un abogado que les joda esta intentona de buscar un cabeza de turco.

—Estaba usted sentado en la mesa número doce, ¿verdad?

—Sí, junto a nueve personas más. Algunos de ellos deberían ser detenidos por sus conversaciones tan absurdas.

—¿Podría alguna de esas nueve personas asegurar que usted estuvo sentado a la mesa durante todo el tiempo que pasó entre el servicio del primer plato y el descubrimiento de los homicidios?

—¿Y yo qué coño sé? Pregúntele a ellos. Yo no me moví de la mesa, pero si desea comprobar mi coartada, debería preguntarles a ellos, ¿no le parece?

—No siga por ese camino, no se lo recomiendo...

—¿Me está amenazando?

—¿La relación sentimental que mantenía con Natalia pudo originar el enfrentamiento que

acabó con la vida de la misma y su marido?

—¿De qué coño habla? Nati era una zorra que follaba con todo el que se le cruzaba, yo no era una excepción, sino uno más en el rebaño. Si va a acusar a todo el que se la tiraba, necesitará un autobús para llevarnos a comisaría.

—No ha respondido a mi pregunta, ¿ella le importaba lo suficiente como para enfrentarse a su marido?

—Pues sí, claro que sí, los maté porque me tocaba los cojones que se casara con su marido en lugar de conmigo, no te jode. Vete a la mierda».

Fernando Gallardo acabó la llamada. El mayor error de su vida.

Unas cuantas horas después, Fernando era testigo de la aparición de la inspectora al mando, ya había conocido antes al policía con el que había hablado en la madrugada y luego al fiscal que lo observaba con desdén y en silencio desde que entró por la puerta; como si tuviese la culpa de haberlos hecho madrugar a todos. Por más que intentó decir que lo dicho en la conversación telefónica era falso, que estaba enfadado por el trato y que demandaría a la Policía y al Ministerio, si era necesario, nadie le hizo el menor caso, salvo el abogado de oficio que apareció al cabo de unos minutos, con legañas, un traje barato y arrugado y nombre de conquistador: Cristóbal Asensio.

—¿Qué pretenden hacer con mi defendido? ¿De qué lo han acusado? Exijo una copia del informe y hablar con él a solas.

El fiscal sonrió, era la enésima vez que oía decir esa parrafada de carretilla. Todos los abogados de oficio, recién salidos de la universidad, lo recitaban de memoria durante sus primeros casos. El tal Cristóbal Asensio no tendría más de veinticinco años, casi le daba lástima el acusado, menuda defensa le esperaba...

Mientras el sospechoso se sumía en una conversación entre susurros con su letrado en un extremo de la sala, Cristina tomó posesión de la silla principal y preguntó a su compañero, también usando el tono más bajo que pudo emplear, por los motivos para haberlo arrestado.

—Ayer llamé a cada sospechoso de la lista, este se mostró particularmente molesto, a la defensiva a un nivel que no imaginas, llegando a bromear con la autoría.

—¿Reconoció el crimen?

—No sabría decir si en broma o en serio, posiblemente el primer caso, pero entenderás que...

—Joder, Víctor.

—Ya, ya sé lo que me vas a decir, que no es motivo...

—Lo hiciste de madrugada, ¿verdad?

—¿Cómo sabes?

—Esto es Andalucía, aunque no creo que diste mucho de la reacción que tendría un ciudadano español cualquiera si lo llaman al teléfono de madrugada para preguntarle por su participación en un crimen. Claro que aquí, en el sur, lo lógico es que además te vacilen.

—Bueno, espero no haber metido la pata.

—Si este chico tiene coartada, lo más probable es que el fiscal no nos conceda otra orden de detención para otro sospechoso, salvo que se trate de alguien que se haya autoinculpado o contemos con media docena de pruebas irrefutables sobre su autoría.

—Joder.

—No, ya que estamos aquí, aún podemos apostar todo a este caballo; quizá sea el vencedor de la carrera, después de todo.

—No te he entendido nada, pero apoyo lo que consideres.

Cristina sonrió para darle algo de seguridad, aunque sabía que aquello había sido una metedura de pata que tardarían en olvidar. Víctor Garza venía de narcóticos, donde se podía arrestar e interrogar a cualquier sospechoso, y si no era autor del delito, lo sería de otros tantos. Nunca se iba la policía con las manos vacías. En homicidios la cosa cambiaba radicalmente, acusar a un inocente de un crimen traía consecuencias nefastas para el departamento y el comisario, además de suponer un toque de atención en la carrera del inspector al mando. Víctor había liado una buena. Cristina no temía por su futuro ascenso, si algún día llegaba, sino por la reprimenda que el pobre Marcos tendría que sufrir en una etapa tan complicada de su vida.

—En fin —suspiró tan fuerte que todos la observaron en silencio—, ya que estamos aquí, vamos al lío.

—¿Al lío? ¿Qué significa eso? —preguntó Víctor en un susurro.

—Ahora lo verás —respondió ella.

Cristina apartó el informe a su derecha y miró durante unos largos segundos al testigo, con la mirada firme y tratando de ponerle lo más nervioso posible. Prolongar al máximo la primera pregunta, además de mostrarse fría y distante, era de manual; pero estudiar el tono de voz y los gestos que realizara el interrogado durante las respuestas no se aprendía, venía de serie con el talento innato de cada policía.

—Acabamos de hablar con los compañeros de su mesa durante la boda —mintió Cristina—. Nos han asegurado que no sabrían decir con precisión si usted estuvo sentado en la mesa a la hora en la que se produjeron los asesinatos de Natalia e Ignacio. No es algo extraño, ya que en las bodas no se tiene un especial recuerdo de lo que hicieron los demás, salvo que fuese algo muy destacable. ¿Qué tiene que decirme al respecto?

—Yo no hice nada. Que esos cabrones no se acuerden de mí no es culpa mía, estuvieron todo el rato ocupados con sus conversaciones de mierda sobre lo mal que va el país y esas chorradas que siempre comentan los muertos de hambre sin mejor conversación. Pero yo no me levanté de la mesa en ningún momento. Fui a mear al baño exterior durante el cóctel en el jardín, justo antes de entrar al salón para la cena, y no me moví de la mesa en toda la noche, hasta que apareció aquel camarero gritando por haber encontrado a...

—¿A quién? ¿A la chica con la que te acostabas periódicamente? ¿Qué sentiste al saber que la habían asesinado, además de a su marido?

—No respondas a eso —lo interrumpió el abogado, luego se dirigió a la inspectora—. Ustedes pregunten por lo que ha hecho mi cliente o dónde ha estado, pero nada de sentimientos personales. Si el interrogatorio no sigue por el cauce habitual, mi cliente se acogerá a su derecho de no hacer declaraciones.

—Está bien, no se excite tanto. Señor Asensio. —Y volvió al detenido—. ¿Qué relación mantenía con la víctima, Natalia Martínez?

Fernando Gallardo miró a su abogado antes de responder.

—Nos conocemos desde hace años. Coincidimos en un trabajo eventual, empaquetando regalos en unos grandes almacenes, salimos a tomar unas copas y... bueno, ya sabe. En la actualidad vamos al mismo gimnasio.

—También nos consta que seguían manteniendo una relación esporádica. En los mensajes privados de redes sociales queda claro que se reunían cada semana o quince días en la casa de usted, además de mantener conversaciones subidas de tono. ¿Lo invitó Natalia a la boda para tener un encuentro con ella en los baños?

—No contestes —interrumpió el abogado—, el motivo por el que te invitó la novia era cosa

suya, tú no tienes por qué saberlo.

—Está bien. ¿Se citó Natalia con usted en los baños?

—No, ni siquiera hablamos ese día, ni pensaba en estar con ella en ningún momento. Somos buenos amigos, no solo nos acostábamos, solíamos conversar durante horas. De hecho, pensé que no volveríamos a fo... a hacerlo tras su boda, por respeto a su marido.

—Claro, eso es muy respetuoso... —murmuró el fiscal.

—Mi cliente está cooperando, no deberían hacer bromas ni usar el sarcasmo.

El fiscal no se disculpó, solo miró a su colega abogado con sorna, luego tosió para que Cristina se diese por aludida y acelerase el interrogatorio.

—Bien, ningún juez lo condenará por infidelidad, eso no sería ni un indicio en su contra, pero voy a tomar una muestra de ADN, si coincide con la saliva que se encontró en la boca y cuello de la víctima Natalia Martínez, estará usted en un buen lío. Tiene unos minutos para pensarse lo que va a hacer a continuación. Una declaración voluntaria reduciría la condena considerablemente.

—Quisiera hablar a solas con mi defendido —solicitó el abogado. Cristina miró a los presentes, suspiró y salieron todos en silencio; antes apagaron la cámara de la pared.

Cristina se dirigía hacia la cocina. El fiscal la llamó antes de que llegase a su destino.

—¿Adónde vas?

—A por otro café, lo necesito. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensaba que querías oír lo que van a hablar esos dos.

—No podremos usarlo en un juicio y, de todas formas, ya pensaba preguntaros a vosotros.

—Está bien, entonces te acompaño.

Víctor no preguntó. Alguien debía estar con el agente en la sala contigua escuchando lo que hablase en detenido con su abogado, y, después de todo, era su detenido.

Fernando Gallardo se veía muy asustado, sudaba copiosamente y se frotaba el cabello sin parar; algunas veces daba palmadas sobre la mesa y no lograba centrar la mirada en ningún punto concreto, a pesar del interés que ponía su abogado en decirle lo que debía hacer y decir. Para Víctor estaba todo clarísimo, llevaba la palabra culpable en la frente. No tardarían más de unos minutos en sacarle una confesión para reducir la condena.

Al otro lado del cristal, el abogado le decía a su cliente que, si era culpable, no se lo pensara un minuto y colaborase con la policía. En caso contrario, no debía hacer más declaraciones hasta que se formalizase la acusación contra él; y continuó hablando y dando consejos durante unos minutos antes del regreso de la inspectora y el fiscal.

Tras reanudar el interrogatorio:

Fernando asentía al argumento que pronunciaba el abogado en su nombre, cada palabra y cada frase, aunque daba la sensación de hacerlo por inercia, con un semblante que parecía colocar su cerebro en algún punto alejado del planeta.

Una vez finalizado el interrogatorio, Víctor tomó una muestra oficial de ADN ante abogado y fiscal y Cristina preguntó al detenido una última vez si se declaraba culpable de los homicidios, este insistió en que no había matado a nadie y quedó en libertad, sin la posibilidad de salir de la ciudad hasta que la policía científica hubiera cotejado su ADN con el hallado sobre la víctima.

Héctor Segura refunfuñaba al leer el correo electrónico; en él se informaba al agente de la policía científica sobre la máxima urgencia al analizar y cotejar la muestra de saliva que recibiría en pocos minutos con la hallada en la boca de la víctima mujer. No se había terminado su desayuno y ya estaban con las urgencias de las narices. ¿Allí no había nada que no fuese urgente?

Se tomó lo que quedaba en su taza de café y abrió la muestra de ADN tomada del rostro de la víctima, así adelantaba trabajo mientras esperaba a que llegase la muestra nueva con la que debía cotejar. Se rascó la calva y miró al fondo de la sala en la que trabajaba, aún no se veía a nadie acercándose a su mesa. Menuda urgencia... Bueno, siempre podría ocupar el tiempo cotejando con otras muestras de ADN que había recibido del mismo caso. El departamento estaba hasta arriba de trabajo y sus tareas se acumulaban, pero nunca había presupuesto para contratar ayudantes, seguro que sí lo habría para comprar nuevos y relucientes coches patrullas... En fin, no servía de nada quejarse.

«Mierda, esta muestra no era necesario compararla, ya se descartó en la autopsia. Bueno, el ordenador está trabajando y tampoco se puede frenar sin tener que reiniciar luego el sistema».

Silbando una canción que no se sacaba de la cabeza, se reclinó en el sillón con las manos cruzadas tras la nuca y se puso a esperar mientras en la pantalla se desplazaban lentamente unas barras de progreso.

Marcos entró el último en la cocina, allí ya estaban Irene, Nuria, Víctor y Cristina. Tomó un bollo de chocolate de la bandeja en el centro de la mesa y se sentó a la derecha de la inspectora.

—Bueno, invirtamos unos minutos para analizar el estado actual del caso y, de paso, que el comisario esté informado de primera mano y nos oriente y aconseje, si lo desea o estima oportuno.

Marcos no podía hablar, tenía la boca llena con el bollo, en ese momento se sintió como su excompañero David Sobrá cuando solía engullir una pizza familiar de cuatro bocados algunas mañanas durante los trayectos en coche.

—Bien, mientras Marcos se toma su tiempo para no morir asfixiado, empezaré la exposición. Hemos hecho un listado de posibles candidatos tanto por parte de la novia como del novio, aunque Ignacio no ha aportado ningún nombre, no parecía haber nadie que tuviera motivos para asesinarlo en su trabajo y entorno en general. La chica, en cambio, mantenía relaciones sexuales esporádicas con cinco amigos en la actualidad, todos ellos estaban invitados a la boda.

—Fiiiiuuuuuu —silbó Irene.

—Sí, yo también reaccionaría así, pero recordad que no somos nadie para juzgar la vida que eligen llevar otros, solo descubrir al asesino de este crimen. Continuemos, por favor. La noche pasada, Víctor hizo una serie de llamadas a los cinco sospechosos y, usando su intuición, determinó que Fernando Gallardo, un antiguo compañero de trabajo de Natalia, merecía ser interrogado más a fondo. Una orden de detención firmada por el fiscal y varias horas más tarde, hemos podido hablar con él y constatar que es un candidato con posibilidades. Por ahora solo eso, debemos esperar a los análisis de su ADN para tomar una decisión en firme.

—¿Se ha declarado inocente durante el interrogatorio? —preguntó Marcos. Todos lo observaron en silencio.

—Sí, así es —respondió la inspectora.

—Entonces es inocente.

—Bueno, suelen declararse la mayoría de las veces inocentes... —Víctor intervenía con un visible titubeo en la voz.

—En Homicidios las cosas funcionan de un modo muy diferente a Narcóticos. Valoro tu entrega y creo que lo estás haciendo muy bien, pero el paso ha sido en falso. A ver, usemos la lógica. Si un detenido por homicidio se declara inocente tras sacársele una muestra de ADN para cotejar con el asesino, es que es inocente. No necesita un abogado que le aconseje, él mismo sabe que declararse culpable y cooperar con la policía reducirá un buen número de años su condena, y

su acción podría pasar de asesinato a homicidio. Salvo que el tipo que habéis entrevistado fuese imbécil, no es el criminal que buscamos.

Cristina pensaba igual que el comisario, no cruzó la mirada con él porque no deseaba que leyese su mente. Había defendido la hipótesis de su compañero, a pesar de no confiar en ella, y había cometido un error. Como inspectora al mando, debía pensar por sí misma y ser fuerte en sus decisiones, no dejarse llevar por sentimentalismos y buenas acciones, como apoyar a su compañero en las decisiones que tomaba sin haberle consultado. Ahora debía mostrarse fuerte y capaz ante Marcos, asumiendo su error, ya que era ella la que había fallado al no frenar el ímpetu y las acciones de Víctor. No debía esperar un minuto más y hablar con el comisario a solas.

Se terminó la reunión y cada integrante volvió a su trabajo, salvo Cristina y Marcos, que se quedaron unos minutos más. El comisario sintió que la chica iba por el camino correcto, aún no tenía los treinta años y ya asumía errores de su equipo como propios, eso no era habitual, en absoluto. Claro que Cristina no pensaba del mismo modo, se sentía una estúpida por no ser capaz de gobernar mejor sus recursos. «Si no soy capaz de frenar a mi ayudante, ¿cómo podría llevar una comisaría con setenta policías?» pensó.

Víctor la esperaba en el despacho.

—Lo siento, yo...

—No es momento. Has tomado una decisión, seguramente errónea, pues aprendamos de ella y sigamos hacia delante. Esperaremos a los resultados del ADN, como habíamos decidido, y luego obremos en consecuencia. ¿Tienes grabadas las conversaciones de anoche con los cinco sospechosos?

—Sí, te las paso ahora mismo.

—Víctor.

—Dime.

—Somos un equipo, ¿está claro?

—Sí, por eso te has comido por mí la mierda que he provocado.

—No, te lo he dicho porque, como equipo que somos, debiste consultarme antes de pedir un orden de detención.

—No cogías el teléfono.

—¿A las tres de la mañana? Tenemos que aprender a frenar, a pausar todo esto y tratar de hacer una vida normal. Este trabajo puede destruirte, no se lo pongas sencillo. Esta tarde, sin importar cómo llevemos el caso, te marchas a casa a las seis. Te necesito fresco y descansado, no tomando decisiones precipitadas.

—Está bien, disculpa.

—Nada de disculpas, aprenda...

—Aprendamos de los errores. Gracias.

Ella no respondió, solo fue a su mesa y miró los correos electrónicos.

El revuelo que se formó al otro lado del cristal hizo que Cristina se sobresaltase. Todos los agentes y oficiales de la sala común se habían levantado de sus mesas para ir a la zona de la entrada. Al fondo, Irene abrazaba a David Sobrá, el resto de policías aplaudían y le daban palmadas en hombros y espalda. ¡Había resuelto el caso de la chica secuestrada! Y lo había hecho con éxito, encontrándola sana y salva, eso se podía adivinar por el jolgorio. Se lo merecía, David era un gran policía que estuvo durante más de un año a la sombra de Marcos Navarro sin protestar ni dejar que su instinto se adormilase. No todos hubieran sido capaces de tal logro.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó Víctor.

—Parece que David ha resuelto el caso.

—Bueno, nosotros lo haremos con el nuestro en pocas horas, ya lo verás.

Cristina no respondió, solo observaba a David, sin ser capaz de salir fuera a felicitarlo; aunque ya hablaría con él más tarde, quizás otro día, durante el almuerzo. Sí, cuando todo el revuelo pasara y él le contase con pelos y señales todos los datos del caso. De los grandes siempre hay que aprender.

Sí, pero mejor otro día.

A pesar de pedir que se diera prioridad al caso por parte de los investigadores, la autopsia definitiva no reflejaba nada nuevo. Los análisis de fluidos y órganos, obtenidos en tiempo récord, no alteraban las conclusiones preliminares de la forense Maite Redondo, como constató la inspectora al terminar de leerlo; antes había oído tres veces las conversaciones de Víctor con los cinco sospechosos entrevistados durante la madrugada. Se acercaba la hora de almorzar y al otro lado de su despacho todo había vuelto a la normalidad. Se sentía como una estúpida por no haber salido a felicitar a David, pero no podía hacer otra cosa, su mente no le permitía en ese momento tomarse un segundo fuera del caso.

Víctor no había pronunciado una sola palabra en la última hora, la chica podía adivinar su congoja ante el error, pero era tarea propia el salir del agujero y volver a la luz. Y más le valía hacerlo pronto, porque lo necesitaba para cerrar de una vez aquel maldito caso.

Repasó los informes forenses y los de la científica una vez más, por si encontraba algo que se le hubiese escapado, terminando cuando ya media comisaría se había marchado a almorzar, incluido su compañero, con el que no le apetecía comer ese día. No había encontrado nada, ninguna respuesta de los cinco sospechosos que indicase algo peculiar. Tampoco en las analíticas llenas de tecnicismos que tenía en los informes de Maite y los chicos de la división científica. ¿No era capaz de ver la respuesta ante ella porque no estuvo allí la noche de los crímenes, o porque lo ocurrido con el fallo de Víctor la había alterado hasta hacerle perder el instinto? ¿Instinto? ¿Lo habría perdido en los meses que llevaba fuera de servicio? ¿Lo de Estados Unidos fue solo suerte?

«Estás en algún sitio, quizás en estos listados... o tal vez escondido al margen de los invitados a la boda, pero te encontraré, te lo juro».

Revisó de nuevo la lista de invitados, era una versión redactada por Nuria Carvallo, en la que aparecían parentescos con los novios o padres de los mismos, con colores que iban del azul (niños y ancianos) a rojo (personas con un vínculo muy especial con las víctimas). Cristina trató de visualizar a cada uno de los que tenían los colores más «fogosos» (naranjas y rojos) y los imaginó llegando al baño con un cuchillo para acabar con la vida de la pareja.

«Esto es absurdo, no voy a visualizar la cara del homicida por arte de magia. Debería dejar trabajar a mi equipo, ver si el ADN del sospechoso entrevistado esta mañana se corresponde con el hallado en el pecho de Natalia y luego, en caso negativo, probar con los otros cuatro. Si es necesario, pediré una muestra de ADN a cada invitado de la boda y a cada camarero. El fiscal me mandará a la mierda, igual que el alcalde y el defensor del pueblo, pero es la forma más rápida y no se deben escatimar recursos a la hora de buscar a un asesino».

Se levantó decidida a almorzar de una vez. Aún no tenía apetito, pero Nuria no había regresado y una conversación distendida con ella lograría que se relajara y pudiera contemplar el mundo y su trabajo con otros ojos. Necesitaba un giro radical para... ¡Dios santo, llevaba solo tres días incorporada al trabajo y ya parecían tres años! Ni siquiera recordaba los malos momentos vividos, y que habían provocado sus miedos y la baja laboral que se extendió durante

más de lo esperado. Marcos había elegido la mejor prueba para ella, un caso difícil y sangriento, un compañero nuevo y nada de apoyo por parte de otros inspectores. El comisario la tenía como el activo más valioso de la comisaría, incluso del país —eso decía, aunque ella no lo pensaba ni por asomo—, y quería exprimir su talento para buscar el potencial que, por otro lado, ella misma no veía.

«Lo de Estados Unidos solo fue suerte».

—¿Qué dices de Estados Unidos?

Nuria la observaba desde su silla. Cristina acababa de llegar al restaurante habitual, frente a la comisaría, donde sus compañeros ya terminaban el postre.

—¿Estados Unidos? —preguntó la inspectora.

—Sí, has susurrado algo así al llegar.

—No será nada, ni siquiera recuerdo en qué pensaba. ¿Habéis terminado?

—Sí, pero me quedo contigo un rato, no comerás sola.

—Ese lema quedaba bien entre las chicas del grupo de la comisaría cuando éramos...

Cristina se calló en el acto, no se dio cuenta de la metedura de pata.

—Cuando éramos todas iguales, puedes decirlo —apuntó Eva, una compañera de promoción que aún era agente. Luego se levantó y marchó, pero antes de eso...—. Buenas tardes, inspectora.

—Joder, qué metedura de pata.

—No se lo tengas en cuenta, no ha ascendido en estos años porque se pasa el rato contando cotilleos, llamando a su madre por teléfono o tonteando con los agentes más guapos.

—Eso no quita que debiera tener más tacto.

—Olvidemos eso. ¿Has pedido?

—Sí, en cuanto he entrado por la puerta, lo de siempre.

—Ensalada de lechuga y atún, y pollo a la plancha —dijo Cristina con una sonrisa.

—¿Para qué cambiar...

—...cuando uno tiene claro lo que le gusta?

Nuria se llevó las manos a la boca para evitar la exclamación de asombro. Se sintió hundida en ese momento.

—Lo siento, no quería...

El recuerdo de Fran, que solía decirle eso cuando iban juntos a comer, hizo que una lágrima recorriese su mejilla. La inspectora la limpió con naturalidad y trató de sonreír a su amiga.

—Parece que este almuerzo es el de los malos recuerdos o meteduras de pata. No te preocupes, no pasa nada. Además, va siendo hora de reemprender la marcha. El recuerdo de Fran estará perenne en mi memoria, pero debo ser fuerte y aprender a vivir sin él.

—Por tu niña.

—No, por mí.

El inspector David Sobrá apareció cuando iban a levantarse de la mesa. No mostraba su sonrisa habitual al sentarse junto a ella.

—Pensé que ya habías almorzado —le dijo Cristina.

—No te he visto en el restaurante desde que te has incorporado. Al regresar hace unos minutos a la comisaría, no te vi en tu despacho, así que he dado la vuelta por si tenía suerte. Nos habremos cruzado sin darnos cuenta.

—Bien —espetó Nuria de improviso—, va siendo hora de volver al trabajo. Los que no somos inspectores no podemos tomarnos tanto tiempo para «nuestros asuntos».

—¡Judas! Ya te lo recordaré cuando asciendas, que no tardará mucho —respondió Cristina.

—Os dejo a solas, y felicidades de nuevo, David.

El inspector sonrió.

—Soy una maleducada —dijo en ese momento Cristina—. Soy la única de la comisaría que no se te ha acercado para felicitarte.

—Entonces eres la única con sentido común, porque nadie debe felicitarte por hacer tu trabajo.

Cristina contuvo la risa que brotó espontánea.

—Maite Redondo me dijo hace dos días que se nota que soy la niña bonita de Marcos porque cada vez me parezco más a él. Espero que no te oiga decir cosas como la que acabas de soltarme.

—¡Oye! Solo trato de ser responsable.

—¿Pero quién demonios eres y qué has hecho con mi amigo David? ¿Cómo es que hoy no he recibido correos guarros, de zoofilia y otros aún peores? ¿Dónde tienes al inspector secuestrado?

—No lo conviertas en una broma, trato en serio de madurar.

—No sé por qué, pero me parece que estás en una fase que no durará más que unas pocas semanas, dos meses a lo sumo.

—Gracias por tu sinceridad.

—No me has entendido. Yo creo que el David divertido, y aparentemente despreocupado y fiestero, es tan buen policía como el que tengo ahora delante de mí. Frenar esa faceta que te hace tan alucinante no te convertirá en mejor investigador, solo hará que acumules tensión hasta explotar.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí, esa tensión tendrá que salir por algún lado.

—No, me refería a lo de buen policía.

—Ya sabes que lo eres, todos lo sabemos. Y quítate esa cara de perrito abandonado, vas a hacer que me ponga a contar chistes guarros para hacerte reír.

—No, por favor, los cuentas fatal.

—Ja, ja, ja. Vale, entonces dime cómo has solucionado el caso y así cambiamos de tema.

—No ha sido nada especial, un golpe de suerte. Tuve una intuición con el testigo y lo exprimí en una entrevista. El caso ha resultado de lo más surrealista, no te lo creerías. La de cosas que ve uno en este oficio...

—Bueno, tomémonos cinco minutos más y me lo resumes.

—El tipo, Vicente, decía no tener vínculo alguno con la chica, pero resultó ser falso. Cayetana soñaba y sueña con ser modelo, Vicente la había fotografiado tres veces para un blog, o web o algo así, sobre moda y tendencias. —Cristina asintió, conocía esos blogs—. Habían hablado también sobre las posibilidades de que ella fuese a Madrid para presentarse a agencias de modelos y publicidad, un viaje rápido, dos o tres días, quedándose en casa de un amigo que conocía Vicente.

—¿Qué imprudencia por parte de ese tipo!

—El asegura que trató de convencerla para que desistiera, que fue imposible y ella siguió adelante con su plan; o él la ayudaba o ella se marchaba por su cuenta y a la aventura. El tipo eligió lo más sensato, después de todo. Por otro lado, la chica y él habían acordado que, si los padres de ella denunciaban su desaparición, él apareciese en escena con la historia de que había visto a un tipo metiéndola en un coche negro.

—¿Con qué sentido planificaron algo tan absurdo? Eso solo haría daño a los padres.

—Tengo dos teorías al respecto, y creo que las dos son acertadas. Por parte de la niña, quería hacer sufrir a sus padres por no haberla dejado ir a Madrid, ni acompañada siquiera, para cumplir su sueño. Los padres quieren que estudie y se deje de fantasías. Por otro lado, Vicente pensaba

que la prensa y la televisión lo entrevistarían por ser testigo en cuanto el caso saltase a los medios, y de ese modo le daría una promoción impagable a su blog.

—Creo que ese tipo es aún más inmaduro y estúpido que la niña; ella, al menos, tiene la excusa de ser aún joven para no saber lo que hace.

—No lo sabes bien.

—¿Y dónde encontrasteis a la niña?

—Una agencia de modelos de Madrid llamó a la policía al reconocerla cuando entró para enseñar su *book*. Unos compañeros la interceptaron y detuvieron al amigo de Vicente, luego enviaron a casa a la chica con escolta.

—Se acabó la aventura para ella, o casi, porque será la más popular del instituto a partir de hoy.

—Sin duda, a pesar de no cumplir su sueño; como tampoco lo ha logrado Vicente. ¿Se podría llamar justicia poética? Ella no logra ser modelo y él se lleva una denuncia de los padres de la chica por encubrir y ayudar en su desaparición; además de otra de la fiscalía por obstruir una investigación, falso testimonio, inventarse un secuestro... Imagínate.

—Tenías razón —murmuró Cristina.

—¿En qué?

—Qué surrealistas son algunos de los casos con los que nos encontramos...

Su teléfono móvil sonaba con más intensidad que nunca, eso le pareció a ella mientras trataba de sacarlo del bolsillo del pantalón. Se trataba de Héctor.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Tanta prisa, tanta prisa. Tanta prioridad con el análisis... y luego no respondes mi correo electrónico —espetó el oficial de la científica.

—¿Correo electrónico? ¿De qué hablas? Aún no he llegado a mi mesa, vengo de almorzar. Lo siento, me he estirado más de la cuenta.

—¿Cómo vivís de bien los de homicidios! Te envié un correo con los resultados. ¿Estás cerca de tu ordenador?

—Dame solo un minuto.

Corrió para llegar a tiempo a su despacho, movió el ratón para desactivar el salvapantallas y, tras decirle a Víctor que no pasaba nada, actualizó su bandeja de entrada. Allí había tres mensajes nuevos, uno de ellos el que imaginaba.

—Ya estoy ante tu *mail*, lo abro en un segundo —dijo al teléfono—. Adelántame algo. ¿Negativo?

—Sorpresa.

La cara de Cristina se desfiguró hasta el punto de que su compañero se puso en pie de un salto. Segundos después, la pareja salió corriendo del despacho en dirección al aparcamiento. Marcos los observó extrañado al pasar ante su puerta.

—¿A quién buscamos primero?

—¿Qué importa? Los dos viven en la misma casa, aunque solo uno de ellos ha podido hacerlo.

Demasiado había esperado, un día más y se habría vuelto loco. La policía apareció por la puerta y supo que podría descansar en paz. Ni siquiera opuso resistencia, preguntó obviedades e

intentó parecer inocente, todo una inercia tratando de salvarse que no pudo controlar. La cara de los dos inspectores cambió en cuanto le miraron a la cara.

Aquello debió de haber ocurrido antes, pero no, se comportó como un cobarde y ahora pagaría las consecuencias. Nunca había tenido miedo, jamás había rehusado un enfrentamiento, claro que aceptar las consecuencias de sus actos no fue su punto fuerte. Y allí estaba, esposado en el asiento trasero de un coche y observando el portal de su casa, que no volvería a ver hasta dentro de demasiados años, toda la calle habría cambiado a su regreso.

Al llegar a comisaría, los acontecimientos se precipitaron tan deprisa que casi sintió vértigo, pero esa rapidez le sentó de maravilla, esa noche por fin logró dormir, y casi diez horas seguidas nada menos.

Lo llevaron a una sala muy fría, en todos los sentidos, luego llegó un abogado sudoroso que no paraba de hacer sugerencias entre susurros. Más tarde aparecieron los policías que lo habían detenido, acompañados de otros dos hombres, uno era el comisario famoso de la ciudad y el otro un fiscal que no conocía de nada. Le hicieron solo tres preguntas, sobraban dos. Se declaró culpable y explicó lo sucedido sin hacer caso a su abogado.

*—Supongo que quieren mi versión para tenerla grabada. Aunque ya tendrán todas las pruebas posibles contra mí, siempre viene bien una declaración. Y les ruego me perdonen por no haber sido yo el que tomase la decisión de... En fin, ya es tarde para eso, como también lo es para devolver la vida a Nati y a Nacho.*

*»¿Sabían que Nacho estuvo a punto de morir cuando tenía cinco años, y fui yo quien salvó su vida? Estábamos en la playa de El Portil y una ola lo tumbó en la orilla; la resaca lo empujó con rapidez mar adentro, pero yo lo cogí de un brazo y tiré con todas mis fuerzas para sacarlo del agua. ¡Qué curioso! ¿Verdad?*

*»Podría seguir hablando de nuestra relación y contar algunas anécdotas más, pero todos estamos esperando al momento en que apareció Nati, ¿verdad? Joder, nadie pensó que Nacho tendría novia nunca, era tan reservado... Claro que todos vimos lo que ocurría: él era un buen partido, había centrado su vida en el trabajo y ahora tenía una buena posición social y económica. Y ella... Ella sabía detectar esas cosas, se le notaba nada más verla, no había que dejarla hablar siquiera. Una sudamericana sabrosa con ropa ajustada y la seguridad en sí misma de quien puede conseguir todo lo que desee con solo pedirlo. Convirtió a su pareja, si no lo era ya, en una marioneta y lo tuvo engañado durante los dos años que fueron novios, incluso logró su objetivo de casarse con él. Nadie del entorno de Nacho podía creerlo, aunque todos, de un modo u otro, debimos ser conscientes de que aquello era el inevitable siguiente paso.*

*»Y Nati... ¿qué añadir de Nati? Se hizo fuerte como solo ella sabía hacerlo, con sonrisas, miradas pícaras y distantes, un roce de manos de vez en cuando, un comentario fuera de tono por aquí o allá. Hija de puta... Tenía toda una ciudad para zorrear, pero el morbo por lo prohibido podía con ella. Y acabó con ella cuando vino a por mí.*

*»Hace un año que empezó con los tonteos, que obviamente yo no seguía. No estoy loco, uno debe tener principios. O debería. Hace seis meses comencé a reír sus chistes. Hace tres, cuando ella rozaba su trasero por mi pantalón, yo aprovechaba para pellizcarla a escondidas. Hace dos que trató de besarme, y lo logró. Hace uno que solo podía pensar en ella, en besarla, abrazarla, desnudarla y poseerla aunque fuera sobre el suelo. Me sentía fatal por Nacho y el cariño que siempre he tenido por él... No trato de excusarme ante vosotros, es algo que yo sé y me basta con ello.*

*»Parece que Nati lo tenía todo calculado, al menos eso pienso ahora, cuando analizo con*

frialdad lo sucedido.

»No me pude creer que me hiciese señales el día de la boda, ella debía saber que ese era el momento en que menos posibilidades tendría de conseguirme. Estúpido de mí, ya me había atrapado y ella lo sabía de sobra. Si me hubiera pedido que me desnudase en mitad de la ceremonia, en la iglesia y ante el cura de setenta años, y me pusiera a cantar delante de todos, lo habría hecho sin dudar un solo segundo.

»Y pasó lo que tenía que pasar. Allí estábamos, follando como dos perros en celo. El vestido de Nati parecía pesar mil kilos y se esparcía por el pequeño cubículo del baño ocupando todo el espacio. Yo no sabía qué estaba haciendo, solo me dejé llevar por el deseo que ya pensaba que había portado en mi interior durante toda la vida. Antes que eso, Nati se arrodilló y logró que... bueno, usen su imaginación. Luego me abrazó la cadera con sus piernas y comenzó a gemir como si estuviéramos a solas. Recuerdo que por entonces había recuperado parte de la cordura y sentía que aquello no estaba bien. O eso creía.

»Nacho apareció como en un mal sueño, sin que nadie pudiera pensar que él existiera en el mundo que habíamos creado los dos en aquel pequeño y privado espacio, nuestro rincón personal, solo de ella y mío. Pero estaba allí, más real que nunca y portando un cuchillo de mesa en su mano derecha. “¿Qué coño haces con eso?” pregunté yo. “Vete a la mierda, imbécil, no me jodas el polvo” le gritó Nati. Nacho parecía a punto de llorar. Y entonces ocurrió lo que ninguno de los tres hubiera esperado. Nacho, por primera vez en su vida, tuvo huevos para afrontar un problema. Intentó clavarme el cuchillo, pero pude esquivarlo a tiempo y quitárselo de las manos. El motivo por el que luego se lo clavé a él, mientras trataba de detenerme, no lo sé ni creo que lo comprenda nunca. Una vez, otra y otra más, y luego más aún. Descargué toda mi tensión acumulada sobre su carne. El cuchillo entraba y salía con tanta facilidad... Entonces comprobé que no solo lo había matado a él, también a Nati, que me observaba con ojos como de muñeca desde el suelo. El vestido blanco que antes lo envolvía todo ahora estaba salpicado de sangre, una sangre más oscura de lo que jamás habría pensado... Todo estaba cubierto de sangre. Todo menos yo, curiosamente, y salí corriendo de allí tras recolocarme el pantalón y la camisa.

Has conseguido una declaración de primera, no imaginaba que lograrías resolver el caso tan pronto. —Marcos sonreía de oreja a oreja—. No me malinterpretes, creo que lo he dicho... quería decir que confiaba en ti, pero hallar la solución tan pronto... ¡Guau!

—Aún no me creo que el caso diera este giro inesperado, imaginar que el propio hermano del novio era el que cometió los crímenes, el que practicaba sexo con la novia en ese momento. Para los futuros casos, no hay que descartar a nadie en la búsqueda de ADN.

—Un 95 por ciento —murmuró el comisario.

—Sí, señor, un 95. El ADN de la saliva del novio no concordaba al 99, no era suya, pero con un 95 implicaba a un familiar directo, hermano o padre. Y el padre no se movió de su mesa en ningún momento, ni hubiese podido sin ayuda para llevar la silla de ruedas. Fue una suerte que Héctor cotejase por casualidad el ADN del novio con la saliva encontrada. No deberíamos descartar a nadie, aunque el informe forense lo haya hecho antes.

—¿Por qué Maite descartó ese ADN?

—Te lo dije en una reunión. El pene del novio no mostraba restos de haber practicado sexo, por ese motivo se descartó como autor y comenzamos a buscar al dueño de la saliva entre los invitados. No se cotejó aquí en el laboratorio el ADN de Ignacio para ahorrar tiempo y recursos.

Hasta que se ha hecho por pura casualidad.

—Guau, hemos estado a punto de no resolver el caso por un mero formalismo.

Cristina observó al comisario, habían tenido suerte, un componente que no se puede descartar, pero del que uno no puede esperarse nada durante las investigaciones.

—Tenemos más trabajo del que podemos atender, pero ya no será excusa nunca más para excluir sospechosos.

—Esa familia no se repondrá nunca, un hijo asesina al otro el día de su boda; además de la infidelidad y del jaleo mediático. La prensa está obteniendo datos a un ritmo alarmante.

Marcos se llevó las manos a la cabeza en un gesto de claro agotamiento, tanto físico como mental. Se recostó en el sillón y Cristina ya casi no podía verlo tras las columnas de carpetas sobre la mesa.

—Sigues sin descubrir quién filtra los casos más mediáticos.

—Es imposible sin pinchar los teléfonos de todos los policías de la comisaría.

—Y de los de la limpieza, mantenimiento, administración...

—¿Ellos también tienen acceso a esos datos? —preguntó con sorpresa el comisario.

—¿Bromeas? Aquí la gente habla a voces de los casos mientras ellos trabajan a un metro de distancia. Aparte de eso, ¿qué nivel de seguridad tienen nuestras claves de acceso al sistema? Hasta los informáticos que se encargan de la seguridad y limpieza de equipos tienen nuestras claves.

—¡Qué locura!

—Lo importante es que el caso está cerrado y aquí me tienes para que me asignes otro.

—Son las ocho y se te ve muy agotada. Vete a casa para pasar el resto de la tarde con tu niña y mañana a primera hora hablamos del homicidio de dos niños que quizás estén relacionados.

—Te tomo la palabra, pero con una condición. —Él la miró intrigado—. Que tú también te marches. Vamos, así le das la sorpresa a Laura y le preparas una cena especial.

Del sol no quedaban más que unos destellos anaranjados sobre la línea que separaba el cielo de su reflejo en la cercana marisma. Las excitadas gaviotas se oían al despedir en el puerto a los pequeños barcos pesqueros que faenarían durante esa noche. Y la oscuridad comenzó a envolver una ciudad que necesitaba un respiro tras un año de pesadilla, tanto por los escándalos políticos como por el miedo que varios criminales habían sembrado por las calles.

Al igual que Marcos Navarro había paseado de regreso a casa alguna que otra vez en compañía de Paco Hernández, el anterior comisario, ahora lo hacía con la inspectora que posiblemente lo relevaría. Un escalofrío recorrió su cuerpo, la chica preguntó y él le quitó importancia con una sonrisa.

«Viejo zorro —pensó él, con la imagen de Paco en la mente—, allá donde estés, seguro que sonríes al ver cómo la historia se repite, cómo se produce un nuevo relevo generacional. Aquí me tienes con mi mejor inspectora, al igual que tú hace un año al pasear conmigo. Pero no se te ocurra jubilarme tan pronto, aún tengo muchos casos que resolver».

Cristina observaba la sonrisa de Marcos, pero no dijo una palabra más y siguieron caminando despacio y en silencio.

Al cabo de pocos minutos llegó la noche para saludar a la inspectora, o quizá para felicitarla, tras la solución de su primer caso.

# **EL QUE SE LA QUEDA**

## Prólogo

Iván corría con todas sus fuerzas, era el más bajito del grupo, también el más lento, así que debía esforzarse el doble que el resto para lograr esconderse a tiempo. Pronto Álex terminaría de contar y no podía permitir que lo encontrase, al menos no el primero de todos. Tras el sofá ya lo había intentado la última vez, pero fue descubierto al instante; además, estaba ocupado por Javi, que no le gustaba compartir sus escondites. Pudo ver cómo alguien se metía tras la cortina, esa era la segunda opción. Tras la hoja de la puerta era lo más evidente, donde siempre miraba en primer lugar *el que se la quedaba*. Solo dos opciones más: tras el mueble oscuro que olía muy raro o... No, eso era una locura.

La puerta del almacén no se debía abrir, era una norma cuya desobediencia se castigaba duramente. Si cualquiera de los adultos lo descubría allí dentro... prefería ni pensarlo. El caso es que no le quedaban muchos segundos para elegir escondite y aquella opción se le antojaba ahora como la más adecuada, ya que sería el último en ser atrapado, y la que daría un vuelco al trato que sus compañeros le profesaban. Se acabarían las collejas, las risas por cada cosa que hacía o decía, el ser el último en todo. Sus amigos lo mirarían a partir de ese momento como miraban a Javi, sería el mejor del grupo. Respeto.

Sí, aquello sonaba de maravilla.

Oyó a Álex gritar desde el fondo del pasillo: «El que no se haya escondido, tiempo ha tenido». Debía obrar tan rápido como le fuese posible, solo unos segundos separaban el éxito más rotundo de la debacle más humillante, y seguir siendo el idiota que casi siempre *se la quedaba*. Tres pasos a la carrera, girar el picaporte, abrir la puerta con un miedo atroz que hizo temblar sus rodillas, hedor a cerrado, entrar en las tinieblas y cerrar a su espalda.

Ya estaba hecho, sin vuelta atrás, había sido el único en ser capaz de ir en contra de las normas. Al otro lado, los que hubieran observado cómo entraba en el lugar prohibido, estarían mudos de la impresión, se hablaría de su valor durante meses. Aquel pensamiento era lo que permitía que soportase la situación; estaba completamente a oscuras en un lugar que olía peor que ningún otro en aquel edificio. Peor que nada que hubiese olido antes.

Iván pegó el oído a la puerta de madera, así podría oír con claridad los pasos de Álex entrando en la sala. Pronto llegaron los primeros sobresaltos, risas y gritos. Ya se había descubierto al primero de ellos, pero no pudo adivinar a quién. Quedaban cinco. El segundo llegó cuando empezaba a hacerse pis. Con el tercero su impaciencia apareció para empeorar la situación. ¿Cuánto llevaba allí? Parecían horas. ¿Y si aparecía un adulto en lugar de Álex y lo encontraba donde no debía estar? Todo habría salido mal. El castigo que le impondrían sus padres sería inolvidable.

El tiempo pasaba más despacio allí que en cualquier otro lugar que hubiese conocido en su corta vida. Llevaba demasiados minutos oyendo su propia respiración y ya había olvidado el hedor que antes casi le hizo vomitar. En una ocasión, su madre sacó unas patatas podridas de un mueble de la cocina, estaban casi negras, su padre se enfadó mucho con Nany por aquel descuido que llevaba días apestando la casa. Aun así, el almacén olía mucho peor. Muchísimo más.

¿El cuarto? ¿Había atrapado Álex al cuarto? Tal vez era su mente la que lo había hecho oír eso, porque no estaba seguro del todo. ¿Héctor? Casi juraría que eran las protestas típicas de

Héctor cuando no ganaba. ¿Quién quedaba, aparte de él? «Por favor, que no tarden mucho en terminar el juego», suplicaba para sí. Juraría que ya no se oía nada al otro lado de la puerta, ¿se habrían marchado ya a la clase? No, aún debía quedar mucho tiempo. Hasta las seis y media no se empezaba y el juego comenzó a... ¿cuando?

No, aquello no podía estar pasando; se sentía solo y aterrorizado en lugar de vitoreado por sus amigos. Incluso se había imaginado a sí mismo llevado en volandas por todos, mientras repetían lo valiente que había sido al entrar en el almacén prohibido. Pero ahora no era más que un espectro temeroso, casi se moría de miedo al pensar en abrir de nuevo la puerta y aparecer, para ser descubierto por Álex, y que todos se riesen de él, más aún.

Aguantaría unos minutos más, aun a riesgo de mearse encima o de morir de miedo, antes eso que sucumbir a un fracaso épico. Una vez llegado hasta allí, poco podría perder y, por contra, mucho que ganar. Decidió contar despacio hasta cien, seguro que era tiempo de sobra para dar lugar a que Álex los hubiese descubierto a todos, justo cuando pensarán que él había desaparecido. Pero ¡no! Estaba en el lugar prohibido para ganar el juego. Sí, empezaría por uno... luego dos...

...Noventa y seis... noventa y siete —no se oía nada más que su respiración y pensamientos— noventa y ocho... noventa y nueve...

Abrió la puerta despacio, con miedo a que al otro lado se hubiese terminado el mundo; o algo peor aún, que aquello no hubiera servido para nada y sus compañeros estuvieran esperándolo para reírse de él. La luz lo cegó durante unos segundos, luego observó que todo seguía como siempre, salvo que habían desaparecido los demás. Javi ya no estaba tras el sofá, ni se apreciaba una sombra tras la cortina. ¿Dónde se habían metido? Seguro que les daba una sorpresa al aparecer en el pasillo. ¿Ya había empezado la clase?

No pudo dar un paso más, una mano lo asió con fuerza del hombro y tiró de él hacia las tinieblas del almacén que acababa de abandonar. Ni siquiera tuvo tiempo de poder gritar, todo ocurrió tan rápido y con semejante violencia que su mente decidió abandonarse a la suerte que le tuviera reservada el destino.

Iván despertó sin saber con seguridad si habían pasado horas o días. Su entrepierna estaba mojada y el frío y la humedad lo atacaban con saña. Había una luz tenue que permitía adivinar lo que le rodeaba, aunque no reconoció el lugar. Archivadores en las paredes, cubos de basura en un rincón, un mueble oscuro con un crucifijo de madera encima, olor intenso a cera. No, nada de cera, se trataba del repugnante hedor de antes. Seguía en el almacén.

No, aquello no había sido una pesadilla, era más real de lo que hubiese deseado. ¿Dónde estaban sus amigos? Al cuerno con ellos. ¿Dónde estaban sus padres? Quería tener cerca a sus padres, ahora.

Las ligaduras de sus muñecas le hacían daño, como si hubiesen provocado una herida por el esfuerzo de librarse de ellas, aunque no recordaba haberlo hecho.

La silla no se movió un milímetro cuando, acumulando toda la rabia y fuerzas que tenía en su interior, dio un salto para... ¿Para qué? Toda resistencia era absurda, fútil. Estaba perdido.

Perdido.

¿Llorar? Sí, hubiera estado bien, pero sus padres no lo observaban en ese momento. Había aprendido, desde que tenía uso de razón, que llorar solo servía para obtener consuelo de su madre tras una caída o haberse golpeado o cortado; en muchas ocasiones evitaba una reprimenda o un cachete en el culo gracias a unas lágrimas forzadas que evidenciaban su arrepentimiento. No, allí

estaba solo y quejarse no arreglaría nada, al menos hasta que apareciese quienquiera que lo hubiese encerrado en el almacén. Tal vez sus propios amigos. Quizá se sintieron sobrepasados por su valor, sin esperarlo, y trazaron un plan para vengarse de él.

—¿Dónde estáis? No os tengo miedo. No tengo miedo al almacén, menos a vosotros. ¡Soltadme!

Silencio.

Iván continuó observando lo que tenía alrededor. El suelo era de arena amarillenta. Nunca había visto una estancia interior de una casa que no tuviese plaquetas o madera en el suelo. Había algunos montones más elevados por un lado que por otro, y el hedor regresó con más fuerza que nunca. Tosió para aclararse la garganta y volver a gritar, o para quitarse el amargor del olor que la impregnaba. ¡Soltadme! ¡Mamá, papá! ¡Javi, idos a la mierda si esto es una broma!

El tiempo pasó muy despacio, y eso que se quedó dormido en varias ocasiones, como cabezadas de las que daba en el sofá de su casa algunos domingos de verano, sin saber con seguridad al despertar si eran las seis de la tarde, las diez de la noche o la mañana siguiente. Aunque pronto dejaría de pensar en nimiedades como esa, preocupaciones mayores surgieron de repente.

—Estás despierto, me alegro. Y no has gritado. Al menos, yo no te he oído. Has sido un buen chico, quizás me porte mejor contigo.

Menos mal, una cara amiga.

Tenía ganas de llorar, también de hacerle mil preguntas y pedirle que lo soltase por fin, pero se limitó a mirarlo fijamente mientras se desnudaba ante él.

Jueves, 25 de abril.

Las ocho de la tarde, la hora en la que solía ponerse una película cada día que se quedaba solo en casa, sus únicos momentos de relax desde que dejó de vivir con sus padres y formó una familia. Nadie le dijo que ese paso adelante implicaba renunciar a todo lo que le gustaba y hacía casi a diario. Salir con los amigos, jugar al baloncesto, ver películas en casa y en el cine... Esa noche había elegido la última de Los Vengadores, que un amigo le pasó pirateada, pero asegurando que la calidad era de primera. «Como si las vieras en el cine», le dijo tres veces antes de enviarle el enlace de descarga a su correo electrónico.

Se preparó un vodka con Coca-Cola y dos rodajas de limón en una copa grande con mucho hielo, además de dos platos con algunos entremeses salados, luego sacaría un paquete de palomitas de microondas. El momento cumbre de la noche.

Carmen no llegaría hasta las diez y media, quizá las once. Siempre iba a llevar al niño a catequesis, donde coincidía con el hijo del vecino, y luego se marchaba a casa de sus padres o de tiendas. Al pequeño lo traía de vuelta dicho vecino, José Luis, que aprovechaba para recoger a los dos niños, alrededor de las ocho y media; luego se quedaban jugando juntos en casa de él durante unas horas, hasta la cena. Sí señor, el paraíso durante unas tres horas.

La película era mejor de lo que había imaginado, incluso más de lo que había leído en opiniones de Internet. Qué maravilla de argumento, de vuelta de tuerca al Universo Marvel que llevaba siguiendo desde que Tony Stark fue capturado en Afganistán. Menudo fin para la historia, qué interpretación de Robert Downey Junior... Una de las mejores tardes de relax de los últimos años. Sin duda.

Los entrantes y las palomitas se habían acabado y aún no había llegado a la mitad de la historia. Sentía ganas de morderse las uñas, de pausar la historia y ponerla desde el principio, cuando Carmen llegase; pero sabía que ella no querría verla, odiaba las películas de superhéroes. Debieron hacer a Wonder Woman o a La Viuda Negra interpretada por Meg Ryan, Julia Roberts o la actriz lacrimógena que estuviese de moda en ese momento.

Pulsó el botón del pausa en un momento en que la oscuridad mostraba las carencias de un video pirata, no lograba ver nada en la pantalla. Y fue al baño a orinar, luego a la cocina a rellenar la copa de vodka. ¿Más palomitas? No, estaban demasiado saladas y se despertaría a media noche para beber agua. Regresó al salón, a su momento personal, el único de la semana. Pulsó el *play* y se dejó llevar.

El portazo sonó fuerte, por encima de los efectos especiales del final de la película, cosa que no lo distrajo de la trama, aunque sí dejó un regusto extraño en su paladar, algo que no supo identificar en ese momento. Un pensamiento tan fugaz que ni siquiera fue consciente de haberlo tenido. Cuando Carmen preguntó si quería acelgas de cena, se limitó a gruñir que no, que ya había comido muchas porquerías durante la película, como solía ser habitual en esos momentos. Luego oyó cómo la mujer preguntaba al crío desde la distancia.

No se oyó respuesta.

—Cariño, ¿dónde está Iván?

Como un rayo cayendo a su lado, o sobre él mismo, sintió la pregunta, ya que la película desapareció de repente y un miedo brotó con la virulencia de un volcán en su estómago.

—¿El niño? ¿Qué hora es? Es temprano, estará con el vecino.

—Son casi las once.

Nunca solía llegar tan tarde, la película se estiraba más de lo normal y había perdido por completo la noción del tiempo.

—No te asustes, seguro que el vecino llamó para traerlo y no lo oí con el volumen tan alto. Seguro que le habrá dado de cenar. Voy a su casa ahora mismo, en unos minutos.

—¡Pero apaga la puta película y ve ya!

—Solo queda el final.

—¿Perdona?

Ponerse las zapatillas y el batín sobre el pijama le costó infinitamente menos que dejar la historia a punto de terminar. ¡Coño, Ironman estaba a punto de...! Es verdad, el niño. Se había olvidado por completo del crío, pero es que era tan callado, casi no lo sentía por la casa algunas noches. Tras abrir la puerta miró hacia el cielo, no parecía que fuese a llover, el verano estaba a las puertas y pronto estarían pasando el mes de julio en la casa de la playa de su hermano Francisco. Casi le sobraba el batín, hacía una temperatura ideal.

Llamó a la puerta de José Luis de forma insistente y esperó, tenía ganas de contarle cómo terminaba la película, al menos hasta donde él había llegado. Ambos vivían en una urbanización de chalés adosados en Bellavista, una zona residencial a las afueras de Huelva. La luz del recibidor se encendió y pudo ver la silueta acercarse a la puerta al cabo de unos segundos.

—Buenas noches, vecino.

—¿Buenas noches? ¿Dónde está Iván? ¿Aún juega con tu hijo?

—¿Iván? ¿No lo fuisteis a buscar tú o Carmen? Hoy no ha venido con mi hijo.

—¿Qué dices? Venga, déjate de bromas.

El rostro de su vecino no dejó lugar a dudas. Entonces sintió un calor creciendo en su interior como nunca antes había experimentado. Ni se acordó de la película. Solo pensaba en la cara de Carmen al decirle... no, pensaba en su pequeño Iván. ¿Dónde se había metido? ¿Era aquello una broma pesada orquestada por su mujer y el vecino? No, ellos no tenían ese tipo de humor.

¿Iván?

Irene Macías estaba a punto de terminar su jornada de trabajo, que ya se había extendido en dos horas por cubrir a su compañero Fernando para que este cuidase, según él, a su abuela enferma por tercer sábado consecutivo del mes. Empezaba a sospechar que su compañero estaba tomándole el pelo. La recepcionista del turno de día comenzaba a recoger sus cosas, tomar el bolso y la rebeca, por si hiciera frío de camino al autobús, cuando sonó el teléfono. No lo hubiera descolgado si no llega a ser por la insistencia del mismo y la cara de circunstancia de los compañeros, que la miraban de forma inquisitiva.

—Está bien, joder, la última llamada del día —dijo a regañadientes mientras dejaba el bolso sobre la mesa y levantaba el auricular.

—Comisaría Central de la Policía Nacional de Huelva, ¿en qué puedo atenderle? —Al otro lado comenzaron los gritos y ella apartó un poco el auricular.

Suspiró, una llamada del tipo C era lo que menos podía soportar tras una larga y agotadora jornada. Había creado su propia catalogación de las llamadas hacía unos años; las de tipo A eran

las más rápidas y calmadas, se basaban en pedir información o que les pasaran con algún inspector; las de tipo B eran las más habituales, con consultas sobre cómo presentar una denuncia, ciudadanos que querían volver a recibir alguna información sobre un caso personal, también quienes querían denunciar a un policía por abuso; las del tipo C no abundaban, unas dos o tres al día, pero eran las que conseguían sacarla de sus casillas; personas en un estado muy alterado, además de agresivo, que no habían respirado hondo antes de tratar de exponer lo que fuera que quisieran decir o denunciar. Solían ser testigos en estado de *shock* de un asesinato o gente que denunciaba una desaparición en cuanto esta se había producido. Ocupaban la línea y su atención durante, a veces, más de una hora.

—Relájese, por favor, no entiendo una sola palabra y estamos perdiendo un tiempo valioso. Dígame su nombre y desde dónde llama... Bien, perfecto, ahora dígame muy despacio lo que ha ocurrido... Su hijo pequeño, deme su nombre, edad y descripción física.

Irene solía pedir en tercer lugar, cuando se trataba de una desaparición, la hora aproximada de la misma, pero había aprendido con los años que los padres suelen enfadarse cuando se les dice que una o dos horas era poco para hacer una denuncia, ya que los niños extraviados suelen aparecer en casas de vecinos, de amigos o en el parque más cercano, a veces en la confitería de la esquina.

—¿En qué lugar y a qué hora lo vieron por última vez?

Vaya, eran casi las doce de la noche y no veían al pequeño desde las seis y media que lo dejaron en las clases de catequesis, eso era algo inusual para un niño tan pequeño. Irene tomó nota de todo, incluso los teléfonos móviles de los padres, y pasó la información como urgente a uno de los agentes que patrullaban por la zona en la que se ubicaba la iglesia donde daba las clases el niño. Luego dejó una nota para el recepcionista del turno de noche.

«Recibirás en tu correo electrónico en unos minutos una foto de un niño de ocho años, envíala urgente a Diego Espinosa».

Siendo madre de tres hijos, el último de ellos con menos de dos años, se marchó con muy mal sabor de boca. La calle estaba desierta, hacía algo de humedad y se oía al fondo una motocicleta acelerando como si estuviese en un circuito. La parada del autobús apareció dos minutos después, no había ni un alma, le tocaría esperar casi media hora para el siguiente, apostaría su sueldo por ello. Otro día habría pensado en que era una tonta por no pedirle a algún agente de la zona que la acercase a casa, tampoco eran más de diez minutos en coche y, de paso, ellos patrullarían por esas calles. Era su trabajo. Esa noche, en cambio, solo pudo pensar en la angustia de unos padres que llevaban tantas horas sin saber nada de su pequeño. Les había preguntado si llamaron a la iglesia y a los profesores y responsables de las clases de catequesis que daba el chico, pero ellos contestaron que solo tenían un teléfono fijo y nadie respondía a sus llamadas. Debían de estar desesperados, menuda noche les esperaba. El agente Diego Espinosa era muy despierto y predispuerto, así que había acertado al pasarle el aviso a él, aunque su zona de patrulla quedaba muy lejos. Si el agente notificaba, al cabo de veinticuatro horas desde la desaparición, que el caso no se correspondía con ese ochenta y nueve por ciento de EPRS (Extravíos Puntuales y de Rápida Solución), tendrían que pasar el caso a un oficial o inspector para que abriese una investigación a fondo.

Irene rezó todo el tiempo que tardó en llegar el autobús, lo hizo durante el trayecto y también en casa antes de dormir. Su marido llegó a preguntarle tras la cena si había ocurrido algo en el trabajo, ella respondió con una sonrisa forzada para no preocuparlo.

Hacía años que trataba con todas sus fuerzas de no llevarse el trabajo a casa, pero no siempre lo lograba. Esa noche casi no pudo dormir, se despertó cuando el despertador de la mesita

marcaba la una y doce minutos, se levantó de la cama con cuidado de no hacer ruido y fue a dormir con Nico, su hijo de seis años que compartía habitación con Isaac, de nueve. Se acurrucó a su espalda, el cabello le olía como ella recordaba desde que era bebé, lo besó en la nuca y, tras un leve gemido de protesta del niño, intentó quedarse dormida de la mejor forma que conocía.

Viernes, 26 de abril.

A través de la ventana del salón podía observar a los más madrugadores; intuyó que se trataba, los que no paseaban a sus perros, de trabajadores con peor horario que ella y, los que iban en chándal, deportistas que aprovechaban el buen tiempo para correr antes de entrar en sus trabajos. Eso le vendría de maravilla, despertarse a las seis, regresar a las siete, darse una ducha y desayunar. Pero yo no tenía veinte años.

La inspectora Cristina Collado comprobó que Eva, su hija de solo diez meses, aún dormía a su lado. Se preguntó una vez más cómo una persona tan pequeña podía emitir tanto ruido al dormir. Le dio un beso en la frente y fue al cuarto de baño. ¿Quién pudiera despertarse a las seis de la mañana sin más responsabilidad que ir al trabajo? Se preguntó sentada en la taza del váter.

Unos minutos y un vaso grande repleto de café después, abrió la puerta a su madre, le tocaba a ella cuidar de la pequeña en su ausencia, un día a cada abuela, ya que la madre de Fran seguiría siendo parte de su familia, de ella y de Evita, para siempre, aunque el padre del bebé falleciese casi un año atrás.

—¡Menudas ojeras!

—Tu saludo habitual, mamá. Si no cambias esa costumbre, creo que voy a pedir a Mariángeles que venga ella todos los días.

—Todos los días la misma amenaza, y eso que nunca te funciona; además, una madre siempre se preocupa por sus hijos.

—Soy mayorcita, dedícate en exclusividad a tu nieta y deja que yo me preocupe de mí misma.

—Pero si llevas una semana sin tiempo para teñirte el pelo y cortar las puntas, si no fuera porque te lo recuerdo y te persigo... Y debes dejar de dormir con la niña en la cama, eso te impide dormir bien y crea un vínculo negativo con ella, ya te lo dijo el doctor aquel tan guapo.

Cristina se tomó las puntas del pelo y observó que estaban ya muy castigadas, sí que necesitaba un corte y tinte, pero no encontraba una hora libre para acercarse a la peluquería.

—Hace semanas que la niña duerme por las noches en la cuna —mintió—. Y tú no hables, que sé de sobra que duermes la siesta con ella en el sofá.

—Eso es distinto, yo ya soy mayor y duermo como un lirón, incluso sentada en una silla puedo dar una cabezada.

—Como si no lo supiera...

—¿Qué has dicho?

—Nada, que me marchó. Luego te llamo, a la hora de almorzar más o menos. —Antes de partir se observó en el espejo del recibidor, quizás iba siendo hora de recuperar su color castaño natural y olvidarse del pelo rubio platino, aunque llevaba tanto tiempo con él que no se hacía a la idea de cambiarlo de nuevo.

Aprovechó para llamar a su compañero, Víctor Garza, desde el móvil mientras conducía. La tarde anterior cerraron un caso de homicidios muy complicado y le había sugerido que descansase, pero no se fiaba mucho de que lo hiciese. En los pocos días que llevaban trabajando juntos, ella había apreciado una extraña o enfermiza obsesión del chico por el trabajo. Aún

desconocía los motivos que llevaron a Víctor a pedir el traslado de comisaría y departamento, pero no violaría su intimidad llamando a Madrid para pedir referencias o su expediente. El código de honor entre policías era inquebrantable, más aún entre compañeros.

—Buenos días.

—¿Ya estás en el despacho?

—Sí —respondió él—. ¿Estás a punto de llegar? Te traeré un café para que no tengas que...

—Olvídalo, ya lo busco yo en cuanto llegue. —Se sintió algo culpable por hablarle hablado en ese tono, pero no se acostumbraba al servilismo que el subinspector exhibía con ella. No era su criado, pero parecía no comprenderlo—. Ve dentro de diez minutos al despacho del comisario, ayer nos dijo algo sobre un caso.

—De acuerdo.

Cristina esperaba que su compañero colgase la llamada, pero unos largos e incómodos segundos se sucedieron hasta que ella pulsó el botón en el salpicadero. «Uf, me dan escalofríos cada vez que hace algo así».

Con un café doble entre las manos, el segundo de ese día, se dirigió al despacho de Marcos Navarro. Pudo ver a través de las paredes de cristal a su compañero ya sentado ante la mesa del comisario, ninguno de ellos hablaba, pero eso era algo que no extrañaba a la inspectora, ya que Víctor tenía una personalidad complicada y generaba ese distanciamiento con quienes se encontraba.

—Siento llegar tarde.

—Nada de eso, solo un par de minutos —respondió Marcos— siéntate y comenzamos.

Tardó en encontrar la carpeta con el caso que iba a asignarles entre una pila en la que habría otros treinta más. Víctor tuvo que ayudarlo para evitar que todas se cayesen de la mesa. Cristina aprovechó para beber lo antes posible el café, se quemó la lengua pero no dijo una palabra; dejó la taza sobre la esquina de la mesa y atendió a la exposición del comisario.

—Dos niños de ocho años han desaparecido en las últimas dos semanas. El primero de ellos, Juan Herrero, mientras jugaba en el jardín del barrio una tarde en la que su cuidadora se despistó unos minutos. En principio sospechamos de ella y pensamos en un secuestro para pedir un rescate, pero este no ha llegado y el niño sigue desaparecido. El segundo de ellos, Enrique Martínez, y esto es lo más asombroso, se esfumó mientras estaba en el colegio. Su profesora dijo que fue al baño pero nunca regresó y nadie parece haber visto nada. Teníamos a dos oficiales al cargo del caso pero no han avanzado nada estos días, ahora es vuestro.

—¿Alguna relación entre los dos niños, además de la edad? —preguntó Cristina.

—Ambos viven en Bellavista. Familias de clase media-alta o adinerada, pero no iban al mismo colegio, no viven en el mismo barrio ni se conocían entre ellos.

—Bien, me pongo ahora mismo con el caso.

—Perfecto, toma a Javier Pestano o a Elena García como agente de apoyo logístico y dame algo fresco para mañana a primera hora.

—¿No puede ser Nuria Carvallo?

—Joder, todos pedís a Nuria. Ella lleva ahora tres casos a la vez, no puedo saturar a mi mejor informática.

—Está bien, me quedo con Javier.

Cristina y Víctor salieron del despacho con el informe en la mano, la inspectora comenzó a leerlo en cuanto se sentó ante su mesa, mientras su compañero llamaba por la línea interna a

Javier Pestano para pedirle que fuese a hablar con ellos cuando le fuese posible.

—Inmediatamente.

—¿Cómo dices? —Víctor miraba a Cristina sin haber comprendido lo que quería decir con esa palabra.

—Estás en Andalucía, no le pidas a un agente que venga cuando pueda o cuando le apetezca, o estarás esperando tres días. Dile que venga inmediatamente, o que venga ya, o que es muy urgente, o que es una orden. Lo que prefieras, pero no le des la opción de venir cuando desee.

—Está bien, aún no me he hecho a las costumbres de la zona.

—Ya lo harás, por desgracia.

—¿Cómo?

—Cuando te hagas a nuestras costumbres, estarás atrapado y formarás parte del grupo. — Cristina le guiñó un ojo a la vez que sonreía. Él no supo cómo interpretarlo.

—Buenos días —saludó el agente Pestano al entrar, Cristina lo había llamado cinco minutos antes para hacer una demostración a su compañero sobre cómo lograr la máxima eficacia.

—Siéntate, estamos con un caso de desapariciones de niños.

—¿El de ayer?

—¿Cómo dices?

—Nuria hace el apoyo a una desaparición de un niño ayer por la tarde. Me lo ha comentado esta mañana.

—No, los dos que tenemos en el informe datan de unos días más, pero gracias por comentarlo, quizá los dos casos guarden relación. A ver, quiero que reúnas toda la información sobre estos niños y sus padres, sus entornos, los colegios, todo lo que haya. Sus cuentas bancarias, amigos y vida social, a qué partidos políticos están afiliados... Un informe completo, como siempre. Trata de tenerlo listo para mañana, tendremos con el comisario una reunión a primera hora. Víctor, tú y yo partimos ahora para entrevistar a los padres, quiero que pidas a los agentes al cargo del caso hasta ahora que nos den lo que hayan obtenido durante estos días, será un buen punto de partida y nos haremos una idea de lo que nos vamos a encontrar.

Cuando partieron en coche, la ciudad ya estaba despierta y el cielo despejado anunciaba un día primaveral, lo que allí significaba caluroso.

Avelina no había dejado de llorar desde el momento en que supo, muchas tardes atrás, que no volvería a ver a su angelito. No solo era una gran responsabilidad para ella, también lo quería como si perteneciese a su familia, ya que lo cuidó desde que sus padres lo trajeron del hospital envuelto en una mantita blanca. Parecía un diminuto querubín dormido ante el silencio y la admiración de ella y todos los familiares y amigos que esperaban ese día en la casa.

Avelina llevaba quince años trabajando para los señores, desde que eran novios y decidieron emprender una vida en común. Pronto llegó la boda, a la que fue invitada junto a su marido como si se tratasen de parte de la familia. Y la llegada del pequeño Juanito, heredando el nombre de su orgulloso abuelo, fue lo que colmó de felicidad a todos.

Primero en el cochecito, para que le diese el sol, y luego caminando torpemente pero aferrado a su mano, fueron al parque frente a la urbanización cada tarde del año, salvo cuando llovía. Y fue en ese mismo parque, junto a su angelito, donde también se cruzó un día con el diablo. Comprobar que había desaparecido, tras unos minutos de conversación con Guadalupe, su mejor amiga y también empleada doméstica, fue un golpe del que nunca podría recuperarse. Precisamente cuando estaba bajo su responsabilidad y cuidado. Llevaba rezando desde entonces porque apareciese el

niño, pero cada día que pasaba sin noticias felices era evidente que sus esfuerzos y los del Divino Señor no lograrían que Juanito volviera a correr y reír por los jardines de casa o aquel parque maldito...

Quería tanto al niño como si fuese suyo, y lo peor es que lo sabía incluso antes de haberlo perdido. El halo de pesadumbre y tristeza pesaba cada vez más sobre su cabeza y hombros. Sabía que aquello acabaría con ella, si no físicamente, lo haría al menos con su cabeza.

Sí, iba a volverse loca.

El timbre de la puerta sonó por segunda vez, pero ella no lo había oído la primera, fue corriendo a abrir y se encontró con una chica rubia, alta y muy guapa, a su lado había un tipo algo más mayor y con ojos saltones; esa piel pálida y el cabello tan blanco no eran típicas de la zona. La chica enseñó una placa de policía y pidió permiso para hablar con ella. Otra vez, otra vez tendría que pasar por el calvario de recordar el peor momento de su vida.

—No gracias, no queremos café —dijo la inspectora Collado en nombre de los dos policías—, solo la entretendremos unos minutos.

—No sé dónde...

—¿Suele trabajar usted en la cocina?

—Sí, a esta hora de la mañana sí. Debo poner el lavavajillas y comenzar a preparar la comida, luego comienzo a limpiar el resto de la casa.

—Pues ahí mismo, así no la molestaremos y podrá hablar mientras realiza sus tareas. ¿Le parece bien?

—Sí, claro. ¿Debo avisar a los señores? Solo está doña Eva en la casa.

—Como desee, aunque con ella hablaremos igualmente después.

Los acompañó a una gran cocina y los dos policías se sentaron a la mesa. La mujer se veía agotada en lugar de nerviosa, que era lo frecuente cuando se interrogaba a testigos o personas allegadas a víctimas de secuestro o asesinato.

—Está siendo una mala semana, ¿verdad? —se permitió decir Cristina.

—Una semana que no va a terminar nunca... —murmuró Avelina.

—Necesito hacerle una serie de preguntas, al margen de las que ya le hicieron los agentes en su momento. Trataré de ser breve para que el dolor no regrese y tampoco la molestemos demasiado.

Ella asintió con la cabeza y se sentó en un taburete al otro lado de la mesa. A pesar de que los policías hubieran apostado a que comenzaría a preparar comida o pondría ese lavavajillas que dijo.

—¿Qué rutina seguía el niño? Quiero saberlo con pelos y señales, desde que se despertaba por las mañanas hasta acostarse por las noches. Cada instante, aunque parezca insignificante, podría ser vital para descubrir lo que le ha pasado. Describa esos momentos y también díganos las personas que en cada uno de ellos interactuaban directa o indirectamente con el niño.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a que, cuando jugaba en el parque, por ejemplo, qué niños había jugando con él o alrededor, las madres y cualquier persona que estuviese cerca, mirando o conversando.

Avelina comenzó a detallar la vida del niño a la vez que Cristina hacía algunos apuntes en una libreta, manía heredada de Marcos Navarro, aunque mucho más laborioso que hacerlo con el móvil, pero la libreta nunca se quedaba sin batería ni podría tener un fallo eléctrico. Víctor Garza prestaba atención a su lado, quizás memorizando la declaración de la testigo. La inspectora preguntó luego por la relación entre el niño y sus padres, así como otros familiares, pero no obtuvo más que halagos hacia sus señores, como esperaba.

—Está bien, puede volver a sus tareas, nosotros nos entrevistaremos con la madre del pequeño.

—Les está esperando en el salón, tras la puerta con cristalera.

La vivienda, o la planta baja de la misma, era como dos veces el piso de Cristina y tres el apartamento de Víctor. Contaba con grandes puertas correderas que daban paso a estancias aún más impresionantes, decoradas con buen gusto y dinero. Cristina se enamoró de un piano de media cola blanco que parecía esperar sin éxito a que alguien lo tocara en un rincón del salón en el que les esperaba la señora de la casa, no mucho mayor que ella misma, quizá no más de treinta o treinta y dos años. La inspectora no sabía decir si la delgadez extrema que exhibía era producto de dieta más ejercicio, o había sido acentuada por la pérdida de su único hijo. Como madre, apostó por lo segundo. Miró de soslayo una de las notas de su libreta, en la que había apuntado algunos datos del informe: Eva Sánchez, treinta y siete años.

«¡Joder! ¡Treinta y siete! Parece que cuando uno vive bien, el tiempo pase más despacio, o ataque con menos saña».

—Lamentamos importunarla, pero debemos hacer todo lo posible por encontrar a su hijo, y eso pasa por seguir indagando en sus...

—¿Por qué no ha venido el señor de la última vez, el oficial al cargo? ¿Quién es usted y por qué una chica tan joven se encarga ahora de la búsqueda de mi niño? —preguntó con un gesto altivo y tono de voz muy agudo. Estaba visiblemente decepcionada, no, estaba enfadada.

—Soy la inspectora Cristina Collado, el caso se me ha asignado para agilizar su resolución. El oficial Martínez está ahora con otro caso de un grado menor.

—No me puedo creer que una chica pueda...

—¿Que no pueda qué? —Cristina oyó el casi imperceptible carraspeo de su compañero, pero hizo caso omiso.

—Una mujer policía —susurró para sí—, a lo que está llegando el mundo...

—Mire, no sé si desea encontrar a su hijo o debatir sobre la valía de las mujeres más allá de hacer tareas domésticas o vivir a costa de su marido, pero tendrá que responder a mis preguntas aquí o en comisaría.

—¿Cómo ha dicho? ¿Quién es su superior?

—Disculpe a mi compañera —interrumpió Víctor—, no ha querido generar el malestar que ahora nos frena en la investigación. Nuestro superior es el comisario Marcos Navarro, que ha destinado este caso a su mejor policía con diferencia. Lo tiene usted delante y es la inspectora Collado. Claro que si prefiere que un oficial cualquiera se encargue de la búsqueda de su hijo, nosotros nos marcharemos ahora mismo de su casa. Pero antes de que responda le diré algo más, nadie tiene más opciones de descubrir lo que ha pasado con el niño que esta *mujer* que tiene delante.

Eva Sánchez la observó con otros ojos, no parecía desear que el Cuerpo de Policía estuviese en su contra, pero algo la frenaba. Cristina podía leerlo en su mente: había recibido tanta educación y formación machista que no concebía en su mente la capacidad de una mujer para ser algo más que un florero o una criada.

—Gracias por tu apoyo —dijo Cristina entre dientes al subir al coche.

—¿Apoyo?

—Ante esa imbécil. No creo que ningún hombre pudiera hacernos tanto daño a las mujeres como lo hace otra mujer, sobre todo las que han viajado en el tiempo para educarse en otro siglo.

—Eres mi compañera y superior al mando, haré lo que sea necesario para ayudarte o para progresar en los casos. Pensaba que ya había quedado claro entre nosotros.

El rostro de Víctor era como una pechuga de pavo cruda, no expresaba ninguna sensación; Cristina, al menos, no era capaz de adivinar nada en él. A menudo pensaba que no le gustaría tener que interrogar a nadie en el futuro con esa característica, ya que era imposible penetrar a través de sus ojos para tratar de adivinar sus secretos.

Estuvo a punto de preguntarle los motivos de su traslado pero, en lugar de eso, prefirió darle las gracias de nuevo y encender el motor.

—¿Vamos a entrevistar a los padres del otro niño? Vive en la misma zona —preguntó Víctor.

—Mejor luego, quiero ir al colegio para hablar con la profesora.

Una cafetería-restaurant sirvió para reponer fuerzas a las dos menos cuarto de la tarde. Ya hacía un calor sofocante para esa época del año. Sobre la mesa, antes de que el camarero les tomase nota, Cristina repasaba ensimismada sus apuntes y trataba de hacer resumen a todo lo hablado con la madre de Juan Herrero, su cuidadora y la profesora que le daba clases de primaria. Víctor parecía hipnotizado por las vistas. Aún no había muchos clientes en el local y pudieron ponerse al fondo, desde cuyo gran ventanal se apreciaba una panorámica idílica del puente que conectaba Bellavista con la ciudad y la maraña de pequeños canales que recorrían la marisma durante la bajamar.

—Es hipnótico.

—¿Cómo dices? —preguntó ella sin apartar la vista de sus notas.

—Todo lo que rodea esta ciudad, sus playas, la sierra, la ría, todo parece sacado de un cuento.

Cristina lo observó en ese instante, Víctor parecía hablar sin ser consciente. Ella se tomó unos segundos para mirar el paisaje y comprender que no se valora en absoluto lo que uno ha tenido delante durante toda su vida. Apartó los papeles a un lado con una sonrisa y le respondió en el mismo tono bajo que él estaba usando.

—Sí, la ciudad es preciosa, y me alegro de que te guste. Espero que te estés integrando y haciéndola tuya.

—Claro, ya estoy atrapado.

La inspectora no solía verlo sonreír a menudo, así que en esta ocasión aprovechó para, una vez pedida la comida al camarero, preguntarle de un modo cordial y distendido por sus motivos para pedir el traslado a una ciudad tan alejada y diferente de Madrid. Él dijo que el clima era importante para su salud, además de quitarse el estrés de una ciudad que tampoco era la suya, ya que era originario de Navarra.

—¿Y por qué no a Navarra u otra región del norte?

—No lo sé, por probar cosas nuevas, tal vez.

La sonrisa de su semblante había desaparecido para dejar paso de nuevo a su aspecto habitual, sin una sola mueca, tic nervioso o manía, como si se tratase de un robot. Cristina cambió de tema y le hizo partícipe de sus impresiones respecto al caso, además de preguntar por las suyas.

—La profesora es un poco borde, tiene un punto elitista parecido a la madre del niño, aunque las joyas que lleva encima son un *quiero y no puedo*.

—¿Qué significa eso? —preguntó Víctor.

—Es una expresión muy popular, quiere decir que intenta lograr con ellas un efecto superior, un aura de más potestad o poder adquisitivo de la que realmente intenta y consigue. Lleva bisutería de la marca Tous como si fuese joyería fina. Es muy típico el querer aparentar riqueza por parte de algunas personas. Me duele decirlo, pero es muy habitual aquí en el sur.

—Vale, vale, lo he entendido, es como conducir un Volkswagen y creerte que la gente piensa

que llevas un Mercedes.

—Interesante comparación. Sí, es justo eso.

—¿Qué tiene que ver eso con la desaparición del niño?

—Nada en absoluto, pero me ha caído fatal con su tono altivo y su mirada distante.

—¿Crees que pueda estar implicada?

—Es posible, ya que el segundo niño desapareció en horario de clases, aunque en otro colegio. Imagina que nos enfrentamos a una banda de secuestradores profesionales, o un secuestrador en solitario. Este se pone en contacto con personas allegadas a los niños, cuidadoras o profesores, y les promete un porcentaje del dinero cobrado por los rescates, luego desaparece y repite en otro lugar.

—Pero los secuestradores suelen pedir que no se llame a la policía, amenazan con matar a los rehenes.

—Lo sé, eso es lo que más me desconcierta.

—Quizá nos han llamado como parte un plan retorcido. Los padres denuncian la desaparición y, mientras nosotros buscamos por un lado, la transacción con el secuestrador se hace por otro. El niño aparece finalmente en un parque y todos tan contentos.

—Lo veo demasiado rebuscado, ¿no te parece?

—Sí, tienes razón.

—No tenemos móvil del secuestro, y es lo primero que debemos averiguar. Si no han pedido rescates en estos días por los niños, no tiene sentido que las profesoras estén involucradas.

—Tampoco la venta de órganos.

—Evidentemente, esto no es el tercer mundo y, además, nadie raptaría niños de familias adineradas cuando pueden cruzar el puente e ir a por los de la barriada de La Navidad.

Un silencio se hizo, a la vez que el semblante de Cristina se volvía pálido como el mantel sobre la mesa, pero Víctor no se atrevió a preguntar. Algo habría pasado en aquella zona para que la inspectora obrase así. Con el paso de los años, todos los policías acababan con cadáveres en el armario.

—¿Cuál es tu principal conjetura, entonces? —preguntó el policía para romper la tensión del momento.

—Pues está claro que no se ha extraviado, y es mucha casualidad lo del otro niño en similares circunstancias, que investigaremos en una hora. No parece haber un móvil convencional, tampoco una muerte casual o accidental que los padres hayan querido disfrazar de secuestro. Claro que esa opción no la descarto del todo, la animadversión por parte de la madre no me transmite buenas vibraciones. ¿Qué opinas tú?

—Que puede ser lo del accidente camuflado de secuestro, sin duda, porque otra opción sería la de una venganza contra los padres. Pero el otro chico... ¿dos en una semana? En fin, no sabremos la relación entre los dos casos, o por qué el comisario los ha englobado en uno, hasta que hayamos hablado con el entorno de ese segundo niño. Aparte de todo eso, no queda otro motivo que...

—¿Qué?

—Olvidalo, es una tontería.

—Pues dilo, estamos entre compañeros, hay que compartir todo pensamiento sobre un caso. Cualquier cosa, por muy rara que suene, podría ser la clave.

—Pero tú tienes... En fin, tienes una hija pequeña y no quería decir...

—¡Por Dios, dilo ya o mi paciencia explotará!

—He pensado que podría haber un motivo más sucio y desagradable... ya sabes... algún

pederasta.

—Pero estaríamos en las mismas circunstancias que con la venta de órganos. Unos padres con recursos económicos y amigos influyentes no son la elección más inteligente. El secuestrador o pederasta podría haber recurrido a niños de barriadas marginales, con menos vigilancia. ¿Vigilancia? Eso es, ¿cómo demonios se puede llevar alguien a un niño de un parque lleno de niñeras vigilantes? ¿Y de un colegio? Debe de tratarse de alguien que pasa desapercibido, de alguien invisible, de quien nadie sospeche ni luego recuerde.

—¿En quién estás pensando?

—Ni idea. Tal vez otra de las niñeras, otro profesor del centro, un familiar de cada niño, gente que suele estar por la zona cuando los demás se reúnen y que nadie siente como extraño, de esos que no recuerdas en un interrogatorio cuando te preguntan «¿vio usted a alguien acercarse al niño?». Joder, si es alguien habitual y conocido, pues no caes en su presencia.

—¿Tú crees que la gente se olvida de algo así?

—La gente se olvida de si ha cerrado con llave la puerta de casa al salir o si ha apagado la vitrocerámica, al ser algo cotidiano, diario, nuestra mente lo desecha en el acto y no lo almacena. Por favor, termina de comer lo antes posible, quiero hablar con los padres y la profesora del segundo niño.

La urbanización se encontraba a las afueras de aquel extraño pueblo, si es que Bellavista estaba considerado como tal; un lugar compuesto casi exclusivamente por hileras de chalés adosados o individuales, solo se observaban un par de bloques de viviendas de tres alturas. Algún parque habían visto también, y varias calles de tiendas y restaurantes, además de dos colegios de los cinco que había en la zona. La vivienda de los padres de Enrique Martínez no era tan ostentosa como la anteriormente visitada, pero aun así Cristina pensó que jamás podría permitírsela, ni con su sueldo de inspectora y sumando el de su pareja, si es que volvía alguna vez a comprometerse con un hombre.

«Estúpidos pensamientos, concéntrate», pensó a la vez que sacudía la cabeza. Víctor la miró extrañado, pero no preguntó nada.

—Dirige tú la entrevista —susurró a su compañero mientras pulsaba el timbre de la puerta.

—¿Para que no nos ocurra como con la anterior? Pensé que no te afectaba que...

—Y no lo ha hecho, pero quiero verte llevando el peso de la entrevista, conocer tu punto de vista, tu forma de afrontar las preguntas y cuáles de ellas te surgen a medida que analizas al testigo. Silencio, ya abren.

Una empleada doméstica con uniforme, cómo no. Víctor hizo las presentaciones y la mujer, con claros rasgos de la Europa del Este, los hizo pasar al recibidor, sin exhibir ningún acento. Al fondo se adivinaba un luminoso y enorme salón decorado con la intención de que nadie lo usase para no manchar los sofás o descolocar los cojines. Víctor esperaba que los invitasen a un café, ya que no habían podido tomarlo en el restaurante por no perder tiempo. El subinspector estaba cambiando sus hábitos lentamente, adaptándose a su nueva vida y a su compañera, ya que antes prefería beber té.

—Pasen al salón, la señora les espera. —Pronunció señora de un modo muy cómico, arrastrando la r de modo que puso de manifiesto su origen ruso o polaco: señorrarra.

Una enorme ventana ofrecía vistas a un jardín trasero no muy grande, y al fondo se apreciaba la zona de marisma en la que suele haber siempre colonias de flamencos rosas y otras aves acuáticas. De repente la vieron. Una mujer completamente vestida de blanco, alta, delgada y de

unos treinta y cinco años, los esperaba de pie a la derecha de la estancia. Parecía querer controlar los nervios, mantener la compostura, pero apretarse una mano con la otra de ese modo tan intenso la delataba.

—Mi nombre es Víctor Garza y mi compañera es la inspectora Cristina Collado. —Víctor se acercó para estrechar su mano. Cristina se mantuvo un metro tras él, evitando la sonrisa que le provocaba la habilidad de su compañero al no decir que era subinspector, así la mujer pensaría que hablaba con el policía al mando de la investigación y la conversación sería más fluida.

—Siéntense, por favor. Ivanna nos traerá ahora un refrigerio.

—Muchas gracias, pero le rogaría que nos permitiese hablar con usted en el dormitorio de su hijo, si no es molestia. Nos gustaría echar un vistazo a fondo y así ganaremos tiempo. El tiempo es vital, como comprenderá.

—Sí, claro, aunque sus compañeros estuvieron hace unos días...

—Bueno, no pasa nada porque otros ojos examinen el cuarto, ¿no le parece?

—Claro, claro, vengan por aquí.

—¿Alguien ha limpiado o tocado algo después de...?

—No, en absoluto. Ya nos dijeron sus compañeros que cerrásemos la puerta y no tocásemos nada.

Ahora Cristina, al final del grupo de tres, sí dio rienda suelta a la sonrisa. Víctor era un buen policía.

Entraron en el dormitorio un minuto antes de que Ivanna apareciera con una bandeja que portaba café y pastas. Cuando pudieron quedarse a solas, el subinspector susurró a su compañera:

—Mira entre sus cajones y yo lo haré en armarios y en la cama.

—Nada de eso.

—¿Cómo dices?

—La ropa y los cajones ya estarán más que analizados por el equipo de la científica y por los agentes que llevaban el caso. Ayúdame a mover el escritorio.

—¿Moverlo?

Entre los dos apartaron el pesado mueble y Cristina comenzó a buscar en cualquier recoveco que pudiera habersele pasado a sus compañeros. Tras los pósteres de la pared, desmontó los marcos de fotos, miró dentro de los muñecos de peluche, revisó en busca de falsos fondos en los cajones, sobre el armario ropero y tras el mismo, debajo de la cama...

—¿Todo esto hiciste en la casa anterior mientras yo entretenía a la *señora marquesa*?

—¿Señora marquesa? Ja, ja, ja, le va bien ese apodo. Lo cierto es que sí, estuve poniendo patas arriba el dormitorio, menuda cara pondrá *la marquesa* cuando lo descubra. Pásame el café, se va a enfriar.

Se sentaron en el borde de la cama y degustaron en silencio las pastas saladas, deliciosas al acompañarlas del café. Víctor no quiso romper el momento de meditación de la inspectora, ya iba conociendo su forma de trabajar y se adaptaba a ella todo lo que podía.

—Aquí no hay nada, como era de esperar —murmuraba Cristina para sí—, igual que en la otra casa. Los niños no han tenido contacto con nadie externo a su entorno habitual. Los padres no saben nada, las empleadas domésticas tampoco... y menos aún sus profesores del colegio. Son desapariciones, fortuitas o elegidas concienzudamente por un criminal, que no guardan una relación directa con los niños, al menos de forma aparente.

—¿Aparente?

—Quiero decir que puede estar la clave ante nosotros, pero no la vemos aún.

—Tenemos que terminar las entrevistas.

—Sí, aún nos queda toda la tarde. Acuérdate de llamar a la profesora del niño cuando salgamos de aquí, así nos aseguramos de que está en su casa.

Marcos Navarro vio llegar a la pareja, consultó el reloj, casi las nueve menos veinte de la noche, y se sintió mal por no haberse marchado aún a casa, pero también por la cantidad de horas que Cristina pasaba alejada de su hija. Él sería padre por primera vez en cuestión de semanas y sentía verdadero pánico ante la idea de descuidar esa faceta, de dejar sola a su pareja, Laura, y ver cómo su hija crecía teniéndolo por un extraño al que ver unas horas los fines de semana. De hecho, Marcos no confiaba en que Laura siguiese a su lado si no reducía drásticamente el número de horas que dedicaba al trabajo.

Decidido, aunque tenía varios casos mareándole la cabeza en esos momentos, se decidió por cerrar las carpetas, apagar el ordenador y marcharse; aunque antes de salir por la puerta de la comisaría, y sin saber por qué, se dirigió al despacho de Cristina.

—¿Os pilló en mal momento? —preguntó tras dar dos golpes en la puerta y asomar la cabeza.

—En absoluto, ¿necesitas ayuda? —respondió la inspectora.

—Todo lo contrario, venía a preguntaros cómo lleváis el caso y si necesitáis algo.

—Una máquina del tiempo para...

—...viajar al pasado y ver qué sucedió. Sí conozco esa frase, también se dice en Sevilla. Y supongo que en Madrid, ¿no? —Víctor no respondió, solo observaba atónito la conversación—. David Sobrá perfeccionó esa frase; él decía «viajar al futuro para ver cómo ha resuelto el caso otro inspector».

—Todo un personaje, David.

—Ahora en serio. ¿Cómo lleváis el caso?

—Pues ya puedes imaginártelo tras un solo día de investigación, no hay por dónde cogerlo. Al menos de momento. La madre del primer niño estuvo muy desagradable en el trato, pero eso no la convierte en asesina despiadada que luego entierra al niño en el jardín de casa y denuncia su desaparición con lágrimas y suspiros. La madre del segundo se comportó como esperábamos. Las empleadas domésticas están abatidas, aunque cada una lo expresa de un modo diferente, acorde a sus nacionalidades de origen, supongo.

—¿No crees que las niñas pudieran estar compinchadas para pedir un rescate?

—Buen intento de pillarme con la guardia baja. Tú sabes de sobra que los niños no han sido secuestrados para pedir un rescate, como también sabes que la casualidad entre las dos desapariciones sería inviable. Se trata del mismo criminal en los dos casos.

—Tres.

—¿Cómo dices? —Cristina y Víctor lo miraban atónitos.

—Antes de marcharos, echad un vistazo a la carpeta que Irene os ha dejado sobre la mesa, tenemos otro niño de ocho años desaparecido.

—Déjame adivinar, en Bellavista también.

—¡Bingo!

La pequeña Evita dormía a su lado en la cama, la luz de la mesita de noche creaba un ambiente cálido y ella, tras pasar por la ducha y comer algo ligero para cenar, tuvo que tirar al cubo de la basura el guiso de albóndigas de cerdo y patatas de su madre. Ahora daba vueltas en su cabeza a los informes que Irene había puesto sobre su mesa. La desaparición de otro niño en la misma zona,

con la misma edad y de padres acomodados. No, era cierto, no se trataba de ninguna casualidad.

Observó a su hija respirando hondo, estaba dormida en total paz y seguridad, como debían dormir... vivir todos los niños gracias a la protección de sus padres y de la sociedad, para eso estaba la policía. Ella debía velar con su trabajo por que cada niño y adulto se sintiese seguro en su casa o en la calle, pero aquello no era más que una utopía, siempre habría criminales dispuestos a jugarse su futuro o su vida por dar rienda suelta a sus más bajos instintos.

Necesitaba encontrar el nexo de unión entre los tres niños, pero el listado de todos los datos aún no estaba listo por parte de Javier Pestano. ¿Qué demonios habría estado haciendo durante todo el día? Hablaría a la mañana siguiente muy en serio con él; no podían estar esperando resultados durante días mientras cabía la posibilidad de que pudieran encontrar a los niños sanos y salvos.

De lo contrario...

«No, por favor —se dijo—, no quiero dar noticias de esa índole a sus padres».

Dejó la carpeta con los informes sobre la mesita, comprobó el despertador del teléfono móvil y apagó la luz para sumirse en un liviano abrazo con la niña, para no despertarla. Qué bien olía la suave pelusa rubia que tenía por cabello. No tardó ni dos minutos en quedarse profundamente dormida.

La ventana de su salón era una de las pocas iluminadas en la calle Paco Isidro a esas horas de la noche. El subinspector Víctor Garza repasaba de nuevo las carpetas con las tres desapariciones; empezaba a pensar que podría completar un cuadro con toda la información ordenada para tener algo con lo que trabajar hasta que el agente de apoyo informático enviase su propio material. Aquel papeleo parecía ser indispensable para tomar decisiones y moverse durante el caso, en definitiva, para avanzar.

Cuando trabajaba en antidroga, en Madrid, no había tantas historias ni burocracia, el departamento recibía un soplo y se movían en el acto, noventa por cien de efectividad. Generalmente había un nombre que llevaba a un camello menor, este daba un nombre a cambio de un trato o reducción de condena y eso les llevaba a un camello intermedio; el proceso seguía su curso y cada año atrapaban a dos o tres capos de máxima magnitud. Esas veces salían en la tele por el logro, con las imágenes de cantidades de la hostia incautadas, además de dinero, armas, joyas, coches... Pero otras veces pinchaban en hueso o el soplo era para distraer la atención del departamento y meter un cargamento importante. A veces los soplos los daban los propios policías del grupo.

¡Qué tiempos aquellos! Les bastaba con visitar a los camellos de la zona y apretarles las tuercas, de ese modo lograban que confesasen o señalaran al auténtico autor del último cargamento de material. Pero el trato con los sospechosos no era lo único diametralmente opuesto a su actual trabajo en homicidios que había observado, también que los casos no se solucionaban sobre el terreno, sino sobre una densa y exhaustiva investigación que acababa por señalar al culpable de un modo inequívoco. Ahora los casos se estirarán en el tiempo hasta el infinito, habrá una presión asombrosa por parte de superiores y del Ministerio del Interior.

Quizá no fue tan buena idea el cambio de aires... Claro que no tuvo elección, era eso o...

Se levantó para ir a la cocina a beber algo de agua y recordó, al abrir el frigorífico, que una botella de vodka descansaba en un cajón del congelador desde el mismo instante en que llegó a aquel piso de alquiler. Ni siquiera había ido aún a presentarse al comisario cuando fue expresamente a comprarla al supermercado de la esquina, olvidando traer comida y productos de

limpieza. No la había tocado siquiera, eso era buena señal. Buscó un vaso limpio para servirse algo de agua fría y se asomó a la ventana, una pareja paseaba despacio por la calle, justo bajo la luz de una farola. Se bebió medio vaso de un sorbo y, tras pasar de largo por el fregadero, donde descansaban los restos de una pizza calentada al microondas. La luz anaranjada que había iluminado su vida durante esos minutos desapareció al cerrar el frigorífico. Y regresó a tientas al salón.

Sí, necesitaba ese cambio de aires más aún que respirar. No había probado el alcohol desde que había llegado, desde que conoció a su compañera y volvió a tener un motivo por el que vivir. Se acabó lo de ser un desecho como los que tanto criticó en sus primeros años de servicio.

Los recuerdos de su etapa anterior llegaban nítidos cada noche, y también cuando se encontraba ocioso, por ese motivo prefería sentirse agotado física y anímicamente antes que tratar de llevar una vida sosegada, como también habían elegido su compañera y el comisario. Ellos también debían de arrastrar algo oscuro para entregarse de esa forma al trabajo. Claro que no sabían lo que había dejado atrás él, lo que recordaba con vergüenza cada noche. Y mejor que fuese así. Ahora se encontraba rodeado de buenas personas, lo sabía porque no habían tenido la curiosidad de indagar en su pasado y eso hablaba bien de ellos.

¿Por dónde iba? Sí, el tercer niño se llama Iván Gallardo, desapareció la tarde del día anterior en algún momento entre las seis y media, que lo dejó su madre frente a la parroquia donde recibía las clases de catequesis, y las ocho y media, que el vecino debía recogerlo, pero no vio al chico. Necesitaban hablar con el párroco o responsable de las clases y también con los niños, claro que conseguir entrevistar a niños era un calvario; petición al fiscal, luego pedir permiso a los padres de cada niño y tenerlos presentes, por supuesto; los niños podrían mostrarse distantes o responder las preguntas como si aquello fuese un juego, ya lo había vivido antes con testigos de compras de drogas. Quizá Cristina fuera capaz de manejarlos mejor, después de todo era madre de una niña pequeña, aunque no sabía con precisión la edad de su hija; tampoco sería muy mayor, la inspectora parecía varios años menor que él.

Cristina..., menuda compañera y superior le habían asignado, como un golpe tremendo contra su futuro profesional; aunque él comenzaba a verla como todo lo contrario, como un ejemplo a seguir, como alguien que había recibido un palo más fuerte que el suyo propio y se había levantado para seguir adelante con más fuerzas. Era una excelente policía y comenzaba a estimarla como persona, incluso veía que era mutuo el afecto que se profesaban. Buscar en ella a un aliado en lugar de a un competidor había sido una decisión acertada, estaba aprendiendo mucho de la chica.

«Sigue así, este es el comienzo de una nueva vida, una mucho mejor».

Vio el vaso de agua sobre la mesa y pensó que era vodka. Maldito alcohol, jamás lo había bebido pero acabó entrando en su vida a la vez que las malas decisiones. Aún recordaba el momento en que tomó el primer chupito de vodka helado, fue trabajando como infiltrado en una misión para desenmascarar a un camello de altos vuelos, un gran capo que resultó ser un simple intermediario. El quemazón en su garganta al bajar el licor nunca podría olvidarlo. De hecho, era el que seguía persiguiéndolo tras su fracaso como ser humano y como policía.

Malas decisiones.

La vida es un camino que tiene infinitas bifurcaciones, él lo sabía, y cada una de ellas se corresponde con una decisión, elegir la derecha o la izquierda define al triunfador del perdedor. Víctor había tenido que empezar de nuevo desde la casilla de salida, por ello se sentía un privilegiado, no todos tienen esa oportunidad. Había visto a varios compañeros acabar tras un disparo, una celda o situaciones aún peores.

¿Por qué no se concentraba en su trabajo? Las clases de catequesis. Sí, debía seguir esa línea, era lo primero que Cristina y él revisarían el día siguiente. Bueno, dentro de unas pocas horas.

Una acción precipitada siempre conlleva riesgos imprevisibles. Menuda estupidez la de atrapar y retener al pequeño Iván. Las normas estaban claras, solo dos niños al año para no despertar sospechas, uno mientras juega en la calle y otro en el colegio. De esa forma no llamaría la atención y todo se olvidaría rápido. Como siempre. Las tragedias, por muy graves que parezcan, pasan de largo como si el tiempo las barriese, como la marea se lleva las huellas del paseo al atardecer de unos enamorados, por muy profundas que estas sean y mucho que se amen quienes las provocan.

Eran las cuatro de la madrugada y dos horas antes había apagado la televisión, ahora no se oía un suspiro. La ventana abierta traía una fresca brisa desde la ría, aderezada con el aroma de los naranjos en flor de la calle. La botella de vino vacía sobre la mesa justificaba el dolor de cabeza que sentía, peor sería mañana, con una resaca monumental, pero no respaldaría la estúpida forma de llorar que había hinchado sus facciones.

«Me da igual el niño, todos ellos, que se pudran en el infierno por su forma de provocar y atraer al diablo, pero no puedo dejar llevarme por el mismo. Lucifer acabará logrando su objetivo de llevarme consigo al infierno. Cada año es peor, cada temporada comienza a susurrarme mucho antes. Dios, ¿cómo consigues que cumpla la misión de tu adversario? ¿Cómo te mantienes en silencio, imperturbable, mientras hago esas atrocidades? Ya has visto que no soy dueño de mis actos, solo la mano ejecutora de los deseos del maligno. No me desampares, no me dejes solo o estaré perdido del todo».

Y rompió a llorar de nuevo.

A pesar de ser consciente de lo que llevaba años haciendo, lo que más le aterraba no era el daño producido a los niños y sus familias, tampoco el sentir al diablo divirtiéndose a su costa, doblegando su voluntad; lo más duro de llevar era saber que tarde o temprano lo descubrirían y acabaría en una cárcel durante más de veinte años, quizá más de los que le quedaban de vida. Sentirse egoísta era peor que sentirse sucio. El resto de su existencia lo pasaría en un cuarto de dos por dos metros, privado de libertad y rodeado de delincuentes, apartado de su vocación... y de los niños.

«No, no puedo vivir apartado de los niños. Señor, deja que sigan acercándose a mí...».

Sábado, 27 de abril.

—¿Por qué te hiciste policía?

—Ya me lo has preguntado docenas de veces.

—Pero es que adoro la expresión de tus ojos cada vez que me lo dices.

Una caricia tan liviana que casi no sintió.

—Desde pequeña, siempre me llamó la atención el poder y la seguridad que desprendían los policías de uniforme; como si fuesen superhéroes. También me gusta sentirme protegida, fuerte, ser yo la que tiene ese poder. Ya sé que es egoísta, pero el ser humano no deja de serlo cada vez más, así que no voy a esconder mis deseos, menos aún ante ti.

Él sigue mirándola como si viese un amanecer por primera vez en su vida. Luego sonríe y responde:

—Cualquiera diría que viene de algún tipo de complejo de inferioridad.

—¿Inferioridad? Vas a ver quién manda aquí.

Cristina salta sobre Fran y lo abraza con fuerza, aún permanecen en la cama a pesar de que la luz del sol lleva un buen rato entrando por la ventana del dormitorio. Llegarán tarde a la comisaría, pero a ninguno de los dos parece importarle. El chico hace un esfuerzo para colocarse sobre ella, ahora la observa con devoción, como suele hacer algunas mañanas de fin de semana en las que no hay prisa por hacer nada ni preocupación alguna; ya pueda arder el mundo a su alrededor. Ella trata de escapar, pero tampoco pone mucho empeño, le gusta lo que viene siempre después.

Poca ropa hay para quitar, a pesar de ello, se toman todo el tiempo del mundo, mucho mejor así. Fran toma su mano con fuerza cuando ella está a punto de quitarle la ropa interior. Cristina lo mira sorprendida. No esperaba esa reacción.

—¿Qué pasa?

—Los niños.

—¿Qué niños? ¿De qué hablas?

Está como en trance, su semblante le da miedo.

—Ellos me han pedido tu ayuda, me han pedido que te esfuerces por encontrarlos.

—Fran, ¿de qué me estás hablando?

—De nuestra princesa, de Evita. Si ella desapareciese... Encuentra a los niños. Los niños.

Una lágrima brota del ojo de Fran y recorre su mejilla y su nariz hasta caer sobre la cara de Cristina, que aún no comprende lo que está ocurriendo. Cuando va a limpiarla con la yema de su dedo, Fran ha desaparecido. La lágrima es de ella.

El dormitorio estaba completamente oscuro, el despertador marcaba las siete y doce minutos y la respiración de su pequeña invadía todo el espacio.

—Hija mía, el día de mañana roncarás como tu padre —susurró antes de darle un suave beso en la cabeza.

La inspectora Collado se levantó y fue al baño, donde se sorprendió sudada en el espejo sobre

el lavabo. Abrió el grifo de la ducha y fue a por una muda de ropa interior. Trataba de no pensar en el sueño que había tenido, en no dejarse llevar por esas sensaciones tan reales que le había provocado Fran, pero no paró de llorar hasta mucho después de preparar el desayuno.

En la sala de reuniones ya estaban Javier Pestano, Víctor Garza y la recepcionista, Irene. Cristina regresaba de su despacho, allí había dejado el bolso y encendido el ordenador, aunque no tuvo tiempo de mirar el correo electrónico. Entró en silencio, se sirvió una taza de café y saludó con un escueto buenos días antes de pedir a todos que prestasen atención.

—El tiempo apremia, vamos a ponernos al día con el caso y dejar las premisas a seguir listas para hoy. Javier, seguimos esperando la información sobre los entornos de los niños.

—Siento tardar tanto, ayer lo tenía listo, pero me llegó el informe del tercer niño y me puse con él para tener hoy las correlaciones entre los tres.

El agente, sentado frente a la inspectora, extendió hacia ella la carpeta que llevaba entre las manos. Cristina la tomó y echó un vistazo rápido, ya lo leería en profundidad más tarde. Por lo pronto, solo pudo comprobar que la meticulosidad de Nuria Carvallo era imbatible, sobre todo a la hora de redactar cuadros que sintetizaban toda la información. Pero sería suficiente lo que el compañero había averiguado y resumido.

—Bien, te pongo al corriente de lo que Víctor y yo indagamos ayer; también a ti —dijo a Irene — para que se lo comentes a Marcos, si es que te pide alguna información nueva sobre el caso. Ayer visitamos a las madres de los dos primeros niños, también a las empleadas que los cuidaban y a las profesoras en sus colegios. Hoy teníamos pensado hacer una visita a los padres en sus trabajos, pero invertiremos un poco de tiempo en analizar los datos que ha ordenado Javier, quizá cambiemos de idea y vayamos a hablar primero con la madre y cuidadora del tercer niño.

—O el profesor de catequesis —interrumpió Víctor.

—¿Catequesis?

—El tercer chico, Iván Gallardo, desapareció cuando debía estar dando las clases. Supongo que los otros dos, de la misma edad, estarían tomando clases también. Es un punto de partida que deberíamos considerar.

—Por supuesto, lo cotejaremos ahora con los otros dos niños, buscaremos coincidencias entre los tres y eso quizá nos muestre una vía de ataque, o incluso la llave para resolver el caso.

Víctor comenzó a colocar los detalles y resúmenes en el tablón de corcho del despacho compartido con su compañera mientras ella revisaba por fin su correo electrónico. No había nada relacionado con el caso, así que se levantó para ayudar a Víctor con el mural.

Situaciones financieras de los padres; viajes realizados en los dos últimos años; nombres de cada persona que tuviera contacto con los niños; colegios; profesores; sus mejores amigos, tanto de los niños como de los padres; listado de vecinos cercanos que estuvieran fichados por asesinato, violación, secuestro o pederastia; y por último, un completo informe con las rutinas diarias de cada niño durante los días anteriores.

Cristina se alejó unos pasos para contemplar el conjunto desde una perspectiva más global, pero no llegó a conseguirlo, el teléfono la interrumpió.

—¿Sí?

—Cristina, tengo una llamada del padre del tercer niño. Está muy alterado.

—Pásamela, Irene.

—¿Estás segura? Puedo decirle que no estás y activar el protocolo de calma y sosiego.

—¿Te he dicho que me encanta cómo bautizas tus propios métodos de atención al cliente? Pero

no te preocupes, sabré tratar con él.

—Tú mandas, te lo paso.

—¿Sí? ¿Hay alguien ahí?

—Buenos días, mi nombre es Cristina Collado, soy la inspectora al mando del caso.

—Por fin, ya iba siendo hora de poder hablar con alguien, ya que nadie nos llama para informarnos sobre la investigación. ¿Cuándo demonios piensan encontrar a mi hijo?

—En primer lugar, le ruego que se calme, no logrará nada gritando. En segundo lugar, le comunico que su hijo es el tercer niño de ocho años desaparecido en las dos últimas semanas. Ayer estuve entrevistándome con el entorno más inmediato de los dos primeros y hoy tenía pensado hablar con usted y su mujer, así que dígame cuándo podré verlos en su casa.

—Estaré a partir de las siete de la tarde. Pero... ¿tres niños? Eso significa que descuidarán la búsqueda de mi hijo por los otros dos, ¿no es cierto? A saber dónde estará Iván y cómo se encontrará. Es una vergüenza que el dinero de mis impuestos se gaste en policías que solo mueven el culo cuando hay un caso mediático y que nunca responden cuando se les necesita y que...

—Caballero, le he pedido que se calme porque de otra forma no logrará mejores resultados, sino todo lo contrario. Entiendo que esté alterado por su situación pero, si necesita tener funcionarios atendiendo su caso, ahora mismo puedo llamar a un inspector de Asuntos Sociales para que su mujer y usted les explique los motivos de descubrir la ausencia de su hijo casi a las doce de la noche, cuando debía estar en casa a las ocho. Les preguntarán sobre lo que estuvieron haciendo y si es habitual que estén a esas horas sin conocer el paradero del niño.

—Lo que me faltaba por oír.

—No ha respondido a mi pregunta. ¿Desea que un funcionario vaya a verle ahora mismo? Porque yo estoy ocupada tratando de encontrar a su hijo y a otros dos niños y no puedo perder un minuto más con esta conversación. ¿Estará usted en casa a la siete de esta tarde?

—Es... está bien, a las siete nos veremos. Buenos días.

Víctor subrayaba con colores los informes de la pared, aunque había hecho un alto al notar el tono, conciliador al principio y provocativo después, de su compañera. Contuvo la sonrisa y esperó a que terminase la llamada.

—Otra diferencia con mi anterior departamento. En narcóticos nunca te llama un familiar de un camello detenido para saber cómo está su retoño o su marido, menos aún con ese tono.

—Quizá deba pedir el traslado a tu antiguo cargo. Cuando llegas a la academia piensas que, en homicidios, te pasarás el día con una lupa buscando pruebas de crímenes, pero la realidad es que casi siempre estamos buscando desaparecidos, secuestrados o vete a saber qué caso que nos asigne el comisario para descongestionar las denuncias que se amontonan.

—Ya lo estoy comprobando.

Cristina le dedicó una sonrisa forzada.

—Creo que tenemos una relación entre los tres niños.

—¿En serio?

—Sí. Tenía yo razón. Los tres van a clases de catequesis para hacer la Primera Comunión, y los tres en el mismo centro.

—Y el tercer niño desapareció durante las clases.

—Exacto, en ese intervalo de horas.

—Bien, esa línea de investigación me parece la más adecuada. Te toca conducir a ti.

El subinspector se sentía extraño en ese momento, experimentaba algo nuevo y desconocido.

Por primera vez desde que llegó, había dejado de ser un mero invitado o espectador en aquel despacho. Sus hipótesis eran acertadas y valoradas por su compañera, estaba llevando el caso a buen puerto, desde donde debía hacerlo y de la forma correcta; ya no necesitaría estar hasta las cuatro de la madrugada en casa o en la comisaría, tratando de avanzar, solo y atacado por los fantasmas del pasado. No pudo evitar sonreír al tomar su libreta y abrir la puerta para dejar pasar primero a la inspectora.

Todo le salía mal, llevaba unos años en caída libre y ya dudaba seriamente si lograría remontar. Primero fue su mujer, dejándolo por su vecino de enfrente, luego sus hijos no querían verlo; en el trabajo no paraban de presionarlo por su bajo rendimiento; y la guinda del pastel la ponían las clases de catequesis. Lo que había planificado como su salvación se estaba convirtiendo en una tortura. Está claro que cuando uno comienza a caer, todo a su alrededor se desmorona con él. Era absurdo pensar que la idea de las clases, con lo que conllevaban, fuese su flotador para sobrevivir.

«Esos vicios y manías tuyos te llevarán a la cárcel en cuestión de meses...».

Apartó lo augurios y volvió a la realidad cuando el informe de ventas del trimestre pasado apareció en su correo electrónico. Pero ¿a qué venía ahora ese reenvío? Ya lo habían tratado a comienzos de abril. Un segundo correo de su jefe apareció segundos después: «hay una docena de errores, ven a mi despacho inmediatamente».

¡Dios, qué tortura, aquello no acabaría nunca, solo iría de mal en peor! Respiró hondo y se vio a sí mismo levantándose para arrastrar su cuerpo los veinte metros que separaban su mesa, en la sala general, del despacho del jefe de administración y contabilidad de la empresa. Casi no podía tragar saliva.

Céntimos por un lado, una compra de material de oficina no registrada por otro, algún contrato mal notificado a la Seguridad Social, un par de facturas extraviadas, tampoco era para tanto. Algunos errores al alza quedaban compensados por otros a la baja. La sanción por hacer una declaración complementaria de rectificación sería mínima. ¿Qué importancia tenía eso? Allí todos se tomaban su trabajo a la tremenda.

Tras aguantar la reprimenda y regresar a su mesa, se dejó caer en la silla con un suspiro que debieron de oírlo todos sus compañeros. ¿Por qué no se sentía contento? Había evitado el despido otro día más. ¿Cuánto le pagarían por echarlo? Lo había calculado el mes anterior y eran unos dieciséis mil euros. Nada, eso no supondría ni dos meses de vicio.

El reloj marcaba las diez y ocho minutos de la mañana, quedaba toda una jornada tediosa y luego las clases a los mocosos de la comunión, niños malcriados por sus padres ricos, la mayoría ni se molestaban en llevarlos o traerlos, para eso ya contaban con la chacha o niñera. No le apetecía lo más mínimo hacer nada, bueno, no del todo... había algo que siempre le apetecía hacer.

El teléfono fijo comenzó a protestar, en la pantalla pudo ver el código de la centralita, era la recepcionista. A ver qué coño quería ahora.

—Buenos días, agentes.

—Inspectora Collado, él es mi compañero Víctor Garza.

—Disculpen, inspectores. No entiendo a qué viene esta visita.

Se encontraban en una esquina del recibidor de la planta. María José, la recepcionista, se

había quitado el auricular con micrófono incorporado, que lucía siempre tras su mesa, de forma disimulada; trataría de no perderse una sola palabra de la conversación. Maldita alcahueta, ojalá la llamase en ese momento su ginecólogo para informarla de un herpes terriblemente molesto y contagioso. Eugenio González se temía lo peor, ya lo habían descubierto y su vida tocaría fondo en cuestión de horas. No se resistiría, declararían su culpabilidad para intentar que le redujesen la condena por cooperar con la justicia. Así lo había visto en la televisión.

—Queríamos hablarle de los alumnos de sus clases de catequesis. Ya sabrá que han desaparecido tres en las últimas dos semanas —dijo la chica joven. Era bonita, ojos azules y pelo largo rubio, además de un cuerpo apretado en esos vaqueros que lucía. Aunque no estaba él para pensar en mujeres en ese momento.

—¿Las clases? ¿Los niños? ¡Ah, sí! Lamento estar algo distante, es que acabo de salir de una reunión muy importante con el director general de la empresa y tenía la mente puesta en unas inversiones bursátiles que...

—¿Inversiones? Aquí dice que es usted contable.

—Bueno, pero me suelen llamar para cosas de más importancia, aquí reconocen la valía de uno y... ¿Qué han dicho? ¿Por quién preguntan?

—Los niños, queremos saber todo lo relacionado con ellos: quién los llevaba y recogía de las clases, cómo se comportaban, quiénes eran sus amigos, cómo pudo desaparecer uno de ellos, Iván Gallardo, durante una clase. Ya me entiende.

—Sí, claro. Bien, ¿por dónde empiezo?

—Por quién llevaba a los niños...

—Claro, claro.

La chica inspectora lo observaba con atención, aunque no tanta como la que aparentaba su compañero, menudos ojos saltones gastaba. Ese no era de la ciudad, quizá ni del país. Trató de recordar los nombres de cada persona que traía a los niños; como llevaba el curso empezado unos meses, se acordaba de casi todos porque hablaban entre ellos, demasiado, y también solían dejar una nota con sus nombres y números de teléfono móvil por si los niños se indisponían o surgía cualquier otro contratiempo. Luego les dijo que se portaban bien, mentira cochina, pero no era el momento de detallar cómo los engendros de Satán se pasaban la tarde gritando, tirando bolas de papel o dándose golpes entre ellos. ¿A quién le importaría? Los padres lo negarían al momento... «¿Mi hijo? Imposible, mi hijo es un ángel». Putos demonios es lo que son. Luego les contó que había varios grupos de niños, en cada uno de los cuales había, lógicamente, un líder que era más o menos seguido por el resto, pero tampoco había relaciones de amistad entre ellos como para destacarlo. ¿Iván Gallardo? ¿Quién coño era ese? Quizás el bajito con cara de sapo que solía agachar la cabeza durante toda la clase.

—Creo que recuerdo al pequeño Iván —dijo con un tono amigable, el mismo que usaba para las clases—. Era un niño muy tímido, algo bajito para su edad, pero muy inteligente. ¿Cómo desapareció? Bueno, yo no lo vi aquella tarde. Cuando empezamos la clase, él no estaba con el resto de niños. No sé si llegó al centro parroquial o desapareció antes.

—Su madre lo llevó al centro, eso nos aseguró —dijo la inspectora.

—Pues deberíamos hablar con sus compañeros.

—¿No tienen cámaras de seguridad en la iglesia?

—Mejor no les digo lo rácano que es el párroco con el presupuesto...

El vehículo oficial circulaba por la avenida Italia en dirección al puente que conectaba la

ciudad con Bellavista, además de otros pueblos residenciales y la costa oeste de la provincia. Víctor conducía y toqueteaba los botones de la radio en busca de una emisora de música clásica mientras Cristina fruncía el ceño al anotar en su libreta.

—No crees que saquemos nada hoy.

—Nada —respondía ella—, nos quedan los padres del tercer niño, su niñera y la profesora. Solo hemos hablado con el profesor de catequesis... en fin, creo que estamos yendo en la dirección equivocada.

—Pues a mí ese tipo me ha parecido que oculta algo.

—A mí también, en cuanto ha aparecido, pero luego se ha calmado al decirle que se trataba de los niños.

—¿Tú crees?

—Apuesto el culo.

—¿Cómo?

—Olvidalo, vamos a tratar de ser rápidos para que nos dé tiempo, tras el almuerzo, a echar un vistazo a la sala parroquial donde dan las clases.

—Podemos saltarnos la inspección a fondo del dormitorio del niño, no creo que encontremos nada en él.

—Estoy de acuerdo.

—¿Quieres que vuelva a dirigir la entrevista?

—Me es indiferente, hazlo si lo consideras oportuno cuando nos reciban dentro de unos minutos.

—¿Estás bien? Te noto tensa, desconectada, decepcionada.

—Se te da bien la psicología, Víctor, estoy algo cansada de entrevistarme con gente que no me transmite el color que busco.

—¿Cómo dices?

—Es una forma de hablar. Ninguno de los entrevistados: familiares, personal de servicio, profesoras, el tipo de hace un rato... Ninguno de ellos me ha parecido que tuviera algo que aportar al caso.

—Bueno, eso ya llegará con el tiempo.

—No, no tenemos tiempo, hay tres niños de ocho años apartados de su familia, de su mundo, no sabemos si siguen vivos. ¡Maldita sea! No me vale con pensar que descubriremos lo que ha pasado con el tiempo, quiero hacerlo ahora y asegurarme de que los niños regresan sanos y salvos a sus casas.

—No se ha pedido rescate por ellos, así que tenemos muy pocas probabilidades de que los encontremos con...

—¡Cállate!

Tanto habían acelerado el proceso de entrevistas, que almorzaban a las dos y media de la tarde en el mismo restaurante del día anterior. El precio se les iba un poco con sus sueldos de policías, pero la calidad de la comida y el lugar eran para no pensárselo dos veces. Cristina había visto cumplirse su previsión. No tenían nada nuevo, otra madre llorosa pero tratando de mantener la compostura, como si aquello la hiciese mejor persona; otra empleada del hogar sin saber qué había sucedido; otra profesora de primaria hablando de lo buen estudiante que era el niño y de lo bien que se portaba en clase. ¡Joder, se sentía como en mitad de los miembros de una secta religiosa!

—¿Te pasa algo? —preguntó Víctor cuando la oyó chasquear los labios y hacer una mueca de contrariedad.

—Que estoy harta de este caso, y solo llevamos dos días. Esta tarde, tras pasar por comisaría para ver avances informáticos e investigar en la parroquia, nos queda visitar al padre del niño, a ver si lo encontramos de un mejor humor que esta mañana y sacamos algo nuevo, aunque lo dudo mucho.

Cristina hablaba en plural, como si fuesen un equipo, y Víctor se sentía por ello eufórico, todo lo contrario a la inspectora. El caso podría esperar, tal vez resolverse unos días más tarde, pero a él le quedaría el regusto de haber dado un paso importante más en su nuevo trabajo, en su nueva vida.

En pocos minutos llegarían a la parroquia donde los niños de cuatro de los cinco colegios de la zona daban las clases, todos menos los del Bilingüe Entrepinos, que tenían su propio profesor y parroquia en sus instalaciones. No importaba, ya que ninguno de los tres niños desaparecidos estudiaba allí. Llegaron puntuales al lugar, a la hora exacta que habían informado al sacristán que los recibiría: las seis y veinte.

Aparcaron el coche en la misma calle, percibiendo que el edificio no se distinguía de las casas unifamiliares pintadas de blanco que lo rodeaban. Sería un chalé más sino fuese por la gran cruz que adornaba la fachada principal. La verja estaba abierta y se aventuraron para llamar a la puerta, un tipo rechoncho y risueño les abrió al cabo de un minuto.

—Gustavo Núñez, sacristán de la parroquia, en qué puedo ayudarles.

—Hemos llamado hace unas horas, soy Cristina Collado y este es mi compañero Víctor Garza, de la Policía Nacional.

—Es cierto, disculpen mi torpeza, estaba atendiendo a unos padres y... pero no se queden ahí, pasen, por favor.

El interior era demasiado moderno para lo que habría esperado cualquiera de una parroquia en la que se oficiaba misa cada domingo, además de reuniones cada miércoles y clases de catequesis para los niños los jueves y sábados, luego recibirían allí la Primera Comuni3n, ocho años después de haber sido bautizados. Un pequeño pasillo con sillas de plástico a la izquierda, que recordaban al colegio, hacía las veces de recibidor para el despacho en el que, a la derecha, se oía a unos padres interesados por el progreso de su hijo en las clases. Cristina evitó decir a su compañero lo que pensaba de aquel lavado de cerebro al que sometían a los niños desde antes siquiera de poder hablar, aún no conocía tanto a su compañero y su elecci3n religiosa. Ella, bajo ningún concepto, bautizaría a su hija Eva, aunque tuviera que enemistarse de por vida con sus suegros.

Los policías esperaron a que los padres terminasen de hablar con el sacristán, para entonces ya habían llegado varios niños más, a pesar de que no había señales de vida de Eugenio González. Las risas y juegos inundaron el espacio hasta convertirlo en una guardería descontrolada. Víctor y Cristina habrían deseado que hubiese un rinc3n en el que hablar sin tanto alboroto, además de poder inspeccionar el lugar sin interrupciones.

—Serán solo unos minutos, los niños son algo traviosos, como es lógico —decía Gustavo Núñez con una sonrisa sosegada—, pronto llegará Eugenio, el profesor, y todo se calmará. Tengan un poco de paciencia.

El entusiasmo y alegría tan exagerados del sacristán no hacía más que aumentar el nerviosismo de la inspectora.

«Si mi pequeña se vuelve así de insoportable cuando tenga ocho años...».

—¿Cuáles son sus funciones aquí? —preguntó Víctor.

—Me encargo de que todo funcione. ¡Ja, ja, ja! Siempre había querido decir eso. Lo cierto es que no anda muy desencaminado de mis tareas diarias. Me encargo de la limpieza de todo menos del jardín, también de que no haya una sola luz fundida, de abrir la puerta y atender a los padres, niños o vecinos, de entretenerlos cuando es necesario, de sacar la basura, de asistir al párroco, como es lógico, en las misas... En fin, de todo.

El tono de voz, la sonrisa, la felicidad que irradiaba aquel hombre de mediana edad, grueso y pelirrojo, hizo recordar a Cristina a su profesor de lengua en el colegio, un tipo que parecía vivir en un programa de dibujos animados en lugar del mundo real.

—¡Vaya, veo que disfruta con su trabajo!

—¿Bromea? Servir a Dios, a un enviado del mismo, a los niños, a sus padres devotos... es un sueño hecho realidad. Pero no se lo digan a Miguel, el párroco es algo cascarrabias, además de muy —omitió la palabra, haciendo un gesto con sus dedos que quedó bien claro a la inspectora: huraño—. Nos raciona hasta las veces que podemos tirar de la cadena en el váter. No les digo más, no sé si me comprenden. Si supiera que disfruto tanto con estas tareas, sería capaz de cobrarme, en lugar de abonarme el mísero sueldo.

—Sí, me hago cargo. ¿Cuándo podremos hablar con el padre Miguel?

—No llegará hasta las diez. Hoy toca clase para los niños del colegio Tierno Galván. Vendrá Eugenio dentro de unos minutos. —Miró su reloj de pulsera—. Ya son más de las seis y media, debería de haber llegado, últimamente se retrasa mucho. Pero el párroco no suele aparecer hasta las diez de la noche.

—Bien, entonces tenemos tiempo de dar una vuelta por el lugar.

—Creo que todas las puertas están abiertas; si encuentran alguna cerrada, llámenme y apareceré raudo con el llavero.

—Quisiera hacerle una pregunta, por curiosidad, ¿por qué el profesor de catequesis de los niños es un contable? Quiero decir...

—Ja, ja, ja. Lo he entendido, tranquila. Eugenio no es mal profesor, todo lo contrario, un amor de hombre. Lo cierto es que existe una normativa impuesta por el Ministerio de Educación desde hace algunos años: no puede dar las clases un cura o sacristán, debe ser alguien con la magistratura universitaria, aunque no tenga plaza como docente ganada. Se puede contratar a cualquier profesor con el título para las clases durante ese mes. Solo se requiere el título de magisterio y experiencia en la labor o referencias contrastadas desde otro centro. No sé si me explico.

—A la perfección... un tema de estado laico. Gracias por su respuesta. Creo que hay un colegio que no envía niños aquí para las clases.

—Entrepinos, sí, ellos tienen su propio profesor de religión fijo. El resto son laicos, como ha dicho. Los profesores de esos centros no desean dar clases extras, así que no imparten la de religión.

—¿Por qué no quieren darlas?

—Bueno, tendrían que trabajar más horas y el sueldo por estas clases no parece ser un incentivo.

—Entiendo.

Un aula con veinte mesas y sillas fue la primera estancia que descubrieron los policías por el

pasillo que parecía conducir a la capilla de la parroquia, además de dos cuartos de baño en el mismo pasillo. ¿Dónde buscar?, se preguntaban Cristina y Víctor en ese momento, ¿dónde encontrarían una prueba de un delito tan grave como secuestrar a un niño en un edificio religioso? ¿Llegó la madre a ver entrar al niño? ¿Lo llevó realmente al centro, como ella aseguraba? ¿Alguien tuvo trato con el chico entre aquellas paredes hace dos días? Si alguien se llevó al chico de allí, podría averiguarlo investigando a los adultos y niños que hubiera a esa hora en el lugar. Mientras tanto, al menos para la inspectora Collado, no había ninguna prueba que demostrase que el niño hubiese desaparecido en la parroquia.

Luego estaba la similitud con los demás casos, los tres desaparecidos eran varones de ocho años, recibían las clases de catequesis en aquel centro, residentes en el mismo lugar... Claro que cada uno de ellos había desaparecido en un momento y lugar diferente: parque, colegio y parroquia. ¿Las relaciones entre los tres casos eran casuales? ¿El secuestrador había elegido tres lugares diferentes para desviar la atención?

—¡Joder!

El grito de Cristina hizo que Víctor se sobresaltase cuando estaba a punto de abrir la siguiente puerta. Se encontraban en una especie de salón pequeño, con muebles muy antiguos y un fuerte olor a parafina. Allí debían de guardar las velas y cirios de la capilla, pensaron los policías. A la izquierda había una puerta oscura y el subinspector tenía la mano sobre el pomo.

—¿Qué pasa?

—Disculpa —susurró ella—, estaba pensando en el entorno de los niños, nos hemos centrado en ellos, sin siquiera contemplar la posibilidad de que el secuestrador fuese alguien metódico que hubiera estudiado sus comportamientos para tenderles una trampa.

—Ya había pensado en alguien externo.

—¿Sí? No me habías dicho nada.

—Bueno, no quería decir que tuviese un sospechoso, solo que no descartaría la presencia de alguien desconocido.

—Entiendo. Vamos a...

—Buenas tardes.

Aquello sí que fue un sobresalto y no el respingo de Víctor ante el picaporte un minuto antes. Casi les dio un infarto a los dos. Los gritos de los niños jugando se habían mitigado hasta desaparecer, así que el lugar, solo iluminado por una tenue bombilla en el centro del techo, y con muebles de otro siglo, se mostraba lúgubre como pocos habían visitado. Al girarse, observaron a su espalda al contable que habían conocido por la mañana.

—Lo siento, no quería asustarles.

—¿Eugenio? Pensábamos que pasaría a dar la clase rápido y sin contratiempos, ya que ha llegado tarde —le dijo la inspectora con un gélido tono de voz.

—Es que les he visto aquí y a punto de entrar en el almacén, quería advertirles que allí se guarda la basura, a veces durante demasiado tiempo, y el olor es insoportable. Ese perezoso de Gustavo puede estar una semana sin sacar los cubos. Como solo él, y a veces el cura, generan desperdicios, se tarda mucho en llenar los tres enormes cubos de reciclaje.

—Gracias por el aviso, ya le llamaremos para charlar de nuevo si lo consideramos oportuno —finalizó la breve conversación Cristina.

Eugenio González parecía confundido, trató de titubear algo, pero acabó callando y se marchó dejando solos a los policías. Víctor miró a su compañera, esta le hizo un gesto de asentimiento y él abrió la puerta del almacén.

No se equivocaba el profesor de catequesis, el almacén olía de una forma nauseabunda.

Cristina entró, Víctor permanecía en la puerta. El suelo era de hormigón, pero estaba muy oscuro y liso, a la inspectora le recordó el aspecto de una carretera cuando está recién asfaltada. En las paredes había estanterías con cajas de ropa que parecía donada para los necesitados, en un rincón había tres cubos de colores similares a los contenedores municipales: amarillo, azul y naranja. El aroma de un ambientador luchaba en vano contra algo que estaba más que podrido.

—¿Ves algo? —preguntó desde la puerta el subinspector.

Cristina no respondió, se acercó despacio, tapándose la boca con la manga de su camisa, hasta llegar a los contenedores. Abrió las tapas, pensando encontrar un gato o perro muerto, pero solo había restos de envases, vidrio y comida, sacó un bolígrafo de su bolsillo y hurgó con él durante un rato; luego tiró el bolígrafo al cubo de envases, a sabiendas de que tenía otro en el bolsillo. Fue hasta la pared de su derecha y miró dentro de cajas de cartón que se amontonaban en una estantería de tres baldas metálicas; parecían la contabilidad de años atrás. Hacía rato que los niños estarían dando la clase, porque no se les oía; de hecho no se oía más que sus propias respiraciones.

—Les vendría bien una ventana aquí —murmuró Víctor.

—O no esperar tanto en tirar la basura —respondió ella, y entonces se giró y salió de la estancia—. Joder, no comprendo cómo puede oler así. Deberían limpiar a fondo este cuarto, ventilarlo durante días y guardar los cubos en otro lugar, en algún cobertizo del exterior.

—Es cierto, huele a cadáver.

—Sí, así es, pero no parece haber nada en los cubos.

—Y nadie sería tan estúpido de tener cuerpos en descomposición en un cubo de basura.

Cristina no respondió, había conocido a cada personaje...

—¿Has oído eso?

—¿El qué? —preguntó la inspectora.

—Era algo... leve... un murmullo, como un gemido.

—Pues no...

—¡Buenas tardes!

Otro sobresalto, aquel lugar les ponía los nervios a flor de piel. Se trataba de un simple edificio, tan moderno como cualquier chalé de la zona, pero con unos olores y unos muebles que alteraban sus sentidos hasta ponerles alerta; quizá hubiera algo más entre las paredes, algo intangible... Cristina no sentía algo así desde que entró en la casa de un asesino en serie un año atrás, un fanático religioso que tenía toda la casa llena de velas y las paredes cubiertas de las santas escrituras, redactadas por él mismo con su propia sangre. Un escalofrío recorrió su espalda, como siempre que recordaba aquel templo de muerte y locura.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el desconocido. Era alto, delgado, de unos sesenta años y con una mirada inquisitiva, a juego con la enorme nariz aguileña y la boca reducida como la de un anciano sin dentadura.

—Sí, ¿quién es usted?

—Eso mismo debería preguntar yo, están ustedes fisgando en mi casa. Bueno, en la casa del Señor.

—¿Es usted el párroco?

—Así es, Miguel Tello. Aún no me han dicho quiénes son ustedes ni lo que hacen aquí.

Se cruzó de brazos como respuesta a que Cristina se acercase con la mano extendida para saludarlo. En la distancia corta, su expresión se volvía más distante y huraña, si eso era posible, y la nariz parecía monopolizar todo su rostro, cubierta de pelos tanto por fuera como en el interior de las fosas nasales. La inspectora pensó que había sido una buena idea contratar a un profesor de

catequesis y que no fuese aquel cuervo el que asustase a los niños. Tuvo que contener una risa espontánea al pensar que era idéntico a Gárgamel, el monje que perseguía a los pitufos en los dibujos animados que veía en su infancia.

Una vez se presentaron los policías, el cura accedió a responder a sus preguntas, para lo cual se desplazaron a un pequeño despacho que había al otro lado del edificio. Cristina y Víctor caminaron en silencio tras él, observando todo lo que pudieron de cada estancia con la puerta abierta que dejaban atrás en el pasillo.

—¿Y bien?

—Pensábamos que vendría a las diez de la noche.

—Pues he venido antes. ¿Esa es la duda que quería comentarme?

—No. —Cristina respiró hondo para contenerse, aquella animadversión no estaba justificada, salvo que el párroco fuese el secuestrador—. Quisiera que nos dijese dónde se encontraba ayer por la tarde, en concreto entre las seis y las doce de la noche.

«Ahí lo llevas. Si quieres jugar, vamos a ver quién lo hace mejor».

—¿Estoy acusado de algo?

—Tiene usted razón. —Víctor intervino en el acto, Cristina miró a su compañero y comprobó que este la observaba atónito—. Discúlpenos. Como le hemos dicho a su sacristán, un niño ha desaparecido durante el horario de las clases de catequesis. Los padres lo denunciaron esta misma madrugada...

—No son mis clases, yo solo les doy la Comunión; las clases las da ese tipo, Eugenio. —Sus ojos se entrecerraron como si algo amargo estuviese atormentando su paladar. Ambos policías tomaron buena cuenta mental.

—Es cierto —apuntó el policía, y siguió con un tono muy relajado—, pero eso me produce curiosidad. ¿Qué piensa de que personas ajenas a la iglesia sean los que preparan a los niños para la comunión?

—La curiosidad no es buena, ya lo dice el refrán del gato... Y no tengo por qué decirles mi opinión sobre nada ni nadie. Ayer por la tarde estuve en mi casa, leyendo hasta la madrugada. Eso es todo lo que necesitan saber.

—¿Durante más de seis horas? ¿Podría alguien corroborar esa información?

—No, como sabrán, no tengo esposa e hijos, ni personal de servicio que me ayude.

Cada segundo que avanzaba la conversación, Cristina podía apreciar cómo Miguel Tello se encorvaba lentamente, a la vez que sus ojos se volvían más oscuros, ya casi habían desaparecido bajo la sombra de sus pobladas cejas. También recordó, por sus años veraneando en el pueblo de su padre, que los curas suelen tener docenas de beatas deseosas de ser elegidas para hacer la limpieza de la casa del cura de turno, además de prepararle la comida y otras funciones que las solteras, y alguna que otra casada, no solían confesar los domingos por la mañana... Al menos cuando el cura estaba de buen ver. No era el caso.

—Bueno, nosotros tampoco tenemos quien nos limpie y nos haga la comida. Solo queríamos comprobar dónde se encontraba cada uno de los que asistieron a este lugar esa tarde.

—Ya les he dicho que yo no imparto las clases, lo hace ese.

—¿Ese? ¿Se refiere a Eugenio González?

Un gruñido por toda respuesta.

—Me gustaría que valorase su trabajo, el del señor González. ¿Diría que hace una buena labor con los niños?

—Yo no tengo por qué evaluar el trabajo de los demás, cada uno que haga lo que quiera. —Hizo una pausa y los policías pensaron que callaría, pero no fue así—. Los niños de ahora

necesitan profesores que sepan manejarlos sin...

—¿Sin qué?

—Sin usar la mano dura. Son salvajes consentidos por sus padres. Antes, en mis primeros años, los padres no permitían una salida de tono siquiera; ahora... me río de cómo educan a esas bestias, pero más reiré yo cuando sean adolescentes y se conviertan en tiranos.

—Los padres ya no dan un buen azote a tiempo a sus hijos —murmuró Víctor ante la mirada atónita de Cristina—. Ya no se impone respeto como debe hacerse. Recuerdo que mi madre me dio una buena azotaina cuando, de pequeño, entré corriendo y riendo en la casa del Señor.

—¡Así es como debe ser! Con disciplina y mano dura se enseñan los valores necesarios para forjar a los adultos responsables del mañana, a los siervos del señor. Con tanta televisión, móviles, videojuegos y padres que no tienen tiempo para enseñar y educar a sus hijos, cada vez hay menos devotos, más almas perdidas pecando y derechas al infierno.

—Claro que sí, padre.

Cristina contenía las ganas de romper a reír, su compañero había roto todas las barreras de defensa del párroco y ahora este soltaba la lengua sin parar.

—¡Qué rápido va el mundo! Casi no puedo reconocerlo de un año para el siguiente. —Miguel Tello se recostó en su sillón, respirando tan hondo que parecía emitir suspiros—. Ojalá volviese la época del caudillo, de la mano firme y de la jerarquía que provocaba alabanzas a su paso, los grises manteniendo el orden, la televisión solo para informar y los niños todos deseosos de hacerse mayores para aportar ayuda al estado de bienestar.

—¿No cree que los niños deberían dedicarse a jugar y disfrutar de los años de su infancia? —preguntó Cristina para provocarlo.

Otro gruñido antes de responder:

—Ese Eugenio no es más que un inútil, un blando que solo piensa en sus cosas, las que sean, porque nunca habla de ellas con nadie. Esta es la época de los inútiles, solo hay que mirar a los padres de los niños, los traen cada tarde con sus enormes coches de lujo, o lo hacen sus criadas extranjeras, que no deberían beneficiarse de nuestro estado... Y luego vienen a recogerlos sin importarles ni sus hijos ni las enseñanzas que hayan recibido sobre Dios. ¿Pero qué podemos esperar si mi propio sacristán es un inútil enviado desde una parroquia de Sevilla para holgazanear o jugar con los niños, con los que comparte coeficiente intelectual, sin duda alguna? Estoy rodeado de imbéciles.

—Perdone que me extralimite, pero ¿ha tenido un mal día? No comprendo esta forma de hablar.

—Lárguense de mi casa, de mi parroquia, de la casa del dios que no honran con sus preguntas.

—¿Desea contestar el resto de preguntas en comisaría?

—El obispado estará encantado de enviar a sus abogados, así que podemos continuar donde usted lo desee, inspectora, pero eso será tras una docena de denuncias por acoso injustificado —dijo en un tono más que desafiante.

—No se marche de la ciudad, vendremos de nuevo a hablar con usted. Pronto.

—Aquí estaré, junto a los feligreses cuyo destino debo guiar.

Nada más entrar en el coche, y sin mediar palabra, encendió el motor y buscó una emisora de música. Víctor la miraba con expectación, quería saber lo que pensaba su compañera tras un momento tan tenso. Se puso el cinturón de seguridad, sabía que ella conduciría por encima del límite durante los próximos minutos, y esperó paciente para intervenir:

—Un capullo.

—Un capullo que se ha colocado la etiqueta de máximo candidato a la autoría de los secuestros... secuestros y vete a saber qué más, porque apuesto a que ese zumbado fanático de otra época no retendría a los niños para jugar a la gallineta ciega. Seguro que los torturaría sin piedad hasta que aprendiesen las normas de conductas del siglo pasado, de la época de su puto caudillo, cuando la Iglesia tenía aún más poder sobre los ingenuos que todavía siguen pensando en palomas, vírgenes concebidas y milagros de peces y panes. ¡Cuánto paleta anda aún suelto por este mundo, joder!

—Bueno, tranquilízate, no ganaremos nada si nos estrellamos contra la mediana del puente.

—¿No has visto cómo hábilmente ha tratado de desviar la atención sobre el sacristán? Y sin venir a cuento.

—Sí, lo cierto es que es típico de los delincuentes. Cuando en Narcóticos interrogábamos a un camello, siempre se desviaba hacia algún colega, eso le quitaba a la poli de encima a la vez que fastidiaba a la competencia.

Cristina aminoró la velocidad, al final del puente que comunicaba Bellavista con la capital ya se divisaba el edificio blanco y con forma de quilla de barco que daba la bienvenida a la ciudad. Unos minutos después, cuando estaba casi a punto de entrar en la avenida Costa de la Luz, se puso a dar golpes al volante, provocando el incómodo pitido de su vehículo y de los que iban a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Víctor asustado.

—¡La cita con el padre del tercer niño!

—Es a las siete, tenemos aún cinco minutos.

—Pero vive en Bellavista, hemos vuelto a la capital.

—Bueno, estará en casa, y no creo que se moleste por unos minutos de espera.

—No es eso... es que, joder, este caso está logrando sacarme de quicio. Ya casi no sé dónde tengo la cabeza. Tantos religiosos, insociables o amigables como un dibujo animado, tantos padres queriendo aparentar sosiego cuando deberían estar llorando, tantos profesores que... joder, que deberían colaborar en lugar de ser robots. Y de las niñeras, nanas, criadas o como coño las llamen ahora, prefiero ni opinar. ¿Se está volviendo loco todo el mundo o solo una parte? Aquella en la que entramos cada vez que cruzamos este puto puente de las narices.

—Tranquila, yo también noto incluso la atmósfera más densa cuando entramos en las casas de esos estirados. Y a mí también me hubiera gustado pegarle a ese cura. Si tuviese hijos, no permitiría que hiciese la Primera Comunión con semejante personaje.

—Yo no pienso bautizar a mi hija, ni aunque bajase un santo desde el cielo para hacerlo en persona, ni el puto arcángel San Miguel, no sé si me explico.

—Alto y claro.

—Hazme un resumen mientras damos la vuelta en la rotonda de ahí delante y regresamos. Quiero saber tu opinión.

—No será muy diferente de la tuya. El profesor me parece que oculta algo, se le ve muy nervioso. El sacristán parece un bedel de instituto pero más tonto aún, de esos que dan a probar cerveza a los niños más grandes y se masturba pensando en las falditas cortas de las niñas de último curso. El cura... ese es un caso aparte, deberíamos tenerlo bien vigilado. ¿Crees que podremos interrogarlo en la comisaría sin muchos problemas?

—Quizá con la ayuda del comisario, con la del fiscal, con la del alcalde, con la del obispo...

—Ya, ya me quedó claro. —Víctor había captado a la primera la ironía—. Puta iglesia.

Era la tercera copa que se servía en el mueble-bar, a pesar de que no llevaba ni veinte minutos en casa tras la vuelta del trabajo. Fernando no se había duchado, permanecía con el traje, sentado en su butaca frente a la chimenea del salón que nunca habían encendido, pero que presidía la estancia y daba un toque de distinción a la casa y a su apellido; aunque no era ese un pensamiento que pronunciase en voz alta a menudo. Su mujer se mofaba de él cada vez más despectivamente y le recordaba que la estirpe de los Gallardo no iba más allá de un papel que compró su bisabuelo al marqués terrateniente de la zona, como solían hacer los comerciantes venidos a más cuando querían emparentar a sus hijos con las verdaderas familias nobles, por supuesto que solo con las que estaban arruinadas.

Volvió a mirar el reloj de la pared, comprobó la hora con el de pulsera. Maldita sea, ya no se respetaba la puntualidad.

El timbre de la puerta frenó su intento de lanzar un improperio. Comprobó que el traje estaba impecable, ajustó los puños de la camisa y el nudo de la corbata y se sentó en la butaca adquiriendo una pose señorial. Una cosa era estar tirado en el sofá en pijama y viendo una película, y otra muy diferente recibir visita; el protocolo debía cumplirse a rajatabla. Segundos más tarde, su mujer anunció la llegada de los policías.

—Siéntense, por favor, ¿desean tomar algo? —Carmen hacía las funciones de Evelyn a partir de las seis de la tarde, cuando terminaba la jornada de la empleada. Ellos la contratarían de forma interna, pero la pobre mujer no tendría tiempo para dedicar a su familia... Carmen, ante las visitas, solía exagerar el tono complaciente para irritar al estirado de su marido, que en esta ocasión no hizo caso alguno.

—No se moleste, gracias, serán solo unos minutos —respondió la inspectora antes de sentarse en una butaca frente a Fernando, a este no le pasó desapercibida la mirada hacia la copa que aún sostenía en la mano.

—Todo esto es una locura, está siendo muy duro para nosotros.

—Pensaba que sus primeras palabras serían para preguntar por los avances del caso o por si habíamos localizado a su hijo.

Carmen lo atravesó con la mirada y se marchó del salón sin decir una palabra, aunque para él fue un «ahí te quedas solo, cabrón, ojalá te pudras». Parece que seguía enfadada y responsabilizándole de la desaparición del pequeño Iván.

—Tiene razón, inspectora, es que intuía que no había avances al no haber recibido ninguna llamada durante el día.

—Bueno, aquí nos tiene por fin, así podremos hablar. Y como el tiempo apremia, usted lo sabrá igual que nosotros, ya que trabajamos incluso los sábados, empecemos ya. Cuéntenos cuándo vio por última vez a su hijo y qué estuvo haciendo hasta que puso la denuncia por desaparición.

—Mi mujer les habrá contado que el niño fue con ella a las seis y media a las clases de catequesis.

—Su mujer nos ha contado sus rutinas y respondido a las preguntas que le hicimos esta mañana. Ahora se las haremos a usted, ¿cuándo fue la última vez que vio al niño?

—Serían las ocho y media de la mañana, yo acababa de desayunar y partía hacia el trabajo cuando él apareció en pijama por la puerta de la cocina. Me despedí de Carmen y de Iván unos minutos después y ya no volví a ver a mi mujer hasta las once de la noche, y el niño no regresó.

—Nos contó su mujer que el niño siempre regresa junto al hijo del vecino, este los trae en coche.

—Sí, el crío de José Luis estudia en otro colegio, así que van por separado a las clases, cada

uno desde su propio colegio, pero regresan juntos.

Tras un difícil interrogatorio, principalmente por lo poco que parecía saber el tipo sobre su propio hijo, Cristina casi no esperó a que la puerta de la vivienda se cerrase a sus espaldas para escupir una maldición. Si todas aquellas entrevistas servían para algo, si había tenido enfrente al secuestrador o a un cómplice, no había sabido verlo. Tal vez los interrogatorios y las entrevistas no eran lo suyo, el título de inspectora podría quedarle grande. En los casos de su pasado reciente, no había sido tan significativo el trato directo con testigos e implicados, quizá por eso no se apreció la tara que ahora la mortificaba.

Lo había visto hacer a Marcos Navarro en varias ocasiones, hacer preguntas triviales con un tono de voz anodino, dar un rodeo cuando el entrevistado se cerraba en banda y apretar con fuerza cuando apreciaba un titubeo. ¿Por qué con ella no funcionaba? No apreciaba nada reseñable en las respuestas o reacciones de los padres, profesores y cuidadoras de los niños, salvo en ese cura detestable. La ayuda de Víctor en ese sentido era nula, él provenía de antidroga, donde se limitaban a presionar a los interrogados, generalmente traficantes de poca monta, durante los minutos que soportaban antes de confesar y pedir hacer un trato. Víctor no se había visto nunca en una entrevista en el chalé del padre de un desaparecido, charlando con una taza de porcelana en las manos y una empleada filipina esperando tras él.

No, aquello no estaba llevando la dirección adecuada.

—Vamos a charlar con el vecino, el tal José Luis.

Víctor no dijo una palabra, solo caminó tras ella.

Su reloj marcaba las nueve menos diez cuando entró en el coche.

—Me voy a casa, me llevo el expediente y trato de adelantar trabajo.

—Te noto irritada y cansada. Deberías dormir.

—Sí, eso estaría bien. Quizás el fin de semana.

—Hoy es fin de semana.

Ella le dedicó una mirada vacía y un conato de sonrisa.

—Vete a casa también, Víctor. Mañana a las ocho y media nos reuniremos para ver si sacamos algo en claro tras repasar todas las entrevistas de estos dos días.

Tras dejar a su compañero en la puerta de su edificio, Cristina hizo una llamada a la central. Era tarde, pero confiaba en tener suerte.

—Dime, estoy a punto de marcharme a casa.

—Lo siento, Javier, pero tengo que pedirte que te quedes un poco más. Tengo un listado con todo lo relacionado con los padres de los chicos y sus empleadas domésticas. Me gustaría tener también todo lo que haya sucedido en las vidas de los tres profesores del colegio, aunque eso puede esperar a mañana, me urge más conocer la vida del párroco Miguel Tello. ¿Estás apuntando? También la del sacristán, Gustavo Núñez, y la de Eugenio González, el profesor de catequesis.

—Apuntado, aunque eso me podría llevar más de tres horas.

—Te conseguiré un lunes libre como compensación, pero esos tres últimos me interesan y lo necesitaría esta misma noche.

—Está bien, le pediré ayuda a Nuria, aún está aquí también.

—Perfecto. Por cierto, en el informe que me envíes, no te enrolles con detalles insignificantes o te molestes en maquetarlo bonito, quiero la información más destacada, usa tu instinto y dame una opinión. Si te ayuda Nuria, que sea una opinión consensuada entre los dos. ¿De acuerdo?

—Perfecto, me pongo a ello. Te llamo en unas horas.

No podía asegurar que se tratase de un descenso en los delitos o de que sus muchachos estaban resolviendo cosas a un ritmo mayor, pero empezó a pensar que los dos montones de casos sobre su mesa iban reduciéndose.

El comisario Marcos Navarro se levantó de la silla y estiró la espalda, ¿de dónde había salido semejante crujido? No se estaba haciendo viejo, solo sedentario. Hacía muchos meses que no visitaba el gimnasio, ya no realizaba trabajo de campo, ¿qué ejercicio físico le quedaba? Ni siquiera hacía el amor con Laura desde que la barriga del embarazo apareció, justo al marcharse la libido por parte de ambos. Cada día se decía que aquello era cuestión de marcarse unas pautas para mejorar las rutinas diarias, pero ya lo dice el refrán: «del dicho al hecho hay un largo trecho». Prometerse un cambio no era lo mismo que luchar por hacerlo posible.

Salió del despacho con la intención de prepararse un té, pero pasó de largo ante la puerta de la cocina y se quedó observando desde la distancia a sus agentes y oficiales en la sala común. Él nunca ocupó una de aquellas mesas, ya que fue agente en la Central-1 de Sevilla, allí su carrera meteórica le hizo ser inspector de homicidios en tiempo récord, además de proporcionarle la primera de sus medallas al mérito; distinción que aún permanece en un cajón cerrado con llave de su casa. Era incapaz de recordar aquellos años sin que regresase la imagen de Miguel, el compañero que perdió tras una negligencia que jamás se perdonaría, impropia del por entonces subinspector. Un secreto que desmoronaría su imagen de policía perfecto, que haría olvidar la media docena de casos importantes que había resuelto después, pero solo David y Laura conocían dicho secreto tras la muerte del anterior comisario, y jamás lo traicionarían: de hecho, ni siquiera consideraban que lo ocurrido en Sevilla fuera tan grave, ni que justificase que él pidiera el traslado a su Huelva natal.

Observó a Nuria Carvallo charlando amistosamente con Javier Pestano, hacían buena pareja, pero no le gustaría saber que aprovechaban para intimar en horas de trabajo, sobre todo porque eran sus dos mejores agentes de apoyo informático y estaban hasta arriba de trabajo. Sin darse cuenta, se vio a sí mismo caminando hacia ellos.

—Comisario, ¿aún no te has ido a casa? —preguntó Nuria con una sonrisa cuando lo tuvo delante.

—¿Qué hora es?

—Quedan seis minutos para las diez.

—Vaya, los días se marchan volando. ¿Qué hacéis?

—Estamos indagando en la vida de tres sospechosos del caso que lleva Collado.

—¿Cómo marcha con las desapariciones de niños?

—No parecía muy feliz. —se atrevió a decir Javier—. Parecía enfadada, agotada, no lo podría definir bien porque hablamos por teléfono.

—Está bien, seguid con eso. Si hay alguna novedad, llamadme al móvil.

Marcos regresó a su despacho con la sensación de que Nuria se comportaba de un modo diferente al que había conocido desde que llegó a la comisaría. Serían imaginaciones suyas.

¿Por dónde iba? Sí, por un caso nuevo que había llegado ese mismo día, una sospecha de asesinato en un anciano fallecido en el hospital, un caso complicado que solía atraer a la prensa y la opinión pública como moscas ante la miel. No, por experiencia sabía que ese tipo de moscas eran más propicias a buscar mierda.

No podía parar de observar a la niña frente a ella, tumbada en el sofá y respirando de una forma tan intensa... «quién pudiera dormir así de profundamente», suspiró. Daba por sentado que el secreto estaba en las responsabilidades, en cuanto estas aparecían por la puerta, el sosiego escapaba por la ventana.

Miró el reloj en la pantalla del ordenador portátil, las once menos diez. Esperaba con ansiedad el informe de Javier y Nuria, pero no había estado de brazos cruzados desde que llegó a casa. Comenzó por recuperar las anotaciones de todas las entrevistas y ya tenía redactado un cuadro con las respuestas, las coartadas y las impresiones recibidas con cada uno. Confeccionó también una línea temporal desde la primera desaparición, dibujando una raya muy larga en una hoja de cálculo, puso horas y días de forma correlativa y fue escribiendo dónde estaba cada padre, empleada doméstica y profesora en cada uno de esos días. Las únicas incógnitas que faltaban a la ecuación era poner los horarios del párroco, el sacristán y el profesor de catequesis. Aquel trío era la clave, tenían que ser la clave, no había otra solución.

Colocó esos datos en la línea temporal, pero seguía sin verse la luz al final del túnel. Al día siguiente comenzaría con las comprobaciones de las coartadas, ¿cómo iba a fiarse de la palabra de los sospechosos? Era más que evidente que el asesino, si se encontraba ante ella, hubiera mentido en cuanto a dónde se encontraba durante las desapariciones de los niños. Lo primero sería saber quién había por la zona del parque cuando el primer niño, Juan Herrero, desapareció sin que su cuidadora lo viese. Lo segundo, contactar con personas que estuviesen cerca del colegio y vieran a alguien llevarse, tal vez dormido o inconsciente, a Enrique Martínez. Por último, pedir todos los permisos posibles para entrevistar a los compañeros del pequeño Iván Gallardo. Con las leyes de protección al menor, interrogar a un niño era toda una odisea, pero Cristina no se daría por vencida, hablaría con los propios padres para hacerlos empatizar y que se mostrasen dispuestos a colaborar. Bueno, esa era la idea, ya que, por mucho que le pidieron (o suplicaron) a José Luis, el vecino con el que habían hablado horas antes, no dejó que hablasen con su hijo.

«Si el tercer niño desapareció dentro de la iglesia, sus amigos o compañeros pudieron ver algo. ¡Menuda estúpida ley que impedía poder hablar con los menores sin el permiso de sus padres!».

Cristina le había preguntado al padre qué haría en caso contrario, si su hijo hubiese desaparecido y el niño del vecino pudiera ayudar a encontrarlo. El muy estúpido se lo pensó unos segundos y acabó por rechazar de nuevo la petición.

El teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa, en la pantalla aparecía un número infinito, pero ella reconocía los primeros dígitos: la centralita de la comisaría.

—Dime, ¿tienes algo para mí?

—Poca cosa, aunque Nuria y yo tenemos un favorito en las apuestas. Uno de los tres tiene todas las papeletas del sorteo.

No apostaría un céntimo por su futuro, y eso que las apuestas siempre habían sido su punto fuerte, donde destacaba desde la universidad; incluso sus compañeros le pedían consejos para partidos de fútbol. Pero ahora la suerte lo había abandonado. Los policías lo asediaban con sus preguntas, lo acorralaban lentamente sin que él, estúpido inconsciente, pudiera darse cuenta siquiera. Nunca debió aceptar ese trabajo, le traería problemas, eso pensó incluso en el mismo

momento en que firmaba el contrato.

Putos niños, su desaparición había atraído la mala suerte, habían logrado que las musas lo abandonasen y no paraba de perder un dinero que no era suyo. Había mil trabajos que aceptar como secundarios, pero tenía que hacerlo con aquel... que ahora sería sometido a vigilancia con lupa y acabaría por llevarlo a la cárcel.

Domingo, 28 de abril.

Casi no pudo dormir en toda la noche, el hormigón que habían echado los albañiles sobre el suelo del almacén no había logrado que el hedor desapareciera, al menos no tan rápido como esperaba. Cuando tuviese la oportunidad, sacaría los cubos de la basura al exterior, además de dejar la puerta abierta durante todo el día. Quizá regresaran los policías sin avisar y no quería levantar sospechas.

Aquello debió acabar hace mucho, mucho tiempo. Aunque le costaba admitirlo, la situación se le había ido de las manos hace años. El pensamiento de que pudiera ser descubierto se fue convirtiendo en una certeza de un modo tan lento, que no se dio cuenta hasta que tuvo a los inspectores frente a él, haciendo preguntas que solo podría responder con mentiras.

Malditos niños, ¿qué pretendían con sus juegos, miradas e insinuaciones? Habían destruido su vida desde el comienzo, cuando él solo aspiraba a jugar con ellos, ser uno más, que le hicieran partícipe de sus juegos. Pero nunca fue así cuando tenían la misma edad, lo rechazaban con bromas e insultos; luego, ya siendo adulto, la cosa no mejoró, las burlas eran más crueles a medida que se hacía mayor y los niños estaban peor educados.

Los tiempos no pasaban en balde, solía decir su difunto padre, casi siempre para quejarse de cualquier cambio o evolución a peor. ¿Adónde llegaría el mundo si las nuevas generaciones se deterioraban a ese alarmante ritmo? Quizá fuese la voluntad del Señor la que guiaba su mano al castigar a esos mocosos insolentes. Sí, no dudaba de que había algo divino en sus actos; repudiados por la sociedad, por la ley de los hombres, pero más que aceptados en una época anterior y más justa.

Quedaban varios días para la siguiente clase de catequesis, tenía tiempo de sobra para analizar su situación. Aunque no tanto, ya que había misa la mañana siguiente y el edificio se llenaba de vecinos que estarían más curiosos que nunca, a pocos les habría pasado por alto que la policía había ido a indagar.

Si deseaba salir airoso de la situación, debía ser más listo que los perros que andaban a su caza.

Confirmar coartadas era de las peores tareas a las que debía someterse un policía, tediosa y con resultados muy lentos o nulos. Ese fue el primer pensamiento de Cristina nada más despertar. También recordó las guardias y vigilancias cuando era agente, pero desechó la idea antes de que le trajese a la memoria el recuerdo de Fran y los comienzos de ambos en el Cuerpo.

¿A qué hora se había acostado la noche anterior? Seguro que fue después de las dos de la madrugada, recordaba haber visto esa hora cuando aún enlazaba los datos recibidos por Javier y Nuria con sus esquemas. ¿O había visto la hora en el reloj del microondas cuando fue a calentarse algo de pavo y buscar algún paquete de patatas fritas en la despensa? Lo cierto es que la noche

había cundido y tenía una visión más global del caso, no tan centrada en los niños, sino en todo el entorno, en la zona entera. Claro que seguía sin tener un sospechoso al que señalar con el dedo, solo conjeturas y un instinto del que prefería no fiarse para no echar por tierra su carrera, supuestamente exitosa.

Supuestamente.

¿Qué fue de la chica que partió hacia Estados Unidos meses atrás para asistir a un curso del FBI? Se sentía tan inútil ahora, llevando el caso de las desapariciones, que no habría apostado un céntimo por sus posibilidades de salir con vida de aquel remoto recinto de formación. Quizá le vendría bien estar encerrada en un búnker de hormigón y aislada por la nieve a treinta grados bajo cero.

Entró en la comisaría a las ocho menos diez, eso le daría tiempo de sobra para servirse un café y revisar el correo electrónico antes de la reunión con Víctor, a la que esperaba que Marcos se acercase para dar consejo. Un caso de desapariciones de niños debía resolverse en tiempo récord o la prensa destrozaría al inspector al mando y a toda la comisaría en un santiamén.

Un poco tarde.

—Buenos días, inspectora, ¿hay alguna novedad respecto a los tres niños de ocho años desaparecidos? —La presentadora era guapa y joven, Cristina se acordó de Laura Moreno y su forma directa e inquisitiva de afrontar sus programas.

—¿Es cierto que se trata de tráfico de órganos? —preguntó un reportero que casi le da con el micrófono acolchado en la cara.

—Por supuesto que no —respondió ella con fiereza—, no tenemos aún ninguna conjetura que señale en esa dirección. ¡Por Dios, un poco de respeto para los padres de esos tres niños! ¿Estáis locos?

—¿Nos está insultando, inspectora? —preguntó otro de los reporteros que se agolpaban en la puerta de la comisaría.

Entró a toda prisa, abriéndose camino a empujones y sin dar más declaraciones, y se dirigió a la recepcionista.

—Irene, ¿qué coño hacen esas sanguijuelas en la puerta?

—Es la calle, no podemos hacer nada si no comenten un delito. Lo siento, mi niña, pero tendrás que salir y entrar por la puerta del sótano que da al garaje de coches oficiales.

—¡Joder!

—Entiendo que estés enfadada, primero fue Laura con su forma de trabajar, luego esa chica... Sofía Vidal, y ahora todos los reporteros han perdido la cordura. Creen que lograrán el contrato de sus vidas molestando a los policías que tratáis de resolver los casos.

—¿Ya ha llegado Marcos?

—Vaya, olvidé decírtelo, Laura se ha puesto de parto, están en el hospital. Si necesitas verlo, podrás aprovechar para saludar a Maite en los sótanos.

—Me pillas algo apurada como para socializar, tendré que dejar la visita de cortesía para otro momento. ¿Puedes venir dentro de diez minutos? Tenemos reunión.

—Claro, ¿llamo a Javier Pestano?

—Y a Nuria, si no está muy ocupada, gracias.

No había bollos ese día, así que los presentes a la reunión, además del resto de policías del

edificio, parecían arrastrar el malhumor como si se tratase de un pecado inconfesable. Para empeorar más las cosas, era domingo, el día en que todos trabajaban con peor rendimiento. Aunque luego se les compensaba con varios días libres.

—Tampoco es para tanto, el supermercado de mi calle hoy estaba cerrado, como la mayoría de los domingos, ¿qué voy a hacerle? —protestaba Irene—. Ya podíais encargarnos vosotros de traer dulces, parecéis los polis de *Los Simpsons*, todo el día comiendo *donuts*.

—Venga, un poco de seriedad, vamos a hacer balance de lo que tenemos hasta ahora. —Puso orden Cristina Collado—. Luego podréis salir a comer algo o lo que os dé la gana.

Víctor estuvo atento a la mirada de la inspectora, se levantó e hizo un carraspeo para que el resto prestase atención, ya que solo contaba por el momento con la de Cristina.

—Ayer estuve indagando en las coartadas de los padres y demás personas que tenían trato directo y familiar con los niños —comenzó la exposición—. Tanta gente no puede quedar al margen de lo que sucede a su alrededor, me parecía imposible, así que rebusqué en las vidas de profesoras y de doncellas, o personal doméstico, como se llame ahora a las chachas o niñeras para no ofenderlas.

—¿Y bien? —preguntó Cristina.

—Nada, llevan esas niñeras toda la vida en la casa de cada familia, y las profesoras también años en esos colegios, sin que haya habido ni una sola desaparición antes. Tampoco tienen deudas o problemas con la justicia. Gente de bien, si me permitís el...

—Sí, no nos vamos a escandalizar por un apodo. Y hablando de escándalo, todos hemos visto al llegar a los periodistas, y considero que sobra decir que no hay que hacer ninguna declaración, ni en directo ni con información vendida... ¿estamos? Solo vosotros conocéis cómo va el caso y sabré si alguno se ha ido de la lengua. Las sanciones serán ejemplares en caso de incumplir las normas —espetó con dureza.

Nuria la observaba con pesar, no reconocía en aquella mujer a su mejor amiga, a la que recordaba de años de trabajo codo con codo, de salir de fiesta, de llorar una en el hombro de la otra por chicos, incluso una navidad juntas que ambas necesitaron pero ahora ella parecía haber olvidado. Cristina evitó cruzar la mirada, pero eso no satisfizo a la oficial de apoyo.

—Y volviendo al caso —continuaba la inspectora Collado—. ¿Qué tenemos nuevo sobre los últimos sospechosos?

—El sacristán se mueve como si tuviera piojos.

—¿Cómo dices?

Javier Pestano no se acostumbraba al tono seco, directo y muy formal que exigía Cristina Collado, así que, una vez dicho el comentario en tono jocoso, no sabía cómo salir del paso para solucionarlo.

—Quiero decir... que... Gustavo Núñez ha asistido como sacristán a varios sacerdotes en los últimos doce años, unos cinco según mi informe.

Cristina asintió, pero no movía un músculo de la cara.

—Eugenio González, el profesor de catequesis, tiene numerosas deudas de juego, casi no comprendo cómo aún conserva su casa. La pensión de manutención de su mujer no la cumple casi nunca, ella se ha dado por vencida y parece que no tiene pensado denunciarlo. El caso es que sigue apostando dinero, cantidades considerables, pero no sabemos de dónde sale ese dinero.

—¿Venta de órganos?

Todos observaron a Irene, la recepcionista no solía abrir la boca durante las reuniones, solo tomar apuntes y luego hacer fotocopias para todos.

—Es una posibilidad a tener muy en cuenta —dijo Cristina casi sin levantar la mirada de la

mesa. Continúa.

—He oído que pueden dar hasta doscientos mil euros por un hígado y mucho más por un corazón sano —añadía Irene.

—No, no me refería a ti. Continúa tú, Javier.

—De acuerdo, ¿por dónde iba? Por el profesor. Se emborracha a menudo en casa, y eso quizás le ayude a hacer lo que no debe.

—¿De qué hablas? ¿Cómo sabes lo que hace en casa?

—Hace pedidos cada nueve o diez días a Amazon, siempre de un lote de tres botellas de vodka Eristoff de un litro cada una.

—Bueno, eso es mucho alcohol, pero no nos da a un secuestrador, asesino o vendedor de órganos. ¿No?

—Tiene razón, inspectora.

—Dime qué tienes sobre el párroco.

—Gárgamel... perdón, Miguel Tello es una incógnita, no sabemos más que su pasado lejano: hijo segundo de un terrateniente en Badajoz, estudió en un seminario de su ciudad hace más de cuarenta años. No os lo creeréis, pero tiene menos de sesenta y cinco años, aunque aparente noventa.

—Al grano, Javier.

—Vale, el caso es que no tiene a su nombre ni cinco mil euros. Y no será por donaciones de beatos, que podría ser millonario, pero lo ha cedido todo a la Iglesia y lo transfiere a la cuenta del obispado en cuanto recibe cada donación o regalo.

—Eso no es altruismo —interrumpió Nuria—, los párrocos están obligados a ceder al obispado, o superior que sea, lo que reciban como regalo, donación o herencia. Los curas no pueden tener nada en propiedad de cara al futuro.

—Joder, qué putada.

—Pestano... no te disperses, continúa —ordenó Cristina.

—Solo puedo añadir con respecto al cura que hay denuncias antiguas, de hace más de cinco años, cuando daba las clases de catequesis. Algunos padres llegaron a denunciarlo por malos tratos a sus hijos.

—Le tenemos —dijo Víctor.

—No, solo sabemos el motivo por el que contrataron a un profesor externo, pero no tenemos nada. Que tuviera mano dura o fuera severo no justificaría secuestros. Si entonces no desaparecían niños, no hay razón alguna para que se vea ahora implicado en algo así.

—Pero, si fue a más con su malhumor u odio hacia los niños, quizá dio un paso más.

—Es posible, pero no tenemos pruebas, solo conjeturas; no podemos acusar a nadie con tan poco. Necesito pruebas, fallos de coartadas, testigos, algo más sólido.

Nuria, que había permanecido callada durante todo ese tiempo, sin comprender cómo su divertida y cómplice amiga se había convertido en una arpía mandona y distante, hizo de tripas corazón y decidió aportar su granito de arena.

—He indagado en la vida personal de cada uno de ellos y creo que tengo un sospechoso más que probable, aunque es solo una apreciación personal.

No sabía hacia dónde mirar, ya que no confiaba en que su amiga, ahora solo jefa, creyese en su criterio hasta el punto de apoyarla o tener en cuenta su trabajo. O quizá solo era una apreciación personal, Cristina podría haber tenido una mala noche, o una mala semana, y eso justificaría su comportamiento.

Podía ver a su compañero, Víctor, hablando con Irene desde la distancia y a través de la pared de cristal de su despacho, donde se encontraba ahora con Nuria.

—Tenemos poco tiempo, debemos revisar esos datos nuevos, creo que podría tratarse de la clave para resolver el caso —dijo Cristina con visible impaciencia.

—¿Te pasa algo? ¿Te ha ocurrido algo grave?

—¿Cómo? Claro que no.

—Pensé que esta nueva faceta tuya, desconocida para mí, se debía a... Bueno, olvídale.

—No, por favor, dime qué pasa. ¿Es porque me muestro irritable?

—Joder, eso es quedarse muy corto, más bien lo definiría como “haber heredado el carácter de Paco”.

—¿Tan gruñona me ves?

—Aposté a que no habías podido dormir estos días, que la niña estaría enferma, no sé, algo que justificase la transformación.

—Creo que este caso me está volviendo loca. Al tratarse de niños de solo ocho añitos, pienso en la indefensión real que tenemos, aun creyéndonos dentro de un estado de bienestar y seguridad total. El otro día soñé con Fran, y ya podíamos haber echado un buen polvo, pero no, me dijo que encontrase a los niños.

—¿A qué niños?

—Joder, a los del caso, a los tres desaparecidos.

—¿En serio?

—Sí, y prefiero no recordarlo.

Nuria se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo. Luego se separaron y Cristina suspiró.

—En fin, espero no estar volviéndome loca.

—Se te pasará en cuanto encontremos a los niños. El caso te está afectando mucho, solo es eso.

—Así espero, y que este no sea uno de los casos de los que me habló Marcos cuando era inspector, uno de esos con un final tan trágico que acaba llevándose para siempre una parte importante de tu alma.

—No digas eso, los encontraremos sanos y salvos, ya lo verás.

Cristina no respondió, observaba a Víctor desde la distancia. A él también le debía una disculpa por su carácter, aunque eso tendría que esperar. Pidió a Nuria que investigase más a fondo el pasado del párroco, el sacristán y el profesor de catequesis, todo lo que hubiera sobre ellos en los últimos quince o veinte años, además de los estudios que cursaran en su juventud y la información relevante a sus familias. Javier Pestano tendría que ayudarla para agilizar el tiempo invertido. Una vez dadas las consignas a seguir, partió hacia la recepción.

—¿Vamos a comprobar las coartadas de los tres principales sospechosos? —preguntó su compañero cuando ella llegó a su lado.

—Sí, pero iremos por separado, pide un coche oficial y busca en Bellavista a los vecinos del párroco y del sacristán, quiero que te cuenten lo que sea sobre ellos, aunque sean cotilleos, quiero saberlo todo. También que te digan si recuerdan haberlos visto cuando desaparecieron los dos primeros niños, si estaban en casa como aseguran.

—¿Tú irás a por el profesor?

—No me gustan esas deudas que tiene de juego, voy a ir a su casa directamente y charlar con

él, acabo de llamarlo y está esperando. Cuando termine, me reuniré contigo. Ten el teléfono a mano por si te llamo o recibes un mensaje de la comisaría.

Y hablando de teléfono, el de la inspectora sonó en el mismo momento en que iba a por su coche. Era el fiscal encargado del caso.

—No he podido localizar al comisario Navarro.

—Su novia está de parto en este momento.

—Vaya, eso lo justifica, ya imaginaba que sería algo grave para que tuviera el teléfono apagado. El caso es que lo que pensaba comunicarle es sobre tu caso.

—Bien, soy todo oídos.

No podía creerlo, había regresado a la misma casa unas horas después de salir con rabia y decepción, pero con un documento que le daba potestad absoluta. Otra vez más debería agradecer infinitamente a Marcos Navarro la ayuda que le profesaba. Se jugaba mucho el comisario al mentir a un superior; decir al fiscal que el hijo del vecino del tercer desaparecido era una pieza fundamental, un testigo de primer nivel, era peligroso. Se trataba de un niño de ocho años, sus padres podrían emprender acciones legales, eso si no lo habían coaccionado para que se cerrase en banda en caso de ser interrogado.

La cara que puso la madre del niño tras abrir la puerta fue todo un cuadro, luego gritó el nombre de su marido y este vino corriendo sobre sus zapatillas de andar por casa.

—¿Qué demonios pasa?

—Por favor, tranquilídense, solo vamos a hablar con su hijo, y ustedes estarán presentes. Este permiso de un juez ha sido solicitado por el fiscal encargado del caso y nuestro comisario. Si ponen impedimentos al desarrollo de nuestro trabajo, nos veremos obligados a detenerles por obstrucción a la justicia.

Aquel discurso solía funcionar mejor con delincuentes de poca monta que con el matrimonio adinerado que tenían delante, por eso Cristina sentía las pulsaciones al máximo en su cuello, pero mantuvo la mirada de póker todo el tiempo, fundamental para lograr que el farol logre su cometido.

Bingo.

La invitaron a pasar a regañadientes, mientras la esposa de José Luis los conducía al salón, este llamó por el teléfono móvil a su abogado, segundos después se oyeron los gritos para exigirle que, aun siendo domingo y estando pasando el día con unos familiares, se personase allí en menos de media hora. Cristina no esperaba tener que esperar tanto para comenzar con las preguntas.

—¿Tienen ustedes una cámara de vídeo? También pueden usar el móvil si desean grabar la conversación para que la vea su abogado, ya que no dispongo de tanto tiempo como para esperarlo aquí.

Diez minutos después comenzó el interrogatorio.

—Hola Álex, ¿sabes quién soy?

—Me ha dicho mi madre que eres policía.

—Sí, soy quien está buscando a tu amigo Iván.

—No era mi amigo, era un *pringao*, solo volvíamos cada tarde de las clases de catequesis y jugábamos juntos porque mis padres me obligaban.

—Cariño, no digas eso. Iván era un cielo de niño y os llevabais muy bien. —El tono de voz y la mirada de la madre lo decían todo.

—Bueno, tuvieras mejor o peor relación con tu vecino, compartíais las clases, supongo que lo

viste el jueves pasado.

—Sí, llegó el primero, como siempre —lo dijo con tono despectivo, como si eso fuera un defecto desagradable. Cristina pensó que jamás consentiría que su hija fuese así de déspota cuando tuviera unos años más. Al menos había avanzado en el caso, ya sabía que el niño había desaparecido durante su estancia en la parroquia.

—Luego pasasteis a la clase con el profesor, ¿no?

—No sé, creo que no estaba.

—¿No pasan lista?

—No, el profe solo comienza a hablar de rollos de esos, pero no pasa lista como la señorita Marta en el cole.

—¿Estás seguro de que no estaba en la clase?

—Claro, solo somos ocho. Tampoco estaba cuando jugamos al escondite.

—¿Cómo es eso?

El niño jugaba con un muñeco que Cristina no reconoció, pero no dejaba de hacerlo caminar por la mesa del salón y simular que el soldado, o lo que fuese, disparaba una ametralladora.

—No sé, es como siempre. El escondite. Uno se la queda y los demás se esconden. Jugamos siempre, hasta que llega el profe y vamos a la clase.

—¿Jugaba Iván?

—Claro.

—¿Viste dónde se escondía?

—No, yo me la quedaba, terminé de contar y fui a buscarlos, encontré a los demás, pero no a él. Luego fuimos a jugar otra vez, se la quedaría Juan, pero llegó el profe antes de que pudiéramos...

—¿No buscaste a Iván?

—Bueno, Iván nunca ganaba, siempre lo pillábamos el primero, por eso se la quedaba siempre. Así que no me acordé de buscarlo.

—¿Te olvidaste de él?

—¡Oiga! Mi hijo no ha hecho nada malo —gritó su madre.

—Señora, nadie está juzgando a su hijo, solo trato de averiguar qué pasó con uno de los desaparecidos. —Y dicho esto, se volvió al niño—. Álex, ¿el profe fue con vosotros a la clase?

—No, él nos dijo que fuéramos, que luego iría él más tarde.

—¿Sabes qué hacía antes de las clases? ¿Lo viste alguna vez o te lo dijo algún compañero?

—No, pero olía como papá y mamá cuando vuelven de una fiesta.

—¡Niño! No le haga caso, inspectora. A veces hemos salido a una cena especial, supongo que hemos tomado algo de vino o una copa después y, cuando hemos regresado a casa, al darle un beso de buenas noches... ya sabe.

—Como todo el mundo, no se preocupe. Los niños no tienen filtro y son demasiado sinceros. Álex, ¿volviste a ver en algún momento a Iván?

—No.

—¿El profe te pareció raro cuando daba la clase?

—¿Raro?

—Diferente a las veces anteriores.

—No.

—¿Viste a alguien más, a algún extraño en la parroquia ese día?

—No.

—Está bien, te haré la última pregunta. Ya sé que regresabas siempre a casa con Iván los

jueves por la noche tras la clase, ¿alguna vez te dijo que lo inquietase algo? Quizás te habló de algún adulto que le había dicho o pedido algo. ¿No recuerdas alguna conversación así con él?

—No, él nunca hablaba. Se sentaba en el coche y se quedaba callado. Aquí en casa hacía lo mismo, se sentaba en mi cama y miraba cómo yo jugaba. No hablaba. Menos mal que se lo llevaba su madre luego.

—Cariño, no digas eso, Iván está perdido y todos debemos hacer lo que podamos por encontrarlo.

«Claro, señora —pensaba Cristina—, como han hecho ustedes, que ha costado remover media ciudad para lograr un puto permiso para una charla de quince minutos; por no añadir el abogado de las narices, que por cierto, ha pasado olímpicamente de venir».

—Bien, eso es todo.

—¿No se quedará para hablar con mi abogado? —preguntó José Luis tras dar un beso a su angelito en la cabeza, el niño corrió escaleras arriba para seguir jugando en su dormitorio.

—No lo veo necesario, solo quería hablar con su hijo y ya lo he hecho. Tiene usted grabada la conversación para que la vea su abogado, por si desea hacer alguna reclamación a la fiscalía. Tengo mucho que hacer, así que les doy las gracias por la hospitalidad y me marcho —dijo con una sonrisa.

La inspectora pensó que su compañero estaría ya con su primera tarea del día, justo en la misma zona en la que se encontraba ella, pero no tenía tiempo de pasarse a saludar o llamar para ver cómo le iba con el cura. Debía llegar lo antes posible a casa del profesor de catequesis, ¿quién le garantizaba que siguiera esperándola?

El párroco no vivía en la típica casa anexa a la iglesia, no habría tanto espacio allí como le hubiera gustado a Miguel Tello, pensó el subinspector Víctor Garza mientras aparcaba en doble fila frente a la urbanización de la calle El Greco: unos doce o catorce adosados pequeños formando dos hileras separadas por un camino de setos y césped, y una preciosa piscina comunitaria al final. A pesar de no lucir tan ostentosas como el resto de casas de la zona, el precio seguro que se le escapaba con su sueldo de policía.

«Debí ir al seminario en lugar de a la academia».

Llamó al timbre tras localizar el número ocho. A su derecha, un toldo de rayas permanecía medio extendido sobre el minúsculo patio delantero, donde un conjunto de mesa y cuatro sillas de forja blanca se oxidaban lentamente desde, con total seguridad, más de dos décadas. Abrió la puerta el sacerdote, llevaba sotana incluso en su propia casa.

—Buenos días —dijo con evidente malestar.

—Buenos días, ¿tiene usted que trabajar hoy?

—No, ¿por qué lo pregunta?

Víctor fue a decirle que lo había intuido por el uniforme que portaba, pero prefirió no distraerse de su misión. Entraron en el salón de la vivienda, justo la primera puerta a la derecha del pasillo recibidor, una gran puerta de cristal mostraba el jardín con la mesa y las sillas de forja blancas. El lugar era acogedor, decorado de forma sencilla y funcional. La televisión era ridículamente pequeña para esa estancia, pero tenía estanterías a rebosar de libros por todas las paredes y un equipo de música con altavoces de más de un metro de altura.

—Venía a hacerle una serie de preguntas sobre los días en que desaparecieron los tres niños.

—¿Otra vez? Ya hablamos de eso la otra vez, con su compañera, la del pelo teñido y poco modales.

Víctor no hizo caso al comentario, se limitó a decirle que quería corroborar sus movimientos antes de cotejarlos.

—¿Duda de mi palabra? —Su mirada se hizo más siniestra. Víctor no podía dejar de mirar su nariz de Gárgamel.

—Siento decirle que ese es mi trabajo.

—Pues pregunte a quien quiera, y márchese de mi casa, estoy muy ocupado.

Ni siquiera se había sentado, tampoco el subinspector. Fueron pocas preguntas, con respuestas breves, las mismas que había dado la vez anterior. No pudo sacar más, solo apretándolo en un interrogatorio oficial en comisaría se podría exprimir a aquel tipo, pero no tenían orden de detención ni pruebas o indicios contra él. Víctor se marchó con un respetuoso saludo y no se preocupó de si el párroco observaba a su espalda cómo se dirigía a llamar al timbre del vecino de enfrente. Si fuese necesario, hablaría con todos y cada uno de los de la urbanización.

Abrió la puerta del primer chalé una empleada doméstica, y pudo dialogar con ella y con la señora de la casa. Así continuó, con resultados similares, a lo largo de la urbanización; llevaba dos horas y media cuando regresó al coche para hacer balance de lo indagado. Para todos los vecinos, aquel tipejo era un tipo huraño y de trato directo desagradable, aunque lo decían con tacto; Víctor intuía que era por tratarse de un religioso, el párroco de la zona. Ninguno lo había visto salir de casa a horas intempestivas, ni molestar a nadie o meter a gente de mal vivir o sospechosos en la vivienda. El policía sonrió al recordar esas palabras o expresiones que ya consideraba de otra época, pero que allí pronunciaba todo el mundo.

Miguel Tello era un tipo difícil, su aspecto y comportamiento desataban todas las alarmas, tenía vínculo con los tres niños y eso le hacía candidato con honores al título de secuestrador. ¿Tendría un sótano su casa? Los vecinos aseguraron que no, que las viviendas no tenían más plantas que las dos que se apreciaban. ¿Y en la iglesia? El sacristán vivía allí, en unas dependencias anexas a las oficinas y la capilla; ahora iría a verle. ¿No oiría los gritos de los niños si estuvieran bajo su casa? ¿Sería un cómplice del cura? Incluso amordazado, un niño llorando o gimoteando era perfectamente audible en mitad de la noche. A menos que los niños estuvieran muertos, claro. ¿Sería el sacristán el secuestrador?

Desechó la idea de la muerte de los niños a la vez que encendía el motor del coche. Debía hacer como Cristina, tratar de alejar los malos augurios. Puso el aire acondicionado y partió. Ya comenzaba a hacer calor y el recuerdo de la piscina de la urbanización, con su transparente y fresca agua, le perseguiría durante unas horas más.

Recorrió media avenida de Andalucía para dar la vuelta en la rotonda de la Fuente del V Centenario, así pudo entrar en la calle Alcalde Antonio Segovia. Aparcó sin problemas justo frente a la enorme entrada de la urbanización y se dirigió decidida a buscar el portero automático del edificio cuatro.

Cristina Collado subía en el ascensor hasta la sexta planta sin saber qué podría encontrarse en un cara a cara con su principal sospechoso, así que comprobó que su arma estaba cargada y quitó el seguro. Meterse en la vivienda de Eugenio González sin conocer la reacción que podría tener ante una acusación o la presión de un interrogatorio más a fondo era como jugar a la ruleta rusa. Contaba con que no fuese tan estúpido de hacer una locura, ya que debería comprender que media docena de policías sabrían que ella se dirigía a hablar con él. Una pelea cuerpo a cuerpo estaba ganada de antemano por parte de la inspectora, salvo que Eugenio fuese un portento del boxeo o de las artes marciales; pero si contaba con un arma de fuego y lograba sacarla por sorpresa...

El tipo abrió la puerta antes de que ella llamase al timbre, parecía haber esperado ansioso su llegada y mostraba un aspecto de no haber dormido en toda la noche, incluso parecía malhumorado. Mala señal. La invitó a pasar al salón, donde apenas había un sofá y muchas cajas de cartón apiladas por las paredes.

—¿Acaba de mudarse?

—No, ¿por qué lo dice?

—Olvídelo, ya le dije que venía para hacerle una serie de preguntas.

—¿No podían esperar? Anoche apenas pude dormir.

—Siento mucho que su vida personal no se encuentre en su mejor momento, pero sigo buscando el paradero de tres niños desaparecidos cuyas familias seguro que pasaron peor noche.

—No quería decir que... Siento no haber tenido tacto. Dígame qué necesita, inspectora.

Eugenio González no dio tiempo a responder, fue a la cocina para regresar con dos vasos y una jarra de cristal de cafetera. Cristina intuyó que había preparado el café justo tras llamar ella para decirle que llegaría a su casa en pocos minutos. Aceptó una taza pero no bebió de ella, la dejó despacio sobre una caja que pensó haría las funciones de una mesita de centro. Ni se molestó en preguntar por la ausencia de muebles, ya intuía la respuesta.

—Me gustaría perfilar algunos detalles de sus respuestas en la entrevista que mantuvimos. Sobre todo relacionadas con su coartada.

—¿Sospecha de mí? —dijo con incredulidad y mientras sostenía la taza a mitad de camino de su boca.

—Yo sospecho de todo el mundo, no soy su hermana ni su madre, no tengo por qué exculparlo solo porque me diga que usted no ha hecho nada. ¿Comprende lo que le digo?

—Sí... claro...

—Hay algunos aspectos de su vida personal que omitió en la anterior conversación, y me gustaría que los aclarásemos ahora. ¿Le parece bien?

—Bueno, tarde o temprano debía ocurrir. —Se frotó la calva con fuerza, despeinándose aún más los pocos cabellos de las sienes y la nuca, y comenzó a llorar—. Ya sabía que no me quedaban más que unos pocos días para acabar hundido en la miseria que yo mismo me he labrado.

Cristina llevó despacio la mano derecha a la parte de atrás del pantalón, donde ocultaba bajo la chaqueta su arma. No se fiaba de que Eugenio tuviese un brote violento. Podría neutralizarlo de un solo golpe, usando las manos o los pies, no entrañaría problema alguno, pero no controlaba por completo la situación, no sabía si el tipo tenía un arma encima o escondida y a mano en el salón. Toda precaución era poca en ese tipo de situaciones, más aún estando sola.

Eugenio se dejó caer pesadamente sobre el sofá, demasiado cerca de ella, y Cristina se preparó para lanzarle una patada a la mandíbula.

El día había amanecido maravilloso, con ese aroma de los pinos cercanos mezclado con la humedad de la marisma que tanto le hacía recordar su Alicante natal. El sol ya calentaba desde las doce, y solo era primavera, debería ponerse a dieta para no pasar los sofocos que había acusado el verano anterior. Una suerte el aire acondicionado del edificio, aunque el párroco se quejase luego de la factura de la electricidad. Que se joda; con la cantidad de dinero que sacaba cada semana, tenía para pagar facturas durante mil años, especialmente de ese chalé adosado en el que se había metido. Los beatos de la zona eran de aparentar, les gustaba soltar un billete de los grandes cuando el monaguillo sacaba de paseo el cepillo cada misa de domingo, suficiente para

compensar las miserias que luego pagaban en los bautizos, comuniones y bodas; como era algo privado... pues soplaban cincuenta euros, como mucho.

Lo cierto es que, a pesar de las quejas de su jefe, allí no le faltaba de nada a Gustavo Núñez, ni en otras sacristías en las que había trabajado y vivido antes. El dinero había menguado un poco con respecto a décadas anteriores, pero seguía siendo más que suficiente para vivir a todo lujo y con caprichos incluidos. Solo tenía que abrir los cepillos antes de que el párroco llegase y sacar un par de billetes cada dos o tres días para tener efectivo y disfrutar de una vida plena. Limpiar el lugar, preparar las clases y misas, los bautizos y demás celebraciones, hacer de mayordomo del párroco, todo era algo cómodo, incluso tratar con los padres y los niños. Ni seis horas al día haciendo cuentas. Y se llevaba un buen pico por su labor, entre sueldo y meter la mano en *el sobre de las propinas*, además de casa gratis, una en la que nadie entraría a robar, ¿quién se atrevería en la casa del Señor?

El hambre no existía, tampoco otras carencias, menos aún las quejas o lamentos, y el timbre de la puerta sonaba lo justo y solo por las tardes entre diario... O tal vez no.

—¡Ya voy, impaciente!

Pensó que sería una beata preguntando por las próximas homilias o alguna madre para consultar el desarrollo de las clases de catequesis. Pero se equivocaba. Abrió la puerta para encontrarse con el tipo extraño que parecía noruego, ese tal Víctor, el policía de ojos saltones que estuvo el día antes con la chica alta, guapa y rubia. «¡Qué bien le quedaba aquella chaqueta de piel marrón con el vaquero azul! ¡Quién tuviera ese cuerpazo y esa seguridad en sí misma!», pensó Gustavo al recordar a la inspectora Collado.

—Buenos días, tardes ya.

—Buenos días, ¿podría hablar con usted? Serán solo unos minutos.

—Claro, pasa, ¿quieres algo de beber? Yo voy a tomar un refresco, tengo un calor...

—No, gracias.

Se dirigió a la pequeña cocina que tenía instalada anexa a la sala de espera, allí contaba con un frigorífico, microondas, cafetera y una mesa con cuatro sillas.

—¿Es esta su cocina?

—No, es un pequeño *office* que montamos con electrodomésticos y muebles de segunda mano cuando yo llegué, por si algunos clientes —hizo el gesto de comillas con las manos a la vez que decía clientes— venían sedientos y podíamos ofrecerles algo. Mi jefe, ya conoce a Miguel, es un poco rácano y cuesta hacer que invierta en la parroquia.

—¿Clientes? Si le soy sincero, no le he comprendido.

—Las parejas que vienen a casarse, los que quieren bautizar a sus hijos, las primeras comuniones o las confirmaciones. Suelen dejar un buen donativo para la iglesia, que es muy bien recibido, claro. Tratarles bien es algo fundamental, a veces esperan una buena recepción y mejor hacerla con un café o refresco, ¿no le parece?

—Entiendo, ha dicho que la cocina se montó cuando usted llegó, hace de eso muy poco.

—Un año. Llevo poco aquí, aunque me siento muy a gusto, todo hay que decirlo. Miguel es un gruñón pero casi no aparece, las mañanas de domingo, los sábados de primavera y verano para las celebraciones, martes y jueves para las confesiones, poco más, el resto del tiempo estoy como señorito del cortijo.

—¿Y no suele salir de aquí? ¿No sale a pasear, al cine, a tomar un café o una copa? ¿Tiene amigos en la zona?

—No, lo cierto es que este es un lugar muy cerrado, todos son urbanizaciones y no ves a nadie por la calle, salvo alguien paseando un perro de cuando en cuando. No es precisamente el mejor

lugar del mundo para socializar.

—¿Y no tiene coche para acercarse a la ciudad?

—Una vieja furgoneta, pero apenas la cojo, quizá ni arranque el motor.

—Según el informe de Tráfico, es un modelo de hace solo cinco años. Y llegó usted desde Alicante en ella hace un año, no estará tan mal.

—Bueno, la habré conducido un par de veces desde entonces, algún recado, aunque suelo hacer la compra en el supermercado por Internet y pedir que me la traigan a casa, como hace todo el barrio. Por cierto, ¿qué interés tiene en mi furgoneta? No querrá comprarla ¿verdad? Puedo hacerle un precio especial.

—No estoy interesado en comprarla; lo mencionaba porque algunos de sus vecinos dicen haberla visto por la calle en las últimas semanas.

—¿En serio? No lo creo, quizá fue otra, es una Peugeot Partner de color blanco, habrá miles.

—Sí, pero no en una zona donde todos tienen coches de lujo. Al parecer, el modelo llama la atención como un Ferrari lo haría en un barrio humilde. La suya tiene los cristales tintados y algunos vecinos están seguros de haberla visto circulando por el barrio. ¿Le importaría que le echase un vistazo?

—Claro que no. Venga por aquí. La tengo aparcada en la parte de atrás de la parcela, para que le dé más la sombra durante el día. Aquí el verano puede derretir incluso las ruedas. Vale, es una exageración, pero cualquiera entra en el coche tras todo el día bajo el sol.

Víctor caminaba tras él en silencio, el sacristán no frenaba su verborrea en ningún momento, aunque eso casi le estaba haciendo el trabajo al subinspector. «Cualquiera entra en el coche», había dicho. Es decir, que solía cogerlo más a menudo de lo que decía. Un coche abandonado, como Gustavo aseguraba, se deja aparcado en cualquier sitio, se olvida casi uno de él. Si le das tanta importancia y cuidados, es para tenerlo disponible.

La red de pasillos los condujo hacia el cuarto de basuras, al lado de la sacristía y cerca de la capilla. El hedor era menos intenso, pero, aun así, parecía que no se marcharía nunca del lugar.

—Espere aquí, voy a coger las llaves para que pueda ver el coche por dentro. —Gustavo desapareció tras la puerta del cuarto apeestado, ni por asomo lo acompañaría Víctor hasta allí.

Tras oír la confesión completa de Eugenio González, la inspectora Cristina Collado llamó a la central para que un coche patrulla se llevase detenido al profesor; este aún gimoteaba sobre el sofá. El siguiente paso era comunicarse con Víctor, pero antes decidió llamar a Javier y conocer los procesos en la investigación de los pasados del párroco y el sacristán. Mientras hablaba con el agente, Nuria gritó a su lado algo que le heló la sangre. Colgó tras pedirles que enviasen varios coches patrulla a Bellavista y, sintiéndolo mucho, faltó al deber de policía de escoltar al detenido hasta la llegada de refuerzos, dejándole solo en el piso y a riesgo de que escapase.

Eugenio quedó atónito al verla salir corriendo de su casa sin decir palabra.

El trayecto se haría eterno, no paraba de visualizar la cara de su expareja y padre de su hija, Fran, en todo momento. La luz y la sirena parecían no surtir efecto entre el denso tráfico del mediodía, más aún al llegar al puente que conectaba con los pueblos de la costa oeste. Los sábados y domingo de primavera y verano era típico desplazarse allí para comer o pasar el día. Sudaba copiosamente y la respiración entrecortada se intensificaba a medida que pasaban los minutos sin poder hablar con su compañero. Se encontraba en un atasco en mitad del largo puente, cien metros tras ella podía ver las luces de los coches patrulla a través de los espejos retrovisores. A otros cien metros, esta vez ante ella, estaba la salida hacia Bellavista, su destino.

La impotencia era absoluta. Por un momento sopesó la idea de alcanzar el desvío corriendo, pero luego quedarían dos kilómetros hacia su destino y tendría que confiscar un coche. «No, España no es como Estados Unidos. En menudo lío me metería si le robo el coche a un ciudadano; aunque se trate de una causa de fuerza mayor».

Avanzaban despacio, casi metro a metro, cuando tuvo una revelación y tomó el teléfono.

—¡Irene! ¿Me oyes?

—Alto y claro.

—Comunica a las patrullas que están retenidas en el puente que sigan con la orden y que rompan la puerta de la iglesia si es necesario. Pero yo no estaré allí ni iré con ellos.

—¿Cómo dices?

—Dame otra vez la descripción del vehículo, la matrícula y haz que un helicóptero de Tráfico o de la Guardia Civil lo busque por esta zona. Es una cuestión de vida o muerte, ¿me has entendido?

—Me pongo a ello.

Los coches de delante llevaban un rato escorándose lentamente hacia la izquierda, con la idea de hacerle hueco a la inspectora. En cuanto ella consideró que podría pasar al arcén, no se lo pensó un instante y aceleró. Una vez en la avenida principal del pueblo, cambió su destino original por la salida ubicada al otro extremo, quería tomar la carretera que comunicaba directamente con el pueblo de El Portil, en su ruta pasaría por la puerta de la iglesia, pero no tendría tiempo para detenerse allí. No había tiempo para eso, debía seguir su instinto, ahora que lo había recuperado, no pensaba perderle la pista.

Su sospechoso podría desaparecer en mil lugares: cualquier finca en la que esconder el coche bajo los pinos, entre las calles de varios pueblos y aldeas costeros, o la que prefería la inspectora: una huida directa a Portugal.

Irene ya habría dado el aviso a la Guardia Civil y la Policía Local, además de la Guardia Nacional Portuguesa, que tenía un destacamento fijo en la antigua frontera. Tal vez lo atrapasen antes de llegar allí, confiaba en eso, en que Víctor estuviese bien y todo acabase con unas risas en un bar por la noche, contándolo a modo de anécdota.

«Vamos, aguanta. Joder, debí ir yo a hablar con el cura y el sacristán. ¡Joder, joder, joder!».

Conducía a toda velocidad, a punto estuvo de chocar contra un todoterreno enorme que no se apartó como debiera al oír su sirena. Pronto dejó atrás la última casa y se vio rodeada de pinos y marisma, podría acelerar más y tratar de ganar terreno, si es que no se había equivocado con el destino elegido por el sospechoso. Tomó el desvío de la A-492 a la vez que el teléfono móvil comenzó a demandar su atención.

—¿Sí?

—Inspectora. Soy Gómez, el agente Raúl Gómez, estamos en la iglesia. Hemos derribado la puerta y, tras buscar en todas las estancias, hemos encontrado inconsciente al subinspector Garza, tiene un fuerte golpe en la cabeza. La ambulancia está al llegar.

—¿Y Gustavo Núñez, su coche, los niños? ¿Qué más sabéis?

—Ni rastro de nada ni nadie. El coche y el sospechoso no están, tampoco hemos encontrado a los niños.

—¿Aún no llegaron los perros y los equipos técnicos de rastreo?

—Aún no, el puente sigue colapsado.

—Mientras llegas, quiero que detengáis al párroco, al menos hasta que tengamos claro que no es cómplice, también quiero que busquéis bajo cada baldosa y alfombra en busca de una trampilla a un posible sótano. Buscad dentro de cada mueble, incluso en la propia capilla.

—Entendido.

Frente a ella se extendía un sudario de estrellas bajo la noche nublada, eran las luces del pueblo El Rompido, donde tomaba un café en vaso de cartón que un agente le había traído de algún bar cercano. No había comido en todo el día, pero seguía sin hambre. No podría parar hasta localizar a Gustavo Núñez. Todo lo demás podría esperar.

Había llamado varias veces a casa, su madre se quedaría toda la noche con la pequeña Evita si fuese necesario. Desde el hospital las noticias eran alentadoras, Víctor se mantenía estable, aunque seguía sedado. Bien, no perdería otro compañero. Seguiría una hora más atenta a las llamadas más importantes de todas: las que hacían los helicópteros y el centro de coordinación entre agentes e inspectores. El sospechoso no podría desaparecer, no cuando tenían sus datos, descripción y su coche. Era imposible.

—Quizá tenía un plan de fuga bien orquestado —murmuró un sargento de la Guardia Civil a su lado—. Ese cabrón puede haber cambiado el coche en el último momento.

—¿El coche? —preguntó Cristina.

—Imagina que compró de segunda mano y en metálico otro coche diferente, solo tenía que tenerlo aparcado cerca de la iglesia y salir con él. Si no cambió los datos del registro, no aparecería a su nombre.

—¿Y su furgoneta?

—Tal vez la dejó escondida en algún aparcamiento subterráneo horas antes, o la ha escondido tras alguna casa.

—Pero ¿quién vendería un coche sin cambiar los datos del registro?

—¿En la barriada de la Navidad? ¿En el Torrejón? ¿En Pérez Cubillas? ¿En la calle Honduras? ¿Sigo?

—No hace falta. Incluso podría ser robado y con matrículas que hubiera cogido en cualquier desguace. Tienes razón, tal vez debimos centrarnos en buscarlo por su descripción física y no por el coche. Es posible que se marchase en dirección Huelva, para ir luego a Sevilla o cruzar a Portugal por la zona de la sierra. Quizá me crucé con él en el puente y no lo vi.

—Creo que podemos establecer turnos para descansar, tal vez estemos días o semanas hasta encontrarlo.

Cristina no dijo una palabra más, la furia aún la mantenía con ganas de pelea, pero el sentido común y la debilidad física se impusieron finalmente.

Tres días después.

—Ojalá nunca tengamos que celebrar cosas como la que hoy nos ha traído aquí; y no quiero decir con ello que no me alegre de la captura del criminal, sino porque ningún compañero vuelva a ser herido de gravedad o acabe aún peor en el desempeño de sus funciones.

El comisario Marcos Navarro daba una pequeña charla al grupo que se había reunido en el restaurante donde solían comer al mediodía, frente a la comisaría. Cristina, Víctor, Nuria, Javier y el propio Marcos.

—Una pena que Irene no haya podido venir, esperemos que su hijo pase la gripe pronto —le deseó Nuria.

—Bueno, pues ya se cerró el caso —suspiró Cristina—. Pensé que no lograríamos encontrar el resquicio, pero al final apareció.

—Te diste por vencida muy pronto —le recriminó Navarro—, no quiero que eso vuelva a ocurrir; date tiempo hasta que las pruebas aparezcan o la luz se encienda sobre tu cabeza al hablar con un testigo o sospechoso.

—Lo sé, fui demasiado derrotista; tal vez porque me tomé el caso como una prueba contra reloj. Niños pequeños que podrían estar sufriendo, familias destrozadas...

—Al final ocurrió lo peor —murmuró Víctor con pesar.

—Por eso hay que investigar con los cinco sentidos, con cabeza, sin prisas. Los niños habían muerto casi en el acto, a los pocos minutos de su captura; aunque eso no podías saberlo, Cris.

Marcos puso su mano sobre la de ella en un gesto paternal, ella trató de sonreír sin conseguirlo.

—Bueno, también brindemos porque Víctor está recuperado del todo y se incorporará a partir de mañana; así podrá ayudar a Cristina en un caso que lleva semanas desatendido, y tenemos una nueva víctima que podría estar relacionada con las anteriores.

—Está bien, pero nada de hablar de trabajo. Esta tarde nos tomaremos estos minutos solo para celebrarlo —exigió Javier.

Eso fue más fácil decirlo que hacerlo. Cristina aprovechó que los demás conversaban para acaparar la atención del comisario.

—¿Puedes desconectar de estos casos completamente una vez han pasado?

Marcos la miró con preocupación antes de responder.

—No del todo, siempre queda algo dentro. A veces la mirada de la víctima, otras el dolor de una madre, se van reuniendo con los de otros casos y cae alguna pesadilla que otra de vez en cuando.

—Ya lo imaginaba.

—Suele ocurrir con más intensidad en los casos en los que más te involucras, por eso es bueno desconectar al terminar cada jornada.

—Eres bueno dando consejos, aunque no sepas seguirlos.

—Eso lo decía también el anterior comisario.

—Paco sabía de lo que hablaba.

—Por cierto, —cambió de tema Marcos—, fuiste muy rápida al pedir que se cotejasen las fechas y los lugares en los que había trabajado el sospechoso con casos de desapariciones de niños de ocho años. Eso nos evitó tener que batallar con la fiscalía de menores para pedir permisos e interrogar a los demás niños compañeros de la tercera víctima.

—¿Rápida, bromeas? Fui muy lenta, debí caer en ello el día anterior, aunque no imaginaba que por ahí encontraría la pista clave, ya que es absurdo que otras comisarías no dieran con la misma línea de investigación. No comprendo cómo no lo habían atrapado antes.

—No creas que lo más lógico está siempre a simple vista, debes pensar en la cantidad de distracciones o follaje que nos tapa el camino correcto.

—No te comprendo.

—El sacristán elegía niños de familias adineradas, nada de millonarios, pero tampoco gente humilde. Un detalle muy estudiado por su parte. Las familias humildes hacen mucho ruido mediático, consiguen que toda una ciudad salga a buscar diariamente formando batidas, también presionan a la policía día y noche. Las familias de más alto poder económico compran todo lo anterior, a base de contactos que presionan a la policía y la televisión.

—¿Y los de clase media-alta no lo hacen?

—Verás, ellos suelen vivir de los beneficios de una empresa mediana. Como diría el sabio «a un hijo se le quiere de forma infinita, solo que infinito es tan grande como la catadura moral de

cada persona». Si no quieres hacer ruido para no atraer la vista, para que Hacienda o la Seguridad Social no se fijen en tu empresa, sueles llevar la desaparición con mucha más discreción. Fíjate cuando ha desaparecido algún niño en los años anteriores, todos los que recuerdas son de gente humilde ¿verdad? —ella asintió—, salvo el de la niña inglesa desaparecida en el Algarve portugués.

—Sus padres eran millonarios, ofrecieron incluso un millón de libras a quien encontrase una pista fiable.

—¿Lo ves? Seguro que, si revisas el informe y observas los datos de los padres de los demás niños secuestrados y asesinados por Gustavo Núñez, compruebas que los padres de todos poseen un poder adquisitivo similar, empresas medianas, e hicieron poco o ningún ruido mediático. Apostaría a que son muy religiosos, de ir a misa los domingos y reuniones los miércoles. Las personas con un alto arraigo religioso son discretas, consideran que el dolor debe soportarse en la intimidad. El homicida elegía muy bien a sus víctimas, en su ordenador se encontraron miles de datos sobre los estados de las empresas de sus padres, había fotos de los mismos discutiendo en la calle, las empleadas domésticas llevando a los niños al colegio o a jugar, incluso informes detallados sobre las veces que iban a la iglesia, cuánto dinero solían donar al cepillo. Gustavo había escrito sus suposiciones sobre quiénes harían más ruido mediático.

—Hasta ese punto trabajaba sobre su locura, eso que él llamaría una mera afición. Y no comprenderemos nunca sus motivos salvo que desee contarlos.

—¿Qué importan esos motivos? Es un asesino pederasta, prefiero no oír detalles sobre lo que hizo. —Marcos dio un sorbo a su refresco, se le notaba en el rostro la repulsión que sentía por el sacristán—. Posiblemente tuvo una infancia complicada con respecto a otros niños, o tal vez su mente llegó de forma espontánea a producirle esos deseos macabros.

—Sigo dándole vueltas a la cabeza al tema de los padres; yo removería cielo y tierra para encontrar a mi niña. No entiendo cómo se puede querer tan poco a un hijo, que consideren más importante su posición social y económica, o el qué dirán en sus comunidades religiosas. ¡Qué locura!

—Date cuenta que ni siquiera los cuidan, dan de comer o educan, la mayoría prefiere contratar a una empleada doméstica para hacer esas tareas. Para el homicida fue fácil seleccionar a sus víctimas, empezaría por hacer una lista con aquellos que solían ir a clases de catequesis o el colegio con su niñera, luego mirar en las fichas y buscar los nombres de sus padres para averiguar en las redes sociales su empleo. Todo está en redes sociales, se puede saber todo sobre cualquiera. Luego llegaba la investigación a fondo de la que te hablaba.

—Y tenía el mejor acceso a sus víctimas. Un empleo perfecto. Pobres niños... las barbaridades a las que los sometió antes de acabar con sus vidas.

—Y olvidas lo más importante: la policía de otras provincias siempre archivaba los casos como desapariciones, buscaban unos días por la ciudad, parques cercanos, etcétera y acababa abandonando para seguir con otros casos. Los padres no presionaban demasiado y el suceso se iba olvidando. El recuerdo de esos pobres niños se desvanecía en la memoria de todos como una niebla en la mañana.

—Debí ser más lista, Gustavo era mi segunda opción.

—Y se la diste a tu compañero, hiciste lo correcto. Eugenio González era profesor de catequesis para escamotear dinero que la iglesia destinaba a otros menesteres. Necesitaba dinero para sus apuestas deportivas y lo tomó de donde no debía.

—Supe que escondía algo en cuanto hablé la primera vez con él, pero no imaginaba que el asunto iba por otros derroteros.

—Bueno, no pienses más en ello. Mañana empiezas otro caso y te necesito despejada. —Y se puso en pie antes de gritar— ¡Un brindis por Víctor, el policía con la cabeza más dura de la comisaría!

Víctor los observaba con un brillo en la mirada, lo más parecido a una sonrisa orgullosa que podría exhibir en ese momento. Cristina y Nuria habían señalado al asesino antes que él, y le hubiese gustado resolver el caso por sí mismo. Pero ya no importaba, en ese momento, rodeado de quienes ya lo tenían por un compañero, quizás amigo en el futuro, solo podía sentirse pletórico.

Y solo había tenido que dejarse abrir la cabeza para lograrlo.

# **EL ÁNGEL DE LA MUERTE**

## Prólogo

«Tenemos que contratar un seguro privado», le decía siempre su mujer, «verás como ahora, que ya tenemos una edad y pueden empezar los achaques y aumentar las visitas al médico, sacamos provecho del mismo». Es cierto que el poder adquisitivo de Francisco había mejorado considerablemente, ya que sus dos hijos se habían independizado, la hipoteca estaba pagada y su sueldo aumentado con el paso de los años, así que no se resentiría mucho por sacar un par de miles de euros anuales para la cuota conjunta con Marisa. La más grande y con más coberturas, ya que se ponía a ello, pues a lo grande.

Miró su reloj de pulsera, se resistía a consultar la hora en la pantalla del móvil, como parecía hacer todo el mundo desde hacía unos años; eran las siete y doce minutos. Le habían dado cita para las seis y cuarto de la tarde y allí seguía, ante la puerta del consultorio de urgencias número dos del hospital Juan Ramón Jiménez. Ni seguros privados ni leches, en España todo iba de mal en peor. Ya no se trabajaba con la eficacia de antaño, no señor. A su derecha había un matrimonio aún mayor que él, cumplió sesenta y tres el mes anterior; y a su izquierda, una pareja de no más de treinta cada uno.

—Disculpe, ¿para qué hora le han dado cita? —preguntó a la señora de la derecha.

—Para las seis.

—Gracias.

«Demonios, aún tiene que entrar esta mujer antes que yo. Me van a tener aquí toda la tarde para mirarme una simple verruga que ha crecido en los últimos meses y duele al tocarla. Porque dudo de que me la vayan a extirpar hoy».

Entraba un sol de justicia por el ventanal a su espalda, quemando su nuca y la coronilla mientras esperaba sentado; para agravarlo más, el aire acondicionado a toda potencia lo hacía estornudar cada pocos minutos. Un contraste que le valdría un buen resfriado, quizás una gripe que tuviera que tratarse en el mismo hospital. Solo de pensarlo le daban escalofríos.

Cuatro meses llevaba discutiendo con Marisa sobre la poca importancia que tenía una simple verruga, pero ella insistía en que a ciertas edades hay que tener cuidado con el cáncer, y lo mejor era extirparla para evitar el dolor que sentía cada vez que se rozaba con el propio pantalón.

Las enfermeras... Lo único interesante que se veía por allí; todas parecían tener menos de veinte años a sus ojos, pasaban de un lado a otro, a veces con prisas y otras dando un simple paseo. ¿De qué otra forma entretenerse que no fuera siguiendo el meneo de las nalgas prietas bajo la bata blanca o el pantalón verdoso? La ropa no era muy sexy, pero su imaginación hacía milagros. Una suerte no haber ido acompañado de su mujer, le habría dado más de un codazo por mirar donde no debía. Sí, una suerte, pocas ocasiones tenía para recrearse la vista. Que le dieran la cita para el médico justo la tarde en que ella se había comprometido con visitar a un familiar había sido fantástico, ya que, de haberle acompañado, estaría todo el rato refunfuñando por mil motivos. Y menuda charla le soltaría al médico de turno como protesta por el retraso, o a las recepcionistas para desahogarse al salir.

Bueno, ya estaba allí y no tenía nada mejor que hacer, así que se distrajo mirando en el teléfono móvil las últimas fotos que le había hecho a sus nietos en la comida del domingo anterior. En esas estaba cuando llamaron a la señora de la derecha, a buenas horas. Esperaba ser el

siguiente.

«Tiene muy mala pinta, debió usted venir antes». Eso es lo que dijo el cirujano al observar su verruga desde lejos, eran casi las ocho y el *prenda* ni se levantó de su sillón para examinarla desde más cerca. ¡Con dos cojones! Más de una hora de espera y siete días desde que llamó hasta el momento de la cita. ¿Cita? ¿Quién lo llamaba así? Un cubículo de dos por dos y un tipo sonriente diciendo que habría que extirpar y analizar. Dos jueves más tarde tendría que regresar al hospital para una operación de cinco minutos, media hora en total si se contaba el tiempo de quitarse los pantalones y luego volvérselos a poner tras el vendaje. Pues tampoco notaba Francisco mucha mejoría con respecto a la Seguridad Social.

El cubículo tenía una segunda puerta que comunicaba de un modo más directo con la salida principal del hospital, el doctor lo invitó a salir por ella. «A la derecha y siga las indicaciones de la pared», le dijo. Pero él vio el cartel que anunciaba los aseos a la izquierda y no pensaba contravenir a la madre naturaleza. Cada año iba encontrando más placer en aliviar la vejiga que en darse una buena comilona, que por otro lado solía acarrearle una indigestión tremenda.

Salió del servicio, miró hacia ambos lados del pasillo, desierto en ese momento, y no vio ningún cartel o placa en la pared. ¿Por dónde debía salir? Había olvidado por completo desde dónde había llegado, los dos lados del pasillo le parecían idénticos. Eligió la derecha con el pensamiento de pedir orientación en cuanto se cruzase con algún médico o enfermero, o viese un cartel en la pared. Nada. Caminó durante un par de minutos sin encontrar su objetivo. Una enfermera salió de repente de una de las puertas, a unos quince metros, le dio la espalda y caminó a toda prisa sin hacer caso a sus llamadas.

«Maleducada. ¿Qué se puede esperar a día de hoy? La gente ha perdido sus valores, ya ni atienden en su trabajo». Caminó tras ella pero, al abrir una puerta de doble hoja en el pasillo, comprobó que había desaparecido. El lugar del que había salido, seguramente una habitación, almacén o quirófano, seguía con la puerta abierta. Quizás allí le dijeran por dónde salir del endemoniado laberinto.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Era una habitación para dos internos, aunque solo había uno ocupando la cama de la izquierda, la del fondo y al lado de la ventana. El inquilino o inquilina estaba casi a oscuras y tapado con la sábana hasta el cuello. Tenía un gotero casi agotado y parecía dormir.

—Siento haberle molestado. —Francisco hizo ademán de marcharse en silencio.

Cuando estaba a punto de dejar la habitación atrás, se giró de nuevo sin estar seguro del motivo, sentía algo extraño en aquel lugar. Algo no iba bien. Se acercó despacio a la cama en la que vio que reposaba un anciano.

—¿Hola? ¿Se encuentra bien? Siento molestarle, si es que estaba dormido y lo he despertado.

Nada, no obtuvo respuesta, pero no fue eso lo que más inquietó a Francisco, sino el hecho de que la sábana no se movía lo más mínimo. ¿No respiraba? Nadie permanece tan quieto, ni siquiera cuando contiene la respiración. No se sentía capaz de tocar el cuerpo para comprobar las constantes vitales, así que dudó durante unos segundos. Pero ¿qué iba a hacer si no? No podría pulsar el botón para llamar a la enfermera sin tener nada seguro que contarle a su llegada. Se armó de valor tras respirar hondo varias veces y le puso dos dedos en el cuello. Estaba caliente, pero no sentía las pulsaciones. Pensó que se había equivocado de lugar y probó durante largos segundos en el lado contrario. El rostro del paciente, un anciano nonagenario, parecía una máscara, inmóvil y con los ojos cerrados. ¿Cómo podía estar caliente sin tener pulso? La respuesta era clara, acababa de fallecer. Francisco se apresuró a sacar los brazos del enfermo para probar en las muñecas. Cuando estaba en ello, ya pensando en pulsar el botón de alarma:

—Buenas tardes. ¿Qué hace aquí? ¿Es usted familiar del enfermo?

13 de mayo

No era de los que odian los lunes, ni mucho menos, pero tampoco de los que van canturreando y dando los buenos días como si se tratase de felicitar la Navidad. Daniel Martos era, simplemente, de los que lo consideraban un día más, como cualquier otro de la semana. Sus amigos y familiares, cuando se hablaba del tema, le decían que ese pensamiento se debía a que trabajaba por turnos y sin tener en cuenta los horarios y días de la semana. Lo mismo libraba un domingo y lunes que un miércoles y jueves, de igual modo que podía trabajar de seis de la mañana a una de la tarde o de doce del mediodía a ocho de la tarde, incluso de madrugada. Aquel día entraba a las ocho de la mañana; lo dicho, un caos.

Daniel Martos bostezaba al sacar un café de la máquina en la sala de espera; llevaban años hablando los empleados sobre hacer un fondo común entre todos para comprar una cafetera en condiciones y crear un pago simbólico mensual para que alguien, cuya responsabilidad y tarea se turnaría cada mes, se encargase de reponer leche, vasos de plástico, cucharillas, azúcar, café, sacarina, infusiones... Pero todo se quedaba en eso, en buenas intenciones tras excusas y miradas huidizas.

Sabía a rayos, como cada mañana y cada mediodía tras la comida, pero es lo que había. Se sentó tras el mostrador de recepción, dijo adiós a Marta, una de las compañeras que había hecho el turno de noche, y encendió el ordenador. Le brotó otro bostezo, pero este tuvo que reprimirlo al ver entrar a una pareja con cara de pocos amigos por la puerta del hospital y dirigirse hacia él.

—Buenos días, díganme.

—Policía, Cristina Collado y Víctor Garza —dijo la chica rubia y delgada que tenía ante sí, el otro tipo era muy raro, cabello blanco y piel roja como un noruego tras un día de playa sin crema solar.

—¿Policía?

—Sí, venimos por el caso de los ancianos.

—Ah, sí, disculpen. Aunque ayer vinieron dos policías de uniforme, cuando se encontró a... bueno, ya saben.

—Sí, lo sabemos. ¿El despacho del director o directora?

—Por supuesto. —Se puso de pie para orientarlos con las manos—. Está en la segunda planta, los ascensores los encontrarán a su espalda. Salgan hacia la izquierda y caminen hasta el fondo, allí verán un cartel que indica los despachos de la dirección.

Los policías dieron las gracias y se marcharon a los ascensores. Él llamó por teléfono a Elena, la directora, pero no descolgó. Ya lo imaginaba, era demasiado pronto.

—Joder, debí llamar primero. Elena aún no ha llegado.

—¿Qué dices? —Era Sonia Aguirre, su compañera en ese turno durante la semana; acababa de llegar, también con un café en vaso de plástico y se sentaba para encender el ordenador. Entonces hizo algo que a Daniel siempre le llamaba la atención: se soltó la goma que sujetaba su media melena castaña y luego recogió todo el pelo con una pinza y horquillas, siempre el mismo ritual,

cada mañana o tarde, dependiendo del turno.

—Nada, te decía que voy a intentar...

Cuando quiso avisar a los policías, estos ya habían desaparecido. Bueno, no les haría ningún daño esperar unos minutos, o media hora, a que los atendiesen. En ese momento se sintió mal, ya que venían a investigar la muerte de cuatro ancianos en circunstancias extrañas en las últimas semanas. No era buena publicidad para el centro, ahora que tenía gestión semiprivada, y debían tratarlo con la misma discreción que celeridad.

Ya había saludado a su compañera, y puesto al corriente de las novedades en el hospital, revisado su correo electrónico, ordenado las directrices para el día y terminado su vaso de café, cuando apareció la directora por la puerta. El reloj de la pared marcaba las ocho y veintidós, otros días llegaba casi a las nueve.

—¡Elena!

—¿Hola? Buenos días, ¿qué pasa?

—Arriba tienes a dos inspectores de la policía, por lo de los ancianos.

—Gracias. ¿Han llegado hace mucho?

—A las ocho en punto, quizás a y cinco.

—Mierda. Vale, voy para allá.

Cristina había madrugado ese día media hora más de lo habitual. Tras un caso en el que se había implicado más de la cuenta, necesitaba desconectar y pidió a Víctor que estuviera listo para pasar a recogerlo a las siete y cuarenta y cinco. Empezarían la semana con un nuevo caso y deseaba que la imagen de las fotos de los forenses y técnicos de la científica del anterior caso se borrasen lo antes posible de su mente.

Con lo que no contaba era con tener que esperar más de un cuarto de hora a la directora del hospital donde supuestamente habían fallecido varios ancianos de forma sospechosa. Maite Redondo, responsable del Instituto Anatómico Forense de Huelva, le había remitido un informe que no daba lugar a dudas, los cuerpos correspondían a varios ancianos que se trataban enfermedades de diverso grado o traumatismos, pero que habían aparecido muertos de repente; las autopsias resultaron reveladoras, todos ellos presentaban altas dosis de metadona. Cristina tuvo que pedir que lo repitiese. «¿Metadona, has dicho? ¿Como el fármaco que se da a los toxicómanos?». Maite afirmó, habían muerto dormidos tras una gran dosis de un opiáceo sintético.

Víctor había dado su opinión cuando subió al coche.

«He estado leyendo el informe esta noche, dos veces, y creo que al gobierno se le está yendo la mano con lo de abaratar costes de la Seguridad Social. O hay una trama política para acabar con viejos y dejar de pagar sus pensiones o se trata de algún fanático de ultraderecha que se ha empeñado en seguir las directrices de su partido y se ha propuesto quitar de en medio a quienes considera un estorbo».

A Cristina le pareció una barbaridad aquella opinión, luego rompieron a reír. Era la primera vez desde que llevaban trabajando juntos que compartían una carcajada. Y lo necesitaban con urgencia. Luego comenzaron a investigar en serio, el trayecto sirvió para estructurar el día en cuanto a entrevistas con responsables del centro, doctores y enfermeros que atendieran a los fallecidos, revisar grabaciones de cámaras de seguridad, visita obligatoria a la forense y, por la tarde, comenzar con los familiares de las víctimas.

Miraba el reloj por cuarta vez cuando vio aparecer a paso ligero a una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años vestida con un traje de chaqueta y pantalón gris. El cabello alborotado y la

cara de circunstancia dejaron claro que se trataba de la persona a la que esperaban. Aunque de cerca pudo observar que era mucho más joven, treinta como mucho.

—Disculpen la tardanza. La avenida de Andalucía se pone imposible cada mañana, había un atasco hoy... —dejó el resto de la frase en el aire, no necesitaba más.

Cristina y Víctor se dedicaron una rápida mirada cómplice. Ambos habían llegado por la misma carretera, casi desierta a esa hora de la mañana. Elena Garmendia se sonrojó al comprender que no había colado su excusa, no era fácil engañar a la policía, menos aún sin su dosis diaria de cafeína y con tan poco tiempo para improvisar. Abrió la puerta de su despacho y les invitó a pasar a la vez que les ofrecía un café, aunque no había cafetera en todo el edificio, salvo la máquina de la sala de la entrada. Los policías rechazaron la oferta y ella sintió un alivio tremendo.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo para romper el hielo y comenzar con su tarea, a ver si así se olvidaban del traspie inicial.

—Queríamos tener los informes médicos de los fallecidos, además de saber qué enfermeras atendieron a cada uno de ellos.

—Bien, eso lo tendrán en unos minutos.

—También el acceso a las cámaras de seguridad de los días en que se estima que fueron asesinados.

—Uf, qué palabra tan fea. No quisiera que la prensa...

—Trataremos de contener a la prensa con un sumario secreto, el fiscal responsable del caso ya está en ello, pero no podemos responder por el personal de este centro.

—Está bien, lo entiendo, eso será tarea mía. También pediré a los de seguridad que os preparen las grabaciones, supongo que os interesan los pasillos que dan a las habitaciones en las que estaban los enfermos.

—No, queremos todas. No podemos permitirnos que se nos pase alguien que desvía la mirada o da la espalda a una cámara, quizá lo podamos reconocer en otra de otro sector del hospital.

La directora descolgó el teléfono y dio las órdenes a su secretaria, luego volvió a los policías.

—¿Algo más?

—Sí —respondió Cristina Collado—. ¿Ha tenido que tratar con los familiares de las víctimas?

—Les he dado el pésame en persona, además de disculparme por las circunstancias de la muerte. No ha sido nada fácil, nunca habría imaginado que en este trabajo tuviera que...

—Lo entiendo. Le rogaría que hiciese un esfuerzo para recordar cada detalle de las conversaciones, principalmente de las reacciones de cada familiar, es decir, cómo se tomaron la noticia. Cualquier pequeña sensación o impresión que le haya producido alguno de ellos, algo inusual. En definitiva, que nos cuente si notó algo extraño.

—Bueno... creo recordar que todos se mostraron apenados, aunque no es lo mismo perder un familiar con noventa años que con treinta. Es habitual que muchos hijos y nietos estén preparados para despedirse de ellos; sin quitar el dolor por la pérdida, claro.

—Obvio, aunque apelaba a su instinto, a su experiencia, a que algo le hubiese parecido extraño. —Cristina comprendió que había dicho una estupidez, aquella mujer no tendría casi nada de experiencia en la tarea, no había más que verla o charlar con ella unos minutos para comprender que era una gestora empresarial, de ese modo se dirigían ahora los hospitales, especialmente los privados y semiprivados.

—No, lo siento, no vi nada irregular.

—¿Y la metadona que se ha usado para acabar con sus vidas? ¿Tienen algún parte de robo o

denuncia a la policía? Tal vez haya salido de estas instalaciones.

—Aquí la seguridad es muy elevada, pero investigaré personalmente...

—No, eso ya lo haremos nosotros.

—Entonces, ¿tienen alguna otra pregunta?

—No, eso es todo. Ahora hablaremos con los médicos que trataban a los fallecidos, además de las enfermeras y el personal que custodia los fármacos. Recogeremos los informes completos que nos ha prometido al salir. ¿Podría pedir a su secretaria que los enviase a la recepción de la planta baja?

—Claro, cuenten con ello.

Una sonrisa forzada y un apretón de manos, que la inspectora sintió flácida y húmeda, como si apretara un pescado escuálido, dieron por finalizado el momento. Tras cerrar la puerta a sus espaldas, Cristina preguntó a Víctor por la siguiente persona a entrevistar, el subinspector buscó en el informe y dio el nombre de una doctora.

—Bien, ahora hay que encontrarla en este laberinto. Menos mal que hemos venido temprano. Nos costará días quitarnos el regusto que los antisépticos y el ambientador nos van a dejar en la garganta después de las horas que invertiremos aquí.

Sara Marín tenía cincuenta y dos años y su cabello era una réplica del de una presentadora de televisión rubia cuyo nombre Cristina no lograba recordar. La doctora se levantó de su sillón y les dio la mano antes de ofrecerles asiento en las dos sillas para pacientes del otro lado de la mesa escritorio. Bajo la bata blanca abierta mostraba un cuerpo delgado y buen gusto en el vestir.

—Díganme qué desean.

—Usted estaba tratando al paciente Mauricio Segura de un cólico nefrítico, ¿no es cierto?

—Tengo el expediente abierto en el ordenador desde que me avisaron que vendrían a verme. Comprenderán que no puedo recordar los datos de un paciente de hace más de dos meses con todos los que tratamos aquí a diario. A ver... —se colocó las gafas que antes llevaba colgando de un cordón en el cuello— sí, era un paciente asiduo, solía venir varias veces al mes. Los cólicos nefríticos eran lo habitual, de mucha intensidad, casi no podía moverse por el dolor; aunque también vino por otras muchas causas: gripe, una torcedura de tobillo, una reacción alérgica, un sinfín de motivos. El hombre, creo recordar, era muy aprensivo. A pesar de su avanzada edad, vivía solo y parece que el hospital y el ambulatorio eran su forma, en muchas ocasiones, de solucionar la soledad. También, por supuesto, el miedo que sentía a que cualquier molestia o enfermedad acabase con él, ya les digo que lo recuerdo rozando la hipocondría. Por cierto, como nefróloga, yo solo lo traté de los cólicos. Si desean tener más opiniones sobre el paciente, pueden hablar con los compañeros de General, Traumatología, etcétera.

—Está bien. Ya contamos con la relación de médicos que lo trataron. ¿En qué habitación se encontraba Mauricio cuando falleció? No aparece en el informe.

—Pues déjeme ver... Vaya, no está tampoco en mi ficha informatizada, es muy extraño.

—¿Cómo dice? ¿Qué es extraño?

—Que el número de la habitación es un dato que siempre figura en cada internamiento de un paciente. Se hace en cuanto se le asigna dicha habitación para que todo el personal sepa quién está dónde, de cara al tipo de comida que debe dársele, la medicación, los controles sobre su dolencia o enfermedad, incluso para que un camillero vaya a por él en caso de tener que ir a quirófano.

—Entonces, ¿cómo es que no aparece?

—Están todas las habitaciones que ha ocupado en este hospital durante años, todas menos la

última, en la que falleció. Solo encuentro una explicación: que alguien entrase en el sistema y borrara el dato.

Tras algunas preguntas más a la doctora, los policías subieron a la tercera planta para seguir una intuición de Cristina, algo obvio también para Víctor. Si se trataba de un homicida en serie, lo más probable es que hubiese seguido el mismo patrón con todos sus crímenes. El reumatólogo que trataba a Diego Iglesias, la segunda víctima, de una artritis severa también se extrañó con la desaparición del dato de la habitación, al igual que el traumatólogo que trataba a Guadalupe Sierra de una rotura de cadera y la neuróloga que atendía a Indalecio Medina de un ictus cerebral. Dos horas estuvieron de un lado hacia otro por el enorme complejo del hospital Juan Ramón Jiménez. Cristina necesitaba un descanso y sabía cómo y dónde tomárselo.

—¡Qué sorpresa! No has avisado de que venías y podría haber tenido hoy el día libre —dijo la forense Maite Redondo al verla, se acercó a toda prisa para darle un abrazo.

—Te presento a mi compañero, el subinspector Víctor Garza.

—Ya iba siendo hora, ¿no te parece?

—Anda, calla y vamos a tomar unos cafés a la máquina de la sala de espera de la UCI.

—Venga, vamos a por veneno. ¿Y qué te trae por aquí? ¿Tienes algún caso en el que te pueda ayudar?

—Ya sabes que sí, hiciste las autopsias a los ancianos asesinados con metadona.

—Joder, pensaba que el caso lo llevaría el comisario en persona.

—¿Marcos? ¿Qué te hace pensar que yo no estoy a la altura?

—Anda, zorra, lo digo para provocarte.

Víctor se sentía como si no estuviera allí, aunque se iba acostumbrando a esa sensación desde que había llegado a su nuevo destino, así que acompañó a las mujeres por el interminable y sombrío pasillo que separaba el Anatómico Forense de la UCI y se tomó un café con ellas en la puerta que daba al aparcamiento, allí Maite Redondo encendió un cigarrillo.

—Pensé que lo habías dejado.

—Chica, es difícil con este trabajo.

—Nada es difícil si uno se empeña.

—¡Coño, pareces un psicólogo de la tele!

—Bueno, pues haz lo que te dé la gana. Y ahora háblame del caso. ¿Cómo ves el tema de los ancianos? ¿Y por qué se les hizo autopsia?

—Como Navarro, directa al grano, se nota que eres su pupila y su sucesora. Siempre pensé que David era demasiado irresponsable como para suceder al comisario.

—Tienen la misma edad, así que David Sobrá solo podría ser comisario si Marcos dimitiese, lo trasladaran o tuviera algún accidente o enfermedad en el futuro. Esperemos que no sea así... Pero deja de decir tonterías y háblame del caso. ¿Ya te he comentado que los forenses del FBI siempre van al grano y no comentan nada personal ni se ponen tan quisquillosos?

—Eso, vuelve a refregarme tu éxito al otro lado del Atlántico. Un día de estos me prejubilo y a ver qué hacéis sin mí aquí.

—Se comenta por la comisaría y por la fiscalía que Ramón está haciendo progresos y podría dirigir pronto esta sección del hospital.

—Joder, qué asco te estoy cogiendo... En fin. —Lanzó un hondo suspiro, que Cristina devolvió con una carcajada—. Pues te digo que la autopsia es un protocolo interno. Si un anciano de más de noventa años y aquejado de varias enfermedades aparece muerto en su casa, se

presupone muerte natural y no se investiga, pero cuando sucede en el hospital y el motivo del ingreso es una enfermedad que no necesariamente conlleva la muerte... ya sabes. No imaginas la sorpresa al analizar la sangre, los ancianos presentaban una cantidad de metadona en el cuerpo suficiente para matar a un elefante.

—¿Qué significa eso?

—Pues que no se trata de ningún médico, ni de nadie que conozca el fármaco.

—¿Un enfermero?

—O cualquiera con acceso al medicamento. Un médico o un conocido de la materia hubiera usado una dosis muy inferior para lograr su objetivo.

—¿Alguna cosa que relacione a las víctimas? Me refiero a enfermedad común.

—Nada, simplemente eran ancianos con un pie en la tumba. Todos presentaban enfermedades y achaques que no les daría muchos años, quizá meses, de vida.

—Está bien, es lo que suponía.

—¿Tienes ya alguna idea para seguir?

—No, solo el móvil. Creo que el homicida quita a ancianos de en medio. Sin más. Tal vez piense que son un estorbo, como dijiste tú, Víctor. Tenemos a un buen patriota que cree estar saneando, nunca mejor dicho, las arcas públicas asesinando a ancianos para que no sean una carga para la Seguridad Social.

Tanto Maite como Víctor la observaron en silencio.

Quedaban cinco minutos para las dos de la tarde y se moría de hambre, era su turno para almorzar y tenía una fiambarrera esperando con minimacarrones aderezados con salsa al pesto verde, aceitunas negras y huevo cocido picado. Se le hacía la boca agua con solo pensarlo. Sacaría una lata de Coca-Cola bien fría de la máquina y, tras devorar la comida, tomaría un café para soportar las horas que restaban de su jornada.

Nueve, nada menos que nueve ancianos habían entrado en el hospital ese día, el registro ofrecía todos los datos sobre los mismos, la mayoría con un pie en la tumba. ¡Joder! Deberían quedarse en casa y acoger la muerte como la última aventura que era, la última que les quedaba para mostrar algo de dignidad. Dos de ellos habían pasado los noventa. ¿Cómo podía el ser humano ser tan egoísta como para pensar en vivir eternamente? ¿Y qué sentido tenía vivir en esas condiciones, con enfermedades y achaques que impedían llevar una existencia digna? Veía cómo algunos ni eran capaces de controlar los esfínteres y requerían pañales, que enfermeras los lavasen como a bebés, que les dieran comida en forma de papilla. En fin...

El hospital estaba al noventa y dos por ciento de capacidad, a punto de no poder acoger a más gente en sus habitaciones, gente joven que necesitaría atención, no esos viejos arrugados que exigían derechos adquiridos el siglo pasado. ¡Cómo se aferraban a la vida, los muy egoístas! Y cuanto más mayores, más deseaban perdurar.

«¿Me ocurrirá igual cuando yo llegue a esa edad?», se preguntaba en esos momentos, en los que casi había desaparecido el hambre. «Espero que no, no quiero vivir hasta ser una carga para la sociedad y un freno para la vida de los que realmente necesitan atención. Como te pasó a ti, cariño».

Archivó unos informes que tenía sobre la mesa, a la izquierda del monitor del ordenador, y actualizó la bandeja de entrada del correo electrónico. Nada. Tampoco quedaba gente por atender, así que tomó la fiambarrera, sacó la lata de refresco de la máquina y se marchó a la sala en la que comía el personal del hospital, allí se cruzó con multitud de compañeros, a los que saludó y con

los que entabló conversación mientras devoraba el plato de pasta fría. No se olvidó del café; acompañó a la doctora Sara Marín hasta la sala de espera donde se ubicaban las máquinas de café, infusiones, *snacks* y resto de comida basura para los familiares de los internos. La cafetería del centro tenía precios prohibitivos por la misma mierda de productos. Una decisión estratégica que provocaba buenos beneficios.

Y entonces fue al grano:

—¿Qué te han preguntado?

—No mucho, la verdad, pensaba que me harían un interrogatorio en plan «eres la asesina y vamos a por ti», pero se han limitado a pedirme informes y datos como el número de habitación.

—¿El número de habitación? ¿Eso es importante?

—Supongo que sí, porque se han mostrado muy contrariados al saber que se había borrado del informe y se han marchado a toda prisa.

—¿Borrado? ¿Cómo es posible? —Trató de fingir asombro.

—Pues no sé, chica, supongo que algún gracioso entró en el sistema y lo borró.

—¡Vaya! Así que la habitación es importante. Qué raro.

—Ya te digo, no veo yo a esa chica joven y con el pelo oxigenado resolviendo el caso. Entre tú y yo, esa inspectora ha ascendido de un modo más rápido que con el mérito...

—Me lo imagino —sonrió ante el comentario.

Perfecto. Aún podría seguir sin problemas con su tarea, con su misión, con su venganza. Y solo quedaba uno, una pieza más para lograr el objetivo fijado un año y medio atrás, justo cuando su vida terminó y se convirtió en un cadáver que vestía un traje de ser vivo normal cada día. Nadie la frenaría, menos aún una niñata con placa y un imbécil con pinta de noruego perdido por Benidorm.

Esta misma noche haría la planificación de sus próximos pasos, ya que acababa de ser ingresado el quinto de los desechos sociales que habían arruinado su vida. Le quedaba suficiente metadona para tres o cuatro viejos, no sería necesario robar más, salvo que, tras el quinto y último, decidiese hacer una escabechina y ahorrar al hospital y al estado más gastos y trabajo de los que esos viejos merecían.

Una ensalada mixta, de primero, y un filete de pavo a la brasa con arroz, de segundo, compusieron su menú. Víctor Garza se pidió el mismo. ¡Qué rabia sentía al ver que su compañero seguía teniendo esos detalles de sumisión y falta de amor propio! Seguro que habría disfrutado más de otros platos. Incluso se pedía un café tras la comida, en lugar del té que tomaba cuando acababa de llegar desde Madrid.

En fin, no había tiempo para ocuparlo con manías o discusiones absurdas sobre la forma de comportarse cada uno... o sí.

—Víctor.

—Dime.

—¿Qué te trajo realmente a Huelva? O, mejor dicho, ¿qué te hizo querer irte lo más lejos posible? No me digas lo del clima. Aquí, tan lejos de tus orígenes y de tu familia, no puedes sentirte mejor que en casa. ¿Qué te alejó de allí?

Su compañero la observó de un modo que ella nunca antes había visto, intentaba mantener la compostura pero no lo lograba del todo, algo en su cara, quizás un destello en sus ojos, lo delataba. Pero la inspectora no dijo una palabra, tendría que ser él quien diera el siguiente paso.

Entonces surgió un susurro más leve que una brisa momentánea.

—Tú has debido de vivir, a pesar de ser tan joven, una cantidad de desgracias tremendas para llegar a semejante pensamiento. Te compadezco por ello.

Cristina no pudo impedir que se le abriese la boca de par en par, ni siquiera supo qué decir.

—Siento haberte dicho eso —añadió Víctor—, no imaginaba que te provocaría esa reacción. Por lo que veo, todos tenemos experiencias guardadas con llave en una parte tan íntima que parece soldada al esqueleto, algo que no podemos sacar para compartir con el resto sin desnudarnos de la forma más salvaje que se pueda imaginar.

—Olvidalo.

—No, no podría olvidar que te interesas por saberlo, pero quiero pensar que lo haces porque me vas considerando parte de tu vida, una parte tan importante como para querer conocerla al milímetro

—No lo dudes, Víctor. No sabes lo que pasé al pensar que podría perderte en el caso anterior.

—No fue así. Alegrémonos y sigamos con nuestras vidas.

—Recuerda que navegan en la misma barca.

—¿La divina comedia?

—Yo me pido a Virgilio.

Víctor sonrió y Cristina lo interpretó como otro paso más en la cremallera que cerraba sus vidas en un único camino. Un camino que ella esperaba infinito, sin terminar tras un cuchillo que cortase el cuello de quien no lo merecía.

El llanto brotó como hacía meses que no lo hacía, justo desde su estancia en Estados Unidos para el curso del FBI. Un llanto destinado a un amor que era leyenda hoy. Un cuello cortado que cambió los destinos de más personas de las que imaginaría el protagonista entonces. Desde lejos aún observaba el mar de sensaciones que partían una y otra vez desde aquel momento en que el cielo se hizo infierno.

—¿Qué te pasa? —preguntó Víctor con sincera preocupación.

—Nada, recuerdos que no logro encerrar en el armario de la memoria.

—Veo que los dos tenemos una capa de pasado por tapar para seguir adelante.

—Sí, los dos. Mejor dejamos la conversación para otro momento.

—Este restaurante no tiene las vistas del anterior. —Cambió de conversación Víctor—. No se puede tener todo siempre.

—Mandala.

—¿Cómo dices?

—Mandala, es un bar de copas que está en el Conquero, en la zona más alta de la ciudad.

—Creo que he oído hablar de él.

—Tienes las mejores vistas de la ciudad desde allí, sobre todo al atardecer. La ría se ve increíble.

—Gracias.

Cristina no respondió, invitó a la comida dejando dos billetes sobre la mesa y partió hacia el coche. Víctor no sabía por qué tenía la sensación de haber contraído una deuda con ella, una de las que hay que saldar, y no se refería a la invitación del almuerzo ni a la recomendación del local en el que ver las puestas de sol.

Francisco ya pensaba que se habían olvidado de él. Toda la vida había visto en las películas que la policía iba a interrogar a los testigos en cuanto habían visto a los muertos o los crímenes en directo, pero llevaba todo el día esperando y nadie parecía querer hablar con él. Ya comenzaba a

pensar en conspiraciones raras y demás cuando oyó el timbre de la puerta y a su mujer abriéndola y dando las buenas tardes a los inspectores. El reloj en la pared, tras la mesa de comedor, indicaba las cuatro menos cinco. Debería estar durmiendo la siesta. Claro que, ¿quién podría dormir cuando había mirado a la muerte a los ojos? Bueno, no había sido para tanto, pero lo oyó en una película de acción de los noventa y quería decírselo a sí mismo antes de morir.

—Buenas tardes, agentes, ¿en qué puedo servirles? —Joder, cómo deseaba decir eso. La pareja de policías se parecía a las que había visto en las películas como un huevo a una castaña. Una preciosa y joven rubia, vestida con pantalones vaqueros ajustados y camiseta de *Star Wars*, ¿perdona? ¿En qué momento había tenido acceso a sus fantasías? El otro tipo, mejor no hablar de su aspecto y de la sensación que le produjo.

—Inspectora Cristina Collado, mi compañero es Víctor Garza y estamos al cargo de la investigación de...

—Sí, ya imagino. Vienen por lo del anciano que vi muerto. ¿No es así? Pasen y les sirvo un café.

—No lo hagas descafeinado, recuerda que no a todo el mundo le gusta como a ti —dijo al mujer que, tras acompañarlos al salón, aprovechó para volver a sentarse en la butaca desde la que estaba viendo la televisión.

—La que gruñe es mi esposa, Marisa, y tuteadnos, por favor, así no nos sentiremos tan mayores.

Los policías se sentaron en un pequeño pero acogedor salón, eso sí, con una enorme televisión LED, y dos minutos más tarde apareció Francisco con una bandeja; durante ese breve tiempo Cristina y la mujer conversaron sobre temas triviales. Víctor paseaba la mirada por la estancia, cualquiera diría que trataba de calcular el valor de cada cojín, marco de cuadro o jarrón. Nunca se mostraba visiblemente aburrido, en su lugar observaba con atención todo lo que lo rodease, aunque se encontrase en su propio despacho.

—Estas magdalenas las hace mi mujer, ya verán qué ricas están.

—Bueno, son de hace cinco días, ahora no están tan esponjosas —intervino ella con algo de vergüenza.

—Por favor, os agradecemos la hospitalidad, pero tenemos prisa y comprenderéis que hay que comenzar con las preguntas.

—Un señor de uniforme me hizo muchas preguntas ayer, justo tras lo que ocurrió... ya sabe.

—Sí, lo sabemos. Un agente te tomó declaración en el lugar de los hechos, tenemos el informe. Ahora haremos unas cuantas más.

—Por supuesto, preguntad lo que queráis.

Víctor, con el máximo sigilo posible, como un niño tratando de desobedecer a sus padres, se inclinó para tomar una magdalena y una taza de café, mostrándose igual de silencioso y recatado a la hora de devorarlos.

—¿Conocías a la víctima? —preguntó Cristina.

—No, ni por su cara ni por el nombre que me dijo el agente. No lo conocía de nada.

—¿Qué hacías en la habitación?

—Tras haber ido al baño, pregunté por la salida a la primera persona que encontré, una enfermera que salía de esa misma habitación, pero no me respondió y yo entré para ver si alguien podía ayudarme.

—¿Tocaste a la víctima?

—¡No, por Dios! Le pregunté desde la puerta, no respondió y pensé que estaba dormido, así que me fui en silencio.

—Pero luego regresaste.

—Sí, es que... había algo que no me cuadraba, no supe qué era hasta estar justo a su lado.

—¿De qué se trataba?

—Era como una estatua, no creo que nadie pudiera estar tan quieto por mucho que lo intentase.  
¡Oh, vaya!

—¿Sí?

—Sí que lo toqué, primero en el cuello y luego en las muñecas, quería ver si aún le latía el corazón.

—Debo confesarte que ya lo sabía —le dijo con un guiño cómplice de ojos—, aparece en el informe de la autopsia.

—¿Es algo muy grave? —preguntó Marisa algo asustada.

—Puedes estar tranquila, tu marido no irá a la cárcel por comprobar las constantes vitales de una persona. Pero no vuelvas a hacerlo, si tienes una duda, llama antes a los enfermeros.

—No lo olvidaré, te lo aseguro.

—Ahora quiero que hablemos de esa enfermera, dijiste en la declaración previa que no viste su cara y que tenía una complexión y altura normales.

—Eso es.

—Tras estas horas para asentar el recuerdo, ¿podrías especificar algo más? Si caminaba de una forma especial, una leve cojera, si llevaba zapatillas diferentes a las enfermeras del hospital, si pesaba cuarenta, cincuenta, sesenta kilos, si medía más que yo o menos... Puedes guiarte por la altura del pasillo en el que estabas. ¿Crees que podrías especificar algo más?

—Uf, voy a intentarlo.

—Sí, por favor, tienes todo el tiempo del mundo. Mientras tanto, probaré una de esas magdalenas con aspecto fabuloso.

La sonrisa de la inspectora iba destinada a tranquilizar a Francisco, a que comprendiese que lo veía como un amigo y no como sospechoso, que su información sería muy valiosa de cara a solucionar el caso.

—Tal vez fuese más bajita que usted, pero más alta que yo mismo, sí, podría medir en torno a metro sesenta y cinco o metro setenta.

—Yo mido metro setenta y siete —dijo la inspectora, poniéndose de pie. Francisco hizo lo propio y se alejó unos pasos para tratar de comparar el cuerpo de Cristina con el que retenía en la memoria de la enfermera.

—Ella no estaba tan delgada, a pesar de la bata, y mediría una cabeza menos que usted. Claro que sin un metro y una báscula...

—No se preocupe, esa aproximación nos ayuda. Digamos que medía metro sesenta y cinco o un poco más, y pesaría... entre cincuenta y sesenta kilos. ¿Nada más?

—No recuerdo que caminase de ninguna forma especial.

—¿Y el cabello?

—Lo llevaba recogido dentro de un gorro, pero parecía castaño, creo. No lo sé con seguridad.

—¿Descartaría a pelirrojas y las que tuvieran el pelo tan claro como el mío?

—Sí, eso sin duda.

—Supongo que estuvo en el hospital unas horas más tras el hallazgo del cuerpo, durante ese tiempo ¿vio a alguna enfermera que le recordase a la que estamos tratando de encontrar?

—Pues no, aunque tampoco pensé en ello, no me fijé. Estuve durante todo ese tiempo pensando que Marisa no me creería y pensaría que me había ido de copas con algunos viejos amigos.

—Menudo personaje serías en tus años mozos.

—Y todavía estoy en forma, moza.

—¡Francisco, no me avergüences! Este lo que es, es un canalla. Pero no voy a quejarme, no, siempre me gustaron los golfos y acabé dando con el peor.

—Bueno, tampoco discutáis ahora por eso. Lo cierto es que, si me permites la pregunta, Francisco, ¿no te fijaste en las piernas bajo la bata? ¿Tenía unos buenos tobillos delgados? Y el trasero ¿se marcaba respingón y prieto o lo tenía más bien perdido bajo la ropa?

—Bueno, en fin... no quiero parecer un viejo verde.

—En absoluto, Francisco, solo diga lo que le pareció. Es importante.

—Pues los tobillos los tenía bien finos, parecía tener unas piernas bonitas, al menos de rodilla para abajo. El trasero se movía bajo la bata, un poco sí que se movía.

—¿Por qué has preguntado eso último al testigo? —Víctor se mostraba extrañado mientras se montaban en el coche para dirigirse a la casa de la hija de la víctima.

—No solo quería una altura y peso aproximados, también una edad. Una señora de cincuenta o más años no suele tener ya las piernas esculturales o un buen culo prieto, salvo que sea una antigua actriz o modelo, de esas que invierten horas diarias en el gimnasio. Así que podemos acotar la edad de nuestra principal sospechosa, yo diría que de veintidós a cuarenta.

—¿Veintidós? ¿Por qué no menos o más años?

—Entras en la carrera de enfermería con dieciocho, tres años de estudios y otro de oposiciones. Lo más joven que hay en un hospital tiene esa edad.

—¿Cómo sabes que es enfermera y no alguien disfrazado?

—No lo sé con seguridad, pero una enfermera tiene acceso también al registro informático para borrar el número de la habitación de cada víctima.

**R**echazaron el café que les ofreció Inés Medina, la hija del cuarto fallecido. Vivía en el 3.º—A de un edificio de ocho plantas en la avenida Italia, una vivienda de más de ciento cincuenta metros cuadrados con suelos de madera que habían sido acuchillados no menos de una docena de veces. Dentro encontraron muebles que costaron una fortuna hace treinta años y modales algo más desfasados aún. La inspectora hizo la presentación y comenzaron con las preguntas lo antes posible.

—¿Ha tenido su padre alguna discusión con alguien en los últimos años?

—¿Mi padre? ¿Bromea?

—No, no se nos permiten las bromas en este trabajo. Solo quiero descartar posibilidades.

Inés Medina tenía sesenta y cuatro años, jamás se identificaría como ama de casa —mejor señora o ama de la casa— y su tono agudo llegaba a ser tan molesto como las miradas que lanzaba a los policías, a su ropa, a su forma de caminar, de hablar... Nadie diría que había perdido de forma trágica a su padre un día antes, ya que llevaba un vestido vaporoso de color malva y un peinado impecable, con tinte rubio y permanente de más de cien euros. Si no fuera porque era más bajita, ancha y de más edad que la enfermera de la descripción del testigo, Cristina le hubiera asignado el título honorífico de principal sospechosa.

—¿Qué pregunta es esa? Pues claro que no, no tenía enemigos ni nadie que deseara su muerte.

—¿Sabe si discutió con algún médico o enfermero del hospital? Nos consta que fue por varios motivos en los últimos meses.

—Era un hombre muy mayor, es lógico que visitase el hospital a menudo, para eso pagaba una gran suma a un seguro privado.

—Pero no me ha respondido, ¿le contó su padre que tuviese alguna discusión o encontronazo con algún miembro del personal sanitario?

—No, siempre lo trataron con el respeto que merecía. Estaría bien que todos los funcionarios lo tuvieran en el desempeño de sus tareas.

Cristina hizo caso omiso al dardo envenenado de la mujer y prosiguió con las preguntas de rutina. Tenía a mucha gente por entrevistar y no podía perder el tiempo, menos aún en discusiones con quien parecía más interesada en entorpecer su labor que en cooperar.

—Tiene usted una casa preciosa —intervino Víctor ante la mirada atónita de la inspectora—, ¿es heredada de su padre? Mantener una casa así debe de costar lo suyo, sobre todo para poder conservar los muebles en perfecto estado durante tantos años como uno desearía. Bueno, ahora que cobrará una buena herencia, seguro que eso dejará de ser un problema.

Sonreía al hablar, como un cándido niño. Inés Medina lo observaba con la boca abierta.

—Oiga, no pensará que...

—Es una pena que aquí, en Andalucía, se pague tanto de impuesto de sucesiones. Yo soy de Madrid y allí es del cinco por ciento, aquí es del treinta y cinco, ¿no es así?

—Sí, eso he oído —murmuró la mujer.

—Hacienda es implacable con los impagos y con las cesiones en vida, un fraude en toda regla. A mí, personalmente, me parece una barbaridad eso de cobrar porque un padre legue a sus hijos lo que ha ahorrado durante una vida pagando impuestos. ¿No le parece?

—Sin duda, claro.

—Pues eso digo. Tranquilícese, esto no es más que una conversación distendida; en el fondo, nosotros solo hemos venido a resolver el asesinato de su difunto padre. Supongo que estará indignada y querrá que se solucione lo antes posible, aportando toda la ayuda que esté en su mano.

—Yo... por supuesto...

—Bien, ¿podría decirnos quién ganaría con la muerte de su padre? No solo por la herencia, también por negocios o lo que se le pueda ocurrir.

—Este país cada vez me sorprende más.

Víctor oyó el comentario de Cristina, acababan de subir al coche para volver a la comisaría.

—¿A qué viene eso?

—A las personas que te encuentras cada día, a quienes, en lugar de ayudar a la policía a resolver casos, a encontrar a los asesinos de sus seres queridos, prefieren mostrarse cerrados, huidizos, incluso enfadados. Pensaba que estábamos evolucionando, pero ahora comprendo que hay un sector, y es peligrosamente numeroso y creciente, que camina hacia atrás. Y lo peor de todo, con una venda en los ojos y siguiendo los consejos de quienes solo quieren ver arder el mundo, a cambio de veinte monedas de plata, claro.

—No te imaginaba filosofando sobre política.

—Pues antes no me interesaba lo más mínimo, pero desde que nació Eva pienso cada vez más en el mundo que dejaremos para nuestros hijos, no paro de preocuparme con lo que me rodea. Tengo la sensación de que se va a ir todo a la mierda de un año para el siguiente.

—Bueno, solo ha sido una vieja clasista que se mostraba reacia a ser entrevistada, nos tocarán personas peores en los próximos casos. Si yo te contase lo que te encuentras en narcóticos cuando haces interrogatorios...

Víctor desvió la mirada hacia el final de la calle, aún era muy temprano para el atardecer, pero ya se perfilaba algún destello anaranjado en el horizonte.

—Creo que necesitamos una copa, no hemos tomado una desde que fuimos con el comisario y los agentes de apoyo tras terminar el último caso. Bueno, yo no pude tomarla, estaba aún con medicación.

—Suena bien, podríamos ir esta tarde-noche tras la reunión.

—¡Perfecto! Copas entre compañeros, pero solo una, que mañana madrugamos.

—Claro. —Cristina sonrió mientras se concentraba en el tráfico de la avenida.

—He pensado que podíamos ir al bar o terraza que me recomendaste. Al Mandala.

—¿Cómo dices?

—Sí, quiero comprobar si las vistas son tan espectaculares como asegurabas.

—Quizás en otro momento. Olvidé que mi madre hoy tenía unos compromisos y tengo que estar con mi hija temprano. Seguro que David Sobrá está encantado de enseñarte el lugar —mintió Cristina, ya que ese día era su suegra la que cuidaba a la pequeña.

—He oído cómo decías eso mismo a David y a Nuria Carvallo cuando te han pedido ir al mismo lugar. ¿Qué te pasa con ese sitio para que siempre evites ir?

—¿Qué? No me pasa nada, solo que no dispongo de tiempo...

—Nos enseñan a detectar esos pequeños, casi imperceptibles, cambios en la respiración de los interrogados, su mirada, los gestos de las manos, el temblor del labio. Ya sabes de qué te hablo.

—No, no lo sé, ¿qué coño tiene eso que ver ahora con nuestra conversación?

—Vaya, no imaginé que te pondrías así. Tú me preguntas por mi vida anterior y pensé que eso me daba pie a preguntarte...

—Y lo hace, tienes todo el derecho, igual que yo no debería haber reaccionado de esta forma. Disculpa, pero aún es pronto para hablar de ello, es algo que llevo dentro, un cadáver en el armario, como se suele decir.

—Todos llevamos uno, o varios.

—Lo sé, pero solo se lo he contado a una persona, ni siquiera al comisario, ni a mi pareja, cuando este aún vivía. Era mi máximo secreto y confié en revelarlo a quien... Digamos que no tuve ojo policial en aquel momento.

—Lo que sea que te ocurrió, ¿fue en Mandala?

—No, pero las vistas que hay desde esa terraza, por muy bellas que sean, no dejan de mostrarme el lugar en el que ocurrió algo muy desagradable.

El comisario charlaba animadamente con Nuria Carvallo y la recepcionista, Irene Macías, en la cocina y centro de reuniones principal. Cinco minutos antes habían aparecido por la puerta Cristina Collado y Víctor Garza, así que la reunión para tratar los avances sobre el caso daría comienzo en breve.

—Cristina parecía enfadada, vaya cara portaba al entrar —dijo Irene.

—Dirigir los casos no le está sentando nada bien. Parece ansiosa por resolverlos lo antes posible —apuntó Nuria.

Marcos permanecía en silencio ante la conversación.

—Tal vez se está volcando en el trabajo de un modo tan obsesivo que deja toda su vida personal al margen.

—Ni se te ocurra decirle eso, te mataría, Irene.

—Es cierto, creo que todo le ocurrió demasiado deprisa, la llegada de la niña, la muerte de Fran y la pesadilla de Estados Unidos. Demasiado para un cerebro sano. Algo se ha desconectado en ella, algo relacionado con su vida, y ahora todo es trabajo y una obsesión enfermiza por terminar los casos en tiempo récord.

—Solo se está volcando en lo que considera que le ha quedado.

—Pero tiene una hija que cuidar, cuyos primeros años se va a perder si no desconecta.

—Chicas —intervino Marcos Navarro—, ¿habláis de Cristina o de mí?

—Pues te podríamos decir lo mismo, hace prácticamente dos días que has tenido a tu hija y aquí estás a esta hora de la tarde. Lárgate a casa o Laura te pondrá la maleta en la puerta. —Irene se sentía con la confianza y fuerza necesarias para decir lo que sentía a quien llegó como inspector asustadizo desde Sevilla y ahora era el cargo superior en el edificio.

—Oído cocina... Y ahora, a callar, Cristina y Víctor están a punto de entrar.

Las dos mujeres obedecieron al comisario.

—Tenemos cuatro crímenes con un patrón muy claro, alguien suministra una altísima dosis de metadona a ancianos mayores de noventa años y con un cuadro clínico de muchas visitas al hospital en los últimos meses o años. Inyecta la dosis directamente en el gotero de suero o medicamento que tiene la víctima en su habitación. Nadie ve ni oye nada. Y lo único que hemos podido sacar en claro es la altura, peso y edad aproximados de la enfermera que el único testigo ha visto; claro que podrían ser datos erróneos. Hemos preguntado y no es sencillo tener acceso a un medicamento como la metadona, que se somete a una alta vigilancia de seguridad para evitar robos de toxicómanos. Las declaraciones de familiares de las víctimas no arrojan nada nuevo ni esclarecedor. Dudo que los ancianos tuvieran un motivo para que alguien los quisiera asesinar. La mayoría estaba ya con un pie en la tumba, con enfermedades no fáciles de superar a esas edades.

—¿Hablas de un homicida en serie?

—Esa es la opción más lógica —respondió Cristina a su comisario—, la otra que me planteo es que haya un asesinato por motivos económicos, venganza o lo que sea, y se hayan cometido otros tres para usar de señuelo, para desviar nuestra atención durante la investigación.

—Cuatro crímenes que parecen obra de un lunático, cuando, en realidad, tenemos uno solo con un móvil y otros tres para despistar a la policía.

—Eso es. Si se trata de alguien con acceso al hospital y al lugar donde se guarda el fármaco, alguien que conoce los horarios para efectuar los crímenes sin ser sorprendido... Ya me entiendes. Lo apuesto todo por un empleado. Solo alguien de dentro podría borrar el número de la habitación en la que estaba cada paciente cuando murió, además de robar el fármaco. Contamos con un crimen reciente, el cuarto, y tenemos el número de la habitación porque lo recuerdan los enfermeros y médicos, de los tres anteriores no tenemos el dato.

—¿Y de qué nos sirve el número de habitación? —preguntó Irene.

—Pues, por ejemplo —destacó Víctor—, para que sepamos qué enfermeros trataron a ese paciente y así saquemos un patrón que nos lleve al empleado que coincide con todos los asesinatos.

Marcos y Cristina asintieron ante el razonamiento.

—Bien, no descartaremos esa opción. Por lo pronto... Nuria, ya tienes tarea, busca deudas de los ancianos o sus hijos, antiguas rencillas con vecinos, socios o rivales. Cualquier cosa que pueda justificar el asesinato de quien ya tiene un pie en la tumba, en lugar de esperar a que el tiempo lo haga por él. También haz un listado de todas las personas que tienen acceso a la

metadona en ese hospital. Descartaremos a los hombres y a las mujeres de más de cuarenta y cinco años, por el momento.

—Me pongo en el acto, aunque advierto que esa segunda tarea llevará tiempo, el hospital debe de tener miles de empleados entre todos los turnos; y la homicida, en caso de ser esa enfermera, podría estar actuando en otro turno para despistar.

—Ya me imagino que será difícil, por eso te lo he encargado a ti, si ves que te desbordas, pide ayuda a un compañero. Y bien, Cristina, mañana a la misma hora quiero un avance claro en este caso, ¿entendido? —La aludida asintió en silencio—. Y ahora todo el mundo a trabajar, a marcharse a casa o lo que os dé la gana.

—Espera, quiero hablar contigo —le dijo la inspectora, y todos se marcharon de la cocina en silencio para dejarlos a solas.

—¿Qué te pasa? Cuéntame.

—No quiero implicarme como en el caso anterior, así que me iré a casa temprano estos días, estaré con mi hija por las tardes y trataré de desconectar. Solo quería que lo supieras.

—Eso me vendrá bien, así me das un ejemplo a seguir.

—Por las noches y tras la cena, si puedo y no tengo sueño, adelantaré con la información que Nuria vaya enviándome por correo electrónico.

—No tienes por qué trabajar fuera del horario.

—Lo sé, pero veo que la montaña de casos por resolver no para de crecer y todos debemos hacer un esfuerzo.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—¿Qué piensas sobre el caso?

Marcos la miró extrañado.

—¿Yo? Bueno, no he hablado con médicos y familiares como vosotros, pero mi instinto me lleva a la misma conclusión de Víctor, que podría ser un empleado al que se le hubiera fundido un fusible, o dos.

—Yo también lo pienso, pero allí, entre médicos, enfermeros, personal de seguridad, y no descartemos que el homicida sea de fuera, que incluso traiga la metadona comprada en el mercado negro o robada de alguna clínica de rehabilitación de toxicómanos. El caso es que son miles de personas y será como buscar una aguja en un pajar. Solo tenemos un testigo y vio a una enfermera de espaldas a muchos metros de distancia. Eso es como decir que no tenemos nada.

—Hay que encontrar el móvil, pero no será sencillo.

—Pensar que alguien quiere quitar de en medio a ancianos porque supongan un estorbo es pura maldad. Me niego a pensarlo. Creo que tenemos un caso de asesinato encubierto, alguno de los ancianos tenía un enemigo y quiero seguir en esa línea.

—No siempre lo que nos gustaría que fuese es lo que acaba siendo.

—Lo sé, pero me niego a pensar que existe tanto mal en el mundo.

Marcos sonrió, le dio una palmada en el hombro y la dejó a solas con sus pensamientos. A pesar de lo buena que era Cristina en su trabajo, el idealismo y los buenos deseos no solían aportar nada. El comisario ya lo sabía, ella aún tenía que comprenderlo.

Llegó antes de las nueve, no era tan temprano como había imaginado, pero aprovecharía el tiempo. Se despidió de su suegra y jugó veinte minutos con la niña antes de que se durmiese sobre el sofá, ya le había dado la cena su abuela. Se prometió, y también lo hizo a la pequeña Evita, que el día siguiente llegaría a tiempo para hacerlo ella. Fue a la cocina y se preparó una ensalada para

comerla sin prisas en el salón.

Quizás las noticias logaran distraerla. En absoluto.

Entonces pensó en el caso.

Nuria conocía sus hábitos y ya le había enviado una breve relación de los entornos de las dos primeras víctimas. Todo lo relacionado con Mauricio Segura, Diego Iglesias y sus familiares más directos. La oficial de enlace había subrayado los puntos más importantes, pero no parecían suponer motivo para asesinar, menos aún a quien estaba con un pie en la tumba.

Mauricio Segura había sido jefe de sección en Fertiberia, una fábrica de fosfoyesos en el polígono químico a las afueras de la ciudad. No tendría mal sueldo para haber muerto con cuatro inmuebles a su nombre. Su hijo, de mismo nombre, no se hablaba con él desde hacía cinco años, no se conocía el motivo, pero no se encontraba en situación económica angustiosa como para querer heredar de forma urgente.

Diego Iglesias fue albañil durante cincuenta años, él mismo construyó la casa de campo que tenía en el pueblo de San Juan del Puerto, cerca de la capital. No tenía problemas económicos, ni se llevaba mal con sus hijos y nietos, tampoco tenía deudas ni denuncias de nadie, como el anterior fallecido.

«Quizá haya más suerte con los dos siguientes mañana», pensó Cristina. Miró el reloj en la esquina de la pantalla del ordenador portátil, casi las once y cuarto. Nuria ya se habría marchado a casa. Era el turno de dormir.

Llevó el plato y el vaso a la cocina y los enjuagó en el fregadero antes de meterlos en el lavavajillas, regresó al salón y tomó a la niña en brazos con cuidado; a pesar de eso, Evita protestó con unos gemidos. La colocó en mitad de la cama y ella se marchó al baño. Tras el parpadeo de la luz sobre el espejo del lavabo, su reflejo la observó de forma cruel.

—¿Qué coño quieres? Ya sé que no tengo vida. Tampoco hace falta que me mires así —espetó de mala gana, abrió el grifo y salpicó de agua varias veces el espejo con sus manos—. No pienso volver a ser la que era, aquella murió, lo hizo cuando Fran me dejó sola con la niña, cuando todo salió mal, cuando este trabajo mostró la parte más negativa, cuando no tuve una nueva oportunidad ni yéndome al otro extremo del mundo, a aquel infierno blanco que debió acabar conmigo. No, joder... eso nunca, nunca podría dejar sola a Evita, es lo único que me queda de él, lo único realmente mío, nuestro, lo único que merece la pena.

Se sentó en la taza del váter y rompió a llorar con las manos apretadas contra la boca para no hacer ruido.

«Vaya mierda de vida me ha quedado, una zombi buscando delincuentes, todo el día alejada de mi niña y sin pensamiento alguno por cambiar la situación».

Llevaba tiempo sin entrenar, ni pesas ni *kick boxing*, tal vez desfogarse ayudara a reducir la tensión.

¿Un polvo? Casi no recordaba el último, un año atrás o casi... No, no lo necesitaba, ya se había acostumbrado a vivir sin sexo.

Al cabo de unos minutos se lavó la cara y regresó al dormitorio, abrazó a su hija y se quedó dormida casi en el acto, no apagó la luz de la mesita hasta las cuatro de la madrugada, que se despertó al sentir que la pequeña daba un respingo en sueños.

El reloj marcaba las cuatro de la madrugada cuando llegó a casa, se sentía molida. Menudo turno de trabajo. La sección de urgencias había acogido más pacientes que nunca y tuvieron que olvidarse de las pausas para descansar o tomar un café, incluso le dolían pies y manos por tanto

ajetreo.

Claro que eso no evitó que, al terminar la jornada y una vez cambiada de ropa, se pusiera la bata blanca sobre la misma y, tras un paseo nocturno por los desiertos pasillos, acabase con la vida de aquel vejstorio malhumorado y quejica. No volvería a pulsar el botón de llamada nunca más. Un estorbo menos.

Se preparaba algo de comer en la cocina cuando una sonrisa brotó en sus labios. Solía deprimirse al llegar a casa y recordar que estaba sola, que nadie la esperaba ni, probablemente, lo haría nunca. Pero esa noche no; a pesar del cansancio, la soledad, el hambre y el dolor de cabeza y pies, el momento en que irrumpió en la habitación lo eclipsó todo entonces y llegó ahora fresco a su memoria. Sacó la jeringa, que ya tenía preparada con una dosis mortal de metadona, luego la clavó en el dispensador del gotero y, ¡oh, sí!, vino lo mejor.

«Hija de puta, ¿qué haces?», preguntó Alberto Suárez con su asquerosa voz, daban escalofríos solo con escucharlo.

Cuando ella le contó entre susurros lo que estaba haciendo, él se puso como loco, insultando, pataleando... «Ya no pareces tan cansado, ¿verdad, hijo de puta? ¿Por qué no llamas a la enfermera?». Pero era tarde para él, el pulsador estaba lejos de su alcance; era lo primero que ella hacía al llegar a las habitaciones, por si alguna de sus víctimas despertaba y tenía la intención de dar problemas.

El efecto fue inmediato, la droga entró en su torrente sanguíneo, el viejo se quedó dormido y todo volvió a la tranquilidad. Sus gritos no los habría oído nadie al tener la puerta cerrada y él la voz casi consumida por el cáncer de pulmón y la quimioterapia.

Volvió a colocar el pulsador en su sitio, se aseguró de no dejarse nada dentro de la habitación, ni de haber recibido ningún rasguño durante el breve forcejeo, y se marchó tranquilamente a casa.

Todo había terminado, ya se había completado su misión, su venganza. Ya estaba en paz consigo misma.

«No, debería haber acabado con dos, o con una docena, aunque creo que no me queda tanto medicamento. Quizá con la mitad tenga más que de sobra, después de todo, no son más que viejos en las últimas. Esta noche les he ahorrado trabajo y sofocos a mis compañeras. Joder qué alivio saber que ese carcamal no volverá a pasar toda la noche molestando. Pero ¿qué digo? Matar a más viejos, no, ya se terminó todo. El resto no te han hecho nada. ¿No? ¿O tal vez sí? ¿Y si las circunstancias hubieran sido diferentes? ¿Y si hubiera coincidido con otros cinco ancianos aquel día, o con veinte? Son una lacra para la sociedad y para el funcionamiento eficaz de la sanidad».

Sobre la mesa del salón tenía los dos botes que le quedaban de metadona, había gastado otros cinco en sus víctimas. Quizá no fuese necesario un bote entero por paciente, pero no podía preguntar abiertamente a algún compañero médico sin despertar incómodas sospechas. En los próximos días estaría atenta a los movimientos de Paco, el encargado de vigilar las neveras de productos peligrosos o con riesgo de robo, sobre todo en el cambio de turno de noche, que es cuando solía irse unos minutos antes de que llegase Eduardo. Con dos minutos le bastaría para llevarse otros tantos botes, la llave del armario de medicamentos siempre permanecía en el segundo cajón de la mesita, dentro de una caja de fósforos vacía.

¿Pero no se había dicho a sí misma que no? Ya había cumplido con su venganza, la misión estaba cumplida.

O no...

Tal vez empezase a suministrar dosis de dos en dos cada noche de *cacería*, no creía posible hacerlo con tres, lo mejor era no tentar a la suerte, demasiados posibles testigos que la reconocerían. Y bastante trabajo tendría con la investigación previa, todos debían contar con más

de noventa años, tener enfermedades de las que no se escapa uno con facilidad y comportarse como un grano en el culo. Sí, le llevaría varios días elegir a uno solo, así que se tomaría con calma el proceso para no cometer un error grave. Además, tenía que entrar en las habitaciones cuando los viejos estuvieran dormidos y sin familiares a su lado, cosa complicada porque solían tener hijos de sesenta o más años y estaban jubilados, con todo el tiempo del mundo para estar con sus padres en sus últimos días.

Tras acabar con el pequeño bocadillo de pavo y un yogur natural, al que había añadido muesli, se marchó al cuarto de baño, se duchó y entró en la cama a las cinco menos veinte. Al día siguiente tendría agujetas, lo sentía.

Volvió a reírse al recordar la cara del viejo, seguro que no imaginaba ni de lejos que le ocurriría algo así en mitad de la noche...

Entonces llegó el recuerdo de su pequeña, como cada noche, y rompió a llorar sin consuelo. «Ya está hecho, mi amor, ya estamos en paz. Ya se ha hecho justicia».

14 de mayo

Miró el reloj en la pared, era la hora de llevar el desayuno, como cada día de la semana a las nueve menos cuarto. Disponía de quince minutos para organizar las bandejas de cada paciente y así poder empezar a la hora en punto por la primera habitación del largo pasillo. Aurora García, enfermera en aquel hospital desde hacía veintiocho años, ahí es nada, comenzó a meter las bandejas en el carrito una vez puso una etiqueta con el nombre del paciente y número de habitación a cada una.

La mayoría de los enfermos solían estar dormidos cuando ella entraba, como siempre, de forma brusca pero en silencio. Subía las persianas y dejaba la bandeja sobre la mesa plegable de la mesita, al lado de la cama para que accedieran a la comida sin problema, todo en el tiempo que dedicaba un «buenos días, aquí traigo un desayuno de campeones, no tardes en comerlo o se enfriará» y desaparecía para seguir con la siguiente habitación. Usaba el volumen justo para no sobresaltarlos pero lograr despertarlos del todo. Y no solía tardar ni veinte minutos en agotar el carrito, que nunca bajaba de las cuarenta bandejas. Luego lo volvía a llenar con otras tantas bandejas para seguir con el pasillo contiguo.

Llevaba más de diez desayunos servidos en el segundo pasillo cuando se encontró con un perezoso. Solía ocurrir con ancianos muy mayores, entraban en un sueño profundo, quizá propiciado por haber estado viendo la televisión hasta altas horas de la madrugada, cosa que compensaban luego con una siesta de tres a seis de la tarde. Tras espetarle varias veces su frase estrella: «vamos, perezoso, que no se diga que los niños están todos levantados ya y a ti se te pegan las sábanas», pensó que ya había hecho más de su trabajo. Salió, cerrando la puerta a su espalda, y se dirigió a la siguiente habitación. Aún no había abierto la puerta cuando comprendió que algo iba mal.

«¿Ese era Alberto Suárez? ¿Alberto el Rancio? Sí, lleva dos días en la habitación por una recaída de su cáncer. Lo recuerdo de las veces anteriores que le he llevado el desayuno y luego la comida. ¿No me ha gritado ni insultado? ¿Ni siquiera un leve gruñido? Hay algo que no va bien».

Regresó a la habitación y se acercó muy decidida a la cama. La bolsa con la medicación estaba casi agotada en el gotero, pronto aparecería una compañera para cambiarla por otra llena, o lo que hubiera decidido su médico. El anciano parecía dormir, aunque la expresión de su rostro era extraña, como mostrando un odio que...

«No, eso es lo habitual en este viejo cascarrabias, seguro que está soñando con hacerle la vida imposible a vete a saber quién. El caso es que... no parece moverse, no parece respirar. ¡Joder!».

Le tomó el pulso en la muñeca, fría y dura, ya comenzado el *rigor mortis*. Pulsó el botón de emergencia para llamar a una compañera y la vista se le fue al depósito del canal de goteo, donde apreció, como ya imaginaba, un minúsculo orificio. Alguien había clavado una aguja con metadona durante la noche.

—Elena se va a enfadar, otro viejo muerto. Esto acabará muy mal para todos... —murmuró con angustia.

Ángela apareció por la puerta con cara de malos amigos.

—¿Qué te pasa esta vez, Alberto? Ya me extrañaba que estuvieras tardando tantas horas en llamarme, ¿qué te ocurre ahora? —La enfermera se quedó sorprendida al ver a su compañera Aurora al lado del paciente.

—He sido yo quien ha llamado, está muerto.

—¿Ha fallecido durante la noche? —Se acercó corriendo a comprobar por sí misma, como en un acto reflejo, las constantes vitales.

—No, creo que es otra víctima de quien esté asesinando a los ancianos.

—Elena se va a enfadar mucho.

—Eso mismo he pensado yo.

—Vamos a llamar al médico de guardia de la planta, tú sigue entregando los desayunos y ya me encargo yo de todo a partir de ahora, pero no te vayas muy lejos, Elena querrá hablar contigo.

Aurora salió por la puerta en silencio, algo preocupada por la muerte del anciano pero, sobre todo, por tener que aguantar los malos humos de la directora que llevaba ocho meses en el cargo. Desde que las aseguradoras privadas habían entrado en la gestión del hospital, habían nombrado a aquella mujer sin tacto, ganas ni experiencia para un cargo que parecía más apropiado para una empresa de publicidad que para un centro sanitario.

«Seguro que vuelve a gritarme, como cuando un paciente denunció al hospital por darle una comida de mierda. La privatización del servicio de comidas no es responsabilidad mía, como tampoco que le diesen una sopa de sobre y un yogur natural caducado a un paciente que resultó ser abogado. ¿Por qué tuve que pagar yo por aquello? ¿Es necesario que, después de tantos años haciendo mi trabajo con la mejor de las actitudes y profesionalidad, tenga que recibir una amonestación y los gritos de una lunática de treinta años? Qué asco de vida, en cuanto pueda prejubilarme...».

Elena Garmendia odiaba la humedad de la ciudad, hacía mucho menos frío en invierno que en su Segovia natal, pero no estaba acostumbrada a una humedad del noventa por ciento durante todo el año. El verano anterior casi no salió de casa, bajo el bendito aire acondicionado. Estar en la playa, aun dentro del chiringuito de turno o bañándose en el agua helada, no compensaba los momentos a cuarenta y cinco grados y una humedad que impedía respirar. Una suerte que le concedieran la jornada intensiva en el Hospital, tener que trabajar ocho horas al día en el tugurio de su despacho, cuando acababa de aterrizar desde la tercera mejor consultora del país, hubiera sido motivo de suicidio.

Elena no se creyó la oferta que habían puesto sobre su mesa, el doble de sueldo, alquiler del piso a cargo de la empresa y traslado a una ciudad con playa. ¡Qué bonito sonaba al decirlo así!

Dejó el coche en su plaza del aparcamiento, justo la más cercana a la puerta de acceso del personal. El termómetro del coche marcaba diecisiete grados y solo eran las nueve y media, otro día de sofocante y pegajoso calor, de esos que los onubenses llamaban día de terracitas. ¿Cómo podían estar en la calle tomando unas tapas con casi treinta grados a las doce del mediodía?

Todos esos pensamientos se marcharon en cuanto observó el despliegue policial y las caras de circunstancia que se dedicaban sus empleados al verla entrar. Aquellos vagos ya habían descuidado sus tareas y otro viejo había sido asesinado. ¡Puto trabajo de mierda! ¿Podría pedir el traslado a otro hospital? Lo de los asesinatos era lo que le faltaba a este “idílico” trabajo para ser perfecto, se dijo a sí misma con sorna. Suspiró e hizo un gesto afirmativo a Daniel, uno de los recepcionistas, y se dirigió a los agentes de uniforme que tomaban declaración a una enfermera.

—¿Puedo ayudarles en algo?

—¿Quién es usted?

—Es cierto, disculpen. Elena Garmendia, directora del centro. —Y extendió el brazo para darles la mano.

—Ya sabrá que se ha encontrado una quinta víctima, estamos tomando datos de los testigos y responsables del hospital para agilizar el trabajo hasta la llegada de los inspectores. ¿Ha estado durante la noche trabajando?

—Claro que no. —Se arrepintió del tono usado a la vez que espetaba esas tres palabras. Ni muerta trabajaría en un turno de noche o más allá de su horario, pero tampoco era necesario decirlo de esa forma, como si la pregunta le hubiese producido una quemadura.

—Entonces, seguiremos con los enfermeros y luego con la recepcionista del turno de noche, que hemos mandado llamar hace una hora.

—Bien, claro, yo estaré en mi despacho, por si necesitan preguntarme cualquier cosa. Buenos días.

Daniel abandonó su puesto de trabajo, a pesar de tener a una señora esperando para hacerle una consulta, en cuanto vio a la directora dedicarle una mirada asesina. Llegó a tiempo para entrar con ella en el ascensor.

—¿Se puede saber qué coño pasa en este hospital? ¿Cómo puede entrar un puto asesino cuando le da la gana y matar sin que nadie lo vea?

—Bueno... yo...

—¡Cállate, coño! ¿Qué hacéis cuando os toca el turno de noche? Seguro que dormir. Voy a despellejar a los vigilantes y a las enfermeras. ¿Aquí nadie piensa hacer su trabajo? Me da igual que la mayoría de vosotros seáis funcionarios, empezaré a despedir a inútiles esta misma semana, panda de vagos. Y ahora, lárgate, ve corriendo a decirles a tus compañeros lo que les va a pasar.

Elena salió del ascensor, dejando al recepcionista boquiabierto, y se dirigió a su despacho. Había olvidado sacar un café de la máquina de la entrada, pero no le apetecía lo más mínimo. Una copa, en cambio, sería más que bien recibida, aunque no fuesen ni las diez de la mañana aún. El trabajo acabaría con ella...

«Cómo me gustaría volver al coche y conducir sin parar en casa para recoger mis cosas, directamente a Segovia y tomarme un año sabático. Pronto llegará el verano y allí podría dormir arropada cada noche, tomar el fresco y unas cervezas con mis amigos por las tardes en la calle Escuderos, ir con mi sobrina Lourdes a la piscina del vecino Rafael, recibir las atenciones de mamá y no tener que depender del despertador ni de las rutinas de un trabajo de mierda como este. Cómo echo de menos las comidas de mamá...».

Encendió el ordenador tras dejarse caer en su sillón, se preguntaba cuánto tardarían en llegar los inspectores del día anterior, la chica guapa oxigenada y el tipo raro y callado.

«Mañana sin falta traigo una botella de Havana Club, eso hará más llevaderos los días por aquí».

Se había acostado a las doce de la noche analizando el caso, considerando que no era necesario madrugar como el día anterior, así que puso el despertador a las nueve, pero no tuvo tanta suerte como para poder dormir y recuperar todo el sueño atrasado en la semana anterior.

El móvil no estaba sobre la mesita. ¿Dónde lo había dejado la noche anterior? Claro, sobre el lavabo. Hacia allí se dirigió dando pasos con torpeza, aún no estaba despierta del todo, pero lo suficientemente lúcida como para saber que el estruendo haría despertar a su pequeña y esta

comenzaría a llorar si no se daba prisa.

—Ya voy, joder, ya voy.

Encendió la luz del cuarto de baño y cerró la puerta para amortiguar el sonido de la llamada y de la conversación posterior. Tomó el terminal justo cuando dejó de sonar. Se sentó en la taza del váter a la vez que entraba en el menú de llamadas perdidas. Se trataba de un número que no tenía grabado. Pulsó para devolver la llamada y esperó unos segundos.

—¿Sí?

—Me has llamado hace un minuto, soy Cristina Collado.

—Disculpe, inspectora, es cierto. Estamos en el hospital Juan Ramón Jiménez, hemos recibido el aviso por otro posible homicidio de un anciano. Me dijeron en la central que usted llevaba el caso.

—¡Joder! Voy para allá. Comenzad a tomar declaración a testigos, recepcionistas, médicos, enfermeros, a todo el que veáis. ¿Entendido? Buscad a alguien que pudiera haber visto algo y solicited las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Sí, inspectora.

—Estaré allí en media hora; quizás un poco más.

Primero llamó a su madre, para que fuese a cuidar de la niña; luego a su compañero, para pasar a recogerlo en veinte minutos; y por último envió un mensaje a Marcos Navarro, para que supiese que había un quinto homicidio antes de que le llegase la noticia por otra vía oficial.

«Cómo se está complicando el caso de las narices».

De repente, observó que seguía sentada en la taza de váter, cuando hacía un buen rato que había orinado y podría haber adelantado tiempo dándose una ducha y vistiéndose, o preparándose un desayuno. Ahora le tocaría correr.

Llegó al edificio donde vivía Víctor Garza dieciocho minutos después, el subinspector ya la esperaba. Durante el trayecto, Cristina le contó lo insoportable que se ponía su madre cuando la llamaba antes de tiempo, haciéndole el día más difícil por puro placer.

—Deberías llamar esos días a tu suegra, como escarmiento.

—Eso implicaría que mi madre jamás volviera a dirigirme la palabra. Además, nadie me asegura que mi suegra reaccionaría de un modo diferente. Prefiero una madre absorbente y metomentodo que una suegra con las mismas características. A mi madre, al fin y al cabo, puedo mandarla a hacer puñetas, es lo que tiene la confianza.

Víctor sonreía mientras ella aparcaba el coche lo más cerca posible de la entrada del hospital. Una vez dentro, preguntaron al recepcionista por la habitación en la que había sido atacada la quinta víctima; no hizo falta que los acompañase, estaba cerca y pudieron ver al fondo a uno de los agentes.

Pedro Bautista, el agente que custodiaba la puerta, se apartó para dejarles pasar a la vez que inclinaba la cabeza a modo de saludo. Dentro estaban Maite Redondo, examinando el cuerpo, y seis agentes de la científica escrutando cada milímetro de la estancia. Eso significaba que debían colocarse guantes de látex, fundas de tela alrededor de los zapatos y gorros como los de los demás que estaban en el reducido espacio.

—¿Qué tienes para mí?

Maite se giró bruscamente para encontrarse con la sonrisa burlona de Cristina.

—¡Joder, qué susto! ¿Cómo imitas tan bien la voz de Marcos Navarro?

—Un poco de práctica.

—Toma asiento, es una forma de hablar. Esta víctima tiene algo diferente a las demás. Observa su expresión, no ha muerto de forma placentera, dormido por el efecto de la metadona,

sino con...

—Cara de haber peleado, de indignación, de enfado.

—Eso es.

—Pues analiza sus manos al milímetro.

—¿Qué crees que estoy haciendo? He comenzado la tarea aquí mismo para tener algo para ti, sabía que llegarías con prisas.

—Cómo me conoces. ¿Tienes algo ya?

—Por ahora nada, no se observan escamas de piel, menos aún pelos o jirones producidos por un arañazo a su asesino.

—No pudo engancharlo mientras le inyectaba la droga.

—Eso parece, aunque insistiré durante un rato más y luego con el microscopio. Dentro de menos de una hora tendré el cuerpo en mi *oficina* y allí dispongo de mejor luz y químicos para seguir buscando.

—Bien, dime todo lo que encuentres en el acto.

—Claro que sí, ansiosa. ¿Qué vas a hacer ahora, justo cuando dejes de interrumpirme?

—Ir a ver a la enfermera de guardia y a la que descubrió el cuerpo.

—Te olvidas de la directora.

—No, no me olvido, tenía pensado dejarla para el final. Por cierto, siendo tu jefa ¿qué puedes decirme sobre ella? La vimos muy servicial la última vez, demasiado forzada y amable. Ya me comprendes.

—Es una arpía; llegó aquí en plan estrella hace menos de un año, creyéndose que esto era una feria, pero se encontró con un hospital con recursos escasos y muchas denuncias por negligencias, por baja calidad de los servicios y demás. En fin, que es la típica niñata que culpa a los demás de todos los errores pero se coloca la medalla en cuanto hay un premio. Llegó sonriendo y tratando de hacerse amiga de todos, pero solo quería estar cerca de quienes pudiera usar como cabezas de turco.

—Un buen análisis.

—Sí, y ahora tengo que seguir con esto que tengo entre manos, así que lárgate. Ya te llamaré si encuentro algo.

Cristina abandonó la habitación y se topó de bruces con Víctor, que estaba entrevistándose con Gabriel Báez, el responsable de la policía científica del caso. Parecían entusiasmados.

—¿Me he perdido algo? —inquirió la inspectora.

—Me comentaba Báez —susurraba Víctor— que han vuelto a encontrar cabellos largos y rubios, como en las anteriores escenas del crimen.

—Creo que me he perdido.

Fue el técnico científico el que respondió.

—Encontramos muchas fibras y cabellos por la habitación, a pesar de ser limpiada a conciencia cada día; después de todo, se trata de un hospital. En las primeras habitaciones no podíamos establecer coincidencias entre escamas, pelos, fibras y demás... pero con cada hallazgo de un nuevo cuerpo, hemos ido haciendo descartes hasta quedarnos con unos cabellos rubios, más bien castaño claro, que parecen coincidir y estar presentes en todos los escenarios.

—Debemos analizar el ADN de esos cabellos para estar seguros y también saber cuántas enfermeras y visitantes de los fallecidos tienen el cabello similar. Incluso cotejar con las cámaras de vigilancia para ver entradas y salidas de personas con ese tipo de cabello.

—Eso es —zanjó Víctor.

Aurora García había tenido que esperar sentada en un cuarto cercano a la recepción, como una niña castigada por haberse portado mal durante el recreo. Lo que le faltaba por ver a sus años...

¿De qué estarían hablando fuera? Tanto los agentes de policía como sus compañeros del hospital estaban conversando, pero ella, tras dar sus datos personales y laborales, debía esperar a los inspectores encargados del caso. ¿Por qué no podía seguir trabajando hasta que ellos llegasen? ¿Pensaban que se iba a fugar? ¿Era sospechosa? Aquello sería lo último que imaginaría. Su marido no se creería lo que estaba viviendo cuando se lo contara esa tarde, durante la merienda. Aurora volvió a mirar el reloj y lanzó un hondo suspiro, y aún le quedaban unos largos minutos de espera.

—Buenos días —dijo la chica delgada y rubia, tras ella entró un tipo de cabello cano y piel rosada, con unos ojos azules y saltones muy extraños.

—Buenos días, ¿son los inspectores?

—Cristina Collado y Víctor Garza, vamos a hacerle unas preguntas. Nos han dicho que estaba esperándonos, así que trataremos de ser breves.

—¿Esperarles? En realidad, me dijeron que no me moviera de aquí, pensé que sospechaban de mí o algo parecido.

—No, por favor. —La inspectora sonrió e hizo un gesto con su mano para quitar importancia—. No comprendo el motivo por el que le han dicho eso, podríamos haberla buscado por el centro cuando fuese pertinente hablar con usted.

—Eso mismo pensé yo.

Tras esos instantes de cordialidad para relajar los nervios, la inspectora comenzó con preguntas de rigor. A qué hora entraba en su turno, a qué hora salía, cuáles eran sus tareas y rutinas, en qué momento entró en la habitación de la víctima...

—¿Tocó el cuerpo o algo dentro de la habitación?

—Su muñeca para comprobar si tenía pulso, en la habitación solo toqué el pomo de la puerta para entrar, el tirador de la persiana para subirla y el pulsador de alarma para llamar a una compañera de guardia.

—¿Conocía o tenía relación alguna con Alberto Suárez?

—Por dios, no.

Los dos policías la miraron extrañados.

—Quiero decir que no, solo lo conocía de las veces que ha estado internado en el centro.

—¿Lo atendió usted siempre?

—Siempre llevo los desayunos a los internos, también almuerzos y cenas, si coincide con mi turno. Me encargo de toda la planta, cada planta tiene una responsable de la tarea.

—¿Le caía bien Alberto Suárez? Nos han comentado que era un tipo difícil. —Eso último lo dijo entre susurros, como queriendo hacer una confidencia entre amigos. El otro policía, que permanecía callado todo el tiempo, pareció extrañado ante ese comportamiento de su compañera.

—Bueno, no era un tipo simpático, lo cierto es que solía hablar mal a las enfermeras y los médicos, un gruñón cascarrabias, pero es habitual en personas de su edad. Bueno, y en otros más jóvenes también. ¿Creen que lo han matado por tener mal carácter?

—No, por favor, no estamos más que haciendo preguntas para poder buscar motivos, pero no creemos que nadie pudiera ir matando a quienes son gruñones o irrespetuosos con los demás. ¿No le parece?

—¿A quién? ¿A mí? Claro, claro, yo pienso igual.

—¿Atendía a los anteriores ancianos que han fallecido por dosis de metadona?

—¿Entregarles la comida y desayunos? Solo a los que estaban en esta planta, creo que eran dos. Diego Iglesias y Guadalupe Sierra.

—Recuerda bien los nombres.

—Es que una impresión así no se olvida.

—Ya, lo entiendo. Veo que tiene el cabello recogido dentro del gorro.

—Cofia, es una cofia.

—Perdón, cofia. ¿Lo tiene muy largo? ¿Siempre lo lleva recogido?

—No sé, ¿largo? Pues por los hombros o un poco más. Y sí, siempre recogido porque son normas de higiene para todas las enfermeras.

—¿Le importaría darnos un cabello? No se asuste, es algo rutinario, para cotejar los de los sanitarios que han tenido trato con las víctimas, es para hacer descartes de todos los cabellos y otros restos de ADN encontrados en las habitaciones, como escamas de piel.

—Claro, ¿por qué no?

—Podría negarse si lo desea, a lo largo de hoy tendremos un permiso judicial, pero será más engorroso para todos, especialmente para nosotros, que tendremos que buscar a cada uno en sus casas.

—No hay problema, ahora mismo...

—No, aún no. Debe hacerlo un técnico de la policía científica, espere unos minutos.

Como si su compañero le hubiera leído el pensamiento, este salió de la habitación a toda prisa para regresar al cabo de dos minutos con un tipo enfundado en un traje blanco como los que ella había visto en las películas.

Javier Pestano le había dejado una cajita envuelta para regalo sobre la mesa, el día anterior había sido una magdalena enorme, de esas adornadas y que los modernos llamaban *muffin*; el día anterior fue un disco recopilatorio del grupo The Corrs con una nota que rezaba: «Para que ya no busques sus canciones en YouTube, un beso». ¿Un beso? Eso era más de lo que se esperaba de un amigo, ya no digamos de un compañero de trabajo. ¿Acoso laboral o conquista a pico y pala? Nuria sonrió con cada detalle... Conquista, sin duda.

Javier no tenía la mata de cabello castaño de Marcos Navarro, ni su altura, aunque estaba más fuerte y era más joven. Pero lo mejor de todo era la forma de mirarla, con seguridad en sí mismo, confiando en sus posibilidades y desviviéndose por ella en el trabajo, además de pedirle a diario tomar una copa tras la jornada o un café, cine, cena o lo que fuese el siguiente día libre que tuvieran. Eso era precisamente lo que necesitaba Nuria Carvallo tras tantos fracasos amorosos consecutivos, pero aún temblaba ante la idea de relacionarse sentimentalmente con un compañero del trabajo. Podría salir bien, como le ocurrió a Cristina Collado... bueno, esa era una forma de hablar; o podría convertirse en una pesadilla si la relación no funcionaba, quedaban mal y tenían que verse y trabajar codo con codo cada día de sus vidas.

«Bueno, soy su superior, así que puedo joderle durante el trabajo si me apetece. Tampoco pierdo mucho, unas salidas a tomar algo, unos revolcones y probar qué tal va el asunto... Sí, creo que debería dar el paso».

Dejó a un lado esos pensamientos y por fin se decidió a abrir el pequeño paquete, ya comenzaban a sudarle las manos y no quería perder más tiempo, le daría vergüenza hacerlo en presencia del propio Javier, que tenía su mesa a pocos metros y estaría a punto de volver de la cocina o donde se hubiera metido para darle tiempo.

Un estuche de terciopelo rojo, típico de las joyerías, apareció bajo el papel multicolor. Nuria sintió el corazón acelerándose. Abrió la tapa y vio dos pendientes de oro blanco con forma de delfín. Adoraba los delfines. Menos mal que no se trataba de un anillo de compromiso, aunque seguía siendo un regalo excesivo.

—Feliz cumpleaños.

Dio un respingo y se le cayó la cajita de entre las manos, Javier pudo atraparla antes de que llegase al suelo.

—Siento haberte asustado —añadió con su típica sonrisa.

—¿Estás loco? ¿Por qué me has comprado esos pendientes?

—Es tu cumpleaños. ¿Qué pasa? ¿No te gustan? Puedo comprarte otra cosa.

—No tienes que comprarme nada, y menos algo tan caro. Hubiera bastado con traerme un café y un bollo de la cocina y decirme felicidades.

—Perdona, voy a traerte el café y el bollo.

—No, hombre. Es una forma de hablar. Ya he desayunado.

—Me preguntaba si querías que tomásemos una merienda esta tarde, quizás una cena.

—Tengo que ir a merendar con mi familia, me prepara mi madre una tarta cada año, pero podemos dar una vuelta después. Claro.

—¿Interrumpo algo?

El comisario Marcos Navarro había aparecido tras ellos, lo que hizo que Nuria se pusiera muy nerviosa, guardó el regalo rápidamente y respondió.

—No, solo conversábamos.

—¿Has visto algún correo nuevo sobre el caso de los ancianos?

—Discúlpame, aún no abrí el correo electrónico, ahora mismo me pongo.

—Dame cualquier noticia que llegue. Cristina y Víctor están en el hospital, esta noche apareció una quinta víctima y tenemos que solucionar ese tema lo antes posible.

—Claro, ya estoy en ello —dijo Nuria mientras se sentaba ante su mesa. Javier hacía dos minutos que había desaparecido en silencio.

—Por cierto.

—¿Sí? Dime.

—Felicidades.

—Gra... gracias.

Se sonrojó hasta pensar que los pómulos le explotarían en la cara.

«Madre mía, Nuria, te tiemblan las rodillas. Si es que no puedes tenerlo cerca ni hablar con él sin que broten mil mariposas en el estómago. Javier es un cielo, pero Marcos es... es Marcos. ¿Vas a estar toda tu vida esperando que se fije en ti? No va a dejar a su pareja ni a su recién nacida hija por una aventura con una policía neurótica y derrotista. Agarra con firmeza lo que la vida te ponga delante, ahora es Javier, y tal vez llegue a ser el hombre de tu vida, el padre de tus hijos».

Sacudió la cabeza para alejar pensamientos que la distraían de su trabajo, evitó mirar de soslayo a Javier, a pesar de sentir que él la taladraba con los ojos desde la distancia, y abrió un correo electrónico de Maite Redondo. La forense había enviado datos técnicos sobre la quinta autopsia, pero eran conclusiones preliminares, a falta aún de análisis en profundidad de órganos y fluidos.

—No hay nada nuevo, ni huellas ni ADN —le dijo por teléfono al comisario.

—Está bien, pronto tendremos algo de la científica. Supongo que todo lo que te llega a ti, también lo hace a la inspectora Collado, pero, aun así, mantenme informado y llama a Cristina en

cuanto sepas algo relevante.

—Claro, eso está hecho.

Nuria colgó el auricular más despacio que de costumbre, cerró los ojos y dejó que un largo minuto pasase antes de volver al ordenador. Seguía sin mirar a Javier, aunque había quedado con él para esa noche y no pensaba cancelar la cita. ¿Cita?

La puerta del ascensor se abrió tras el molesto pitido, Víctor dejó salir antes a su compañera, a la que siguió por el mismo pasillo que ya habían recorrido la mañana anterior. Ahora era casi la hora de almorzar, su estómago protestaba tras un mísero café a las ocho y media, lejano ya en su recuerdo. Debería comenzar a tomar desayunos más sólidos.

Cristina iba en silencio. Sabía que la inspectora solía rumiar las declaraciones de los testigos y sospechosos tras interrogarlos, pero necesitaba comentar la situación antes de llegar al despacho de la directora.

—Espera.

—¿Sí? ¿Pasa algo?

—Antes de hacer la última entrevista de la mañana, quisiera saber qué te parecieron las declaraciones de enfermeros y recepcionistas.

—Aún es pronto para tomar decisiones, preferiría tener más tiempo para opinar. ¿Y tú? Supongo que lo dices porque has detectado algo. ¿Alguno de ellos no te ha gustado? ¿Crees que uno de ellos nos miente?

—La enfermera que encontró el cuerpo, Aurora García, daba la comida y desayuno a tres de los cinco asesinados, y tendría acceso a los otros, además de la droga en los almacenes; tiene el pelo de la longitud exacta y castaño claro... como los encontrados por la científica.

—Es demasiado pronto para otorgarle la etiqueta de sospechosa principal. Su cabello se está comparando con los obtenidos en las escenas de los crímenes, deberíamos esperar a conocer los resultados.

—Sí, claro, mejor entrevistamos a la directora y luego ya reposamos los datos durante la comida.

—Te veo hambriento, aguanta unos minutos y podemos acercarnos al Casa Manolo, allí puede que coincidamos con David, Marcos, Nuria y los demás.

La directora parecía estar a punto de dormirse de aburrimiento cuando entraron en su despacho. Había titubeado un «adelante» que ellos casi no oyeron tras golpear la puerta y en ese instante se incorporaba en su sillón para tratar de mostrar una pose medianamente respetable.

—Pensaba que llegarían antes —fue su saludo.

—Usted dijo que no había estado durante la noche en el centro, así que debíamos darle prioridad al personal que pudo ver algo durante la hora que se estima para la muerte de Alberto Suárez.

—Claro, lo entiendo. Pues ustedes dirán —zanjó con una forzada sonrisa.

—Pregunté ayer por el acceso a determinados fármacos, pero me veo obligada a hacerlo de nuevo. ¿Se está vigilando el almacén como es debido?

—Hace dos horas que he llamado yo misma y el inventario muestra que no ha habido más robos; me fío de mis vigilantes. Quien sea que está haciendo esto, extrajo la vez anterior suficiente metadona como para matar a todas las víctimas, o la consigue desde otro centro.

—¿Y qué me dice del resto del personal? ¿Se fía de todos de igual forma? Enfermeros y médicos, principalmente, buscamos a una mujer que viste bata y cofia de enfermera, así que debe

de tratarse de alguien de la plantilla.

—¿Por qué dice eso? Podría ser cualquiera que se vistiese con esa ropa.

—Quizá una vez, tal vez dos, pero cinco veces y que nadie haya visto a una extraña por los pasillos es mucha casualidad. El resto del personal habría dicho que se cruzó con una enfermera que no conocía.

—Bueno, sí, eso tiene lógica.

—¿Se ha producido en los últimos meses, o desde que usted lleva en el cargo, algún altercado entre miembros del hospital y algún anciano? No importa si se trata de uno de los fallecidos o no.

Era Víctor el que preguntaba, justo cuando Cristina iba a consultar otro dato, pero a la inspectora le pareció una nueva línea de investigación más que interesante.

—¿Creen que alguien puede estar matando vie... ancianos por haber tenido un altercado con uno?

—No hablamos de una pelea o roce, sino algo más personal, quizá. —Víctor comenzó a titubear—. Me refiero a que se detectase alguna animadversión por parte de una enfermera, o doctora o recepcionista por algún paciente o varios de edades muy avanzadas. Quizá no conozca el motivo, pero podría tratarse de alguien que quita de en medio a...

—Lo que mi compañero quiere decir es que tenemos que contemplar todo tipo de hipótesis, incluso las más inverosímiles.

Víctor no necesitaba que Cristina le mirase, con el tono de voz que había usado, le hizo comprender que se había dejado llevar por el entusiasmo y olvidado el tacto necesario al entrevistarse con testigos. La directora negó que hubiera ocurrido un altercado ni que alguno de sus empleados tuviese rencillas personales con nadie, así que poco más pudieron sacar de la entrevista.

Con tanto apetito, al subinspector le vino fenomenal que eligiesen para comer el Casa Manolo, justo frente a la comisaría, ya que los menús eran suficientes para saciar a David Sobrá y a un precio más que aceptable. Fue a la barra directamente para pedir el *mix* de croquetas y arroz al *curry* de primero y pollo a la brasa de segundo. Cristina sonreía a su espalda.

—Ponme lo mismo, Manolo —dijo ella—, por si se queda con hambre el muchacho y se atreve a terminar lo que yo no me coma.

En una mesa, al fondo del bar restaurante, vio a Nuria en una conversación que parecía muy íntima con Javier Pestano. Así que eligió una mesa en el otro extremo e hizo como que no los había visto.

—¿Qué haces ahí? —Víctor venía del baño—. Tu amiga Nuria está allí al fondo, con Javier.

—Calla, hombre, que nos van a oír. Siéntate y hablemos del caso.

—¿Del caso? Claro, pero ¿qué pasa con ella? ¿Estáis enfadadas?

—No, pero está manteniendo una conversación privada, ¿no lo ves? Mejor dejarlos a solas.

—Vaya, sí que estoy espeso, no me había dado cuenta de lo que pasaba. Tampoco me habías dicho que a Nuria le gustaba Javier.

—Más bien es al revés, pero tampoco me gusta hablar de esos temas durante el trabajo, así que cuéntame esa hipótesis tuya que te ha llevado a preguntar a la directora del hospital por rencillas y demás.

Menudo revuelo se encontró en el vestíbulo cuando salió del cuarto de personal para iniciar su jornada, ese día le tocaba de cuatro de la tarde a doce de la noche. No veía tanta gente y tan alterada desde el último brote de gripe, dos años atrás. Se ajustó el uniforme para mostrarse

impecable, como a la directora le gustaba, y se sentó tras el mostrador, solo había dos personas esperando mientras su compañero atendía a una tercera.

—Dadme cinco minutos para encender el ordenador y enseguida os atiendo.

Las dos personas que esperaban sonrieron sin ganas, una de ellas resopló al cabo de dos minutos. A su alrededor se movían policías de uniforme, otros de la división científica con trajes muy raros, también observó a dos ayudantes de la forense que conocía de vista y media docena de compañeros, casi todos enfermeros, conversando con los policías. Le hubiese gustado enterarse de las novedades del caso, pero su compañero solo pudo susurrarle lo que ella misma había intuido, que tenían una quinta víctima.

—¿Es usted Sonia Aguirre? —La voz provenía de una chica alta y rubia, mostraba una placa de policía y se presentó como Cristina Collado.

—Sí, soy yo. Díganme.

—Queríamos hablar con usted un momento.

Los resoplidos a la espalda, ya había cuatro personas esperando en la recepción del hospital, se convirtieron en murmullos de protesta.

—¿Es muy urgente?, porque me gustaría ayudar a mi compañero y descongestionar la recepción.

La inspectora estuvo a punto de replicar con una negativa, se notaba en su semblante, pero de repente observó su cabello con interés y le dijo que tenía quince minutos. Sonia vio cómo se acercaba a un tipo que parecía holandés o sueco y que juntos comenzaron a entrevistar a una enfermera.

Atendía al primero de la fila, que parecía morderse la lengua para no protestar por la tardanza, claro que quedaría como un insensible al no comprender que se encontraban en una situación inesperada y que requería el máximo tacto, una persona fallecida exigía un mínimo de respeto. De repente sonó el teléfono móvil de uno de los presentes y la tensión del resto provocó un silencio absoluto en la sala. La inspectora estuvo solo cinco segundos conversando, luego comenzó a correr y, sin decirles nada, sus compañeros la siguieron hacia la puerta que comunicaba con las dependencias del personal; de allí salieron igual de deprisa dos minutos más tarde, hacia el aparcamiento.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

—No tengo ni idea.

Una enfermera surgió por la puerta del ascensor y se acercó a ellos para susurrarles.

—Los de la científica ya tienen una coincidencia con el cabello, no os vais a creer de quién se trata.

Tanto Daniel Martos como Sonia Aguirre quedaron boquiabiertos, sin ser capaces de pronunciar palabra. La recepcionista se frotó su nariz, algo aguileña, como solía hacer cuando algo la sorprendía.

Era imposible dormir con todo lo ocurrido en el hospital, esa noche entraría a trabajar con un cansancio acumulado tremendo. Quedaban cuatro horas, podría tratar de echarse una siesta, pero no se quitaba de la mente la imagen de Alberto Suárez muerto al fondo de la habitación. Su marido estaba en su trabajo y la soledad del piso, además del silencio, le provocaban escalofríos. Trató de poner la televisión, pero solo lograba cambiar de canal cada dos segundos sin buscar nada en concreto, incluso le molestaban las voces estridentes de tertulianos o actores de películas. Buscó en la radio una emisora de música clásica, parecía que por fin lograría relajarse un poco, también

decidió limpiar un poco por la casa para distraerse, aunque los pensamientos agoreros llegaron de nuevo.

Casi le dio un infarto al oír de pronto el telefonillo del portero automático. ¿Quién sería a esas horas de la tarde? Aún se asustó más al saber que era la policía, y con un tono de voz que dejaba poco a la imaginación. Las piernas comenzaron a temblarle y ya estaba llorando a lágrima viva cuando abrió la puerta de la vivienda para dejarlos pasar.

—Aurora Díaz, queda arrestada y acusada de los cinco homicidios acontecidos en el hospital Juan Ramón Jiménez durante los últimos dos meses. Tiene derecho a... —el agente uniformado no la pudo informar de todos sus derechos, ella ya no podía oírlo, se acababa de desmayar y el golpe de la cabeza contra el suelo podría provocar complicaciones.

—Llamad a una ambulancia, rápido —ordenó Cristina Collado. Solo faltaba que se muriese por un derrame cerebral. No la toquéis, esperad a los sanitarios. Mientras tanto, vamos a registrar a fondo la casa.

Un agente cerró la puerta tras dejar pasar a una docena de compañeros, entre los que se encontraban Cristina y Víctor. Se quedó custodiando la entrada y a la espera de que la mujer recobrase el conocimiento o llegase la ambulancia.

En la puerta que separaba el dormitorio del salón, los presentes se prepararon, guardando silencio, para recibir las órdenes de Cristina.

—Bien, tenemos prisa, así que vamos a hacerlo tan rápido que podamos acompañar a esa mujer al hospital tras terminar. Quiero una inspección a fondo de toda la casa, al milímetro. Buscamos, principalmente, metadona, jeringuillas hipodérmicas e información sobre los fallecidos. Víctor, al baño principal. Hugo y José Luis, a la cocina. Manuel y Lola, al salón. Rubén e Ignacio, al segundo dormitorio. Vicente al aseo de la entrada. Diana, ayuda a quienes veas más apurados. Yo me encargo del dormitorio principal. A mover el culo.

Cristina cerró la puerta a su espalda, quería trabajar en soledad y silencio. Se sentó con cuidado en el filo de la cama y trató de alcanzar el máximo estado de relajación, quería poner en práctica una técnica que vio hacer a Marcos Navarro cuando este era inspector y ella oficial. No tenía ni idea de cómo hacerlo, incluso pensó que Marcos tampoco lo dominaba del todo, como si fuese también algo heredado. El caso es que decidió tumbarse en el lado que sabía que era de la sospechosa, por los objetos que había sobre esa mesita de noche, y cerró los ojos.

Así estuvo durante lo que le parecieron horas, hasta que el lejano murmullo que provocaba el resto de policías desapareció de su mente.

—Cuéntame tus secretos —susurró casi en trance, trataba de hablar con la habitación, con la cama, con las paredes, con la mesita y el armario—. Cuéntame dónde esconde Aurora sus miserias.

Permaneció tumbada otra eternidad, sin sentir lo más mínimo en su mente ni alrededor, así que se levantó resignada y comenzó a buscar en cajones, bajo la cama y demás sitios donde pudiera encontrar una prueba incriminatoria. Sabía que su equipo no tenía nada porque hubieran formado un jolgorio equivalente a una fiesta de universitarios. Salió del dormitorio con un regusto en el paladar que ya conocía de casos anteriores.

—No hay nada —murmuró Víctor a su lado.

—Nada de nada.

—¿Te temes lo peor?

—Pues claro, era mucha casualidad que esta mujer, que trabaja con el pelo recogido y solo

tendría que estar dos segundos en cada habitación para inyectar la metadona, perdiera varios cabellos en cada una.

—¿La han usado de cabeza de turco?

—Es posible. Solo espero que no haya entrado en coma o fallezca por el golpe al desmayarse. Debimos entrar con más tacto.

—Es la principal sospechosa y con pruebas que la incriminan.

—Lo sé, lo sé. ¡A ver, chicos!, ¿qué tenemos?

Ninguno de los agentes había encontrado nada, el piso estaba limpio y la mujer seguía inconsciente en el suelo del pasillo de entrada. Desde el otro lado de las ventanas, aún en la distancia, comenzaba a llegar el sonido de la sirena de la ambulancia.

—Bien, en unos minutos la llevarán al hospital. Quiero que dos de vosotros vayáis con ella y hagáis un primer turno de vigilancia. Decidid entre vosotros quiénes harán el relevo de la noche y que los dos elegidos se vayan a casa a descansar. Víctor y yo estaremos en la comisaría, pero llamad a mi móvil si ocurre cualquier cosa, no a la central, ¿entendido?

La cocina y sala de reunión de la comisaría tuvo que ser desalojada de agentes que tomaban un café para poder convocar una charla de urgencia. El comisario Navarro llegó el último. Irene le puso ante él y sobre la mesa un informe completo con todas las novedades del caso.

—Así que tenemos una sospechosa principal, aunque no pueda ser interrogada por el momento, y aun así te sientes perdida en el caso.

—Eso es —respondió Cristina a su amigo y superior—. La reacción de la mujer, la ausencia de móvil para los crímenes, las pruebas de los cabellos, tan sospechosas desde mi punto de vista.

—La apoyo en todo, comisario —apuntó Víctor Garza, arrepintiéndose en el acto por lo infantil que había resultado.

—Está bien, confío en vuestro criterio. ¿Qué pensáis hacer ahora?

—En el registro de la propiedad, Nuria ha encontrado otra vivienda a nombre de la sospechosa, está cerca, en el pueblo de Trigueros. Una herencia de sus difuntos padres. Podría haber usado aquella casa para tener la droga o planificar sus crímenes.

—Te conseguiré una orden de registro del fiscal en diez minutos, por si quieres ir a registrar la casa ahora.

—Es lo que pensaba hacer, ya que no sabemos cuándo recobrará el conocimiento la señora. Y desde Trigueros al hospital, con la sirena y las luces, podemos llegar en diez minutos para interrogarla si despertase.

—¿Qué más tenéis?

—Poco más.

—¿Qué habéis sacado de las entrevistas con el resto de personal del centro?

—Casi nadie tiene coartada, pero tampoco motivo para matar a los ancianos, y la directora...

—No, no me refiero a eso. Háblame de la impresión que os ha producido cada uno. Quiero una valoración personal.

—Eso tiene poca validez oficial, ¿no? —preguntó Víctor algo confuso.

—Pero es muy valioso si sabéis analizar a los interrogados, sus reacciones, sus titubeos, sus miradas distantes, sus pausas antes de responder. Os han adiestrado para opinar sobre ello, así que adelante.

—No me gusta la directora —comenzó Víctor—, me parece una arpía y creo que también lo piensan todos y cada uno de sus empleados. Claro que tener mano dura con sus empleados no la

convierte en una homicida en serie de pacientes. Tampoco me han gustado algunos de los empleados, se mostraban distantes, incluso recelosos por ser interrogados en lugar de participativos en la investigación, tengo a dos que me gustaría apretar en un interrogatorio aquí.

—¿Qué me dices tú?

Cristina tenía la vista perdida en algún punto de la mesa, en la calle se oía el tráfico, era hora punta de regreso a casa. Olía a café y al perfume excesivo que solía usar Irene. La inspectora miró a Marcos con frialdad, en silencio durante unos segundos, y espetó.

—Sé quién lo hizo.

Nuria Carvalho recibió la petición de investigación y se puso a ello sin dudar, a pesar de que se aproximaba la hora en que había quedado con Javier para tomar algo. Ya tuvo que cancelar la merienda y celebración familiar en casa de sus padres, qué remedio, ya soplaría las velas y comería un trozo de tarta el sábado.

Se sorprendió mucho al comprobar que lo que menos le preocupaba en ese momento era cancelar la cena y copa con Javier.

«No quieres estar con él, por eso prefieres quedarte trabajando antes que tontear en un bar o sentada en la butaca de un cine. No quieres un novio policía, bueno, si fuese Marcos... No, lo que no quieres es a Javier como novio».

Para dejar de pensar en el comisario, se dio una bofetada en la cara con tanta fuerza que varios compañeros se giraron para mirarla, ella disimuló observando muy intrigada el enorme monitor de su ordenador. La cara comenzó a palparle y parecía a punto de comenzar a arder.

No se atrevía a cancelar la cita mirando a la cara a Javier, así que le mandó un correo electrónico interno disculpándose. Aquello era perfecto, el chico se marcharía y otro día, tal vez, podrían retomar sus planes. Ahora debía centrarse en la orden de la inspectora Collado.

—Hola, obsesa del trabajo.

Estuvo a punto de gritar al oír su voz tan cerca, y tardó unos segundos en poder responderle.

—¿Qué haces?

—Ayudarte, ya terminé mi jornada, así que voy a echarte una mano en eso tan importante que te han pedido. Quizá terminemos a tiempo de salir a comer algo juntos, si te apetece.

«Ya imagino lo que te apetece comer a ti. Oye, mis ojos están más arriba».

—Bueno, de acuerdo, pero necesito acaparar todo mi ordenador, así que tendrás que ir al tuyo para buscar algunos datos que ahora te detallaré en una nota. ¿Te parece?

—Claro.

«Con esa sonrisa, tan seguro de ti mismo, es imposible negarte nada. ¡Maldita sea! Nuria, céntrate».

—Al final caes —susurró la chica.

—¿Cómo dices?

—Nada, no he dicho nada.

La inspectora había ordenado una dotación mínima para registrar la casa que la sospechosa tenía en el cercano pueblo de Trigueros, pero no esperaba obtener resultados muy diferentes del registro en su vivienda principal una hora antes. Quizá la investigación de Nuria diese con algo más positivo, algo que su instinto le decía, un instinto que había perdido hace mucho tiempo. La

intuición del policía había vuelto a ella. O tal vez no.

Víctor aparcó frente a la puerta de entrada del hospital, parecía que llevasen años yendo a aquel lugar. Se frenó cuando fue a bajarse del coche, Cristina permanecía inmóvil y con la mirada fija en dicha puerta, como hipnotizada.

—¿No vamos a entrar? ¿Te encuentras bien?

—No hay prisa —respondió al cabo de unos segundos, sin desviar la mirada—. ¿Tenemos todas las puertas controladas?

—Todas.

—Bien. No hay prisa.

—Ya lo has dicho antes. ¿Quieres contarme algo?

—Luego.

—¿Cuándo?

—Justo cuando tú me cuentes qué haces en Huelva y en homicidios. ¿Te parece?

Víctor quedó helado, no supo qué responder, aunque en su interior sabía que ya había pasado la frontera de amistad y compenetración con su compañera como para olvidar secretos de esos que no se pueden tener para que la relación laboral y personal fluya en la dirección adecuada. No pensó que la petición de Cristina fuese un chantaje, más bien era un acto de lógica, de justicia, una liberación. Y, como policía, se moría de ganas de saber qué pasaba por su mente, qué conjeturas había tomado con tanta claridad como para poner todas sus fichas sobre ese número en la ruleta.

—Está bien, te lo contaré, pero espero que comprendas que...

—Tu secreto morirá conmigo, sea el que sea.

—No me refería a eso, quiero decirte que no te lo he dicho antes porque me avergüenzo y no deseo que la relación laboral que tenemos se deteriore hasta el punto de que pidas un cambio de compañero.

—Chorradas, aunque hubieses matado a un inocente por error, no haría tal cosa.

Cristina había apartado la mirada de la puerta y ahora la fijaba en sus ojos azules y saltones. Víctor no consiguió mantenerla por mucho tiempo, comenzaron a temblarle las manos y el labio inferior, pero eso no impidió que comenzase a hablar, a vaciarse de mierda por dentro. Cristina no pestañeó siquiera mientras eso ocurría, ella tenía sus propias miserias bajo la piel, y allí permanecerían mucho tiempo más. Mucho más. Ella sabía fingir mejor que Víctor una vida policial limpia...

La llamada al teléfono móvil rompió el tenso silencio que quedó entre ambos, uno de los agentes que había ido a la casa de Trigueros informó de que ya habían entrado, pero todo lo que veían daba fe de que la casa no se utilizaba desde, posiblemente, décadas. A pesar de ello, la registrarían a fondo. Cristina había insistido en que buscasen algún sótano o cuarto oculto, en casas tan antiguas podían encontrar de todo lo imaginable, incluso en los patios traseros: antiguos pozos reconvertidos en zulos o almacenes de droga, plantaciones de marihuana, talleres de costura ilegales... Pidió resultados en menos de una hora y colgó.

—Vamos a entrar, tenemos que ver a tres personas. —Víctor no pronunció una palabra, parecía debatirse entre la derrota por las consecuencias que podría tener su confesión y la liberación y calma que sentiría al haberlo dicho por fin.

Los dos agentes permanecían ante la puerta de la habitación que ocupaba la sospechosa, se encontraban en la UCI y era la propia directora del hospital la que acompañaba a Cristina y Víctor para resumirles el estado de la paciente.

—Estamos haciendo todo lo posible por ella, los médicos que la han atendido me comunicaron hace solo cinco minutos que sufre una fuerte conmoción, pero las radiografías no muestran indicios de que el traumatismo pudiera provocarle un coma o derrame cerebral. Claro que está en observación por si despierta o empeora, en cualquiera de esos casos, les llamaría yo personalmente y en el acto. Estamos colaborando en todo lo que podemos con la policía.

—Está bien, ya lo vemos, pero no necesitamos que nos siga por el centro. Nos las arreglaremos para buscar a quienes hemos venido a interrogar.

—¿Van a interrogar a más gente? Pensaba que habían encontrado a la asesina, a Aurora.

—Aún queda mucho por hacer, señora Garmendia. Y si no le importa, nos gustaría hacerlo en la máxima brevedad y confidencialidad.

—Claro, claro, les dejo hacer su trabajo. Estaré en mi despacho, por si necesitan algo.

En la habitación de la sospechosa no podrían hacer nada, así que dieron media vuelta cuando la directora se marchó y pusieron rumbo a los sótanos, aún era demasiado pronto para ir a por la presa principal. Sintió el aire más viciado y espeso, el olor a productos antisépticos lo inundaba todo y ya no se encontraron con nadie más por los pasillos hasta llegar a la *oficina* de Maite Redondo.

—¡Visitas! No son frecuentes, así que se agradecen.

La forense les dedicó su mejor sonrisa y les preguntó si querían un café de primera. Ellos denegaron la oferta y la siguieron hacia el despacho de su compañero Ramón, contiguo al suyo. Allí Maite forzó la cerradura de un armario en menos de cinco segundos y con solo una horquilla del pelo. Cristina lanzó una mirada cómplice a Víctor y el subinspector pareció relajarse por primera vez desde que salieron del coche en el aparcamiento.

—La máquina no tardará en prepararlo más de un minuto, y aún estáis a tiempo de tomaros uno, ya que Ramón ha repuesto el café y la crema de leche y no notará que le falta un poco de cada.

—Bueno, pues vamos a probarlo. ¿Tú qué dices, Víctor?

—Creo que es demasiado tarde para añadir otro café a mi insomnio.

Con los cafés en vasos de plástico se dirigieron a la oficina de al lado, otro pequeño cubículo que contaba también con una simple mesa de escritorio, un ordenador de la década pasada y un armario para enseres personales y documentos que la forense considerara oportuno conservar en papel.

—Siento que no podáis sentaros, aquí no hay las comodidades que se disfrutaban en la oficina de la directora. Ni siquiera podría traer una planta si no le coloco una bombilla con luz ultravioleta durante doce horas al día. Y antes tenía un pequeño sofá de IKEA, pero estaba destrozado y ocupaba demasiado, así que lo tiraron a la basura hace dos meses.

—No te preocupes, no nos quedaremos mucho tiempo.

—Vienes a preguntar por mis impresiones de las autopsias, más allá de los resultados oficiales. Además del detalle de los cabellos rubios encontrados.

—Eres adivina, no tengo ni que hablar.

—Pues te diré que no hay nada en los ancianos que me lleve a pensar el motivo de los crímenes, salvo algún depravado que quiera quitar de en medio a los pobres viejos. Y no hay marcas ni restos que podamos analizar en busca de huellas o muestras biológicas.

—¿Y lo de los cabellos?

—Pues ahí sí que tengo mis dudas. Leí en el informe el número de pelos encontrados en cada habitación y pregunté directamente a los técnicos de la científica si era frecuente perder tanto cabello cuando uno entra en un lugar solo para estar unos segundos.

—Yo había pensado lo mismo.

—Pero eso no es todo. Hice un experimento.

—¿De qué hablas?

Víctor, que había permanecido en segundo plano durante la conversación, pareció también muy interesado en esas últimas palabras de la forense.

—Pedí a un técnico que viniese al hospital, como favor personal, para hacer una prueba.

—Adelante, ¿qué hicisteis?

—Te lo puedes imaginar. Cuatro enfermeras distintas, con el atuendo que el testigo observó y que es el habitual aquí, entraron en una habitación y estuvieron unos segundos al lado de una cama vacía, las cuatro hicieron los gestos que le pedimos, como si tomaran el cable del gotero e inyectasen en él una jeringa, luego se marcharon en silencio.

—Ve al grano, ¿qué resultados obtuviste?

—Impaciente como Navarro —suspiró—. En fin, que no encontramos un solo cabello de ninguna de las cuatro.

—Es estadísticamente improbable, casi imposible, que el asesino o la asesina perdiera varios pelos en cada una de las cinco habitaciones.

—Eso es.

—¡Mierda! Tenemos a una sospechosa con un fuerte traumatismo y un susto que, bueno, lo del susto será nada en comparación con la demanda que podría poner a la policía o al hospital.

—Nada menos que Aurora, pobre mujer. Lleva aquí mucho más tiempo que yo, ya entregaba las comidas cuando entré como ayudante de forense. Es un encanto de mujer, nunca le haría daño a nadie.

—En cambio, sí que tuvo un encontronazo, pero no con un paciente.

—¿De qué hablas?

—Luego, ya te lo contaré, ahora tengo mucha prisa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Víctor cuando se dirigían a la recepción de nuevo.

—Vamos a detener a una presunta asesina.

15 de mayo

Cuando la luna surgió perezosa tras los edificios más altos de la ciudad, del calor del día ya no quedaba más que el recuerdo, y las carreteras se mostraban desiertas mientras ella circulaba a la velocidad justa para impedir llamar la atención; a pesar de llevar unos minutos sin cruzarse con otro vehículo.

Siempre pensó que afrontaría su castigo con dignidad, si es que llegaban a atraparla; o que, en un arrebato de cobardía, se inyectaría una dosis letal de metadona para evitar la cárcel y todo el jaleo de la detención, los interrogatorios, las noticias del exterior filtradas en la prisión, las familias de los fallecidos y otros lunáticos gritando y llamándola asesina cuando la trasladasen de un lugar a otro... Pensar en eso último la hizo sonreír. Con todo lo que había hecho por la sociedad, y serían tan estúpidos de condenarla en lugar de alabar su actuación.

No, nada de droga, nada de suicidio. Levantaría la frente llegado el momento.

Sacó como pudo del bolsillo de su chaqueta el pequeño estuche metálico que llevaba consigo desde que decidió comenzar con su plan de venganza, no había pasado tanto tiempo, aunque ahora le parecían años, y lo arrojó con fuerza contra el arcén. Con el gesto casi desestabilizó la motocicleta en la que ponía tierra de por medio con su pasado. Podría haberlo arrojado en otro punto y que jamás fuese encontrado, pero ya conocían su identidad, pudo verlo en la mirada de la inspectora flaca y teñida de rubio cuando apareció con el tipo raro por el hospital una hora y media antes.

«¿Por qué no me detuvo entonces? ¿Por qué, en cambio, se marchó con la directora hacia los pasillos de la UCI? Quizá solo sospeche de mí. Eso es, aún no tiene nada, ninguna prueba. Tal vez me he precipitado al huir, porque una sospecha no implica necesariamente que yo sea culpable».

Se dio cuenta de que estaba acelerando cada vez más y relajó la muñeca para volver a su ritmo pausado. La moto que conducía era de un compañero de trabajo, era su segundo vehículo y la tenía aparcada siempre al extremo del aparcamiento del hospital, porque en su barrio no podía pagar un garaje, ni mucho menos el parquímetro durante años. Las llaves las guardaba en el cajón de su escritorio y ella tuvo suerte, el doctor Hugo Márquez no tenía turno esa noche. Cuando se diera cuenta del robo y lo denunciase, ella ya llevaría semanas a miles de kilómetros y con un océano de por medio. Sería fácil perderse por las calles del pueblo de Costa Rica. Con el pasaporte falso y todo su dinero encima, llegaría al aeropuerto de Faro, al sur de Portugal, en pocos minutos y desaparecería para siempre.

—Hubiera sido precioso que pudieras ver aquellas aguas tan limpias y cálidas, mi amor. No sabes cuánto soñamos con llevarte a nuestro paraíso soñado, pero todo se torció.

El pitido del coche que venía de frente la sacó de los recuerdos que aún martilleaban su mente. Se había escorado a la izquierda y tuvo que hacer una maniobra muy arriesgada al manillar para evitar tener un accidente mortal. Tanto esfuerzo y trabajo realizado no podrían terminar en un estúpido accidente. Sacudió la cabeza para alejar fantasmas que no lograba olvidar del todo y se preguntó si poner el iPod con música relajante la ayudaría, ahora mismo entraba en el pueblo de

Altura, aún quedaba un largo trecho si quería llegar a Faro por la carretera de la playa. Lo haría mucho más rápido tomando la autopista A22, pero se arriesgaba a tener que pasar controles si la policía española hubiera pedido a la Guardia Nacional Republicana de Portugal un dispositivo de carreteras examinando cada vehículo.

Cabanas, Tavira, Santa Luzía... Los pueblos fueron quedando atrás uno tras otro hasta que pasó Olhao y tomó la carretera de circunvalación de Faro para llegar al aeropuerto. Se acercaba la hora de la verdad. Su reloj mostraba las dos y diecisiete de la madrugada y su escapatoria dependía de que no se hubiera dado una orden internacional para detenerla; un tipo de orden que los jueces no emitían si no había pruebas que sostuvieran las sospechas de los policías.

Casi puntual, el avión despegó hacia su destino a las cuatro menos doce minutos. Aun así, no se sentía libre. Pensó durante las dos primeras horas que el avión daría media vuelta o cambiaría de rumbo para aterrizar en las islas Canarias y entregar a la pasajera asesina de pasaporte falso a las autoridades.

Pero no fue así.

Trató de dormir durante el viaje, pero no lo logró hasta que quedaba muy poco para el aterrizaje. Lo que sí hizo fue pedir varias copas, ginebra con tónica, para intentar relajarse.

«Ya está, ya pronto llegaremos a casa, la que siempre fue nuestro hogar, la que debimos visitar todos juntos cuando estábamos a tiempo, cuando éramos una familia, una feliz. Y nunca regresar».

Un equipaje de mano con solo tres mudas de ropa completas y casi cincuenta mil euros en billetes de cien y doscientos. No llevaba consigo ni un neceser con productos de aseo. Esa mochila siempre había estado disponible para huir sin perder un segundo, la llevaba cada día al trabajo, siempre la tenía a mano y decía a sus compañeros del hospital que era para ir después al gimnasio. El dinero lo había adosado a su cuerpo antes de pasar los controles, lógicamente, así no pasaba por escáneres y solo podría ser detectado con un registro corporal, que por suerte evitó a esa hora de la madrugada en un aeropuerto con mínima seguridad.

Compraría todo lo que necesitase tras llegar a su destino.

Aún recordaba las calles del pueblo de Bejuco, a menos de sesenta kilómetros del aeropuerto internacional Juan Santamaría, y a menos de veinte de Parrita, el pueblo en que nació su exmarido. Allí sabía en qué casa iba a dormir esa noche, en la de su amiga Dorita; siempre fue a visitarla en anteriores ocasiones y aún se carteaba con ella. Al día siguiente comenzaría a moverse para comprar una casita pequeña, sabía que le costaría no más de quince mil euros. Con el resto de su dinero haría una pequeña reforma, compraría muebles y un coche de segunda mano. Aún le sobraría para aguantar un año o dos sin tener que trabajar, pero tenía pensado establecerse como ATS ayudante de algún médico local; eso sin contar con que cambiase de idea y montase un negocio. Dar paseos a turistas en barca era muy lucrativo. Un restaurante para europeos y norteamericanos, también; las propinas y el margen de beneficio era fabuloso. Quizás le sobrase dinero y pudiera buscar a un socio local.

«Relájate, que te estás montando un cuento de lechera... Mejor veamos qué sucede al aterrizar y luego con la comadre Dorita, que no sabe que vamos a verla y para quedarnos definitivamente, nada menos».

El vuelo duró nueve horas y media, pero el reloj solo avanzó dos y media por la diferencia horaria. Ajustó su reloj a las seis y cuarto de la mañana cuando el avión tomó tierra, el alba despuntaba por Centroamérica, una bienvenida cálida en todos los sentidos. Sudaba en el taxi y tuvo que cambiarse como buenamente pudo la camisa de manga larga por una de tirantes que pudo

sacar de la mochila.

Nadie la esperaba en el aeropuerto para detenerla y eso consiguió calmarla por fin, incluso el hedor de algunas calles se mostraba como el más maravilloso de los perfumes al mezclarse con la sensación de libertad. Libertad en el sentido de que había eludido a la justicia y de que había logrado su objetivo, el que se planteó aquel día... justo cuando su vida tocó fondo.

Eso le hizo pensar en su exmarido, también el hecho de recorrer en taxi las calles que una docena de veces antes había transitado con José Enrique. Ojalá él no tuviese la misma idea, regresar a su país natal, porque no deseaba cruzárselo, ni volver a ver a ese cobarde jamás.

Unos minutos más tarde, tras bajarse del taxi y pagar la carrera, ya estaba golpeando la puerta de su comadre Dorita. Suspiró hondo, plena de felicidad, mientras oía los pasos acercándose al otro lado.

A pesar de que contaba con dejar pasar unos meses o un año completo para descansar y tratar de adaptarse a su nueva vida, solo quince días transcurrieron desde su llegada hasta el comienzo de su nuevo trabajo.

Aquella mañana, que ya parecía remota, su comadre la acogió con los brazos abiertos, le preparó un opíparo desayuno y se alegró mucho de que ella pensara establecerse para siempre en el pueblo; aunque se apenó con la noticia de que se había divorciado de su marido.

Durmió tres horas y se levantó para comer y luego buscar una casa en venta por la zona; la encontró casi al instante, en la misma calle en que vivía Dorita. El papeleo se hizo en el ayuntamiento al día siguiente y la pagó en efectivo por el equivalente a nueve mil euros. Se sorprendió con la facilidad para hacer tratos, negocios o compraventas en ese país. Todo iba sobre ruedas.

No había mucho sitio dónde comprar muebles y la casa no requería muchas reparaciones, que hizo un cuñado de Dorita a precio de risa en solo tres días. Al cabo de una semana ya no sabía qué hacer en un lugar donde mantenerse ocioso era una tortura. Paseos por la playa al amanecer, limpiar la casa o tomar el café por las tardes con su amiga componían una rutina que acabaría con su paciencia en menos de un mes.

El destino quiso que se cruzase en su camino un vecino del pueblo que gestionaba un negocio de arrendamiento de barcas para quienes deseaban salir a pescar, apenas tenía ingresos para sobrevivir y llegó a oídos de Dorita que tenía pensado vender las tres barcas y retirarse.

—Yo no sé gobernar una barca —le dijo a su comadre.

—Es muy sencillo, aquí los niños aprenden a llevar una barca a motor antes que a montar en bicicleta.

—Aun así, no puedo llevar las tres a la vez.

—Pues no le compres las barcas, hazte su socia.

Estuvo rumiando la idea durante toda la noche, apenas concilió el sueño y, antes de amanecer, salió de su casa para ir a ofrecerle un negocio que pudiera ser beneficioso para ambos.

Juan José aceptó en el acto, le pareció interesante la idea, un giro en las actividades que llevaba toda la vida realizando y una oportunidad de, por fin, lucrarse con las malditas barcas. No tendría que invertir ni un centavo, solo unas semanas de trabajo y el equipo del que ya disponía.

Durante los siguientes cinco días, de sol a sol, Juan José estuvo lijando y pintando las barcas, colocando asientos nuevos con cómodos cojines, poniendo a punto los motores y rehabilitando también la caseta del puerto en la que atendía a los clientes. Mientras tanto, ella confeccionó unas octavillas que repartió por los hoteles y hostales del pueblo y otras localidades cercanas, en ellas

anunciaba paseos variados: por las mañanas para ver los acantilados y la costa, por las tardes para ver los delfines o hacer sesiones de submarinismo en un arrecife de coral cercano, los fines de semana para fiestas de grupos jóvenes; incluso ofrecía la posibilidad de que parejas que estuviesen de luna de miel pudieran pasar un atardecer romántico en solitario y con una cena completa.

Todo sonaba de maravilla y, al no haber competencia en la zona, pronto tuvieron docenas de peticiones. Tanto ella como su socio estaban muy ilusionados.

Esa mañana en que inauguraban el negocio, ella ya sabía llevar con soltura el motor de la barca más pequeña, para ocho personas. Juan José tripularía la mayor, para veinte. Y contrataron a un chico local muy dispuesto y responsable, Jesús, para llevar la mediana, con capacidad para doce personas.

Desayunó como si fuese a pasar todo el día fuera de casa, a pesar de que cerraban a las doce y media y no volvían a abrir hasta las siete de la tarde. Antes de salir rezó ante un crucifijo que tenía colgado en el salón para que todo saliese bien.

Nada más abrir la puerta se encontró con un desconocido uniformado.

—Sonia Aguirre, queda detenida por el asesinato de cinco personas en España. Tendrá que acompañarnos a la comisaría.

**D**os semanas atrás, en la comisaría central de la Policía Nacional en Huelva:

—No me puedo creer que me ates las manos, esa mujer ha desaparecido justo cuando iba a interrogarla, ¿cómo ha burlado todo el dispositivo de vigilancia del hospital? Llevamos horas buscándola y parece que se la haya tragado la tierra. No está en el trabajo ni en su casa, no hemos encontrado a nadie que nos dé información sobre amigos o familiares, salvo su exmarido, del que se divorció hace nueve meses y ahora vive en Sevilla.

—¿Qué os ha dicho el exmarido? —preguntó Marcos Navarro.

—Que no tiene trato con ella desde el divorcio, que no fue amistoso precisamente y que no sabe dónde puede estar ni le interesa saberlo —respondió Cristina Collado.

—Has mandado una patrulla a su casa.

—Claro, es lo primero que hice. El tipo les abrió la puerta de su piso y les dejó buscar a su antojo.

—¿Alguna propiedad aparte de esa casa? ¿Tenéis al marido bajo vigilancia? ¿Habéis hablado con sus vecinos?

—Sonia Aguirre no tiene nada más que el piso a su nombre y un coche que estaba en el aparcamiento de empleados del hospital, se marchó por otros medios. Los de la científica siguen registrando el piso y el coche. El marido está bajo estrecha vigilancia. Hemos hablado con los vecinos de Sonia y dicen que tenía un trato cordial con ellos, pero que no saben nada más, que nunca han entrado en su casa ni han socializado más allá de un saludo diario.

—Buscad más, aún no puedo pedir una orden de búsqueda.

—Es ella, Marcos, es ella.

—Me fío de tu intuición, eres mi mejor policía, pero los jueces no conceden órdenes de búsqueda, menos aún internacionales, cuando no se tienen pruebas sólidas. No puedo ayudarte con eso, espero que lo comprendas. Hemos llamado a Portugal y les hemos mandado la fotografía, pero ellos no harán más que enviarla a sus patrulleros, no cortarán carreteras ni montarán un dispositivo en aeropuertos y puertos marítimos.

—¡Joder, joder! A estas horas puede estar a kilómetros de la península. ¿Vamos a permitir que

se nos escape una homicida?

—Nosotros tenemos unas premisas, Cris, no podemos hacer lo que nos dé la gana. Quiero que sigas con el caso, pero que te ciñas a las directrices. Dame algo nuevo en dos días.

—Está bien, es muy tarde y necesito descansar...

Un gesto brusco de su hija, quizás tenía una pesadilla, la despertó cuando aún no había sonado el despertador. Le dio un beso en la cabeza y se movió despacio en la cama para no despertarla, alcanzó el teléfono móvil sobre la mesita y vio que eran las seis y cuarenta y dos, y que le quedaba un uno por ciento de batería.

Se dio una ducha reparadora, que no pudo tomar la noche anterior por llegar demasiado cansada, mientras el teléfono se cargaba en un enchufe de la cocina. Ya bajo el agua estuvo meditando sobre el caso, sobre sus opciones de resolverlo. Solo tenía a la enfermera, Aurora García, aún inconsciente, y a una recepcionista que había desaparecido. Si no aparecía otro anciano asesinado, es que se trataba de una de ellas, y lo apostaba todo a la recepcionista.

No tenía pruebas ni un móvil, solo la discusión con la enfermera que uno de sus compañeros le confesó a la inspectora durante las entrevistas. Sonia Aguirre y Aurora García casi llegaron a golpearse por algo tan tonto como que Aurora tenía fama de atender mejor a los ancianos que al resto de internos. Sonia se lo recriminó en una conversación durante el descanso de la comida. Aurora respondió que los ancianos, por norma general, eran más respetuosos y cariñosos que el resto de pacientes, especialmente los niños, que estaban muy maleducados. Sonia Aguirre casi llegó a golpearla. Los testigos presentes aseguraron que parecía fuera de sí, y que tuvieron que llevarla a otra sala para que se tranquilizase.

Aquello era un mero indicio, algo que no justificaba en absoluto el homicidio de cinco ancianos y que inculpase a Aurora colocando sus cabellos en las escenas de los crímenes, cabellos que pudo tomar sin problemas de la cofia de la enfermera en cualquier momento, pues las taquillas con la ropa de los empleados no tenían cerrojos de seguridad. Pero todo encajaba, era suficiente para que Cristina sospechase y centrara toda la investigación en el pasado de la desaparecida recepcionista.

Comenzó a desayunar, un café y una tostada, el teléfono ya tenía carga suficiente para unas horas y pronto llegaría su madre para cuidar de la pequeña. Miró hacia la ventana, el sol empezaba a aparecer por un horizonte limpio de nubes, otro día de calor primaveral. Víctor Garza y Nuria Carvallo ya estarían despiertos, así que decidió enviarles un mensaje con la programación del día.

Cuatro días más tarde:

—Tenemos que cerrar el caso.

—¿Cómo has dicho?

El comisario ya portaba un semblante derrotado cuando Cristina lo saludó al entrar unos minutos antes. La reunión prevista para esa mañana sería la segunda consecutiva sin obtener respuestas y avances, por ese motivo no llegó siquiera a celebrarse. Cristina se sorprendió con la noticia, a pesar de contar con que se podría cerrar el caso de un momento a otro.

—No me mires así, ni me vengas de nuevo con lo de cinco muertes, cinco familias destrozadas, un asesino suelto, nos quedaremos sin hacer justicia, etcétera, etcétera. Todo eso lo aprendiste de mí. Los interrogatorios y la investigación con la enfermera no han dado resultados

positivos; y demos gracias a que se ha recuperado del todo y no nos ha demandado.

—Pero la recepcionista...

—Sigue desaparecida, pero no tenemos indicios o pruebas contra ella. Tampoco tenemos forma de localizarla ni de pedir ayuda al extranjero. Si no se han producido más muertes ni tenemos forma alguna de encontrar al criminal, debemos cerrar el caso y seguir con los que se amontonan sobre la mesa.

—No digo que esos no sean importantes, compréndeme, pero llevo muy poco como inspectora, este es mi tercer caso al mando, y no quiero que quede sin resolver. Más aún siendo una asesina en serie.

—¿A quién crees que le dices eso?

—Está bien, ya sé que tú has pasado por las mismas experiencias. Quizás por ese motivo me comprendas y dejes que invierta dos días más, no te pido mucho.

—Sí que lo haces. Tenemos un caso un tanto peculiar, un tipo ha aparecido colgando de una cuerda en el puente del Tinto, desfigurado por los peces y en una puesta en escena más propia de una película que de un suceso real. Lo veo complicado para que David Sobrá lo resuelva él solo.

—Pero no pasará nada por esperar dos días.

—Te necesito junto a David, y también necesito a Nuria, así que no hay más que discutir. Es una orden.

—Te estás convir...

—En Paco, me estoy convirtiendo en Paco. Ya lo sé, pero no se ve la clase igual de divertida cuando uno es alumno que cuando es profesor. Ya lo sabrás, algún día llevarás una comisaría y tendrás que pasar estos malos momentos con compañeros que son también amigos.

La inspectora abandonó el despacho, al otro lado, en la cocina y sala de reuniones, la esperaban Nuria, Víctor e Irene. La reunión estaba cancelada, no era necesaria cuando no se habían logrado avances.

David y Cristina regresaban del muelle que se había convertido en monumento local, construido por discípulos de Gustav Eiffel ciento cuarenta años atrás para una compañía minera que necesitaba trasladar el mineral extraído a los barcos que lo llevarían a Inglaterra. Nada menos que la Rio Tinto Company Ltd. Un escalofrío en la espalda de David y Cristina al recordar aquel caso sucedido en el pueblo de Minas de Riotinto dos años atrás.

#### **\*Primera entrega de la saga: Amurao - El purgatorio de los niños perdidos**

Eran las diez de la mañana y ya hacía calor, por la ría deambulaban docenas de pequeñas embarcaciones, unas de pesca y otras de la escuela náutica cercana, y el olor a salitre se hacía intenso como si el verano estuviese encima.

—No hay nada —dijo con un suspiro David Sobrá.

—Era de esperar, por aquí pasean más de mil personas al día y ha pasado mucho tiempo desde la fecha del crimen; ¿qué prueba íbamos a encontrar? Bajemos al nivel inferior, ya hace demasiado calor. —La inspectora se quitó la chaqueta para quedarse con una fina camiseta de manga corta. El muelle tiene dos niveles y el de abajo está a la sombra, obviamente, además de mostrar desde más cerca el punto exacto en el que encontraron atada a la víctima.

—Los análisis de la autopsia no han dado con fibras ni huellas ni nada, y los de la científica

no encontraron ninguna marca en la zona que pudiera producir el homicida.

—¿Qué esperabas, David? El cuerpo estuvo nueve días colgado, seis horas al sol y seis bajo el agua, así dos veces cada día, hasta que lo encontraron. El agua salada, la contaminación de las fábricas que emiten vertidos aquí, los peces que lo han mordido... ¿No viste las fotos? El asesino, o los asesinos, dejaron el cuerpo para que fuese encontrado y con la total seguridad de que no quedaría rastro alguno para inculparlos. Apuesto a que, además, no tenían el más mínimo vínculo con él.

—Y entonces... ¿por qué matarlo?

—Quizá por encargo.

—¿Un profesional?

—No podemos descartar nada.

Cristina se giró para observar la ría antes de dejarla atrás.

—¿Quién planificaría una muerte tan cruel como esa? —Murmuró la inspectora—. El tipo estaría durante horas gritando en la madrugada, mientras el agua subía lentamente hasta ahogarlo.

Aquel pensamiento le dio escalofríos, Cristina recordó un momento de su pasado reciente en el que una tortura así había merecido la pena. La víctima de este nuevo caso era un expresidiario toxicómano, seguro que con una vida similar a la de alguien que conoció brevemente un año atrás\*.

**\*Léase el comienzo de Amurao: La soberbia de los nonatos**

—Seguro que no se trataba de una hermanita de la caridad —añadió.

—¿Estás justificando su muerte?

—Solo digo que a una persona de bien no suele ocurrirle este tipo de cosas. Esto no parece una muerte para quitar de en medio a un familiar de cara al reparto de una herencia.

—Volvamos a la comisaría.

—¿No tenemos familiares o amigos que entrevistar?

—No hay amigos, solo compañeros de prisión, iremos esta tarde. Su única familia está en Zamora, y no tenían trato con la víctima desde hace una década.

—¿Preguntaste ahí enfrente?

—¿En el muelle de la guardia civil? Claro, no han visto ni oído nada sospechoso en los últimos días ni semanas. Y sus cámaras de vigilancia solo cubren el perímetro de su edificio y el embarcadero de las lanchas.

—¡Qué putada! Hay que ser temerario para cometer un crimen a escasos metros de una división de la Guardia Civil.

—No creas, durante la noche se limitan a patrullar la costa por si ven una patera de inmigrantes o una lancha rápida que trae droga desde Marruecos. También están alerta para apoyar a salvamento marítimo y los guardacostas. Ahí dentro solo quedará alguna pareja para controlar la radio y coordinar los efectivos, que es lo mismo que decir que...

—Que estaban viendo una película o jugando a las cartas.

—Eso es.

Al montarse en el coche de David, Cristina observó que su compañero no encendía el motor, y empezó a mostrarse nervioso.

—¿Te pasa algo?

—No, no es a mí. No te recuerdo tan tensa y distante cuando participábamos antes en casos. ¿Es porque Marcos te ha apartado de lo de los ancianos?

—No creo que a ningún policía le guste que le corten las alas, y que luego le impidan seguir con un caso que ya tenían a punto de resolver.

—Espero que comprendas a Marcos.

—Sí, hombre, no tienes ni que decirlo. Ahora es ese su trabajo.

—En el fondo, me alegro de que se trate de eso.

Cristina lo observó con intriga.

—Quiero decir —apuntaba David—, que mejor eso a que hubieses cambiado tanto por lo sucedido con Fran. Ni siquiera hemos hablado desde entonces.

—Tú también te llevaste lo tuyo.

—Nada, ni un rasguño. No compares.

—No te preocupes, aquello pasó y no afectará en los casos que llevemos juntos.

—Ahora me siento egoísta. No te preguntaba porque pensara que tú no darías la talla, sino por preocuparme sinceramente, y no sabía cómo abordar el tema. Ya sabes que para según qué cosas soy muy torpe.

—Anda ya, grandullón. Deja de preocuparte y vamos a la comisaría. —Cristina le dio un golpe amistoso en su enorme hombro.

David encendió el motor y salieron del aparcamiento, a su espalda comenzaban a graznar con intensidad las gaviotas.

—Por cierto, ¿qué es de tu vida? Creo que sigues saliendo con Sandra. Debo reconocer que he estado tan ocupada con los primeros casos que no he hablado con nadie, debiste pensar que era una maleducada.

—Nada de eso, todos tenemos nuestras historias. Sí, sí que seguimos Sandra y yo. Un viernes o sábado por la noche podemos quedar y tomar algo los tres.

—Claro, eso está hecho. Lo último que había oído de ti me lo contó Nuria, menudo malentendido con ella...

—Lo pasé fatal, tanto para revelar que había visto a su novio con otra como teniendo que soportarla enfadada conmigo durante un par de días, y trabajando en el mismo caso.

—Pobre Nuria, mira que pensar que podría gustarte.

—¡Joder, y me gusta! ¿A quién no? Es guapa, lista, divertida y tiene un par de tetas... — soltó el volante para hacer el gesto de intentar abarcar dos enormes pechos imaginarios frente a él.

—¡Qué bestia eres! Ja, ja, ja.

—Pero no podría estar con ella.

—¿No confías en las relaciones con compañeros de trabajo?

—No por eso, sino porque es bisexual. No me imagino cómo serían los tríos, me daría un infarto; o me pondría celoso al verla más pendiente de la otra chica en la cama que de mí.

—O del otro chico.

—¿Eh?

—Podría ser un trío con otro chico.

—¡Vete a la mierda!

Nuria Carvallo subrayaba con colores fosforescentes el cuadro que había impreso y colocado en su mural de corcho, allí tenía toda la información del caso, que era más bien poca. Ningún testigo, nada encontrado en la autopsia, ningún móvil salvo el posible ajuste de cuentas, aún ningún testimonio de compañeros de celda de la víctima ni de funcionarios de prisiones... Nada.

—¿Qué haces?

Se le cayó el rotulador con el susto. Se agachó a recogerlo sin girarse, sabía que se trataba de Cristina.

—¿Ya has vuelto?

—Ni siquiera sé para qué fuimos a la escena del crimen, pero no se lo digas a David, estaba entusiasmado con que fuésemos compañeros en este caso y quería mostrarme todo desde el principio.

—¿Cómo se ha tomado Víctor que te hayan asignado otro compañero?

—Es solo para este caso. David está solo con algo complicado y el caso asignado a Víctor es un secuestro *a priori* sencillo.

—Pues lleva toda la mañana al teléfono, parece agobiado.

—Ahora hablaré con él. ¿Qué tienes tú para mí?

—No ha llegado nada nuevo, pero ya hice el cuadro para ir rellenándolo a medida que el rompecabezas tenga las piezas disponibles.

—¿Qué has hecho con el anterior?

—Sabes de sobra que lo tiro a la basura cuando empiezo un caso nuevo.

—¿Será zo...!

—¿Para qué preguntas si te prometí que te lo guardaría?

—Lo pondré en mi despacho.

—He numerado los folios para que sea fácil volver a colocar los sesenta en el orden correcto para verlo todo tal como estaba aquí. Y mejor llévatelo a casa, así no lo verá Marcos y evitas su enfado.

—Tienes razón, también había pensado pedirte... Aunque no tengo derecho a...

—Que sí, que no tienes ni que pedirlo. Te ayudaré con el caso de los ancianos, aunque tendrá que ser por las noches antes de dormir.

—Eres un cielo. —Se acercó a ella y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Nada de cielo, soy una enferma, igual que tú. La gente sale de copas, a cenar o se queda en casa echando un polvo y viendo una película. Nosotras trabajamos diez horas y luego seguimos en casa con fotos de asesinatos y declaraciones macabras.

—Menuda forma de plantearlo. Yo prefiero pensar que cumplimos una labor social de máxima importancia. Cuantos más asesinos, violadores, secuestradores y ladrones quitamos de en medio, más segura estará la población.

—Pues yo creo que meterlos en la cárcel es como echarle agua a los *gremlins*, porque cada vez hay más, y no será porque las cárceles no estén llenas ya.

La sonrisa de Cristina había desaparecido, aquel pensamiento de Nuria expresaba una horrible realidad. Acordó con ella conectarse durante la noche desde sus casas y luego fue a hablar con Víctor, que tenía ya conjeturas firmes sobre el secuestro que llevaba.

Esa tarde, tras regresar de las entrevistas con los compañeros de celda y amigos de la víctima de su nuevo caso, además de los agentes de prisiones que tuvieran trato con él, se despidió de David y pudo llegar a casa a las ocho y cuarto. Su madre se extrañó al verla aparecer tan temprano.

—No te hagas ilusiones, voy a estar un rato con la niña, le daré de cenar y la bañaré por primera vez en meses, y luego, a eso de las nueve o nueve y cuarto, me pondré con el caso anterior.

—La casa está para descansar del trabajo, no para seguir. Ya casi no vas al gimnasio ni sales con tus amigos. Tienes que hacer vida social y tomarte tu tiempo para desconectar.

—Vete a casa, mamá. Y ya que hablas de tener vida y de salir a tomar algo, ve con papá a cenar esta noche, se ha quedado una temperatura perfecta en el aire. Aprovechad.

—Vente con la niña y cenamos los cuatro en un restaurante con terraza.

—Ya te he dicho que tengo que adelantar trabajo, no sigas porque no me convencerás.

Cinco días llevaba trabajando de nueve a doce de la noche en el caso, indagando en el pasado de Sonia Aguirre. Tenía en el mural confeccionado por Nuria, y pegado ahora en su salón, a expensas del enfado de su madre, todos los datos que había encontrado con la ayuda de su amiga.

Sonia tenía treinta y ocho años, había trabajado de administrativa y secretaria en cuatro empresas, hasta que entró en el hospital como recepcionista tres años atrás. Estudió los cinco años de técnico administrativo en el instituto de formación profesional San Sebastián, que todos en la ciudad llamaban Instituto de Los Bomberos por hallarse justo al lado del parque de bomberos principal. No cursó estudios universitarios. No tuvo enfermedades destacables. Se casó a los veintinueve con José Enrique Guzmán, natural de Costa Rica y afincado en Huelva varios años atrás. Su marido trabajaba de asesor fiscal, antes en Huelva y tras el divorcio en Sevilla, donde residía en la actualidad. Tuvieron una niña, a la que llamaron María del Carmen, como su abuela materna, pero falleció de meningitis cuando tenía un año, pocos meses después se separaron sus padres. Algo habitual, pensó Cristina, cuando una pérdida tan grande cambia por completo los esquemas de sus padres, sus metas, ilusiones, incluso el carácter o el trato entre ellos.

Sonia contaba con un Opel Corsa rojo del 2010 que apenas usaba, ya que iba en autobús a trabajar y hacía la compra en el supermercado de su calle. No tenía amigos conocidos ni socializaba. Nunca había pedido un crédito, ya que la casa en la que vivía era de sus padres y solo había viajado a Costa Rica, años atrás, varias veces durante el noviazgo con el que se convertiría en su marido; supuestamente para visitar a la familia de él. Se mordía las ganas de pedir a Marcos que pidiera ayuda del país, cotejar las cámaras de los aeropuertos de aquel día y posteriores, pero no podría solicitar ese favor al comisario sin recibir un sermón a cambio.

—¿Qué tienes pensado hacer?

Se encontró con Nuria en la cocina y, a solas, aprovecharon para charlar cara a cara.

—No tengo ni idea, estoy con las manos atadas. Quiero encontrar a esa mujer y no tengo forma de hacerlo sin la ayuda de Marcos.

—¿Y si llamamos a las autoridades del país?

—No, ellos necesitan un protocolo para comenzar a buscar a un delincuente fugado de otro país. No harán caso a un policía que llama con una sospecha y una foto enviada por mail. Es un proceso largo que, en última instancia, termina con la emisión de la solicitud desde el Ministerio de Exteriores.

—¿Y entonces?

Cristina se mordió el labio hasta sangrar.

—Entonces, se acabó el trabajo a través del ordenador, va siendo hora de coger el coche.

—¿A qué te refieres?

—Dile a todos que estoy enferma, regresaré en unas cuatro horas.

—Pero, ¿no me dices adónde vas?

—A apretar tuercas.

Llamó antes de coger el coche, quería asegurarse de que su entrevistado se encontraba donde iba a ir a buscarlo, a la oficina en la que trabajaba. A Cristina le costó un poco encontrar el edificio de la asesoría fiscal, laboral y jurídica que empleaba a José Enrique Guzmán. Al entrar en el vestíbulo, lo encontró esperándola en uno de los sillones para las visitas. Era un hombre de baja estatura, delgado, muy bronceado y con canas que comenzaban a expandirse desde sus sienes. Contrastaba con la mujer más alta y esbelta que era su mujer.

—He preferido bajar a esperarla, comprenda que no quiero tener que dar explicaciones si usted enseña la placa y pregunta por mí a la recepcionista. Al terminar nuestra conversación, toda la empresa ya sabría que la policía ha venido a buscarme.

—Lo comprendo, ¿prefiere hablar aquí mismo o conoce alguna cafetería cercana donde tengamos más intimidad?

—Vayamos al Vips de ahí enfrente, ya va siendo hora de tomar un tentempié.

—Perfecto.

Quince minutos más tarde, se sentaron ante una cerveza sin alcohol que había pedido José Enrique, el sándwich mixto tardaría unos minutos en llegar. Cristina no pidió nada.

—Pues dígame. Creía que ya les había resuelto todas las dudas y contestado a sus preguntas.

—Bueno, digamos que falta lo más importante. —Cristina lo miraba fijamente, sin parpadear siquiera, y sabía que su compañero de mesa estaba cada vez más nervioso.

—No entiendo, ¿a qué se refiere?

—A las dos cuestiones principales. ¿Por qué su exmujer ha matado a esos ancianos y dónde se encuentra ahora?

—Pero yo no...

El golpe sobre la mesa hizo que José Enrique diera un respingo, así como también logró que los empleados y dos clientes al fondo se girasen para mirar.

—Déjate de tonterías, ya no tienes a nadie a quien proteger; ella no es tu esposa, hace nueve meses que os divorciasteis y no creo que sea inteligente que la sigas encubriendo. ¿Sabes cuántos años te caerían por complicidad?

—Yo no tengo nada que ver en lo que ella haya hecho, o lo que pudiera haber hecho. Usted lo sabe, no hemos tenido trato de ningún tipo en estos meses. Habrán investigado llamadas de teléfono y correo electrónico, WhatsApp, etc.

El gesto derrotado lo delataba, pero no iba a confesar tan rápido. Cristina necesitaba tacto, fuerza y paciencia. Como el anterior comisario solía decir: «lograr una confesión es como pescar una gran pieza, una vez que pica el anzuelo, necesitas tirar, recoger sedal, dejar que la captura crea que puede escapar y volver a repetir el proceso una y otra vez; así, lentamente, lo vas acercando hasta que lo tienes entre las manos».

—A ver, José —el tono de la inspectora se volvió dulce, casi condescendiente y comprensivo—, entiendo su postura. Apuesto a que aún sigue enamorado de ella y recuerda lo felices que fueron en aquellos años, además de lo mal que lo pasaría durante el divorcio, y más aún por lo ocurrido meses antes a su pequeña; eso sería un infierno y se lo digo como madre de una niña que no ha cumplido un año. No me imagino qué me pasaría por la mente si perdiese a mi hija. Muy posiblemente me volvería loca.

José Enrique tenía la vista perdida en algún punto indefinido tras la ventana; su mente, en cambio, no parecía estar en el mismo lugar que su cuerpo, ni en el mismo año.

—Aquello fue horroroso —susurró—, no pensé que pudiéramos sobrevivir.

—Lo comprendo, tenga. —Le dio un pañuelo cuando apreció que las lágrimas surgían por el recuerdo.

—Cuénteme qué pasó.

—Sonia se volvió loca...

—No, me refería a lo de su hija. Me consta que fue una meningitis que apareció de repente.

—Ni lo imagina, fue visto y no visto. Una mañana la niña comenzó a llorar sin parar, nada la calmaba, luego llegó la fiebre y fuimos a un ambulatorio cercano. Allí dijeron que era gripe y nos dieron una medicación suave. Ya sabe, en invierno todos los médicos creen que tenemos gripe sin complicarse con análisis ni nada de eso. La fiebre no remitía, al contrario, la niña se puso completamente roja y su llanto era como el arañazo de un cristal. Marchamos al hospital, el mismo en que trabajaba Sonia, entramos por urgencias y ella pidió ver un médico lo antes posible. La sala estaba llena de pacientes con gripe y de otros más, sobre todo ancianos. No parecía que nadie estuviese tan enfermo como nuestra pequeña, pero iban entrando ellos antes. Y nosotros nos desesperábamos. Sonia suplicaba a enfermeras que no conocía por pertenecer a otra ala del hospital, llamó a varios médicos cuyos teléfonos tenía memorizados en el móvil, pero uno estaba de vacaciones, otro enfermo en casa y otro ocupado con la consulta llena. El tiempo pasaba y nunca llegaba el turno de nuestra hija. Al cabo de una hora, Sonia estuvo a punto de golpear a una enfermera y un paciente muy mayor cuando le dieron paso al mismo nada más entrar en la sala. Llevábamos una hora y el anciano entró caminando sin problemas en ese momento. ¿Cómo era posible? Gracias a ser una empleada del centro, no llamaron a seguridad, pero tuvo que prometer que se calmaría. Yo me comprometí a sofocarla, aunque no hizo falta. Al cabo de unos minutos...

—José Enrique rompió a llorar como un niño pequeño, se llevó las manos al rostro y todos a su alrededor les miraron atónitos.

—Lo entiendo. La niña.

—Nuestro bebé murió esperando a ser atendida, entre nuestros brazos. Sonia se desmayó. Diez minutos después, por un simple desfallecimiento, la estaban atendiendo. En cambio, el bebé falleció de meningitis sin que nadie se fijase en ella. Tenía toda una vida por delante, toda una vida...

—¿Por eso Sonia decidió asesinar ancianos?

—No creo que ella hiciese esa barbaridad, ella era muy buena, divertida, amable...

—¡José Enrique! No vuelva a cerrarse, por dios. Necesito saber la verdad, necesito conocer lo que usted sabe.

—Pero ¿cómo voy a saber yo?

Cristina pensó que tal vez tuviese razón, que solo sospechase de su mujer pero no tuviese ninguna prueba de lo que ella pudiera llegar a hacer. Entonces se hizo la luz, y no precisamente la del sol de justicia que entraba por la ventana a su izquierda.

—Los nombres.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el hombre entre balbuceos.

—Los nombres de los cinco ancianos que tuvieron preferencia antes que su hija. Usted jamás podría olvidarlos, ¿verdad? A medida que fueron llamándolos para entrar en la consulta de urgencias, los nombres quedaron grabados para siempre en su memoria.

—No sé de qué me habla.

—De los nombres que ha leído en los periódicos en las últimas semanas, de los nombres que aparecen en los periódicos que acumulaba en un rincón de su salón cuando fuimos a verle. Me extrañó que guardase periódicos de días tan atrás, incluso dos meses. La gente, como mucho, guarda el del día anterior. Allí aparecieron de nuevo esos nombres, no lo niegue. Y entonces supo lo que Sonia había hecho.

—Por dios, tenía toda la vida por delante, ¿cómo pueden dar preferencia a un anciano de más

de noventa años que tiene ya los días o semanas contados?

—Los médicos, además de otras profesiones, como los policías mismos, tenemos que cumplir una serie de protocolos. —Cristina no creía sus propias palabras, ella misma se había tomado la justicia por su mano en un caso, y había desobedecido a su superior cuando cerró este mismo caso en el que seguía investigando a escondidas—. Le comprendo, no imagina cuánto, incluso trato de empatizar con su exmujer, pero tendrá que venir a comisaría y repetir todo esto.

—¿Es necesario?

—Ya lo creo que sí. No se preocupe, todo quedará redactado para exculparle, no creo que merezca ir a la cárcel por encubrimiento de la persona a la que aún quiere.

—Y no se imagina cuánto. Y aunque la mujer que apareció en el mismo instante de la muerte de nuestra Carmencita no era la misma con la que convivía hasta ese momento, nunca dejé de quererla, de rezar por ella, de soñar con que se le pasarían los delirios, esas palabras de odio hacia todos los ancianos y hacia el sistema.

Cristina dejó veinte euros sobre la mesa y pidió que le envolviesen el sándwich a José Enrique para llevárselo. De allí partieron hacia la comisaría de Huelva, donde obtuvieron una declaración que, junto a la relación de los fallecidos con la fecha del registro de urgencias del hospital en el día de la muerte del bebé, se consiguieron las pruebas pertinentes y el móvil para reabrir el caso y buscar a Sonia en los dos pueblos en los que su exmarido sabía que ella podría estar oculta.

Estoy saliendo con una chica tan joven que podría ser mi hija, le dice un amigo a otro. Y este le responde: ¿Sí? ¡Vaya fenómeno, cómo te envidio, quién pudiera hacer lo mismo, eres el mejor! Y dime, ¿quién es? ¿La conozco? Y él responde: Claro, es tu hija.

David acababa de contar otro chiste y Víctor, al romper a reír, se le había salido la cerveza por la nariz, lo que provocó que todos alrededor, incluso los que se sentaban en otras mesas, inundasen el restaurante de carcajadas. Eran las diez de la noche de un sábado cualquiera y un grupo de amigos y compañeros compartían una cena tras mucho insistir para lograr reunir a semejante jauría: Marcos y Laura, David y Sandra, Víctor, Irene, Nuria y Cristina. Al lado de la mesa dos carritos, en uno dormía Eva, la hija de Cristina y en el otro Sofia, la pequeña de Marcos.

Precisamente fue el comisario el que, al regresar unos minutos antes del cuarto de baño, se quedó mirando el grupo.

«Dios, menudo *déjà vu*».

Su mente viajó a una noche que ya consideraba perdida por el paso de décadas, la de la primera vez que salió por Huelva tras su traslado desde la comisaría de Sevilla. Aunque aún no habían pasado más de dos años. Llevaba un par de días en la ciudad y aún no se había organizado, ni siquiera había ido a su nuevo centro de trabajo, y había quedado para cenar con sus antiguos amigos y compañeros de universidad. Llegó tarde al restaurante y se descubrió a sí mismo observándolos a través del cristal del escaparate, ya se habían sentado y quedaba una silla vacía, reservada para él. Entonces se preguntó qué había salido tan mal en las vidas de sus antiguos amigos para que pareciesen ancianos a sus ojos. Recordó los carritos de bebé, las conversaciones sobre política, economía o el futuro inmediato. Se sintió fuera de lugar y fue todo un alivio que desde la central le notificasen la cancelación de su permiso, había aparecido un niño muerto en un lago cercano al pueblo Minas de Riotinto. No había más inspectores disponibles y partió desde el restaurante. Aquel día comenzó su andadura en esta nueva etapa, y no solo de forma profesional, también se reencontró con el amor de su vida, Laura, con la que ahora tenía una hija, en un carrito

como los de aquella remota cena.

—¿Qué te pasa? —interrumpió sus pensamientos Laura.

—Nada.

—Estabas en el limbo y sonreías como un niño en Navidad.

—Recordaba todo lo que hemos recorrido en estos dos años.

—Uf, no te imaginaba nostálgico.

—Las personas cambian, todos cambiamos y a veces para mejor, por suerte. Perdona un segundo, quisiera hacer un brindis. ¡Chicos, silencio! ¡Venga, que no se diga, tenemos que dar ejemplo!

—No pasa nada. —David hablaba con la boca llena—. ¿Qué van a hacer si armamos ruido? ¿Llamar a la policía?

Todos los comensales: ¡¡¡ja, ja, ja!!!

—Eres imposible, tío.

—Marcos.

El comisario se giró para comprobar que Cristina había cambiado su silla con Sandra, su semblante hablaba por ella.

—No estoy enfadado.

—¿Cómo dices?

—Has hecho lo que considerabas oportuno, me alegro porque has resuelto el caso, pero piensa que podrías haber pinchado y...

—Lo sé. Aun así quería disculparme por seguir a pesar de tus órdenes y de estar cerrado. No me has dicho nada desde que aparecí hace una semana con el exmarido de la asesina. No quiero que te sientas decepcionado conmigo.

—Eso no podría hacerlo, eres mi mejor policía.

—No digas eso, no sabes lo que he hecho desde que soy policía, ni lo que podría hacer en un futuro.

—No, no lo sé, pero tampoco me importa. Y puedes apostar a que no eres la única que va dejando momentos de los que te persiguen durante las noches. Yo mismo tengo mis propios fantasmas esperando a los pies de la cama. Todos, incluso tu compañero.

—¿David? ¿Qué ha hecho Da...?

—Víctor, me refiero a Víctor y su pasado en Madrid. ¿Crees que no conozco a mis subordinados? Por eso lo asigné a ti, a pesar de tus protestas y de las de David, que quería el honor de trabajar a tu lado. Espero que vuelvas con él cuando termine el caso actual. Necesito que se recupere del todo. Esas historias de sobornos recibidos de narcotraficantes quedaron atrás, su expediente y sus habilidades están fuera de toda duda, pero quiero que te tenga a ti como compañera, serás un incentivo, un referente, una guía en su camino. ¿No te has dado cuenta de su forma de mirarte? Te idolatra, eres lo que él quisiera ser, y eso no tiene precio. Todos necesitamos ayuda de vez en cuando, tú eres la mejor que puede brindársela.

—Está bien, no tienes que convencerme, ya pensaba seguir siendo su compañera.

—Pues, una vez aclarado, lárgate de una vez, no quiero oír hablar sobre nada relacionado con el trabajo durante el resto de la noche.

Cristina le dio un beso en la mejilla y volvió a su silla, allí comenzó a conversar animadamente con Víctor. Marcos suspiró.

«Por vosotros, chicos, por muchas noches como estas, todos juntos y felices». —Alzó su copa despacio y luego dio un sorbo. Hacía tanto que no sonreía.

Un año después:

«Tienes que sonreír, tienes que seguir adelante, tienes que buscar una razón para sobrevivir y curarte».

¿Qué coño sabía la psicóloga? No paraba de decir chorradas, ¿había estudiado psicología o leído libros de Jodorowsky? Nada importaba ya, no tenía motivo alguno para sobrevivir, salvo volver a encontrar la forma de cortarse las venas.

Su paraíso se había esfumado, su sueño convertido en pesadilla, había hecho desaparecer a aquellos estúpidos viejos pero se seguía encontrando vacía.

«Mi niña, mi bebé, hemos estado a punto de tocar el cielo. Sí, el cielo que pronto mamá visitará para reunirse contigo. No temas nada, no llores más».

Se sentía débil aún, pero hizo un esfuerzo por levantarse de la cama, la acababan de llevar desde la enfermería y no deseaba permanecer más tiempo tumbada. Caminó en círculos por el minúsculo espacio de la celda, las muñecas le picaban mucho, quería rascarse, pero las vendas lo impedían. La pequeña mesa estaba vacía, igual que la balda metálica que usaba como mesita de noche, se lo habían llevado todo. Lápices, papel para escribir, enseres de higiene, salvo el papel higiénico; las fotos de su hija, eso era lo que más le dolió. Quizás en unos meses volvieran a confiar en ella. Solo tenía que fingir estar bien, ya lo había hecho durante año y medio trabajando en el hospital, sería fácil repetirlo de nuevo.

«Sí, pronto me devolverán las cosas, y podré regresar a los paseos y actividades. Será cuestión de tiempo que mamá vuelva intentar estar contigo. Contigo para siempre. Contigo, mi amor».

Y así permaneció, dando vueltas en la habitación y rascándose las vendas, hasta que apareció una funcionaria con la bandeja de plástico de la cena.

—Veo que estás de pie, me alegro de que estés recuperada. ¿Te encuentras bien?

—Sí, ha sido todo una estupidez. Siento haberos ocasionado tantos quebraderos de cabeza. Debes... debéis pensar que soy una estúpida. —Sonreía de forma azorada—. Perdona, fue un momento que me provoca hasta vergüenza.

—Nada de eso, no pidas perdón. Aquí mucha gente se derrumba cuando piensa en el tiempo que les queda encerrados o el futuro que les espera fuera... ¡Oh, dios, no debí decir eso! Discúlpame.

—Por nada, has dicho la verdad, debo pagar por lo que hice. Me arrepiento mucho por esos pobres ancianos, no sé qué me pasó... casi ni recuerdo haberlo hecho. En serio, dudo que fuese consciente de mis actos.

—Bueno, pues ahora a cenar y dormir, dentro de dos días estarás como nueva.

—Buenas noches y gracias por la conversación, no sabes lo que significa para mí tener algo de calor cada día.

La funcionaria siguió entregando bandejas a las reclusas que no podían ir al comedor por motivos diversos. Sonia se quedó en la celda, observando fijamente el cuenco de plástico con sopa de sobre, el plátano y el yogur de limón. Se sentó en el borde de la cama y frunció el ceño para eliminar de su cara la estúpida sonrisa con que había obsequiado a la funcionaria.

«Sí, creerán pronto que estoy recuperada del todo...».

## **Agradecimientos:**

Para quienes seáis fans de la saga y estéis siguiendo los casos de forma continua, quiero decir que sí, habéis adivinado el desfase temporal que hay entre *Amurao 3: La soberbia de los nonatos* y *Amurao 6: La boda roja*. Laura Moreno, esposa del comisario Marcos Navarro, ha entrado en el libro Guinness de los récords al tener el embarazo más largo de la historia, más de un año. Os pido disculpas a los que os haya molestado, aunque solo sea una licencia literaria.

Ideé esta entrega de la saga como un homenaje a Ágatha Christie y a su novela *Primeros casos de Poirot*, y no quería que el comisario, un secundario de lujo en esta parte de la saga, estuviese más pendiente de su recién nacida hija, Sofia, que de atender las posibles dudas de su pupila y nueva joya de la comisaría, Cristina Collado.

No es mi primera licencia, pero sí la más notable para lectores que sigan la saga de forma lineal. Añadir, como siempre, que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, solo algunos nombres coinciden con amigos y conocidos, pero las historias, subtramas y personalidades son inventadas.

Gracias a todos por seguir una entrega más las aventuras de este pintoresco grupo de policías.

Libros publicados por el autor que también podrían gustarte.

**TRILOGÍA DE ALFIL:** (Novela negra)

Tres novelas autoconclusivas que podrás leer en el orden que desees. Su nexo de unión es el protagonista, en este caso el asesino, viviendo los tres episodios más importantes de su vida. Cada novela posee una trama y un subgénero diferentes. La primera (Alfil negro) es una novela negra de asesinatos en serie. La segunda (Alfil blanco) es una doble precuela que explica los orígenes del protagonista, a modo de aventuras, intriga y romance. La tercera (Alfil rojo) es una novela de espionaje que retoma la historia unos meses tras el fin de la primera novela.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

**BLOODY MARY:** 11 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón... En este libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias. (también disponible **BLOODY MARY 2** con 24 relatos)

**ANATOMÍA DE UN SUICIDIO:** Relato largo (75 páginas) Auto-ayuda con clave de humor ácido y satírico.

Conoceréis con todo lujo de detalles lo que acontece durante y después de un suicidio. Basado en un hecho real, os mostrará la poca importancia que tiene vuestro mundo y lo que os rodea, en comparación con el maravilloso don de la vida que poseéis. Un relato de autoayuda narrado en tono ácido y satírico sobre la importancia de vivir y de quererse a uno mismo.

No podrás evitar reír con las declaraciones de los testigos de la muerte de la protagonista, como lo son la sangre que sale de sus venas, el piso en el que vive, los gusanos que dan buena cuenta de su cadáver o la hoja de afeitar que sirvió para tal fin. Regálalo a quien te importe o a quien desees demostrar que es valioso para ti.